



SILVIA SANCHO

La **locura**
de saltar
contigo

Phoebe

SILVIA SANCHO

*La locura
de saltar
contigo*



Phoebe

Primera edición: octubre de 2018

Copyright © 2018 Silvia Hernández Sancho

© de esta edición: 2018, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-98-8
BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: Calderón Studio
Fotografía: Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total

de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

A Agustín, el amor de mi vida.

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

CAPÍTULO 55

CAPÍTULO 56

CAPÍTULO 57

CAPÍTULO 58

CAPÍTULO 59

CAPÍTULO 60

CAPÍTULO 61

CAPÍTULO 62

CAPÍTULO 63

CAPÍTULO 64

CAPÍTULO 65

CAPÍTULO 66

CAPÍTULO 67

CAPÍTULO 68

CAPÍTULO 69

CAPÍTULO 70

CAPÍTULO 71

CAPÍTULO 72

CAPÍTULO 73

CAPÍTULO 74

CAPÍTULO 75

CAPÍTULO 76

CAPÍTULO 77

CAPÍTULO 78

CAPÍTULO 79

CAPÍTULO 80

EL DESPUÉS

EPILOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

PRÓLOGO

Fue mi padre el que me dijo: «Daniel, la vida no es más que una sucesión de saltos. Hacia delante y hacia atrás, hasta lo más alto y hasta tocar fondo. Los más pequeños ni los sentirás, pero los otros, los que importan, pueden llevarte directo al éxito. No tengas miedo a la caída. No te dejes dominar por el vértigo. Salta a lo grande, como los valientes. Salta aunque tengas que hacerlo con los ojos cerrados».

Él cerró los suyos poco después y yo guardé esa lección como un tesoro, la convertí en una ley con la que gobernar mis pasos.

Ser su hijo no siempre fue fácil. Si para todos los niños su padre es un héroe, el mío era un superhéroe. No le faltaba ni la capa. Era un adalid de la justicia, ampliamente laureado, con un largo séquito de seguidores a sus pies. El Juez Dredd a su lado habría resultado un don nadie; como mucho, un simple oyente de sus clases magistrales. Era un líder respetable y respetado, solucionador de conflictos, azote del crimen... Y a mí me tocó ser el único descendiente de semejante supermán. Supongo que comprenderéis que no tuve más remedio que desarrollar mis propios superpoderes.

De él heredé la formalidad, la lealtad a los míos y los ojos verdes. Sus enseñanzas me ayudaron a ser constante, a no rendirme antes de luchar y a llevar el respeto y la educación como forma de vida. La locuacidad también es de su cosecha, aunque, con sinceridad, sé que nunca seré tan buen orador como él. En cambio, yo rara vez presento un rictus serio o preocupado, soy capaz de relajarme si es necesario y, cuando canto, no llueve.

En general, me considero una persona bastante sencilla, pese a que mi carácter y mis gustos no sean simples. Si pudiera elegir mi epitafio, sería: «Aquí yace un hombre que consiguió ser feliz». No aspiro a más. Ni a menos, por supuesto. Sin embargo, detrás de esa sobriedad se esconden muchos matices. Me gusta que los demás se apoyen en mí, pero no ambiciono ser la muleta de nadie. Procuro ser bueno, pero no tonto. Admiro la elegancia y el refinamiento, pero me cautiva la naturalidad. Soy orgulloso, pero me lo trago sin pudores si la causa lo vale. Odio las mentiras, pero me gano la vida como abogado.

Durante muchos años me afané para sostener el equilibrio entre mis matices y para que lo de ser el hijo de un supermán fuera solo un antecedente. Trabajé

duro, me gané a pulso un nombre delante de mi apellido y un estatus que estaba muy cerca de mis metas. Cuando me hicieron socio del despacho, me compré un Porsche. Con un par. Sentir las llaves en la mano fue la confirmación de que, con esfuerzo, los sueños dejan de serlo para convertirse en realidades.

Puede parecer una frivolidad elevar a la categoría de quimera algo inanimado, pero para mí ese coche era más que un medio de transporte. Era un símbolo. En la habitación que todavía tengo en casa de mi madre hay decenas de pruebas sobre ello. Pósteres, recortes de revistas, maquetas, reproducciones a escala... Gran parte de mi infancia la dediqué a acumular información automovilística, a aprenderme estadísticas y listados eternos de equipamientos, a soñar con que un día yo conduciría uno, como el que sueña con llegar a la luna o convertirse en pivot de la NBA. Muy pocos lo logran, y yo fui uno de ellos.

Podría decir que sentí que la vida me sonreía, que toqué techo al hacer balance y descubrirme bien establecido y con un futuro prometedor aún por disfrutar. Me encontré en paz a pesar del legado heroico que sostenían mis hombros... hasta que me topé con mi kryptonita.

Fue un 24 de julio, no se me olvidará fácilmente. Estaba en el despacho cuando Asier, uno de mis mejores amigos, me llamó.

—Hola, tío. ¿Cómo va todo? ¿Sigues por Madrid o ya te has ido de vacaciones?

—Sigo por aquí —dije con desgana; aparté los dossieres que cubrían parte de mi escritorio y apoyé los codos—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Necesitas algo?

—Esta vez no. Solo te llamaba porque me apetece verte.

—¿Te estás poniendo romántico?

—Calla, mamón. —Rio—. Ya sabes a lo que me refiero. Desde que he vuelto no hemos podido echar un buen rato por culpa de... —Carraspeó.

—De tu inclinación a tomarte todo a la tremenda —terminé la frase por él.

Asier era tan buena persona como intenso. Con él no había medias tintas. Para bien y para mal.

—Sí, vale, como quieras llamarlo. El caso es: ¿te apetece venir a la sierra? Nos podemos tomar algo en plan tranqui o pillarnos la curda del siglo, lo que nos pida el cuerpo. Aquí arriba vale todo. Te aseguro que este sitio es alucinante. Me está cambiando la vida.

—Ya... ¿Cómo dices que se llama?

—El camping de...

—No. Ella.

Asier volvió a reír.

—Se llama Lara.

—¿Acabas de suspirar?

—¿Por qué no te vas a tomar por el culo?

—Porque sigo siendo estrictamente heterosexual. Si alguna vez me da por replanteármelo, ya te aviso.

—Claro, tío. Te diseñaré una página personal para que lo anuncies a buen precio. Por poco más, te puedo gestionar el perfil de Grindr.

Me reí muy a gusto. Ese era mi amigo, y no el que había visto la última vez en el despacho de su abogado. Los problemas legales que acarreaaba desde su estancia en Osaka eran el peor *souvenir* que pudo haber encontrado.

—Bueno, qué, ¿te vienes? —insistió.

Hice girar mi silla y miré a través del ventanal del despacho. La calzada estaba infestada de coches; las aceras, de viandantes apresurados, los edificios engullían el paisaje, Madrid ardía. No tardé demasiado en aceptar.

Conduje hasta la sierra con la única idea de reencontrarme con mi amigo, en el sentido más amplio de la palabra. Habíamos sido inseparables durante más años de los que ya entonces me apetecía reconocer. Incluso llegamos a compartir piso los últimos cursos de la universidad. Ni siquiera nuestros casi incompatibles mundos laborales consiguieron distanciarnos. Pero justo en ese momento estábamos más lejos que nunca. Él tenía demasiado encima para ocuparse de nada más, y yo le respeté, como suelo hacer con las decisiones de las personas que me importan, aunque no las entienda.

Le encontré esperándome en el control de acceso del camping con una angelical rubia al lado, la misma que poco más de un año después se convirtió en su esposa. Si alguien me lo hubiera advertido aquel día, no me habría sorprendido. Lo que fluía entre ellos era visible, tangible, tan auténtico como cierto.

Me dieron envidia insana. Ellos tenían lo que a mí me faltaba para terminar de redondear mi vida: el amor de verdad, el que convierte a dos amantes en cómplices. Asier y Lara lo derrochaban a cada gesto que se dedicaban, y me irritaron tanto que me limité a ignorarlos, centrándome en la belleza que me había dado la bienvenida con un beso que tardó un buen rato en dejar de hormiguearme en los labios. La misma que les hizo a ellos escupir y blasfemar, y a mí llorar de risa. La mujer del culo hipnótico, del escote generoso y la lengua viperina. La inventora del descaro. La que me dio cobijo en su cama y una de las mejores noches que había disfrutado hasta el momento. Natalie en estado puro.

Sin palabras.

Así me dejó. Mudo de placer y satisfecho a unos niveles que estaban a años luz de corresponderse con un simple polvo. Allí, en esa cabaña en medio del monte, nació algo indescriptible, inexplicable e irremediable. Y no solo lo percibí yo. Sé que ella lo vivió con la misma intensidad, porque se lo vi en la cara, lo escuché en sus gemidos y lo palpé en cada centímetro de su carne. Conectamos. Vaya que si lo hicimos... Creamos un extraño vínculo que, al despertar, solo pareció permanecer en mí. Ella no quiso darme ni su número de teléfono.

Me enfadé. Bastante más de lo que correspondía para tratarse de una persona que había conocido hacía unas horas. No dije una palabra al respecto, pero la mirada que le dediqué habló por sí sola. Natalie reuló un poco, sugiriendo que podía volver a visitarla antes de que la temporada acabara, pero a mí no me sirvió de atenuante.

—No entra en mis planes convertirme en un semental a domicilio.

—No te mosquees —me dijo con una mueca de disculpa—. No es por ti. Es que yo... hago así las cosas.

—Pues suerte con el siguiente.

Me marché sin añadir nada más. Y me prometí a mí mismo que seguiría buscando esa conexión cómplice donde fuera necesario. Y cumplí con mi promesa. Y, trece meses después, volví a encontrarme con ella.

1

CANDY EYES

Érase una vez un abogado respetable y muy cañón que conoció a una loca.

Uf, qué birria de comienzo. A ver, dadme un segundo, por favor, creo que puedo hacerlo mejor.

Érase una vez una loca a la que le presentaron un abogado respetable y muy cañón que, por azares de la caprichosa providencia, se convirtió en inaccesible. Aunque, claro, eso de primeras no fue un problema para la audaz damisela, pero luego sí, porque el funesto encantamiento que la tenía retenida...

Bueno, mirad, ¿sabéis qué os digo? Que mejor lo dejo. Es inútil intentar disfrazar esta historia de cuento. Yo tengo la virtud demasiado corrompida como para considerarme una doncella, y las hadas siempre me han parecido una panda de repipis. La nuestra es una historia tan real como... como... como que el sol sale por el este y se pone por el oeste. ¿O era al revés? Da igual, el tema es que todo lo que voy a contar de ahora en adelante es tan cierto como... como... como que me llamo Natalie Díaz Prado y no se me dan bien las comparaciones.

Mis amigos me llaman solo Nat.

Para vosotros, «señora Díaz», que todavía no hay confianza.

Hechas las presentaciones, supongo que ahora me toca explicar cómo empezó este follón, ¿verdad? No sé a vosotros, pero a mí es la parte que menos me suele gustar, así que seré breve.

Todo comenzó el primer verano que trabajé en el camping. Me pasé más de tres meses entre pinos en la sierra de Madrid, tan a gusto, sin imaginar que Lara y Asier iban a pegarme el virus de la ñoñería.

Para los que no sepan quiénes son Lara y Asier..., ¿en qué mundo vivís?

No, fuera bromas, ya os lo explico yo: ellos son mis amigos. Los conocí en el camping del que os hablaba. Lara curraba en la recepción y se revolcaba con Asier, un profe de tenis, en la choza que las dos compartíamos. Debo reconocer que pasaban fuera la mayor parte del tiempo, pero los tuve que aguantar un par de veces, y todavía me dan retortijones cuando me acuerdo.

Asier, además de un tío muy grande, es amigo de Dani, el abogado cañón. Un

buen mozo que apareció una noche por el camping y desapareció, bastantes horas después, llevándose una jugosa ración de lo que le ofreció una servidora. Que fue mucho y bueno. Quizá, demasiado bueno.

A eso le eché la culpa de mi encaprichamiento espontáneo: a lo bien que se nos había dado para ser nuestro primer encuentro. No fue normal. Como tampoco lo fue que los meses pasaran, la vida siguiera y su recuerdo todavía me atormentara en las noches solitarias.

Por él hubiera hecho una excepción a mi regla más sagrada y habría repetido de mil amores, pero no regresó al camping y, poco después, se echó novia, el muy idiota. Una de esas ultramajas y presentables, discretita, con las piernas muy largas, supermona..., un asco de tía. Su Instagram se convirtió en mi mazmorra de tortura. Yo no podía querer tener una relación, de verdad que no, pero tampoco podía evitar sentir curiosidad por cómo sería relacionarse con un hombre como Dani.

Él era la némesis de los tipos que había conocido íntimamente. Era un distinguido caballero que conducía un Porsche. Era un asesor legal de empresarios fetén, de esos que siempre llevan el esfínter encogido. Era un galán, era un señor y era un dios en la cama. Con solo veintiocho años. Un *crack*, el tipo. Lo que yo os diga.

Cuando me lo volví a encontrar, ya había cumplido los veintinueve, y..., madre mía, cómo le sentaban.

La naturaleza lo había bendecido con una cara digna de cantarle una saeta, y el tiempo se la había esculpido hasta afilar su mandíbula y su mentón. Estaba más delgado, sus rasgos se habían endurecido, pero sus ojos seguían siendo igual de tiernos. *Candy eyes*. Redonditos y esmeralda. Unos caramelos de eucalipto, picantes y dulces en la misma proporción. Lucía una barba de tres días que apenas oscurecía sus mejillas y llevaba el pelo más corto. Muy formal. Un hombre moreno, hecho y muy derecho, que había conseguido carbonizarme las bragas solo con saludarme con un movimiento de cejas.

He de advertir que normalmente no era tan seco para los saludos; fui yo la que no le di margen para más. En cuanto me pilló mirándole, me apresuré a huir cual comadreja hasta una de las carpas blancas que habían instalado en la zona de acampada libre del camping.

No me reconocí a mí misma. Con lo que yo había sido... Cuando nos presentaron el verano anterior, le besé directamente en la boca. *Apretao*. Poco más de un año después, estaba rezando por lo bajo para que aparecieran los cuatro

jinetes del Apocalipsis y me llevarán con ellos. Tenían pinta de montárselo bien. Y de parar en garitos donde los abogados con novias supermonas ni pisaban.

—¿Quieres dejar de pellizcar los pétalos?

Lara me quitó de la mano su ramo de flores silvestres y se recolocó la diadema a juego sobre su melena rubia.

Iba hecha un cuadro, pero no se lo dije. Ella ya sabía lo que me horripilan el blanco y las bodas, y como era su día especial y blablablá..., pues me callé.

Lo que no pude silenciar fue lo que pensaba en sí del hecho de que se fuera a casar con el tarado de Asier, unos meses después de haber vuelto y con veinticuatro años casi recién cumplidos.

—Debería lanzar tu ramo a una hoguera, meterte en el primer coche que pillara y conducir hasta la frontera. ¿Tú te lo has pensado bien?

—Más que bien.

—Pero, nena..., eres demasiado joven. Y si más adelante te das cuenta...

—Nat. —Fijó sus ojos ilusionados en los míos—. No estoy segura, estoy segurísima. Es *él*. —Sonrió y..., puaj, se le salía el puto amor por las pupilas—. Ahora haz el favor de comportarte, darme un beso y sentarte en tu sitio. Vamos a empezar enseguida.

—¿Que me siente, dices? —Solté una carcajada—. De eso nada. Yo os espero en el bar, como se ha hecho en las bodas toda la vida.

—Tú te sientas en el lado de la novia, que para eso eres mi amiga, ¡y punto!

—Venga, mujer, ¿qué más te da? Seguro que la gente lo graba... Luego ya me enseñáis el vídeo..., si eso.

Lara levantó los dedos índice y corazón delante de mi cara y se inclinó.

—Tienes dos opciones: o te sientas en mi lado o te sientas en el de Asier. Bueno, en el de Asier mejor no, que Dani ha venido muy guapo. —Se guardó el dedo corazón y me señaló—. Como se te ocurra ventilártelo durante mi boda, te degüello. ¿Estamos?

—Mis ganas morenas. —Me reí—. No he visto todavía a la Barbie, pero no creo que ande muy lejos.

Mi amiga sonrió.

—Últimamente no le has cotilleado el *Insta*, ¿verdad?

—No, ¿por?

—Perdonad, chicas —dijo Anita, la cuñada de Lara, asomándose al interior de la carpa—. ¿Estás lista, cariño?

Lara se iluminó antes de asentir, cogió aire despacio y salió al encuentro de su

padre, que esperaba para acompañarla hasta el altar. No le vino mal tener un brazo donde agarrarse. Os juro que la vi tan feliz que temí que saliera volando.

2

INSTAGRAM

La boda fue... pues... una boda. La gente dice cosas, algunos lloran, luego los novios se dan un beso y, hala, todo el mundo a ponerse ciego a costa de los padrinos.

En el banquete campestre los más allegados siguieron con los discursos. Por lo visto, Dani dio uno superemotivo, pero me lo perdí: estaba evacuando los tres litros de cerveza que ya me había metido en el cuerpo. Para ser tan pequeña, aguanto como una campeona. Es la baza secreta que utilizo en todos los concursos de chupitos.

Bailé con los novios, eso sí, que yo también puedo ser superemotiva si me lo propongo.

Los cogí por banda a los dos cuando empezó a sonar reguetón y me puse en medio. La abuela de Asier se santiguó un par de veces al ver mis movimientos de *twerking*, pero, gracias a mi actuación, el vídeo de la boda tuvo mucho éxito en YouTube.

Era ya casi de noche cuando los recién casados se marcharon. Los muy sinvergüenzas se fugaron, aprovechando que yo estaba en el almacén robando alpiste para hacer más destornilladores. Tenía intención de irme con ellos. Me daba igual que fuera su luna de miel. Al día siguiente volaban a Fiyi. ¡A Fiyi! Si alguna vez me pierdo, buscadme en un lugar con playa. Estaré en el chiringuito de turno casi seguro.

Lara entonces no lo sabía, pero, después de Fiyi, no iban a volver a Madrid. Asier le había preparado una escapada sorpresa a San Francisco. Eran tan niños... De arcada fuerte, en serio.

Yo maldije sus estampas con los puños en alto cuando me enteré de que habían huido, juré al cielo que nunca más iba a pasar hambre —me encanta Escarlata, se siente— y seguí de fiesta. Lo que no reconoceré ni hasta arriba de absenta es que con los destornilladores brindé internamente por la salud de la unión de mis amigos, para que fuera de verdad eterna.

El rato de después lo tengo un poco turbio. Sé que canté y bailé subida en

alguna mesa y encima del padrino... Vamos, lo normal. Y también sé que andaban cerca Javi, el socorrista; Fabián, el del súper, y Gregorio, el gerente del camping. Pero no me acuerdo de más. Lo siguiente que conservo en mi memoria son sus ojos de caramelo.

Me vigilaban a un par de pinos de distancia, desafiantes... Me tuve que hacer la loca, que se me da muy bien, y fingir que iba al baño. En realidad, me quedé en la esquina del entoldado que ocultaba los inodoros portátiles y me aseguré de que lo que había visto en el Instagram de la Barbie era real y no un producto de mi perturbada imaginación.

—Natalie, hija, ¿no tienes frío? —me preguntó la madre de Lara, mientras apretaba los muslos con fuerza e intentaba alcanzar el aseo al mismo tiempo.

Me recordó a un pingüino y sonreí.

—Ni pizca, Inés. Llevo la calefacción central a tope desde el último chupito.

—Deberías ponerte una chaqueta. Y dejar de beber un rato.

—Lo mismo digo, que el Baileys no tenía ningún agujero, ¿eh?

Inés me sonrió con complicidad y consiguió llegar al aseo sin manchar la Tena Lady. Me lo dijo ella misma al salir, muy orgullosa. Me despedí de ella alabando su suelo pélvico, sin despegar la vista de la pantalla de mi móvil.

Joder. Era real. Lo habían dejado. Era tan real como... como... En fin, lo era, creedme, y sanseacabó.

Lo ponía bien clarito en el texto que acompañaba a la foto del atardecer:

«Todo lo que empieza tiene un final, pero el sol siempre vuelve a salir.

#Despedidas #NuevosComienzos #Libre #SingleLady #Freedom #Blessed».

(Cuidado, que poto).

Debajo del texto había un montón de mensajes del estilo:

«No te preocupes, tía, tú vales más».

«Jo, tía. Qué fuerte, tía. Me dejas muerta, tía».

«Eso es que alguien mejor te está esperando, ya lo verás..., te lo juro por Snoopy, tía».

¿Veis cómo ella y yo éramos superdiferentes? A mí también me habían dejado, y no me dio por divulgarlo en redes sociales. De hecho, solo me abrí la cuenta en Instagram para cotillear a la Barbie y para tener controlados a un par de actores

porno. Al final, la terminé cerrando. La de Xander Corvus era droga... dura. Je. Je. ¿Lo habéis pillado? Guiño, guiño... Bueno, vale, ya paro.

¿Dónde me había quedado...? ¡Ah, sí! Estaba en la esquina del entoldado, con el móvil en la mano, convenciéndome de que Dani había vuelto al mercado de solteros. Vale, pues... revisé la prueba que me lo confirmaba por última vez, guardé el aparato en mi bolso y me fui muy sonriente hacia la fiesta.

Me tuve que dar la vuelta, porque se me había olvidado hacer pis.

Ya que estaba, me repasé un poco el maquillaje de los ojos, que andaba en medio de la delgada línea que separa el *smokey* del *scary*, y me atusé los cuatro pelos morenos que me había dejado el último encuentro con mi peluquera.

Ay, mi peluquera... El día que la pille sola, se le van a quitar las ganas de volver a coger una tijera en su puta vida.

Me gusta llevar el pelo corto. Parecerme al niño del pijama de rayas, no. Por mucho que tiraba de mi supuesto flequillo, este no pasaba de la mitad de la frente. Tampoco es que quisiera el tupé de Tony Manero, pero, la Virgen, aquello era impenable... Desistí. Me re Coloqué el género dentro del *push-up* y estiré mi vestidito lencero negro de tirantes. (Nota para Lara: volvemos a estar en paz. Conseguí salir en camisón en casi todas las fotos de tu boda. ¡Ñiaaajajaja!).

Regresé a la fiesta con un único propósito: encontrar al hombre de los *candy eyes* y no soltarle hasta ponérselos en blanco en algún rincón del camping. No lo conseguí. Tenía un karma muy mal follado.

Después de un largo rato de búsqueda, descubrí que se había ido. Su Porsche ya no estaba en el aparcamiento. Solo había dejado un par de huellas de rodaduras y cantidad de polvo. Como el que me hubiera gustado pegarle a mí... Anda, ¡una comparación! Y me tiene que salir cochina... Subconsciente malo...

Desanduve mis pasos hacia la zona de las carpas, arrastrando los pies por la gravilla con un bajón de campeonato. ¿Quién me había mandado ir a cotillear el *Insta* de la pija? ¡Si ya me había enterado a la primera de que por fin tenía vía libre! Por incrédula, me quedaba sin chulazo.

Suspiré dramáticamente y pateé un par de piedras con todas mis ganas. La primera rebotó en un arbusto. La segunda, en el tobillo de Javi, el socorrista.

—Siempre que salgo contigo, termino lleno de cardenales —protestó, frotándose con energía la pierna maltrecha.

—Pero ¿y lo bien que te lo pasas?

—Eso sí. —Se bajó la pernera del pantalón y se incorporó para preguntarme —: ¿Tú en qué coche te vas?

—Yo duermo aquí hoy.

—Ya, me lo has dicho antes. Me refiero a ahora.

Le miré bizqueando. ¿Ahora? ¿Cómo que ahora?

—No te entiendo, Javi. Haz el favor de hablar en cristiano.

—Que nos vamos de bares al pueblo de al lado. La mitad de la peña se ha largado ya.

—Ah, pues... me da igual con quién irme. Donde haya un huequito, me meto.

—Entonces con Fabián y conmigo. No es el Porsche de tu amigo, pero él se ha pirado el primero. Le estaban picando los mosquitos al marqués. —Rio.

Me abalancé sobre él, le pegué un puñetazo en el hombro y le señalé con el dedo.

—Para ti, «señor marqués». Y dile a Fabián que se dé prisa... ¡Que corra! ¡Ya!

3

Eco

Fabián y Javi me dejaron en la puerta del mismo *pub* donde Asier celebró su vigesimooctavo cumpleaños y se fueron a aparcar. Yo llevaba tacones. Y una prisa tremenda por localizar al abogado.

El local era uno de esos antros donde la gente de bien entra con miedo a que un conocido los vea. Estuco ocre en las paredes, barra pegajosa y ventilación inexistente. La carta de bebidas era tan limitada como el espacio en los aseos, y la concurrencia solía estar formada por los adolescentes del pueblo y algún universitario perdido, matriculado en letras casi seguro. Los listos no pisaban ese tipo de tugurios.

Yo olvidé allí el último curso de filología por culpa de una borrachera con aguardiente casero, pero, bueno, Sanidad no lo había cerrado; por algo sería. Quizá porque estaba en el fin del mundo... Que Dani estuviera allí metido era como poner una taza de porcelana en un cumpleaños infantil: quedaba supermono, pero era imposible que su integridad siguiera intacta.

Eso me propuse yo por lo menos: *desintegrizarle* hasta que no le quedara ni gota. De integridad, me refiero. Tampoco era cuestión de deshidratar al muchacho.

Con Sia cantando lo mucho que le gustaban las emociones baratas, me abrí paso hasta la barra, donde reposaba su codo con estilo. A ver quién le despegaba... Aparté con un ágil movimiento de cadera a la aldeana que trataba de arrimársele por la izquierda y sonreí mucho.

—¿A qué vas a invitarme? —pregunté echando la cabeza atrás; me sacaba como medio metro.

Dani se inclinó un poco, para no dar voces como una servidora, y su boca risueña contestó:

—A nada.

A mí me pareció suficiente como charla preliminar. ¿Para qué más?

Le habría cogido tan ricamente de su camisa blanca, habría tirado hasta bajarle a mi nivel y le habría comido esa boca tan apetecible de mil amores..., bajando las manos inmediatamente hasta su magnífico culo, que con los pantalones

negros de pinzas estaba como para sacarle un molde de escayola y exponerlo... ¡en la Puerta del Sol! No sabe Manuela Carmena el pelotazo que pegaría el turismo.

En vez de comérmelo, tonta de mí, seguí dándole palique. Debieron de ser los nervios. Y que hablo por los codos, eso también.

—Venga, no me seas roñoso. Saca tu carterita de Versace e invítate a algo.

—¿Y por qué tiene que ser de Versace? —preguntó sin perder la sonrisa.

—Porque pega con tu Porsche. —Me inventé.

—Pues es de Tommy Hilfiger.

—Pues te toca cambiar de coche.

Con esa gilipollez le saqué la primera carcajada. Me sentí genial. Verle reír era una delicia. Su cuerpo se destensaba, sus facciones se volvían traviesas y el sonido que le brotaba era tan libre que me reverberaba dentro. Conseguía hacer eco en rincones de mi interior que llevaban vacíos demasiado tiempo.

La Virgen, qué cursi me pongo... ¡No te lo perdonaré jamás, Carmena!

Me giré hacia la barra para pedirle al chaval que había detrás un ron con Sprite. Dani pidió una botella de agua, sacó su cartera Hilfiger y pagó caballerosamente. Le di un buen trago a la copa, arrimándome a su cuerpazo; traté de dejar claras mis intenciones.

—Bueno, dime, ¿cómo quieres que te devuelva el favor? —pregunté, bajando un par de octavas el tono de voz, mirándole como una seductora, con la boca entreabierta... Solo me faltó levantar las cejas un par de veces y arrearle con el codo.

Él apoyó el suyo de nuevo en la barra, porque era un valiente, y se humedeció los labios.

Yo también.

—Creía que estabas rehuyéndome.

—Y yo, que seguías teniendo novia.

Sus ojazos verdes se abrieron un poco más de la cuenta.

—Ese hubiera sido mi problema, no el tuyo.

—No, bonito. Eso hubiera sido una putada bien gorda para ella. Y, nene, *female power* ante todo. —Levanté el puño, toda seria, y él rio entre dientes. Se libró de tragárselos por un pelo. Porque me pudo la cotilla que llevo dentro—. ¿Cuándo has cortado?

La sonrisa de Dani cambió de irritante a interesante. Parecía extrañamente satisfecho.

—¿Por qué sabes que lo he dejado yo?

—Porque soy muy lista —dije sin pestañear.

—Ya... —Sonrió y se inclinó hasta dejar su cara a un palmo de la mía. Su olor dulce y ahumado me recordó al aceite de sándalo, y, sí, me puso bastante tonta—. Antes de seguir con el tema, debo advertirte de que llevo cachondo desde esta mañana. —Abrí la boca para replicar, pero él me la tapó con la palma de su mano—: Cuando me estaba vistiendo, he tenido que parar y meterme otra vez en la ducha. La culpa ha sido de los *boxers* negros. Los de Emporio Armani. En cuanto los he sacado del cajón, me han traído el recuerdo de tus dientes clavados en ellos. —Deslizó sus dedos por mis labios y me acarició la mandíbula, el cuello y la nuca—. Conducir hasta el camping ha sido horroroso. Va a sonar a tópico, pero te prometo que he estado a punto de reventar la cremallera del traje. Y luego te he visto. Y he visto cómo huías de mí. Y..., joder, ¿tú sabes lo difícil que ha sido dar el discurso? Solo pensaba en seguirte hasta el baño, en aliviarme entre tus muslos... —Las pupilas de sus ojos esmeralda crecieron—. Y ahora te me plantas delante y te insinúas, pero lo único que parece interesarte es saber cuándo lo he dejado con Amelia. Y yo sigo tan duro que ni me acuerdo de cuándo fue. Ella colgó la foto de un amanecer...

—Era una puesta de sol.

—Eso. Gracias. De una puesta de sol. Pues debió de ser ese día... Ya sabes dónde puedes encontrar la fecha exacta.

Achiné la mirada y él se apartó, mostrando una sonrisa prepotente.

Maldito cuentista. Qué bien manipulaba, el jodío. Y lo dice una que tiene un doctorado en la materia.

—Utilizar tu influjo sexual para sacar información es una estrategia muy baja —le acusé.

—Y altamente efectiva.

—Porque te haya funcionado alguna vez, no te vayas a creer...

—Yo no me creo nada, yo lo sé. Y pienso utilizarlo en mi favor cuando me salga de los cojones.

Dios, qué mordisco se estaba ganando.

—Te recuerdo con la boca más limpia.

—Y yo a ti con menos ropa.

Su frase quedó flotando en el poco aire que nos separaba, caldeando el ambiente con los recuerdos que traía implícitos. Me hizo evocar el tacto húmedo de la piel de su pecho resbalando por mi espalda, de su boca abultada acariciando

mis omoplatos, de sus incansables caderas colapsando contra mis nalgas. Mi respiración se aceleró sola, atrayendo en cada aliento el suyo, fresco y sosegado. Cerré los ojos para paladear lo que guardaba en mi memoria sobre el sabor de sus besos. Sentí su mano derecha apretarse en mi nuca. La izquierda viajó con rapidez hasta mi cintura, se desvió por mi espalda y aparcó en mis nalgas, con una sola maniobra. Tragué saliva como buenamente pude.

—Me estás tocando el culo —murmuré.

—De momento. ¿Seguimos en mi coche?

4

EL ENANO GRUÑÓN

Me parece que está de más aclarar que la respuesta fue afirmativa. A estas alturas seguro que ya os habréis dado cuenta todos, menos los de letras, de que una servidora estaba como loca por amancebarse con el abogado.

De lo que quizá no os habréis dado cuenta, porque ni yo misma era consciente, es de que aquello iba a convertirse en un lío de los grandes. ¿Qué ocurre cuando te enrollas con alguien, te hace flipar, se vuelve inalcanzable y luego baja de su nube y te mete un polvazo digno de premio AVN? Pues que te complicas la vida, está claro.

Ahora sí lo veo así de claro; entonces solo lo planteé como lo que quería que fuera: fácil, húmedo y placentero.

Increíblemente placentero, os lo juro.

Había estado con muchos hombres, pero como Dani había conocido a pocos. Era demasiado hábil. Te envolvía, te absorbía, jugaba contigo hasta que quedabas aislada de todo lo que no fueran sus ojos y el demencial estallido que se producía en tus venas con cada una de sus caricias. Te hacía conectar. Conmigo lo consiguió en una sola noche sin apenas hablar. Con palabras, al menos: con su cuerpo me dijo de todo. Y todo bueno.

Mientras caminábamos hacia su coche no pude dejar de pensar en ello. Me fui poniendo nerviosa. Me daba miedo no volver a sentirlo tan intensamente. Y pánico volver a sentirlo con la misma intensidad. Hasta me llegó a parecer mala idea repetir. Luego le miré el culo y se me pasó. Si hubiera tenido neuronas, habría terminado con ellas. Causa de la muerte: exceso de velocidad. El enano gruñón que habita dentro de mi cabeza no volvió a ser el mismo después de aquella noche.

—Dos calles más y llegamos. ¿Te molestan los tacones?

—No, para nada. Bueno, un poco sí... No, llego hasta el coche. O... mejor me los quito. —Me descalcé y seguí caminando.

—¿Los vas a dejar ahí tirados?

—Bah, tienen más años que la tana. —Miré hacia atrás—. Ya no me pueden

denunciar por abandono a los servicios sociales.

Dani se llevó la mano a la frente y se la frotó con energía; con la otra mano rescató mis zapatos de la acera.

—Tenía que haberme pedido un whisky —murmuró.

Yo trastabillé por su comentario, pero me repuse en un santiamén y seguí caminando. No era el primero que había necesitado altas dosis de alcohol para aguantarme.

Divisé su Porsche negro aparcado junto a la tapia del cementerio municipal. Justo detrás de un contenedor de ropa usada. Iluminado únicamente por una farola desvencijada que emitía haces intermitentes. El antirromanticismo hecho escenario... Me encantó.

En semejante ambiente me sería más fácil controlar las sensaciones intensitas y el estado de nervios que me provocaban. Aquello iba a ser un polvo sin más. Emociones «baratas» era lo único que quería. Entonces ya había aprendido que las «caras» pueden llevarte a la ruina.

Dani sacó un llavero molón del bolsillo; su coche disparó varias ráfagas de luz blanca. Me adelantó, abrió la puerta del copiloto y se sentó. Con solo darle a un botón, sus largas piernas encontraron el espacio que necesitaban.

Yo también entré en el coche. Remangándome el vestido. Me senté a horcajadas sobre él y cerré la puerta. Sus labios alcanzaron mi cuello antes de que soltara la manilla.

Me enganché a su nuca; él descendió hasta mi escote. Me lamió el canalillo, lanzando mordisquitos eléctricos a izquierda y a derecha, gruñó con morbo, miró hacia arriba. Sus ojos me declararon su firme intención de consumirme, atravesaron mis retinas provocándome un escalofrío. Intenté tragar saliva, pero no pude: mi boca ya estaba seca.

—Siguen justo como las recordaba... —murmuró—. Suaves, prietas..., perfectas.

—Shhh. No hables. Me desconcentras —mentí.

Me mordió lo que asomaba por encima del *push-up*, por mentirosa. Su mano izquierda serpenteó con destreza entre nosotros. Sus dedos agarraron la tela de mi escote y la copa del sujetador y tiraron hacia abajo, liberando mi pecho. Su peligrosa boca fue directamente hacia mi pezón, lamiendo, chupando, arañando con los dientes... Sus manos sobaron mi carne con avaricia. Él no dejó de mirarme en ningún momento.

Tuve que cerrar los ojos. Los suyos me podían. Me decían cosas que yo no

quería saber. No podía permitirme el lujo de creer que brillaban para mí, que conmigo eran distintos, que me deseaban más allá de lo sensato. Yo solo quería sentirle en mi piel, no que se metiera debajo de ella. Adelanté las caderas, buscando acelerar el momento. Necesitaba centrarme solo en la meta: conseguir el orgasmo de dimensiones épicas que sabía que él podía regalarme. Y nada más.

Su mano derecha atrapó una de mis nalgas y tiró, ayudándome, apretándome. Respiró hondo entre mis tetas y maniobró con mi cuerpo hasta colocarme exactamente donde hacía falta.

—Oh, joder... —Abrí los ojos.

Notaba su base dura, frotándose en el lugar más sensible, y toda su longitud clavada en mi ingle.

—Me tienes a punto... —Me lamió el escote, el cuello, y se desvió hacia mi oreja—. ¿Me vas a dar un beso ya?

—No te lo has ganado —respondí, conteniendo un jadeo.

Esa negativa debería haberle hecho desistir en su empeño de despertar emociones no sexuales en mí, pero tuvo el efecto contrario. Le motivó aún más. Pareció dispuesto a demostrarme que, aunque nosotros casi no nos conocíamos, nuestros cuerpos eran capaces de reconocerse. Reaccionaban por sí solos, al margen de la lógica o mis deseos. Respondían el uno al otro dirigidos por una clase de instinto tan antiguo como el tiempo. Por separado eran capaces de obtener placer, pero juntos daban una nueva dimensión al verbo «sentir».

Me manejó como si fuera una parte más de él, con la naturalidad y la seguridad que da la costumbre. Me deslizó sobre su erección cuando mi sexo necesitó más fricción. Torturó mi lóbulo y gimió ronco en mi oído, adivinando que pocas cosas me ponían más en órbita. Dejó de sobarme el pecho y bajó hasta mi sexo al presentir que el roce ya no era suficiente. El pellizco que me dio en el monte de Venus me obligó a morderle la mandíbula, lo primero que pillé a mano. Noté en mis labios la deliciosa aspereza de su corta barba. En el vértice de mis piernas era ya puro fuego lo que sentía.

Él contraatacó mordiendo también la base de mi cuello, justo donde más me gustaba. Se apartó, con sus ojos de caramelo más negros que verdes, y besó mi barbilla. Subió, intentando atrapar mi boca, pero me aparté. Eché la cabeza hacia atrás y las caderas, hacia adelante.

—No te lo has ganado —repetí, presionándome contra su mano.

Sus dedos se colaron con rapidez debajo de mis bragas, y una sonrisa prepotente adornó su boca. Me dieron ganas de pegarle. Estaba muy mojada, de

acuerdo, pero no es que hubiera ganado el premio Nobel.

—¿Tú te imaginas lo que me gusta esto? —Acarició mis pliegues arriba y abajo. Se recreó con pericia, hasta que alcanzó mi interior con un gemido. Tuve que morderme la lengua para no suplicar más—. No, no te lo imaginas. No puedes ni acercarte. Esto es... —Curvó sus dedos—. Joder, es... demasiado. —Salió despacio y entró deprisa—. Demasiado bueno para que puedas imaginártelo. —Repitió el movimiento, varias veces, acelerando, empapándome—. Estás igual que yo. —Apoyó el pulgar sobre mi centro y me arqueé entera. Eché las manos atrás y clavé las uñas en el salpicadero—. Estás tan rendida como yo, Nat. —Su mano libre se ocupó de mi pecho, pellizcándome, enloqueciéndome—. Y eso me la pone tan dura...

Sentí más presión en mi interior, su pulgar se apresuró y disparó a mis caderas. Sus ojos no soltaban los míos. Brillaban demasiado para estar tan a oscuras. Me hablaban en un idioma que hacía confesar a mi cuerpo. El pecho se me llenó de anhelo, latidos y ganas de gritar su nombre. Un fuerte calambre sacudió mis piernas. Un orgasmo que amenazaba con partirme en dos comenzó a formarse a un palmo de mi ombligo.

—¿Lo quieres ya?

Asentí como pude, notando mi interior expandirse, las contracciones, la irrefrenable tensión. Su mano ascendió hasta mi nuca, acercándome, implicándome. Solté el salpicadero y me aferré a sus hombros. Su boca abultada tan cerca, su hábil mano tan dispuesta, su mirada turbia y orgullosa... Mis pies se curvaron... y él sonrió.

—Venga, salta... Yo te sujeto.

Fue un «carpado» hacia dentro con doble tirabuzón. Nota de los jueces: 10/10.

Mi enano aplaudió entusiasmado, fabricó un cojín con la cara de Dani estampada a color, se recostó sobre él y se fumó un cigarrito.

5

ALGO MÁS

Cuando quise regresar del chapuzón, estaba tumbada sobre Dani, con la cara hundida entre su cuello y su hombro, muy mojada y con poco aire en los pulmones.

Su mano derecha había abandonado mi ropa interior y me acariciaba, perezosa, el muslo y la cadera. La izquierda seguía agarrada a mi nuca, sujetándome, como se había comprometido... Me sentí incómoda.

No supe encajar la magnitud de sus palabras.

No me culpo, porque pocas veces lo hago y porque fue mucho más tarde cuando llegaron a ser grandes. Aquella noche solo fueron una fórmula, uno de esos trucos de abogado con piquito de oro. O eso me obligué a creer.

Dani apretó los dedos que sostenían mi cuello y me separó de su camisa, emborronada de maquillaje. No había dejado de sonreír, el muy imbécil. Ya no era esa mueca prepotente tan irritante, pero seguía destilando orgullo.

—¿Me lo he ganado ya? —dijo a un mordisco de mis labios.

—Pse... —Tragué saliva. Los putos nervios—. Te he manchado la camisa.

—¿Y?

—Y seguro que también los pantalones.

Negó con la cabeza, desplegando la sonrisa hasta mostrar los dientes.

—¿Algo más?

—Creo que te he arañado el salpicadero.

—No me jodas. —Me apartó de un solo movimiento y palpó el cuero—. Hostia puta, Natalie.

Natalie, servidora, se estaba clavando el riel del asiento en la zona oscura, pero no se escucharon quejas al respecto. No tuve ovarios. Quise encogerme como Alicia en el País de las Maravillas y desaparecer por el ojo de alguna cerradura.

Dani se vació los bolsillos sobre el asiento del conductor y metió la llave en el contacto. El interior del coche se iluminó al momento, y, sí, señores, ahí estaban las marcas de mis uñas, redecorando el antes impecable cuero.

—Lo siento —murmuré.

Pero no dije nada acerca de pagarle los daños. Quiero a mis dos riñones por igual. Habría sido imposible decidirme.

Él sacó la llave del contacto, el coche volvió a la penumbra intermitente y yo me desincrusté el riel del ojete (me encanta esa palabra, se siente).

Cuando se giró para mirarme, no me entraba ni el pelo de una gamba, palabra. Tan serio, tan grande...

—¿Algo que alegar en tu defensa?

—Solo lujuria, señoría.

Sus labios se curvaron un pelín. Yo me adelanté juntando los codos, por si la mercancía podía ayudarme a rebajar la condena.

—Entonces está claro que eres culpable. ¿Qué piensas hacer para compensarme?

—Te puedo dar el beso que me llevas suplicando toda la noche.

—Me gustan mucho tus besos, no te lo voy a negar, pero no me vale. Dale una vuelta más.

—Dili ini viilti mis —mascullé. Dani trató de no sonreír, pero fue inútil—. ¿Qué sería del agrado del señor marqués? ¿Una caja de habanos, unos gemelos de Bvlgari o un unicornio gris?

—Me quedo con el unicornio. Ni fumo ni uso gemelos.

—Pues mañana te lo pido. ¿Te lo mando al trabajo o...?

—No, no. Me lo traes tú. —Se deslizó en el asiento, me agarró de la cintura y me montó sobre él—. Así, cabalgándolo hasta mi piso.

—Imposible. No he renovado el permiso para conducir unicornios. Va a tener que llevártelo Seur.

—¿Te doy la dirección?

—Seguro que la encuentro en la guía. Tú tranquilo.

—No me fío de las guías, mejor me pasas tu teléfono y te envío la ubicación.

Solté una risotada seca.

—Esta vez te he pillado —dije muy satisfecha—. Y la respuesta sigue siendo la misma que el verano pasado: no.

Estaba mal de la cabeza, pero no tanto como para darle mi número. Lo usaría y entonces yo tendría el suyo, y aquello no era buena idea. Era una idea terrorífica. El apocalipsis hecho idea. Un mojón. Que se olvidara.

—Sabes que se lo puedo pedir a Asier, ¿verdad? —comentó, acariciándome las caderas.

—Si quieres que se quede sin descendencia, adelante.

—¿Tan pocas ganas tienes de volver a verme? —Sus manos se deslizaron bajo el vestido y coquetearon con la seda que ocultaba mi trasero.

—Para volver a verte no hace falta que te dé mi teléfono.

Ya me lo encontraría en algún lado el día menos pensado. Mi karma podía ser cruel hasta esos límites.

—¿Ah, no? —insistió—. ¿Y cómo contacto contigo?

—Estoy en LinkedIn.

—Y como una regadera. —Rio—. Pero prometo buscarte.

La seguridad con la que pronunció esas palabras me hizo tensarme. Estaba de más. Entre nosotros no cabía ningún tipo de compromiso.

—Ahórrate las promesas conmigo —le advertí.

—Contigo no pienso ahorrarme nada.

Se revolvió bajo mis piernas y subió las manos hasta mi espalda. Tuve que apoyar los antebrazos en el asiento para no estamparme contra su boca.

—¿Me lo estás poniendo difícil por algo en especial o solo estás jugando? —preguntó sobre mis labios.

—Jugando, claro —mentí.

—¿Y si te digo que me estoy cansando del juego?

—Pues bésame tú.

—No. Quiero que lo hagas tú. Que lo hagas, porque tienes tantas ganas como yo.

Puto loco. Yo me moría de ganas. Sus besos eran como el mejor vino: entraban muy suaves, te hacían cerrar los ojos y gemir de gusto al paladear su complejidad y se quedaban en tu boca mucho después de haberlos consumido. Embriagaban. Por eso precisamente no le besaba.

—¿Nadie te ha dicho que hablas demasiado? —pregunté, contoneándome sobre su entrepierna.

—¿Y a ti que estás demasiado buena? —Besó mi cuello.

—Me lo dicen continuamente —bromeé, para disimular el estremecimiento que me provocó su beso.

—Lo veo normal. —Alzó las caderas, golpeando el interior de mis muslos, desenmascarando mis precauciones—. Quítate las bragas, preciosa.

—No sé si me gusta que me llames «preciosa» —dije maniobrando con mi ropa interior.

—Te gusta, no mientas. Cuidado con la rodilla... —Amenazaba peligrosamente a sus pelotas—. Sube la pierna..., así. Joder, Natalie, qué elástica

eres...

—Hacia *pool dance*. —Bajé la pierna y le metí mis bragas en el bolsillo de la camisa—. Lo dejé por los moratones. Y porque me tentaba demasiado lo de ganarme la vida como *stripper*.

—Te forrarías. —Me acarició las nalgas a manos llenas.

Las mías ya estaban ocupadas con sus botones blancos.

—Quizá me lo replantee. Estoy hasta la seta de la tienda.

—¿Ahora trabajas como dependienta?

Asentí, tiré de su camisa, él se despegó del asiento y me ayudó a quitársela.

Qué torso, la Virgen. Nada exagerado, todo marcado y con el pelito justo. Natural, armonioso, terso, apenas bronceado, de sobra apetecible. Recorrí todo su pecho con las manos, sus hombros, el camino de vuelta, abdomen, cintura, costados... No podía dejar de tocarle. Su tacto era hechizante. Me mordí el labio inferior con fuerza. Ese gemido no tenía que salir. Dani agarró mi cara con ambas manos y me atrajo hasta su boca.

—Tú ganas —murmuró, antes de liberar mi labio con el pulgar y atraparlo con los dientes.

No me mordió, solo me retuvo para acariciarme con la lengua, deslizó las manos por mi cuello muy, muy despacio, inspiró hondo y me estrechó contra su piel caliente. Casi entré en éxtasis. Tuve que cerrar los ojos y sacudir las caderas. Apremiarle. Aquello era demasiado intenso. No debía gustarme tanto.

Dani soltó mi labio y ladeó la cabeza; me besó dos veces, suave, dulce, imponiendo la persuasión como regla básica del juego. A la tercera tuve que responder. Cedí a la necesidad que me gritaba calmar cada átomo de mi cuerpo. Abrí la boca... y me perdí. Por su culpa. Porque él me besó con la urgencia del momento y algo más. Algo profundo, que me revolvía entera, lo notaba hasta en los huesos. Su lengua hacía magia dentro de mi boca, pero yo la sentía mucho más dentro, rozando zonas que aún seguían en carne viva. Me hizo temblar. Él lo percibió y se acercó más para darme el calor que parecía necesitar, sin dejar de besarme con esas ganas... y algo más.

Obligué a mis manos a centrarse en su bragueta. Mis dedos no respondían, se enredaban, los muy inútiles, intentando soltar el maldito botón. Se me escapó un gruñido. Que le puso como una moto. Todo se precipitó...

Por fin, joder.

Por fin, solo éramos manos, jadeos y prisas. Rápido, húmedo y placentero. Látex, silencio y ojos cerrados. Al menos los míos. No podía abrirlos; bastante

tenía con asimilar su tremenda erección dentro de mí y respirar al mismo tiempo.

Llegué al orgasmo antes que él. No lo vi ni acercarse. Me dejé llevar por la necesidad de alcanzar la meta y Dani hizo el resto. Me empujó a la victoria con la destreza de un líder. Después solo pude gemir, pletórica, alzando mi grito al cielo.

Le oí reír, orgulloso de su gesta, y me abalancé sobre su cuerpo, obligándole a apoyar la espalda en el asiento, callando su puta boca con un beso y con el movimiento de mis caderas. Bendito *twerking*. Le rematé en un suspiro. Lo malo fue cómo lo hizo. Se abrazó a mí, envolviéndome entera, haciendo de mi cuerpo un refugio para el suyo, y gimió mi nombre en mi oído.

Ese «Natalie» lleva habitando un rincón de mi vacío desde entonces.

6

UN DESEO

El reencuentro con Natalie no fue como esperaba, pero eso no es aclarar gran cosa: con ella nada es previsible.

Sabía que estaba invitada a la boda, por descontado, y también que acudiría sin acompañante; me había ocupado concienzudamente de confirmarlo. Lo que se me escapó fue que el año que habíamos pasado desconectados se había dedicado a mantenerse informada sobre mis hábitos sentimentales.

Me sorprendió, y llegué a preguntarle sin rodeos cómo había averiguado que había sido yo el causante de la ruptura..., y ella me respondió con una impertinencia.

Será una locura, pero esas salidas de tono tan tuyas me gustaban: destilaban arrogancia y valentía, me hacían crecerme. De ahí salieron el *speech* con el que terminó confesando y una nueva herramienta embaucadora para desarmar a la guerrera de ojos marrones que quise ver a mis pies, sin ningún tinte sumiso en mis intenciones. Lo quise literal y obscenamente. Quise que volviera a regalarme una noche para el recuerdo y, de paso, demostrarle que yo no era un tipo cualquiera.

No me considero más que nadie, pero tampoco menos. Desde luego, no soy alguien a quien se pueda ignorar voluntariamente. No si en mi mano está evitarlo. Por eso me propuse dejárselo claro. Si ella se creía muy lista, yo le iba a enseñar un par de trucos nuevos. Si me acusaba, le daría pruebas de sobra para aumentar los cargos. Si se insinuaba, me metería en sus bragas antes del siguiente pestañeo.

Estuve a punto de hacerlo en aquel *pub* insalubre. En el breve lapso que Natalie mantuvo los ojos cerrados, evadiéndose en mis caricias, me dio tiempo a calcular, al menos, tres lugares donde podríamos haber pasado un buen rato. Pero ni el minúsculo baño ni el recoveco que formaba la entrada al almacén ni la oscuridad que ocultaba el final de la barra me parecieron lugares adecuados, y terminé ofreciéndole mi coche. Lo mejor que tenía a mano.

La observé mientras nos dirigíamos hacia el cementerio, percibí cómo iba

poniéndose nerviosa y cómo esa inquietud elevaba su espontaneidad hasta cotas que podían ser insuperables. Me habría venido de perlas un whisky. Algo de arrojito artificial que suplantara el que iba desapareciendo tras sus pasos.

El movimiento de sus caderas hacía bailar con tal estilo la falda de su vestido que llegué a acobardarme. Solo un instante, afortunadamente, aunque me planteé si sería capaz de aguantar más de tres bamboleos seguidos de esas caderas. Me tenía al límite. Excitado por el desafío que me suponía ella en sí misma y por la recompensa que escondía su espectacular cuerpo.

En cuanto entramos en el coche, fui directo a conseguirla. Solo quería hundirme en ella y recoger mi premio, pero se me puso chula. Me mandó callar, me negó su boca y apartó la mirada cada vez que yo le dije con la mía lo mucho que estaba disfrutando.

En dichas circunstancias os aseguro que me causó más placer ver cómo se derretía con mis manos que recibir mi propio beneficio. Ella se rindió a lo que corría entre nosotros y a mí se me escapó un deseo, que dudé querer que se cumpliera.

Ser la red de seguridad de alguien es una responsabilidad demasiado grande para asumirla a la ligera.

Aun así, a Natalie la seguí sujetando... hasta que confesó que me había arañado el salpicadero. Ahí se me escaparon el filtro, la galantería y cualquier atisbo de buenas maneras. Era mi coche, joder; tenía derecho a soltar cuatro improperios.

Al revisar los daños, me relajé. Apenas era nada, y, además, para eso pagaba un dineral al seguro, pero la reacción de ella me volvió a incitar. En vez de montar en cólera, a ella le dio por negociar, y a mí, la coartada perfecta para enredarla.

Me descubrió pronto la treta, y de nuevo recibí una negativa en vez de un número de teléfono. Me vais a perdonar el lenguaje, pero me tocó tantísimo los cojones que grité un «¡A tomar por culo!» interior y fui con todo.

Acabé vaciándome entero dentro de ella, entregado, entonando su nombre, mientras ella vibraba entre mis brazos.

Fue muy especial, como cada momento a su lado, pero no tanto como el rato de después.

Nos dedicamos a besarnos. Profusamente. Ya sin el ansia de llegar a ningún sitio, solo con gula, por gusto, por la estricta necesidad de transmitir a través de algo tan íntimo lo que no se puede comunicar de ninguna otra forma.

Por ambas partes hubo afán de extender ese momento. Cuando una de las

bocas se detenía, los labios del otro tomaban el relevo. Besos cortos. Leves roces carnosos. Tímidos mordiscos. Y vuelta a empezar. Lenguas despiertas. Suspiros profundos. Hondos abrazos en los que nuestras pieles amenazaban con fundirse... y confundirse. No éramos uno, ni siquiera formábamos parte de la vida del otro, pero nuestros cuerpos no opinaban lo mismo.

La evidencia resultó perturbadora, al igual que el verano anterior, y, de la misma manera, trajo de la mano un cerrojazo de Natalie. Se apartó de mi cuerpo jadeando, se cerró a cal y canto con dos vueltas de llave y me pidió que nos marcháramos.

—¿Tienes que darle de comer al gato? —pregunté, molesto por encontrarme al otro lado de la puerta.

—No, pero debe de ser tarde. —Desvió la mirada.

—¿Y qué?

—Y... nada. —Se encogió de hombros—. Que necesito descansar. Está siendo un día demasiado intenso... —Carraspeó y estiró la espalda—. Las bodas me agotan la energía vital.

Me planteé insistir, pero la ansiedad que transmitía su expresión me frenó. No quería exigirle nada, bajo ningún concepto, no es mi estilo. Lo que sí quería era volver a verla. Lo tuve más que claro. Me dieron igual sus advertencias posteriores sobre los cuentos de hadas. Yo no buscaba convertirme en su príncipe, solo en su amante, y si para conseguirlo tenía que usar un par de tretas de bandido, la causa bien lo valdría.

7

¡NUNCA MÁS!

—Estás demasiado callada.

Dani enderezó el volante al salir de una curva, con un gesto de concentración que me resultó demasiado erótico, y me miró.

—Tengo sueño —mentí, desviando la vista hacia la ventanilla.

—¿Estás segura de que quieres quedarte en el camping?

No estaba segura. De nada. Tenía tal mogollón en la cabeza que solo sabía cómo me llamaba. Y porque mi nombre no dejaba de repetirse con su maldito gemido ronco.

—Sí, en el camping me va bien. O, si no, pues... aquí mismo en la cuneta, ya me recogerá alguien.

—Si paro en la cuneta es para repetir, no para que te bajes del coche.

—¿No has tenido suficiente? —le reproché.

Negó con la cabeza y redujo la marcha para enfilar otra curva.

—No he tenido ni para empezar.

—Pues te va a tocar apañarte tú solo. Una servidora se apea en el siguiente desvío.

—¿Cuántos días vas a quedarte en la sierra?

—¿Días? No, no. Yo mañana regreso a la civilización en el primer autobús. Tengo que trabajar el lunes.

—¿Y no sería mejor que te acercara yo ahora? —Apoyó la mano en mi muslo —. ¿Dónde vives?

Su pulgar, acariciando mi piel desnuda, hizo que mis nervios se aceleraran tanto como su Porsche.

—En un barrio superchungo. Si entras con este carro, no te dejan ni los tapacubos.

—Este coche lleva llantas —sonrió—, y seguro que no es para tanto.

Tenía razón. En Chueca lo único superchungo que hay es el cardado de algunas. Y el Black and White. Eso es lo puto peor. Desde que me encontré a Gurruchaga dentro, no he vuelto ni a asomarme a la calle (no me gusta la

Orquesta Mondragón, se siente).

—Eh... Dani, te acabas de pasar el desvío.

Señalé hacia atrás y él se encogió de hombros.

—Un despiste. En cuanto pueda, doy la vuelta.

Fue mentira. La bestia parda que conducía siguió devorando kilómetros bajo su diestra mano. La que no soltaba mi muslo me estaba poniendo atómica. Me transmitía su calor y lo concentraba en unos pocos centímetros de piel. Todos mis sentidos estaban centrados en ese punto de contacto, desorientándome. Todos menos la vista: a esa conseguí atarla en corto, obligándola a no desviarse de la negrura que había más allá de la ventanilla.

Dani terminó asumiendo mi extraño silencio y puso música. Le vi por el rabillo del ojo apretar varias veces un botón del volante antes de que Matt Simons nos cantara acerca del lugar adonde iba a ir.

No quise hacer caso a la melodía buenrollista y mucho menos a la letra, pero... era imposible. ¡Yo hablaba inglés de puta madre! Viví año y medio en Dublín, y me ligué a tantos guiris que me habían convalidado el Proficiency. No podía evitar ir traduciendo las frases... «*Despertar esa pequeña parte de mí que en el día a día no puedo ver*». «*Podemos contarnos los secretos y recordar cómo amar*». «*Estoy dispuesto a perder los pies, llévame al lugar*». Aquello sonaba a mensaje subliminal. El enano de mi cabeza levantó el pulgar derecho y besó con lengua a su cojín. Yo saqué el móvil del bolso y pregunté si podía elegir el siguiente tema.

—Claro, puedes sincronizarlo con el equipo.

Trasteé con mi teléfono hasta que mi cuenta de Spotify apareció en la pantalla del salpicadero.

—Es táctil. Dale a la que quieras.

Recuperé el móvil, seleccioné el tema y subí el volumen a tope.

Alaska empezó a cantar que iba a negar la evidencia delante de ella, que si no podía ser, no lo quería ver, que para qué saber lo que no se podía cambiar. Me hice la sueca un par de estrofas solo tarareando, luego hinché los pulmones para corear:

—«*El amor es una construcción burguesa, una invención medieval, un cuento de hadas desquiciado. ¡Nunca más! ¡¡Nunca más!! ¡!!!Nunca más volveré a creer en una fantasía tan delirante!!!*». —Dani me miró con las cejas acariciando el nacimiento de su pelo—. *Fiesta en el infierno, nene*. —Levanté el puño—. *Larga vida al glam*.

Él no lo dijo, pero sé que en ese momento me declaró mentalmente perdida. Yo me di por satisfecha y seguí berreando. Prefería pasar por loca que por blanda.

Era mi manera habitual de defenderme, y la utilizaría las veces que hiciera falta para seguir protegiendo a mi corazón magullado.

Hacía por entonces casi dos años que todo había terminado, pero aún seguía sangrando. No entendía por qué el tiempo no había conseguido cicatrizarlo, y empezaba a creer que hay heridas que no curan. ¿Cómo hacerlo siendo tan profundas?

Él se llevó veinte meses de mi vida, mi fe en el amor y mi autoestima.

Luché mucho cuando se marchó, pero solo pude recuperar la última. Gracias a ella, a la imprescindible confianza, también pude reencontrarme.

En nuestra relación, la verdadera Natalie no tuvo espacio, no encajaba, se fue anulando. Me convertí en un subproducto, en una marca blanca de mí misma, mucho más barata y de peor calidad. Era lo que él necesitaba para alimentar su inseguridad. Y conmigo se dio un banquete. Fagocitó mi energía, me deshizo en su interior a base de acidez y lágrimas y me cagó; me despreció como la mierda que él creía que yo era.

Todavía me culpaba por haberlo creído también.

Cuando se marchó, dejó tan poco dentro de mí que no me fue difícil ver el fondo. Y allí, silenciada en un rincón desangelado y frío, estaba yo: la pequeña del enano gruñón, la hermana bromista, la hija besucona, la amiga juerguista, la amante desinhibida..., la loca.

No os quiero engañar: me costó mucho trabajo volver a sentirme entera debajo de mi piel. Al principio, todo me quedaba grande... Pero lo conseguí. Y os juro que aprendí la lección. ¡Nunca más!

Renuncié al amor para amarme más a mí misma. Fue un sacrificio enorme, pero arranqué de mi cabeza la idea de que yo valía tan poco que merecía tener a mi lado a alguien que me lo recordara continuamente. Entendí que merecía ser tan feliz como cualquiera, ni más ni menos, y que de ninguna manera podía resignarme a no serlo. Si el precio que debía pagar era estar sola..., bendita soledad.

8

EL TELETUBBIE

El recuerdo de mi herida me amargó bastante el viaje, pero lo disimulé con soltura. No dejé de cantar *greatest-no-love-hits* hasta que conseguí apearme del Porsche en la plaza de Cibeles. Cosa que no me fue fácil.

Pensé que Dani debía de ser masoquista, porque, por mucho que berreaba, el tío no quería pararse. Decía que era muy tarde para que anduviera sola por la calle. Yo le enseñé el *spray* de pimienta que me regaló mi mejor amiga, Greta. A ella uno similar le sirvió en su día para repeler una agresión sexual, por eso yo siempre lo llevaba en el bolso: por si tenía que recordarle a algún gañán el significado de la palabra NO. El abogado lo miró con recelo, me informó de que podían multarme por tenencia de arma prohibida y siguió conduciendo hasta el mismito centro.

En Neptuno intenté escaparme cuando se cerró el semáforo, pero él bloqueó las puertas.

—¿Quieres que te atropellen?

—¡Pero si están todos parados!

—Tienes que cruzar varios carriles, no te va a dar tiempo.

—Ya se esperarán...

—Seguro que sí. —Negó con la cabeza antes de meter primera.

Yo le pellizqué el interior del bíceps derecho hasta que desbloqueó el cierre centralizado en la siguiente plaza. Le solté, le di un beso en su mejilla rasposa y me bajé. Le vi hacer aspavientos mientras correteaba por delante de su coche. Le lancé otro beso con la mano. Después me marché sin mirar atrás.

Llegué a mi piso compartido con los pies hechos polvo y muerta de frío. Madrugada de septiembre y vestido lencero no es *bien*. (De nada). Me descalcé de dos patadas en el recibidor, estampando uno de los tacones contra el zapatero. El manojo de llaves lo lancé con la intención de encestarlo en el bol de cerámica que había sobre el mueble. Siempre me salía. Pero esa noche rebotó en el borde, cascó el cacharro y todo lo que contenía terminó desparramado por la tarima.

—*Cagien* la leche —gruñí.

Tardé media hora en arreglar el estropicio. Al terminar, en mis dedos había más pegamento que en el bol; sentía las yemas acartonadas, y se me pelaban al desprendérmelo. Enfilé el pasillo, dejando atrás la cocina y el salón, abrí la primera puerta de la derecha, renegando, y entré en el cuarto de baño común. Mi habitación no tenía, y por eso era más barata, y perfecta para mí.

No me daba ningún reparo compartir baño y sí volver a casa de mis padres. No porque no los quisiera ni nada de eso (os adoro, papis, ¡a *full* con la *family*!), sino porque mi independencia era demasiado sagrada como para sacrificarla por algo tan insignificante como un lugar de higiene privado. Además, ya estaba acostumbrada. Hubo un tiempo en que en mi casa éramos ocho para un cuarto de baño y un aseo. Nueve, cuando le tocaba el mes a mi abuela itinerante.

No es que fuéramos pobres, pero vivíamos apretados. Mi madre es profe en la Universidad Autónoma, y se lo gana bien, pero mi padre no trabaja; de forma remunerada, me refiero: de curro ha ido bien servido siempre el hombre, porque fueron unos inconscientes y trajeron al mundo media docena de hijos. Yo soy la cuarta. En casa nadie me hacía ni caso. Seguramente por eso desarrollé la habilidad de dar la nota. Además, en mi barrio era cuestión de pura supervivencia. En Fuencarral somos así de chungos. Mis padres y mi hermana, la pequeña, todavía viven allí. Yo me fui la segunda. El idiota de mi hermano, el mayor, me adelantó por unos meses.

El último curso de filología pillé una beca Erasmus en Dublín. La puta caña. Me sentí tan a gusto en la islita esmeralda que no me sacaron de allí hasta un año y medio después. Camarera, *babysitter*, pinche de cocina..., fui enlazando trabajillos, acumulando experiencias, atesorando personas, y viajé mogollón. Es una de las mejores cosas que tiene ser emigrante: creas una especie de vínculo solidario con las personas que están en tu misma situación y no se hace extraño compartir navidades en la República Checa o pasar un finde en Brujas para celebrar el cumpleaños de un padre que no es el tuyo. Si alguien encontraba un vuelo-chollo, el resto nos movilizábamos para conseguir alojamiento por la cara. Yo me traje a cinco en Semana Santa, y, menos ir de procesiones, hicimos de todo. ¡Menudas torrijas! Fue bestial. Y también el viaje que marcó mi regreso.

No volví a Irlanda. Ni siquiera para recoger mis cosas. Me las mandaron mis colegas por mensajero, directas al piso de Jaime. Ya vivíamos juntos. Tardamos solo un fin de semana en decidirlo. En mi casa se montó una buena, pero les hice oídos sordos. Me refugié en mi nueva vida y cerré la puerta a todo aquel que tuviera que opinar algo en contra. No sabían de lo que hablaban; lo nuestro era

amor, y, por amor, hay que estar dispuesto a sacrificarlo todo.

Me miré en el espejo del cuarto de baño y me sonreí con amargura, sintiendo latir mi herida.

—Hay que ver lo gilipollas que puedes llegar a ser, Natalie.

Dejé el bolsito sobre la encimera del lavabo para descorrer con cuidado la puerta de la mampara. Pasaba mucho de molestar a mis compañeras de piso, porque eran las mil y gallo, pero necesitaba asearme. Todo mi cuerpo olía a odioso sándalo.

Delicioso sándalo.

Gradué la alcachofa, haciendo que soltara la mínima agua imprescindible, y la dejé correr sobre el fondo de la bañera. Estaba quitándome el sujetador —oh, Señor, qué gusto— cuando mi bolso vibró sobre el mármol.

Arrugué la nariz al mirarlo y me acerqué, recolocándome los tirantes del vestidito. No eran horas para mensajes; quizá había sido una alerta del *Insta* de Xander... Sonreí al abrir la cremallera.

—¿Quién eres? —pregunté, guiñando los ojos para enfocar la minifoto que acompañaba el mensaje.

Le di un golpecito con el índice y... ¡pop! Era Dani. Vestido con un mono rojo de piloto de carreras, en algo que parecía como un *box*; había ruedas por lo menos... Tenía las manos metidas en los bolsillos y sonreía mirando fuera de cámara, hacia las pistas. Qué guapo era, el jodío. Hasta vestido de Teletubbie.

Sonreí, ampliando la foto todo lo que pude, y luego pegué un brinco.

—¡Que me ha escrito!

Sí, no caí en la cuenta hasta entonces; el alcohol es malo. (De nada). Me pregunté cómo coño tenía mi número. Eso sí, perjuré en hebreo, me dieron ganas de arrojar el móvil al inodoro y que los monstruos mutantes del Manzanares lo devoraran... Lo normal. Luego, ya abrí el chat.

Antes de que te pongas como una fiera...

Espera, que te pongas como una fiera no es mala idea.

Es una idea cojonuda.

Me he puesto duro solo con imaginarte hecha una fiera.

Pero, en fin, a lo que iba...

No te enfades por haber violado la intimidad de tu teléfono.

No habría tenido que hacerlo si no me hubieras mentido.

No estás en LinkedIn.

Y quiero repetir.

Quería haberlo hecho en tu portal, de pie, en el primer rincón que hubiéramos encontrado.

Si hubiera sabido que ibas a lanzarte casi en marcha del coche, habría parado en la cuneta.

No he podido ni darte las gracias por el regalo, que ya he sacado del bolsillo de la camisa.

No pienso admitirlo, pero no tengo intención de lavarlas.

9

VERDE

El aluvión de mensajes se descargó en la pantalla y yo casi gripé. Tuve que sentarme en la taza del váter y plantar con fuerza los pies en el suelo.

—Pero... ¿qué coño...? ¿Cómo ha...? ¡Cagüen Spotify! ¡Virgen santa, la que me ha liado! Joder, joder... ¡Joder!

Me puse en pie, me volví a sentar, releí los mensajes, me mordisqueé los padrastrós, escribí un par de letras, las borré inmediatamente y salí del cuarto de baño más nerviosa que Doraemon en una aduana.

Corrí por el pasillo como un pollo sin cabeza, hasta el fondo. Necesitaba ayuda. ¡Urgente! El apocalipsis había llegado, y, en vez de jinetes, habían mandado a un piloto de carreras, abogado, dios del sexo, ojos de caramelo, aparato de palmo y medio y sonrisa devastadora. ¡Socorro! Abrí la habitación de matrimonio sin llamar y no encontré a Sonia ni a Arancha dentro. Me abalancé sobre la puerta de la izquierda y repetí la operación. Zoe tampoco estaba.

—¡Malas pécoras! ¿Dónde os metéis cuando se os necesita?

Seguí maldiciendo a mis compañeras frente a la segunda puerta de la izquierda, la que estaba más cerca del recibidor y enfrente del baño. Mi última opción. Titubeé antes de agarrar el pomo. Maiko me daba miedo. Era la típica coreana que utilizan de doble de niña poseída en las películas *ringu*. Como la de *The Ring*, pero con el pelo a tazón. Solo habría buscado su ayuda si el destino del mundo, tal y como lo conocíamos, sufriera una amenaza, y, como era el caso, pues abrí su puerta. Despacio, eso sí.

Me la encontré sentada en el borde de la cama, con la mirada perdida en la pantalla de su portátil apagado... ¡Apagado! Un escalofrío me recorrió la espalda, desde la nuca hasta el mismísimo culo. Cerré con cuidado y regresé al cuarto de baño.

También me apunté mentalmente trancar mi habitación con una silla por las noches.

Hasta eché el pestillo de la puerta del baño, que parecía Londres, todo lleno de niebla. El espejo empapado de vaho, el ventanuco que daba al patio de vecinos

chorreando... Cerré el grifo, me senté sobre la tapa del inodoro, me escurrí y terminé sobre la plaqueta, pero no solté el móvil en ningún momento.

—¿Qué coño le contesto?

No sabía qué hacer. Nunca me había encontrado en la dicotomía de tener que elegir entre lo que quería y lo que debía. Si yo quería..., pues lo hacía y sanseacabó. Pero ahí estaba en juego algo demasiadopreciado, algo que latía mucho más fuerte cuando Dani andaba cerca..., algo más.

Me obligué a levantarme del suelo y a reforzar mis defensas. No supe si era la decisión correcta, pero pensé que podía ser la menos peligrosa para mis heridas.

Muy señor mío:

No sé quién es usted, ni qué es LinkedIn.

Solo sé que es un marrano.

Y que mañana iré con mi nieto a denunciarle al cuartelillo.

¡Sinvergüenza!

Lo lancé muy satisfecha, pero no fui capaz de bloquear su contacto.

Era lo que debería haber hecho. Tuve el pulgar suspendido encima de la cruz, pero no pude. Mi enano empezó a patear, aferrado a su cojín nuevo, y me miraba con tal odio... que desistí. Ya lo haría más adelante. Cuando lograra apaciguar las amenazas del puto gnomo.

El teléfono vibró en mi mano antes de que llegara a soltarlo. Intenté ignorarlo, pero tampoco lo conseguí.

Nat, estoy viendo tu foto...

Y estás preciosa, por cierto.

Te sienta muy bien la playa.

Y los mojitos...

Conozco un sitio donde los hacen de muerte.

¿Quedamos a las siete y te lo enseño?

No hace falta que te molestes.

Seguro que ya lo conozco.

Me molesto porque me apetece, no porque haga falta, ¿de acuerdo?

Me dejó callada.

Cuando Dani se ponía borde, causaba tres efectos en mí: enmudecimiento, humedecimiento y enfurecimiento. Pero no del chungo, más bien de ese que te lleva a discutir con ardor para terminar de desfogarte con su miembro dentro. Un preliminar morboso... Y, a mí, otra cosa no, pero el morbo me puede.

Lo que te apetece lo has dejado bien clarito.

De lo que te has olvidado es de la opinión de una servidora.

Tú serás de repetir, pero yo no.

Como mucho, puedo hacer una excepción en ocasiones especiales.

Hasta las bodas de plata de Lara y Asier no toca la siguiente.

Nos vemos dentro de veinticinco años.

Si se te sigue levantando...

Hasta entonces, puedes seguir oliendo mis braguitas.

¡Pero deja de utilizar mi puto número de teléfono!

Ya te he advertido de lo que ocurre cuando te pones como una fiera.

¿Lo haces adrede?

Porque funciona, te lo aseguro.

Si no te lo crees, cojo el coche ahora mismo y lo compruebas en persona.

Mi sexo palpité con solo contemplar la posibilidad de que condujera hasta mi casa y me convirtiera en creyente. Dani seguía escribiendo... De pronto, paró. En la pantalla solo apareció:

Mira, no quiero seguir tecleando.

Voy a llamarte.

Hazme el favor de cogérmelo.

No llegué a contestar; su número apareció en la pantalla y, debajo de él, las dos opciones: rojo o verde. ¿Freno o avance?

Solo necesité cuatro tonos para encontrar la respuesta. Esconderme como un cobarde no podía ser una opción para mí, nunca más debía serlo, así que elegí el verde. El color de la maldita esperanza.

—¿Me puedes explicar por qué te gusta tanto ponérmelo difícil? —dijo como saludo.

—¿Y tú me puedes explicar por qué te crees con el derecho de violar mi móvil? —saludé yo, sentándome sobre el inodoro por enésima vez; al menos esta no me caí.

—No he creído en ningún momento que tuviera derecho a hacerlo, pero lo he hecho igual porque quería tu número, ¿tan horrible te parece?

—¡Pues sí!

—¿Pero por qué, joder?

—¡Porque es una idea totalmente apocalíptica, Dani! Tú no eres consciente de la gravedad del tema. ¡Las consecuencias serán terribles! Lo mejor que podemos hacer es eliminar nuestro contacto. Y prender fuego a las tarjetas SIM. Y a los móviles, si eso... Tampoco estaría de más que te mudes. A Laponia, por ejemplo. Allí no me voy a perder ni de broma.

—¿No te gusta el frío?

—Nada.

—¿Y por qué vives en Madrid?

«Porque soy pobre y una sentimental» era la contestación, pero preferí decir:

—Pues eso me pregunto yo. Mañana mismo me pongo a buscar un sitio adonde emigrar. Que tenga playa y nada de cobertura.

—Vamos a aclarar una cosa, ¿vale? Podías haber bloqueado mi contacto perfectamente. Si estamos hablando ahora, es porque tú quieres, así que, por favor, deja de tocarme los cojones.

Las tres fases se dispararon, deslizándose entre mis piernas.

—Ya te gustaría a ti que te los estuviera tocando...

—Pues sí, pero no fingiendo que te estoy molestando. Si no quieres hablar conmigo, solo tienes que colgar.

—Sili tiinis qui quilguir —mascullé sonriendo—. Eso ya lo sé. Igual que tú sabes que no te cuelgo porque me haces gracia, pero aquí acaba la historia, Dani.

Perdí la sonrisa y algo de calor dentro de mí. No me gustaba nada la idea, ni un pelo, pero era lo que había. Yo no podía dar más. No lo tenía. Había renunciado a tenerlo.

—Esa es la parte que no entiendo —dijo en un tono más suave—. ¿Por qué dejarlo aquí? Tú estás libre, yo también, nos divertimos juntos... ¿Cuál es el problema?

—Yo soy el problema.

Se me escapó, salió de una parte de mí aún en descomposición, y me dolió una barbaridad oírlo. Lo sentí tan cierto que agaché la cabeza.

—No me gustan las relaciones, Dani. No es lo que quiero, y no estoy dispuesta a empezar nada con nadie. Ni siquiera contigo, por mucha gracia que me hagas.

—Bueno, pues... no empecemos nada. Yo tampoco quiero ahora mismo nada estable. Acabo de salir de una relación que me ha hecho saturarme de estabilidad, te lo aseguro. Solo pienso en... algo más libre. Quedar cuando nos apetezca, cenar, bailar, follar, ir al cine, lo que salga. Sin presiones, lejos de cualquier tipo de compromiso...

—¿Así de fácil? —dije con burla.

No era el primero que me había propuesto algo parecido.

—Tan fácil como podamos hacerlo.

Pero ellos no eran Dani, claro.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Y yo qué cojones sé, Natalie? —Se rio—. El tiempo que haga falta, hasta que nos aburramos...

—No me vale. Necesito un plazo.

—¿Por qué?

Bufé. Esa pregunta tenía más miga de lo que parecía. El plazo era mi límite, algo tangible que me recordara que aquello tendría un final, la forma de atar en corto las alas de cualquier mariposa que osara recorrerme las tripas.

Yo no era tan descerebrada como parecía, en serio; sabía que Dani tenía todas las papeletas para poder convertirse en alguien importante para mí, y, por eso mismo, necesitaba protegerme.

—Porque soy una persona muy ocupada. Tengo que calcular cómo encajarte en mi agenda.

—Me cuesta creer que tengas una.

Joder, ¿cómo lo sabía? Yo era más de acumular pedazos de papel garabateados, que luego perdía.

—Me refiero a que necesito organizar mi tiempo.

—Y yo el mío, pero no pienso apuntarme tus citas. Eso lo hace mi asistente en el trabajo o el auxiliar de mi dentista.

—Pues pídeles que te echen un cable con lo mío.

—No pienso adaptarme a un plazo, Natalie —dijo, serio—. No insistas.

Me puse en pie y cuadré los hombros.

—Una lástima. En las bodas de plata nos vemos.

—¡Espera! —Sonreí. «Sonrisa de zorra manipuladora» se llama: me la enseñó mi hermana, la pequeña—. Tengo una alternativa: quedamos otra vez, una única vez más, sin censuras de ninguna clase..., y vemos qué pasa. Si después sigues pensando igual, borro tu número y tan amigos. Si cambias de opinión, renegociamos los términos.

Aquello sonaba a un contrato puro y duro. A un trato interesado e impersonal. A algo hueco e inofensivo, no a «algo más». Era perfecto. Aun así, no me privé de emitir la última réplica:

—¿Me lo vas a pasar por escrito y duplicado?

—Te lo voy a dejar tan claro que no va ser necesario.

10

LA CITA MÁS CORTA

Al final, quedamos esa misma tarde. A las ocho. En un *pub* irlandés cerca de la Plaza Mayor. Estaba lleno de guiris beodos que canturreaban y jaleaban a los televisores, animando a los futbolistas con insultos y escupiendo barbaridades a las mujeres en pelotas que bailaban en los videoclips, todo muy deportivo.

Me costó poquísimo encontrarle: brillaba demasiado en aquel ambiente, y eso que iba vestido de negro de arriba abajo. Dockers y un polo de manga corta con una coronita blanca de laurel bordada sobre el pecho. Estaba superguapo. Su barba, ya de cuatro días, le curtía el gesto y resaltaba el verde esmeralda de sus ojos; hasta hacían juego con los tréboles que adornaban el fondo de la barra de madera.

Noté cómo las palmas de mis manos se humedecían y me las restregué en los vaqueros *ultra Slim* que me iban oprimiendo «el asunto»; nada placentemente, por cierto. Me re Coloqué el jersey lila de Arancha para que mi hombro quedara bien descubierto y me atusé mi casi flequillo. Putos nervios. Me costaba hasta respirar. Por no hablar de que mi aparato locomotor se encasquilló y parecía más bien un triciclo. Pensé que, si quería llegar a la barra con todos los dientes en su sitio, iba a necesitar unos ruedines para los tacones de los botines.

Caminé con tiento, invocando al espíritu de Bowie por lo bajo para que viniera a echarme un cable, sorteé con maestría a dos grupos de borrachos y se abrió un claro entre la chusma. Ya lo tenía. Casi había llegado a la barra. Dos pasitos más y... resbalón.

Mi karma, ya os lo había advertido.

Me metí un patinazo monumental. Todo mi cuerpo se propulsó hacia atrás; me quedé con el único apoyo de mi piecico izquierdo, que se mantuvo estable, pero no mi tobillo. Se dobló hacia fuera, moví los brazos haciendo molinete para compensar y me impulsé hacia delante. Fue una maniobra en plan Matrix, pero sin la cámara lenta. Todo sucedió superdeprisa, y se saldó sin incidentes para mí. De Dani no puedo decir lo mismo.

El último movimiento en aspa de mi brazo izquierdo terminó con mi palma

sobre su cerviz. Le arree un collejón digno de los mejores tiempos de mi abuela. ¡Cataplás! Y todo el nacimiento de su pelo y el cogote en sí se le enrojecieron. Se dio la vuelta, llevándose la mano a la nuca y echando chispas por los ojos.

—¡Qué pasa, tío! —le dije tan contenta; le arree otra guaya en el hombro para disimular y le metí la lengua en la boca.

Fue lo primero que se me ocurrió para salir con algo de dignidad de la entrada más ridícula que mi karma me había obligado a realizar.

Bueno, vale, y también lo hice porque me apetecía muchísimo.

Besarle era adictivo; su calidez, sus labios, los ruiditos que hacía cuando profundizaba el beso, la habilidad de su lengua, nunca lánguida, siempre despierta... Apreté las manos sobre sus hombros y él agarró mi cintura, colocándose entre sus piernas, ladeando la cabeza para no dejar un rincón de mi boca sin saludar.

Se detuvieron el tiempo, la rotación planetaria y hasta el dolor de mi tobillo. Supongo que el de su colleja también, porque, cuando se separó de mis labios, ni siquiera lo mencionó.

—Estás muy guapa —dijo antes de darme un beso corto y bajar las manos hasta mi trasero.

—Pues no será por lo que he dormido... Deberíamos haber quedado otro día.

—Tengo la agenda a tope.

—Yo también, no te vayas a creer —mentí—. Pero podríamos haber sacado un rato alguna noche.

—¿Eso querías? —preguntó, apretando mis nalgas; su boca se acercó a mi oído, su olor a sándalo se internó mucho más allá de mi nariz—. ¿Que me presentase en tu casa solo para follarte?

—No habría estado mal.

Me besó justo detrás del lóbulo, muy despacio, concentrando su aliento en ese punto, traspasando mi piel hasta fundirse con mi riego sanguíneo. Lo sentí en las venas, como siempre que me besaba. Mis ojos se cerraron y mi cuerpo me obligó a acercarme más, a pegarme al suyo.

—¿Tan mala memoria tienes, Natalie? —pronunció mi nombre con un tono ronco, con la clásica voz tomada que anticipa el desenfreno—. El verano pasado ya te advertí de que no soy un semental a domicilio.

Sonreí, porque ya entonces me había encantado esa advertencia, y me abracé a su cuello.

—Podía haber ido yo a tu casa.

Recorrió mi mandíbula con los labios, sin prisa, paladeando cada centímetro que redescubría.

—¿Cómo ibas a hacerlo? No sabes dónde vivo.

Sus manos sortearon mi jersey y se deslizaron hasta acariciarme la espalda, los costados, el abdomen y el ombligo. Iban calentando no solo la piel que rozaban.

—Pero me vas a llevar dentro de un rato, ¿a que sí?

Eché la cabeza atrás y busqué su boca. Susurré un gemido entre sus labios atrapando el inferior; su sonrisa me hizo soltarlo. La mía no tardó en acompañarla.

Me besó una vez más antes de proponerme:

—Te puedo llevar ahora.

La media pinta que se estaba bebiendo quedó abandonada sobre la barra. Antes de que atravesáramos la puerta, me pareció ver a un buen samaritano dispuesto a apadrinarla.

11

EL PALO

El piso de Dani estaba muy cerca de la plaza del Marqués de Salamanca, haciéndole digno merecedor del mote, en un edificio que olía a caro y que tenía aparcamiento privado. Estacionó en su plaza con precisión milimétrica, cosa que me pareció una proeza, ya no tanto por el poco espacio como por las maniobras que yo iba haciéndole a su entropierna.

Conseguimos llegar al ascensor. De ahí hasta la puerta de su casa, solo recuerdo su boca, el roce de su muslo contra las costuras interiores de mis vaqueros y su olor a sándalo. Apenas nos soltamos para que pudiera abrir la puerta.

Mi pantalón voló hasta estamparse en la tarima segundos después que mis botines. Su polo quedó en tercera posición, un poco más cerca de la alfombra. No llegamos a quitarnos más ropa. Tampoco pasamos del recibidor. Cuando empezó a molestarme la espalda, y los coscorriones que me arreaba en la cabeza cada vez que Dani empujaba entre mis piernas, le tumbé en el suelo y le cabalgué hasta llevarnos al orgasmo. Saltamos juntos de nuevo, yo clavando los dientes en su hombro y él repitiendo mi nombre.

—Natalie... Qué bien, joder...

Sus dedos clavados en mis nalgas se tensaron y un último pálpito anegó mi sexo.

Había estado bien. Incluso mejor que bien. Fácil, muy placentero... y nada más. Misión cumplida.

Me incorporé, esbozando una sonrisa perezosa, y resoplé. Dani tenía los ojos cerrados. Las sienes húmedas. La boca entreabierta, hinchada por mis mordiscos. Su cuello también tenía el rastro de mis dientes. Su pecho ascendía y descendía hondamente bajo mis manos. Me hipnotizó el movimiento acompasado. Y lo oscura que parecía mi piel en contraste con la suya. Sentí que me acariciaba la cintura mucho después de que empezara a hacerlo. Levanté la mirada hasta sus ojos, que me recibieron con otra sonrisa.

—Bueno, ¿qué te parece el piso?

Miré hacia delante, por encima de su cabeza, y me encontré con un escritorio

de madera descolorida, con una silla detrás y dos delante. Sobre él había un pantallón enorme con una manzana mordida de tamaño equivalente. Todo muy blanco.

Lo bueno era que hacían resaltar el cuadro que ocupaba todo el fondo de ese espacio. Era como de Miró o así, rollo vanguardista, azul profundo con un trazo vertical rojo sanguíneo y una línea horizontal de puntos negros. Era el sueño de algún fumador de opio casi seguro. Molaba mucho.

La estancia seguía detrás de la pared que lo sostenía. A la derecha había muchas puertas, y supuse que eran armarios. O zulos donde cultivar marihuana. Y opio para el pintor, claro. Al fondo asomaba una cocina americana, con los azulejos de esos pequeñitos y muchos electrodomésticos. Todo muy limpio. Tenía una discreta barra que la separaba del comedor, un miniespacio que albergaba una mesita que parecía extensible y cuatro sillas, cada una de su padre y de su madre. Dándoles la espalda, un único sofá de tres plazas, con la alfombra a los pies y un par de pufs a la derecha, debajo de unas baldas a rebosar de libros.

Giré el cuello a la derecha para buscar la tele, tenía que estar en algún sitio, y no me costó encontrarla. Sobre un aparador bajo había una cacho *machopantalla* que daba miedo. Con los ojos como platos, terminé de girarme. Junto a la entrada se abría un pasillo. Conté tres puertas. Luego me perdí, porque Dani seguía dentro de mí, y me lo hizo saber alzando las caderas. Su firmeza había decaído, pero aun así se hacía notar.

—Deberías... —murmuré, levantándome un poquito—. No queremos que se salga nada del preservativo.

—¿Qué preservativo?

Me quedé parada a medio camino. Aún había mucho de él dentro de mí. Literalmente. Entendí justo entonces a qué se debía lo húmeda que me sentía.

—No me lo puedo creer. —Apreté los dientes y solté todo el aire por la nariz. No podía ni mirarle—. Dani, dime que...

—Tendría que mentirte. No hemos...

Me levanté de un tirón, y lo que se deslizó entre mis muslos me lo confirmó.

—¡No me lo puedo creer! —Le señalé con el dedo—. Pero ¡cómo se te ocurre?!

Se incorporó entre mis piernas.

—Ah, que se me ha ocurrido a mí solo, ¿no? Dime, ¿en qué momento me has pedido que me lo pusiera y yo me he negado?

—¡Es que no tengo que pedirte nada!

—¿Cómo que no? Si no tomas anticonceptivos deberías habérmelo advertido.

—Sí que los tomo. ¡No es por eso!

—Entonces, ¿por qué, joder?!

—¡Porque sí y sanseacabó!

Levanté la pierna izquierda; él se tapó instintivamente las pelotas. Buenos reflejos. No se me había ocurrido pisárselas, solo quería sortear su maldito cuerpo y alejarme, pero no estaba de más que se protegiera. Estaba muy cabreada. ¡Supercabreada! ¡Regatear el condón era lo puto peor, hombre ya!

Me re Coloqué el jersey de Arancha y me di la vuelta blasfemando. Enfilé el pasillo, dispuesta a encontrar el cuarto de baño. Necesitaba limpiarme, mear y un par de cuchillas afiladas. Abrí la primera puerta de la izquierda. Resultó ser un armario. No tenía plantas psicotrópicas, pero sí mogollón de ropa de abrigo, cuerdas de escalada, raquetas de pádel y cosas de pijo de ese estilo. La puerta del fondo fue la correcta. La cerré dando un golpe. Salí poco después con todo hecho, menos lo de las cuchillas: no encontré ninguna.

El baño era muy mono, pero no le di importancia, porque seguía muy enfadada.

Dani, entre tanto, se había acomodado en la cocina. Me lo encontré sentado junto a la barra, bebiéndose un vaso de zumo de naranja. Cogí mis pantalones del brazo del sofá, hasta donde habían levitado mágicamente —también pudo ser Dani, amablemente, pero no me dio la gana reconocérselo—, y me los puse. Me calcé los botines. El bolso lo encontré colgado de una escalerita de mano que se apoyaba en la pared del recibidor. Quedaba hasta bien ahí puesto. El cuero combinaba genial con la pintura clara y el *wengué* de la madera. Fue raro, raro... Sacudí la cabeza, tratando de hacer que se desvaneciera la hogareña instantánea mental que quiso formarse.

—¿Te vas? —preguntó acercándose.

—¿A ti qué te parece? —mascullé, intentando soltar la correa del saliente de madera.

—¿Prefieres irte mosqueada que quedarte y que lo hablemos?

—¿Que lo hablemos? —Solté una risotada seca—. Tú y yo solo vamos a volver a hablar si el examen médico que me voy a hacer mañana mismo sale positivo. Si me has pegado algo, me vas a oír, pero bien, ya te lo advierto.

—¿Y si me lo has pegado tú a mí?

Solté la escalera, el bolso y me giré hacia la derecha. Tenía el ceño fruncido y las manos metidas en los pantalones negros, su única indumentaria.

—¿Por qué no te has vestido? —le pregunté, obligada por mi enano.

—Porque estoy en mi puta casa.

Me cerró la boca, desatando entre mis piernas lo demás.

—¿Te explico yo el motivo? Es superfácil, verás: eres un obseso. Y un iluso si te piensas que, por la simple razón de que tengas un cuerpazo y lo pasees, voy a volver a follar contigo.

Levantó una ceja y dio un paso adelante.

—Vamos a follar —dijo en voz baja—. Mucho antes de lo que crees.

Yo también me adelanté, y agravé mi voz para sonar tan convincente como él.

—Ni aunque se desatara una pandemia mundial que convirtiera al resto de humanos en Kiko Rivera, fíjate lo que digo, ¡ni por esas! Yo no te vuelvo a tocar ni con un palo.

Dani se inclinó sobre mí y me agarró la mano derecha. La llevó directa a su erección.

—¿Qué dices de un palo?

Me obligué a retirarla, pero, al fruncir los dedos, mis yemas casi se mueren del gusto. Tan dura, tan grande... Joder, así no se valía.

12

AL DESNUDO

—Dani... —Levantó la mirada hasta mis ojos, sin dejar de tocarme por encima del pantalón.

Parecía placenteramente torturada. Con ganas de irse y más de todo lo contrario. A mí el encuentro me había parecido demasiado corto, así que traté de inclinar la balanza hacia mi casa.

—Siento no habérmelo puesto. —Abrió la boca; yo la besé rápido, húmedo. Luego volví a disculparme—: De verdad que lo siento. Pero no tienes de qué preocuparte. Estoy sano. Joder, yo ya nunca... —Se me escapó un gemido. Ella se detuvo, atenta a mis palabras—. No te pares... —Sonreí para distraerla.

—Debería —murmuró, desabrochando el botón de mi cinturilla.

—Tal vez sí..., pero no quieres.

Metió la mano dentro de mi ropa interior antes de negar con la cabeza.

—Pues no, no quiero.

Su arranque me vino de perlas para cerrar la boca de una vez. Me centré en la suya. En comérmela entera y olvidar lo que había estado a punto de confesar: yo ya nunca follaba sin preservativo.

Llevaba más de un lustro sin hacerlo. Se me quitaron las ganas cuando a mi novia de aquel entonces le dio por utilizarlo como brida con la que retenerme.

Nos conocimos en un máster. No tardamos en congeniar. Los tres primeros meses fueron geniales, divertidos, se pasaron volando. El cuarto me planteó venirse a vivir al piso que tenía alquilado con Asier.

No me pareció buena idea; a él tampoco, lógicamente, pero ella no lo entendió. Le resultaba de lo más normal compartir espacio con su pareja y su mejor amigo, no vio inconvenientes en incluir dentro de nuestra intimidad a una tercera persona. Ella decía que no le importaba, que confiaba en Asier. Yo llegué a pensar que era algo más que confianza lo que le profesaba a mi amigo, pero no le di demasiadas vueltas. Su actitud me hizo saber que no llegaríamos muy lejos. No me equivoqué.

Lo que no pude anticipar fue su reacción. Nada me hizo pensar cuando

rompimos que ella no estaba de acuerdo, por eso me tragué el anzuelo hasta el gaznate.

Una semana después de dejarlo me mandó la foto de un test de embarazo positivo. La llamé acto seguido, nos vimos, hablamos..., incluso lloramos. Los dos. Yo, porque me había jodido la vida a mí mismo, a lo grande: iba a tener un hijo con una mujer por la que no sentía nada, con veintitrés años, los estudios por terminar y sin disponer de un sueldo fijo. «Bravo, Daniel», escuché bramar a mi padre, mientras se revolvía en su tumba. Ella lloró porque le emocionaba la situación pese a todo, o eso, al menos, fue lo que me dijo. Me consoló y me pidió que la llevara a casa, con una intensidad y unos ojos ilusionados que me desconcertaron del todo. Creo que no era lo que ella esperaba, pero la dejé en su domicilio.

Unos (infernales) días después, Asier intervino:

—Tío, tengo que hablar contigo —me dijo, entrando en el salón que compartíamos.

Yo estaba revisando las ofertas de empleo en el portátil con la mano derecha, mientras trataba de controlar los tirones de pelo de mi mano izquierda, que amenazaban con dejarme calvo.

—Estoy ocupado enviando un currículum a Telepizza —gruñí con todo el amargor del mundo.

—Para un poco. Lo mismo no te hace falta...

Le miré con escepticismo. Él se sentó a mi lado, me quitó el portátil y entró en el blog «La mamá novata».

—No estoy para coñas —le advertí.

—Ni yo —dijo, serio; clicó sobre una foto; toda la pantalla fue ocupada por un Predictor—. ¿Te suena?

—Sí, es como el de Noelia.

—No es «como», es el suyo. Lo he comprobado.

—¿Lo ha subido ahí?

—Me extrañaría mucho: la entrada es de hace tres años.

Parpadeé varias veces. Un calor extraño se apoderó de mi garganta.

—Hija de...

Agarré mi teléfono móvil echando espuma por la boca, le hice una foto a la pantalla, se la envié, esperé a que la viera y busqué su contacto.

—Hola —respondió, cantarina—. Me pillas en Prenatal con mi madre. Estamos mirando los carros. Todo el mundo dice que es muy difícil decidirse, y,

como lo quiere pagar ella, hemos venido para irnos informando.

—Ya... —Respiré hondo antes de soltar el aire todo lo despacio que pude—. ¿Qué me dices de la foto que te acabo de mandar?

—¿Me has mandado una foto? No me he dado cuenta. Hay tantas cosas bonitas aquí con las que distraerse... Tendrías que ver las cunitas...

—Basta —dije, seco—. Has visto la foto. Reconoce eso por lo menos.

—Sí, bueno, la he visto por encima..., pero muy poco...

—¿Lo suficiente como para darte cuenta de que es la entrada de un blog?

—Sí, es que, verás... Tengo una amiga que colabora en la web y me pidió la foto para subirla...

—El post es de hace tres años, Noelia.

—Imposible.

—¡Lo tengo delante, joder! —grité. Asier apretó mi hombro—. Deja de mentirme. Reconoce de una puta vez que no estás embarazada.

—¡Sí que lo estoy! —gritó ella, pero no lo suficientemente alto como para amortiguar la megafonía de Mercadona. Escuché perfectamente su sintonía machacona.

—Y también estás en Prenatal, ¿verdad?

Me colgó el teléfono y nunca más me volvió a dirigir la palabra, a pesar de que nos veíamos cuatro días a la semana. Cuando terminó el máster, muchos meses después, todavía tenía el vientre plano como una tabla.

Si no me la plastifiqué después de aquello, no fue por falta de ganas. No volví a hacerlo sin preservativo ni con Amelia, que fue mi relación más larga durante dicho lustro. Ella no tomaba la píldora por problemas vasculares y yo estaba tan feliz con mi método. Con ninguna de las mujeres con las que tuve la suerte de compartir cama sentí de más aquella precaución. No me estorbó, no me sobró ni me oprimió... hasta que las piernas de Natalie se me enredaron en la espalda en el recibidor de mi piso. Me dominó la urgencia de enterrarme en ella, y os prometo que no supe que estaba tan desnudo hasta que me tumbó sobre la tarima.

Al fijarme en cómo me sostenía para enterrarme en su interior, advertí que entre nosotros no había nada... Y lo sentí natural, apropiado, como debía ser. No le di más vueltas. Me centré solo en disfrutarlo, porque, si tenía repercusiones, ya era tarde para pensar en ellas, y si me lo perdía, me pasaría la vida arrepintiéndome. No soy indulgente conmigo mismo en lo que a ocasiones perdidas se refiere.

Ella no dejaba de observar mi miembro deslizándose dentro y fuera de su cuerpo, y di por supuesto una aceptación implícita que casi me costó las pelotas cuando se reveló. Lo había hecho sin darse cuenta, y eso me gustó menos que las tonterías que fue blasfemando de camino al baño.

Yo quería que ella fuera consciente al cien por cien de todo lo que hacía conmigo. Que, si follábamos sin condón, fuera por la necesidad de dejarse llevar, no por un descuido. Saltar con los ojos cerrados no es lo mismo que saltar a ciegas: lo primero es voluntario, lo segundo es el fruto de una incapacidad.

Fue una suerte que me diera a mí la capacidad de enmendarlo, que se aferrara a mi erección en vez de marcharse de mi piso o arrearame un guantazo. Que no quisiera parar me ofreció una segunda oportunidad que no estaba dispuesto a desaprovechar.

Cruzamos cuatro frases cortas entre besos cada vez más largos, y, cuando su mano estuvo a punto de hacerme acabar en los pantalones, la alcé por debajo de los muslos y confesé:

—Te quiero en mi cama.

13

LA OLA

—Sigo cabreada —murmuré, abandonando su cuello.

Contemplé lo bien que me había quedado mi vengativa marca antes de buscar su mirada verde. Me llevaba cargada como a una mochila los días de mercadillo: colocada delante y bien sujeta. Sus dedos se aventuraban entre mis muslos y mis nalgas, apretando las costuras de los vaqueros.

—Ya te he dicho antes que lo siento y que estoy sano. Y tú a mí, que tienes puesto un aro de esos y que no lo haces sin protección...

—Ni lo voy a volver a hacer.

Sacó su gesto orgulloso a paseo, cruzó un brazo bajo mi trasero y utilizó el otro para abrir la puerta de su dormitorio.

—¿Ni aunque el resto de la humanidad se convierta en Kiko Rivera? —Me volví a esconder en su cuello, para ocultar mi sonrisa—. Piénsalo bien, estaría en juego la continuidad de nuestra especie.

Levanté la cabeza con cara de asco.

—Me la pela vuestra especie. Es repugnante. Mira cómo tenéis el planeta, hecho una pena. Todo lo que os pase me parece poco.

Se rio caminando los últimos pasos pegado a mi boca, se giró y se dejó caer de espaldas; apenas rozó el colchón antes de que mi trasero se hundiera en el edredón. Se hizo un hueco entre mis piernas sin dejar de besarme, sus manos ascendieron hasta mi pecho y luego a mi cara. Me dio dos besos más antes de preguntarme:

—¿De qué especie eres tú?

Sus ojos risueños me encandilaron. Me animaron a seguir haciendo de loca para ellos, para que siguieran sonriendo.

—De una proveniente de una galaxia muuyy lejana. Muchísimo más avanzada, por supuesto. Estoy en viaje de prácticas; cuando cumpla, podré reunirme con la peña: Morrison, Cobain, Joplin, Winehouse, Elvis..., ya sabes.

Soltó un par de carcajadas, deslizó mi jersey en dirección ascendente, me lo quitó con soltura y lo lanzó por encima de su hombro.

—¿En qué consisten esas prácticas?

—En seducir al primer abogado con los ojos verdes que pille y destruirle a base de polvos.

Me desabrochó los vaqueros y se incorporó para quitármelos. Bajando las cremalleras de mis botines, me preguntó:

—¿Qué tiene tu especie en contra de los abogados?

Levanté las caderas para apoyarme sobre los codos. Antes de que pudiera contestarle, ya me había desnudado.

—¿Cómo que qué? ¡Todo! Sois los instigadores hasta del cambio climático. Acabaremos con vosotros. Vuestro fin está cerca.

Negó con la cabeza antes de levantarse de la cama. Se deshizo de su pantalón y su ropa interior de un solo movimiento. Yo no pude ni pestañear.

—Bueno, mientras estés dispuesta a aceptar los cargos por genocidio...

—En mi planeta la muerte por *kiki* es totalmente legal.

—¿Muerte por *kiki*? —Rio, encajándose entre mis piernas—. ¡Eso es de *Futurama*!

—Sí, vale, has descubierto mi secreto. Ahora sí que tendré que matarte.

Me enganché de su cuello; rodamos por la amplia cama. Cuando por fin le tuve debajo, pude apreciar lo bonita que era la funda nórdica y lo bien que quedaba él tirado encima. No dejaba de sonreír, iluminando toda la habitación, el muy idiota. Tampoco dejaba de sobarme. Muslos, nalgas, cintura, espalda..., un clic y mi *push-up* en órbita, derecho hasta el ciberespacio. Sus manos en mis pechos, sus dedos hundiéndose en mi carne, mis pezones endureciéndose hasta rozar lo doloroso... Me contoneé sobre su erección y él gimió con morbo. Su mano izquierda subió hasta mi nuca despejada para acercarme a él. Su boca me recibió ya abierta.

Me lamió, me besó, mordisqueó mis labios y la punta de mi lengua, sin soltar mi nuca ni mi pecho. Noté cómo mis bragas se iban humedeciendo. Él también debió de notarlo, porque cambió de cadencia. Alzó las caderas un par de veces, con golpes secos, y nos hizo girar. Gemí. Tener su cuerpo encima, tan grande, tan duro..., sentir su peso clavándome en el colchón era demasiado bueno. Por eso prefería ponerme yo encima. Crucé las piernas en su espalda e hice fuerza, intentando volver a controlar la situación, pero no me sirvió de nada. No conseguí moverle lateralmente, solo se hundió más en mis ingles y comenzó a devorar mis tetas.

—Oh, Dios...

Levantó la cabeza sonriente, mientras me retorció un pezón y deslizaba la otra mano hacia mi sexo.

—¿En tu planeta también tenéis dioses?

—Solo el del *kiki*. Y quiere su sacrificio... —jadeé, con sus dedos recorriendo mis pliegues.

No se quedaron mucho por allí: enseguida su miembro quiso tomar el relevo. Apartó mi ropa interior a un lado y se deslizó arriba y abajo, empapándome. Cerré los ojos con fuerza cuando un pequeño espasmo sacudió mis caderas. Me gustaba demasiado. Se apoyó justo en mi centro, frotándolo con su glánde. Mi espalda y la planta de mis pies se arquearon. Un hormigueo muy familiar empezó a adueñarse de mis muslos. Un calambre en la parte baja de mi espalda. Más espasmos. Su gemido...

—Dani... —Me mordí el labio para no repetir su nombre; él gimió, ronco. Besó mi cuello, mi barbilla... La presión en mi clítoris se aligeró, su miembro se deslizó hasta mi entrada. Con solo adelantar las caderas se coló profundamente en mi interior—. Dani... Joder, ¡ah! —Abrí los ojos y me encontré con los suyos, borrosos, y con su boca abultada—. Dani... ¡Oh, Dios!

Empujó hasta ocupar cada centímetro de mi sexo. Me dejó sin aire. Salió muy despacio y repitió la embestida. Se me pusieron todos los pelos de punta.

—Dani... —volví a gemir, deformando la última vocal con algo parecido a un quejido.

Me cabreaba no ser capaz de decir nada más que su nombre. Tenía que advertirle de que se pusiera un preservativo. Necesitaba aunque fuera ese resquicio de barrera entre nosotros. No se trataba solo de proteger mi cuerpo.

—Joder, Nat. Esto es... —Cerró los ojos con fuerza e hizo colapsar su pelvis contra la mía.

Temblé mientras levantaba el trasero.

—Dios, Dios...

El ángulo que encontramos fue perfecto, nuestros movimientos se acompañaron en sincronía, hasta llegamos a sonreírnos. No, mierda. Así no tenía que ser...

—¡Dani!

Apoyó las palmas de las manos sobre el colchón con un gruñido, apretando las muelas. Me penetró con energía, buscando mi boca.

—Cada vez que gimes mi nombre siento un latigazo. —Mordió mi labio para besarlo justo después—. Me va directo a la polla... Dímelo otra vez.

—Dani...

Mi tono era reprobatorio. No lo dije para regalarle latigazos a su polla. La frase debería haber continuado con un «ponte el puto condón de una puta vez», pero las palabras se me estancaban en la garganta cada vez que él se hundía en mi interior. Lo hacía tan bien...

—Sí, sí... —Soltó el aire entre los dientes mientras asía mi muslo izquierdo, tirando, atándome más a él, profundizando cada bendita penetración. Me iba... —. Vamos, preciosa. Salta conmigo.

Me tensé entera con su susurro.

Era demasiado cómplice, demasiado íntimo; me di cuenta de que estábamos creando un lenguaje de algo que debería ser solo sexo. Era inaceptable.

—Para. —Puse las palmas de las manos sobre su pecho y empujé. Se detuvo de inmediato—. Para... —repetí, esta vez para convencerme a mí misma.

Dani contrajo la cara, jadeando. Resopló un par de veces antes de dejar caer la cabeza entre los brazos. Su erección palpitaba tanto como mi interior. Aprecié el esfuerzo; me nació besar su coronilla, como una especie de recompensa. Su pelo era tan suave... Y olía tan bien... Él levantó la cabeza para besarme, ampliando nuestro lenguaje a base de caricias con sus labios. Me habló de ternura con besos dulces, de deseo con las hondas penetraciones de su lengua y de algo más. Ese «algo más» que yo no podía querer.

Me revolví hasta que noté que mi interior se vaciaba. Él abandonó mi boca, confundido.

—Pero, Nat...

—Póntelo.

Por fin mi voz sonó firme. Un poco borde, si me apuráis. A Dani no le sentó bien. Se apartó de mi cuerpo sin ocultarlo y se dirigió a la mesilla. Yo solo me preocupé de deshacerme de mis braguitas.

Cuando terminó de enfundarse el preservativo, todo el buen rollo que habíamos creado se había esfumado. También descendió un poco su firmeza. Se tocó un par de veces antes de pedirme en voz baja que me diera la vuelta.

No me pareció mala idea. Sin contacto visual me sería mucho más fácil concentrarme en lo único que había ido a buscar. Un orgasmo para el recuerdo. Nada más.

Me apoyé en las rodillas y los codos, quedándome expuesta. Dani paseó su erección entre mis labios y de un empujón se coló hasta el fondo de mi sexo. Hundí la cara en el edredón para amortiguar mi grito. Me dolió. Y me excitó

tanto su rudeza que le pedí más.

Él se agarró a mis caderas y me lo dio como un animal. Duro, instintivo, sin censuras. Emitía sonidos carentes de civilización. Los que arrancaban el choque de su pelvis contra mis nalgas eran pura melodía tribal. «Pam. Pam. Pam».

La percusión de nuestras pieles me fue elevando. Al levantar la cabeza para tragar más oxígeno, atisbé un armario de tres puertas a través de la pátina acuosa que cubría mis ojos. Pestañeeé. Y el orgasmo se alejó. Gruñí. Volví a cerrar los ojos. Dani metió una mano entre mis piernas, sus dedos se deslizaron sobre mi clítoris. Arriba y abajo. Dentro, fuera. «Pam. Pam. Pam».

La tensión volvió a su punto de origen, pero seguía sin alcanzar el interruptor que la detonara. Me moví con más fervor, desesperada por romperme de una vez... No funcionaba.

Me quejé con un gemido lastimero. Él dejó de tocarme y llevó la mano hasta mi nuca. No tuvo que hacer presión para que le mirara, le bastó con una caricia. Giré la cabeza sobre mi hombro izquierdo, buscando sus ojos. Creo que entendió lo que necesitaba solo con esa mirada.

Su gesto se relajó, igual que el movimiento de sus caderas. Deslizó la mano de mi nuca a mi costado, me acarició el escote y colocó la palma sobre el esternón. Tiró de mi cuerpo hasta que mi espalda descansó sobre su abdomen y su pecho. Sentí algo de humedad y una inmensa calidez. Un confort que me arrancó un suspiro. Dani sonrió. Comenzó a penetrarme despacio, inclinándose para besar mi cuello.

La profundidad que alcanzó en esa postura me erizó la piel. Temblé un poco y me agarré a su muslo izquierdo, tratando de estabilizarme. Dani soltó mi cadera y buscó el punto de contacto, entrelazó nuestros dedos y levantó nuestras manos; me dio un beso inolvidable en la curva del pulgar antes de colocarlas también en el centro de mi pecho.

Sus brazos me envolvían, sus movimientos se aceleraban, su mirada vidriosa iba ganando intensidad...

Mi mano derecha se aferró a la suya. Fui yo quien buscó ese contacto antes de cabalgar el orgasmo más intenso que había vivido hasta la fecha. Me pareció la ola perfecta. Ensartó todo mi cuerpo, arrastró mis defensas y me revolvió todo el fondo. Convirtió lo que hasta el momento había sido agua cristalina en algo turbio, denso y deliciosamente cálido. Mis emociones se descontrolaron, se mezclaron y agitaron, poniendo en duda lo que yo había tenido tan claro. Renunciar a sentir, de repente, formó parte del pasado. Yo lo estaba sintiendo

todo. TODO. Cada poro de mi piel en contacto con la suya, cada pálpito, cada susurro. El remolino me engulló entera; me lanzó a una orilla tan acogedora que solo pude besarla. Dani gimió entre mis labios alcanzando su propio puerto y yo me dediqué a disfrutar de su boca, sujeta por sus manos, deshaciéndome en su abrazo, mientras rezaba para que, cuando todo acabara, pudiera rehacerme por completo.

14

UNA JOYA

No voy a negar que me costó separarme de sus manos. Como tampoco voy a negar que me sentí tremendamente confundida cuando la neblina del orgasmo se disipó. La cruda intimidad me golpeó en la cara, violentándome. Fue lo que me dio fuerzas para soltarle.

Volví a apoyarme en las rodillas para gatear por la cama hasta alcanzar el otro extremo. Recuperé mi ropa antes de huir al cuarto de baño. Eché el pestillo, solté mis cosas en el suelo y me golpeé la frente contra la puerta. Tres veces.

—Natalie, que te pierdes... —me advertí.

Me aseé, me vestí y descubrí que su aroma de sándalo venía en un bote de Tom Ford y se hacía llamar «Oud Wood»; después, regresé a la habitación.

Él ya se había colocado unos pantalones de algodón, de los de cintura caída, y se disponía a enfundarse una camiseta.

—¿Has visto mis botines?

—Sí. Y te los he escondido. —Estiró la tela, cubriendo su abdomen. Señaló la puerta—. Si te asomas al pasillo y te fijas en la tarima, podrás observar unos agujeritos que antes no estaban. Deberías ponerles unas tapas nuevas.

—En cuanto me los devuelvas, busco un zapatero de guardia.

—Cuando quieras irte, me los pides —dijo, sentándose en la cama.

Asentí con la cabeza.

—Eso es lo que estoy haciendo. —Extendí la mano con la palma hacia arriba—. Dámelos.

Dani enganchó mi muñeca y tiró hacia él. Cuando me tuvo entre sus piernas, me la soltó para buscar el botón de mis vaqueros.

—He dicho cuando quieras. —Bajó la cremallera para quitármelos—. Y estoy convencido de que todavía no quieres.

—Dani... —Tragué saliva—. Acabamos de hacerlo. No vas a poder...

Levantó una ceja.

Yo alcé las dos mías.

—No, no podría. —Rio—. Tal vez los de tu planeta sean capaces, pero no

conozco a ninguno del mío que tenga tanto aguante.

—Pues yo una vez... —empecé a decir.

Pero no pude continuar, porque Dani me agarró del jersey, me acercó a su boca y me silenció con un beso. Muy húmedo.

—No me interesa lo de esa vez. Ni lo de ninguna otra que no haya sido conmigo.

Me hicieron gracia sus celos. Una gracia morbosa y seguramente enfermiza, pero muy calentita. Le besé.

—Tú y yo tenemos pocas veces que contarnos.

—Es una pena. —Soltó mi jersey para ocuparse de mis pantalones.

—O una suerte... —sugerí—. En serio, Dani. ¿Para qué me desnudas si no vamos a...?

—Porque no me gusta verte tan vestida en mi casa. —Me sentó de lado sobre sus piernas y de un tirón me liberó de los vaqueros. Acarició mi muslo. —Me gusta tocarte a ti, no a tu ropa. —Volvió a besarme. Y, mientras colonizaba con su lengua cada rincón que encontraba, me colocó a horcajadas sobre él—. Y además, ¿no estás así más cómoda?

Estaba muchísimo más cómoda. Tanto como para incomodarme.

—A ti lo que te gusta es verme el culo. No mientas.

—¿Te lo estoy viendo ahora?

—No, pero lo estás deseando. Y que conste que me dejo como compensación por lo de tu tarima.

—Ya... —dijo atrapándome entre sus brazos—. ¿Y cómo me vas a compensar lo del moratón que tengo ahora en el cuello?

—¿Qué moratón? —Intenté hacerme la sueca, pero mis ojos, traidores, viajaron hasta el lado izquierdo de su garganta.

—Ese moratón.

—Yo no he sido.

—No, qué va. —Rio—. Ha sido mi prima, la coja.

—¿Tienes una prima coja? —pregunté para distraerle—. ¿Y cómo lo lleva?

Dani se carcajeó.

—Si te digo que con ritmo, voy a quedar como un cabronazo. Así que mejor no te lo digo.

No pude evitar descojonarme. Y me gustaría dejar claro que entiendo que una discapacidad es una cosa muy seria. Pero si tiene su gracia, pues... la tiene, joder. Si no podemos reírnos como idiotas hasta de las cosas serias, ¿qué sentido tiene

la vida?

—Dile a tu prima que se guarde los colmillos para la próxima. No estamos en tiempo de cuellos vueltos. Quizá un fular podría tapártelo...

—Claro. Me vendría de perlas para taparme también la colleja. Como amortiguador, ya me entiendes.

Abrí mucho los ojos; mi boca se volvió chiquitiiiita.

—Ha sido sin querer.

—Eso he preferido pensar. —Acercó su cara a la mía—. Pero como se te ocurra meterme otra... —Dio una palmada con tal fuerza en mi nalga izquierda que pegué un brinco.

Debería haber protestado, pero me salió un gemido. Mi libido es así de agradecida: con un azote ya pide paso.

—Pero, bueno, Natalie... —Me sonrió con burla—. No conocía yo esa faceta tuya...

—Ni muchas otras —dije, intentando bajarme de sus piernas.

—¿Muchas? ¿Como cuantas? ¿Nos dará tiempo a conocerlas en una sola noche?

—Yo ya las conozco. Y a ti no te hace falta. En serio, bájame.

—Solo si me haces la cena.

Reí como la bruja mala del Oeste mientras él me bajaba.

—¿Ves estas manitas? —Las puse delante de su atractiva cara—. Pues no están hechas para servir a ningún marqués.

—Estamos de acuerdo. —Se levantó y me agarró la derecha—. Y es una suerte que yo no ostente ningún título nobiliario. —Tiró de mí hacia el pasillo.

—En serio, Dani. Me niego a cocinarte. Soy feminista, ¿vale?

—¿Y las feministas no cocináis?

—No si podemos evitarlo. Demasiadas hermanas han sido sometidas en las cocinas durante siglos. Nosotras parimos, nosotras... pedimos chino.

—Hay un tailandés cerca.

—También me vale.

Me soltó en medio del saloncito para buscar en un cajón del aparador el panfleto del restaurante. Me lo pasó, yo cogí el teléfono fijo de la peana que había junto a la televisión y pedí *pad thai*, *curry* rojo de gambas y *wok* de tofu y setas.

—¿Eres vegetariana? —preguntó cuando colgué.

—No del todo, pero no como carne si puedo evitarlo.

Devolví el teléfono a su lugar antes de sentarme en el sofá. Tardé un par de

segundos en darme cuenta; luego levanté el índice de manera acusadora.

—Me has vuelto a liar.

—¿De qué hablas? —Sonrió.

—De que yo no me iba a quedar y acabo de pedir cena para dos.

—¿Ah, sí? —Se sentó sobre la alfombra, apoyando la espalda en el sofá, y me dio una palmada en el muslo—. Bueno, pues tendrás que hacer el esfuerzo. Con el hambre que hay en el mundo, no vamos a desperdiciar la comida.

—La puedes recalentar mañana.

—¿Te apetece escuchar música? —preguntó ignorándome.

—Como me pongas Marvin Gaye, te desvirgo con el iPod.

—Me gustan más los vinilos.

Me reí.

—Es tu ojete lo que está en juego, tú sabrás lo que quieres dentro.

Dani se carcajeó antes de ponerse de pie.

—¿Acabas de decir «ojete» en una cita, Natalie? ¿No te enseñaron nada en la academia de señoritas?

—No llegaron a admitirme. No daba el perfil. Y esto dejó de ser una cita cuando nos fuimos del irlandés.

—Si tú lo dices... —Se agachó para abrir el último cajón del aparador.

—Menuda colección.

—Ya te he dicho que me gustan los vinilos.

—¿Puedo? —Me levanté.

—Todos tuyos.

—No me lo digas dos veces. —Sonreí.

Y hasta me temblaron las manos. Eran tan preciosos... Superbién conservados. Algunos, verdaderas joyas. Me pasé un buen rato cotilleándoselos. Springsteen, Florence + The Machine, Van Morrison, Einaudi, Simone, Costello... e infinidad de gente que no conocía. El sueño húmedo de cualquier melómano.

Dani me dejó a mi aire; se entretuvo trayendo cosas a la alfombra en una bandeja. El portero sonó y yo todavía seguía rebuscando en el cajón. Cuando regresó con la cena, ya tenía entre mis manos el elegido.

—¡Los Héroeos! —dije como si me hubiera tocado la lotería—. ¿Lo ponemos? Hace un millón de años que no los escucho.

—A ver, enséñame la portada. —Dejó la bolsa del tailandés junto a la bandeja, entornando los ojos—. Pon la nueve, por favor. El plato está en la puerta de la derecha.

Me preocupé de no parecer una cateta manipulando su equipo de música y de no rayar el disco. No, por Dios, hubiera sido un crimen. Conté ocho surcos y dejé caer la aguja con suavidad. Con las primeras notas ya me acordé de mi puto karma.

—*La chispa adecuada* —gruñí por lo bajo.

—Es mi preferida —dijo sentándose.

—Y la de millones de personas...

Entre las que, por supuesto, me encontraba.

Hasta que no dejó de sonar no pude probar bocado. Dani tarareaba la letra, y hasta cantaba bien, el asqueroso. Su voz grave coreaba estupendamente la de Bunbury.

Cuando por fin se calló, el *pad thai* me supo a arcoíris infinitos, el vino blanco a mil tormentas y Dani se convirtió en el león que sonreía. Me pregunté si las setas del *wok* serían alucinógenas. O si todo era solo un delirio provocado por estar ya envuelta en llamas, ardiendo por culpa de la chispa que era incapaz de apagar.

15

ARDUA TAREA

Supe que Nat estaba arrepintiéndose de haberse quedado antes de que acabara con el *curry* de gambas. Se fue apagando delante de mis ojos, cerrando, silenciando..., pero no hice nada por evitarlo. Yo también tenía que pensar en mis cosas.

No quise que se marchara nada más terminar. Llamadme marqués, como hace ella, pero no me gusta que me utilicen como un juguete sexual. Bueno, a veces sí que me gusta, pero ese no era el caso. Lo de Nat iba más allá. Me daba la impresión de que la sintonía que compartíamos en la cama podía ser extrapolable a otros lugares. ¿Qué tenía de malo que se quedara y tratáramos de descubrirlo? Nada, ¿verdad?

Como no tenía nada de malo que compartiéramos siete orgasmos en un día, que solo nos hubiéramos separado unas pocas horas y que ya estuviera pensando la excusa para volver a vernos. Era lo normal, joder. ¿Cómo iba a ser malo obsesionarse con alguien? Y menos si ese alguien es tan estable como la preciosa Natalie. Alias: la loca.

La colleja que me dio debería haberme espabilado, pero no fue suficiente. Y yo seguí tan contento, ahí, buscando intimidad con una fiera, creyéndome tan machote, burlando el miedo... Valiente idiota.

Fue dicha intimidad, disfrazada en forma de canción, la que me tuvo que revelar que ella no era lo que yo esperaba. Parecía ser justo lo que necesitaba en ese momento de mi vida: una mujer sin complejos, amante de su libertad y de la ajena, sexualmente activa, tremendamente atractiva, chispeante, natural, ingeniosa, divertida..., pero había más. Justo lo mismo que corría entre nosotros cuando me perdía en su mirada oscura o acariciaba sus manos. Un latigazo. Que no solo notaba en la polla... Por eso, empecé a reflexionar.

No quería meterme de cabeza en una relación después de lo de Amelia, Dios sabe que no, y mucho menos con alguien en quien no parecía caber el concepto de estabilidad, pero tampoco quería perder la oportunidad de profundizar en lo que, quisiéramos o no, había entre nosotros. Conectar con alguien es una

emoción demasiado especial para no deberle un respeto.

Precisamente ese fue el motivo principal de la ruptura con Amelia. Nosotros intentamos encontrarlo durante un año, pero no apareció. Y eso que teníamos todo a nuestro favor: gustos similares, amigos comunes, carreras paralelas..., pero nada tan único que mereciera la pena luchar por ello.

Me gusta la comodidad, pero no soy conformista. No cuando sé que ahí fuera puede estar esperándome algo más. Lo había visto en mis padres, en mis abuelos, en Lara y Asier, en incontables ejemplos, y yo no me creía tan mediocre como para no merecerlo. Por eso le propuse a Amelia que dejáramos de vernos, porque no tenía sentido, porque nosotros nos limitábamos a compartir vida, uno al lado del otro, pero no juntos. Ni siquiera fuimos capaces de ser amigos. Salíamos, charlábamos, sobre trabajo casi siempre, viajábamos..., pero no existía entre nosotros esa camaradería que te permite relajarte del todo y ser solo tú mismo. Entre nosotros siempre hubo establecida una especie de protocolo, de formalidad, que delante de la gente lucía mucho, pero detrás apenas brillaba. Era inútil tratar de mantener a flote una relación así; a la larga, nos terminaría hundiendo a los dos.

Amelia no estuvo del todo de acuerdo, debió de ser por eso que siguió insistiendo. No de forma descarada, pero sí decidida. Sinceramente, creí que se terminaría aburriendo, y pequé de insensatez al creerlo. Si le hubiera dado un par de vueltas, habría deducido que lo que para mí era un camino sin retorno para Amelia era un simple desvío, pero la parte de mi cerebro que se dedica a esos temas estaba ocupada buscando la manera de acercarme a Nat. Ardua tarea. La tenía a tres palmos, sentada en la alfombra de mi salón, y cada vez la sentía más lejos.

—¿Te ha gustado el *pad thai*? —pregunté, intentando traerla de vuelta.

—Estaba todo muy rico. —Se puso en pie.

Se agachó para recoger su plato, sus palillos y su vaso, regalándome un primerísimo plano de su generoso escote. Fue muy breve, por desgracia; acto seguido se marchó a la cocina.

Vi por encima de la barra cómo enjuagaba los cacharros y cómo se inclinaba para abrir el lavavajillas. También vi cómo se apoyaba en la encimera para secarse las manos y suspirar un par de veces. Me pilló mirándola a punto de suspirar la tercera.

—¿Todo bien? —pregunté.

Recogí los restos de mi cena antes de acercarme a la cocina.

—Sí. Solo estoy un poco cansada. Debe de ser supertarde. —Eché un vistazo al reloj del microondas. No eran las once—. Además, mañana madrugo. Tengo que irme.

Dejé los cacharros en el fregadero, dispuesto a disuadirla, pero salió de la cocina como una exhalación. Solo tuve tiempo de decir:

—Te llevo a tu casa.

—Pillo el metro. Tú tranquilo.

—¿Estás segura? —insistí.

—Sí, sí. Segurísima —dijo, correteando ya hacia el pasillo.

—Los botines están debajo de la cama —mascullé.

Ella levantó el pulgar y se metió en el dormitorio. Yo me froté la frente y sopesé las posibilidades que me quedaban. Atarla a una silla no debería haber sido una, pero pareció la más eficaz. De hecho, la única efectiva, dada su actitud. Que, por cierto, me tocó bastante las pelotas. No me gustó esa manera de huir, no encajaba en la valentía de la que ella hacía gala.

La vi aparecer por el pasillo ya vestida y tanteé la segunda posibilidad: desnudarla y follármela contra la puerta del armario de los abrigos hasta que no pudiese andar. Era un tanto enfermiza, pero podría funcionar... en la edad feudal; en nuestro siglo ese tipo de conductas no consensuadas, por suerte, eran un delito.

Nat me miró de reojo mientras recogía su bolso de la escalera que tenía de adorno en el recibidor. Me la regaló mi madre y no había sabido darle más uso que el ornamental hasta que encontré su bolso tirado sobre la tarima. No me gustó que lo quitara, quedaba demasiado bien, parecía justo su lugar... Fue muy extraño, pero os prometo que lo sentí así. Cuando lo asimilé, ella ya había abierto la puerta de la calle.

—Quiero volver a verte —le dije.

Nat se detuvo en medio del umbral, pero no giró la cabeza.

—Seguro que nos encontramos por ahí.

Me acerqué despacio y me coloqué a su espalda. Sin tocarla. Sin obligarla a nada. Solo haciéndole notar mi presencia, esperando que la aceptara.

—No me gusta dejar mis asuntos en manos de la suerte —dije con calma.

—Yo no soy uno de tus asuntos.

—No, claro que no. Ni yo soy una simple casualidad.

Ladeó el cuello para observarme de soslayo.

—Esta era la última vez —murmuró sin convencimiento.

—Lo era... si no renegociábamos los términos, ¿recuerdas?

—El contrato... —Sonrió.

—Por Dios, que esa sonrisa no se deba a que esperas que redacte uno con anexos sobre fustas y la cantidad de comida que debes ingerir...

Una carcajada sincera saltó de su pecho y se coló por debajo de mi camiseta. Me acarició la piel.

—Al Grey le habría dado yo candela. Menudo soplapollas... —Siguió riendo —. Pero lo del anexo de las fustas no lo descartes...

Sonreí de lado a lado.

—Entonces, ¿tenemos un trato?

Dejó de reír. Se dio media vuelta, haciéndome frente. Abrió la boca, miró la mía y cerró la suya. Perdió la vista por mis rasgos un momento, abstraída; cuando llegó a mis ojos se puso de puntillas. Me besó con fuerza.

—Me lo pienso, ¿vale?

Asentí con un ronroneo, la envolví con mi cuerpo y le di argumentos con mis labios para que no tuviera que pensárselo demasiado.

16

¿RUTINA? ¿QUÉ ES ESO?

El lunes salí de trabajar hecha una pena. La tienda me tenía hasta la seta. Odiaba no poder ver nunca el final a las tareas. Odiaba a los clientes. Odiaba a los jefes. Y a mis compañeros. Bueno, a un par no, pero a los demás, como para desearles una enorme almorrana sangrante para el resto de su vida. Además, me pagaban una miseria. Y estaba convencida de que los turnos los había diseñado alguien de la Stasi. Alguien cruel y sanguinario especializado en tortura psicológica. Pero era lo mejor que había encontrado después de que cerrara el camping ese año. El plan era haber tirado con lo ahorrado hasta Navidad, por lo menos, y haber buscado un curro más molón, pero me pudo la patata: les regalé a los novios la estancia de cinco noches en San Francisco en un hotel de cuatro estrellas. Asco de sentimentalismo. Por su culpa rozaba de nuevo la indigencia.

Crucé un paso de cebra de Gran Vía con el semáforo dando espasmos y llegué a mi barrio. Era lo único bueno que tenía mi trabajo. Saltaba de la cama y ya podía seguir muriéndome en vida doblando ropa. ¡Hurra!

Abrí el portal y subí por la escalera hasta el tercero. Masoquista que es una. Y también ancha de caderas. Cuando entré en casa, me dio la bienvenida mi puto karma.

—¿Y esto? —me preguntó Zoe.

Sus manos morenas sujetaban el bol siniestrado.

—Pues, ya sabes, donde dejamos las llaves, céntimos sueltos, algún botón...

—¡Está roto!

—Yo no he sido. —Guardé en la mochila con disimulo el manojito de llaves que tenía intención de haber encestado en su bol tan importante—. Palabra. Ni me había dado cuenta de que estaba así.

—Me lo regaló mi ex... —murmuró, mientras se enrojecían sus ojazos marrones.

—Entonces, ole por quien lo haya roto. Que no he sido yo. Pero no se me olvida lo que me contaste de aquella mala pécora.

—Era de lo poco que me quedaba de los buenos tiempos...

—Es una señal —le dije con seguridad—. Para que rompas de una vez con su recuerdo.

Me sentí como Walter Riso, pero funcionó: Zoe tiró el cuenco a la basura. Yo dejé las cosas en mi cuarto antes de meterme en la ducha henchida de orgullo por haberla ayudado a superar su pasado.

Cuando regresé a la habitación debían de ser como las siete y media de la tarde. Todo el santo día perdido entre montones de ropa. Miré el que se había formado sobre la silla que tenía junto a la cómoda y pasé de organizarlo. Bastante doblamiento había tenido ya. Me tumbé en la cama, todavía envuelta en la toalla. Resoplé con ganas. ¿Por qué coño no podía dejar de pensar en él?

Había conseguido desconectar a base de tareas monótonas, pero, en cuanto me relajaba, volvía a aparecer. Sus ojos de caramelo, su boca abultada, sus jadeos en mi cuello, nuestras manos entrelazadas... Puaj, qué asco todo.

No me lo quitaba de encima. ¡A él! Al tío menos indicado del que colgarme. ¡Era demasiado impresionante! Y yo no quería convertirme en una damisela impresionable, tierna y cursi. ¡Yo quería seguir siendo la Reina de Hielo! ¿Por qué no le desterraba de una vez? ¿No me había servido un año de tortura instagramera? ¿No había bastado con ser testigo de la transformación de mi enano? ¿Con haber tenido que salir de su casa casi zumbando literalmente por culpa de la puta ola? ¡Me temblaba hasta el ombligo! Yo no era de las que huían, ¡joder!, y con Dani no me sentía capaz de dar la cara. Necesitaba salir corriendo cada vez que me llegaba el odioso cosquilleo de ese «algo» que vibraba entre nosotros.

Me puse bocabajo y miré la mesilla, justo donde había dejado el móvil. La lucecita blanca parpadeaba. Repté por el colchón con el ombligo dando saltos.

Tres chats activos.

Ninguno era el de Dani.

Puta vida.

Les mandé una nota de voz a los mamones que estaban de luna de miel en la playa y que me enviaban pruebas gráficas para que me reconcomiera la envidia. Ignoré el *meme* nuevo del idiota de mi hermano, el mayor, en el chat familiar. Y abrí el de mi amiga Greta.

Salut, ma chère!

Estoy en el café de Deux Moulines y me he acordado de ti.

Hay enanitos hasta en el baño, jajajaja.

La crème brûlée es para morirse, te encantaría.

En la mesa de al lado hay una pareja de novios.

No deben de tener más de veinte años.

Sus mochilas descansan junto a sus botas de montaña.

Han extendido un mapa de París frente a ellos y, cuando quieren elegir destino, colocan sobre él un pollito amarillo de juguete, de esos que se mueven a saltitos.

¿No te parece supertierno?

Estoy sonriendo.

Soy muy feliz.

Solo me faltas tú.

¿Cuándo vienes?

Te echo muchísimo de menos.

Qué bonita era mi Greta. Y qué bien se lo estaba montando, la cabrona. Estaba haciendo un posgrado en París, financiada por su bien pudiente padre, y había encontrado lo que ella llamaba «amor» nada más llegar con un «prometedor» modelo. Clément se llamaba el pájaro.

Le había puesto en mi punto de mira en cuanto había sido nombrado. No tenía nada entonces para utilizar en su contra, pero sí la experiencia de que las prisas no son buenas. Y, además, yo era así de sobreprotectora con Greta. La quería muchísimo... Mejor dicho: todavía la quiero. Es de esas amigas que se convierten en familia a base de compartir vida. Nos conocimos en la facultad. Ella estudió francesa y yo clásica, pero las dos somos filólogas. Y amantes de una buena juerga. Creamos lazos muy pronto, por afinidad de caracteres, supongo, y conseguimos transformarlos en indestructibles estando la una para la otra cuando lo hemos necesitado. Hemos pasado nuestros baches, no nos comunicamos a diario y la distancia física nos ha limitado muchas veces, pero nos sentimos hermanas, y eso no hay fuerza que lo destruya.

¡Hola, perri!

Pídetes otra crème brûlée y disfrútala a mi salud.

A los de la mesa de al lado dales un collejón de mi parte.

¿Qué hacen malgastando su energía juvenil jugando con un pollito?

¡Que se vayan a chingar al primer albergue que encuentren!

Díselo.

Y díles también que son muy afortunados por estar sentados al lado de mi amiga.

Yo también te echo muchísimo de menos.

Pero sigo siendo pobre, así que me toca acostumbrarme.

Si tú quisieras volver ya...

Greta entró en línea.

Me encantaría por verte.

Pero ni puedo... ni quiero, en realidad.

Estoy genial, Nat.

Clément es tan... Bufff... Es increíble.

Vivir con él es la mejor decisión que he tomado nunca.

¿Cómo que vivir con él? ¡¡¿Te vas a su casa?!!

¡¡No, no!!

Clément compartía piso.

Se ha venido él hace solo unos días.

Y estamos genial.

Es todo supernatural.

Como si lleváramos años viviendo juntos.

Claro...

Perdona que me meta, pero ¿los gastos los sigue pagando tu padre?

Solo hasta que Clément encuentre algo.

No te preocupes, en serio.

Todo va bien.

Tengo que dejarte. Están a punto de llegar unos amigos de Clément.

Te quiero, ¡que no se te olvide!

No contesté. No me fie de poder censurar a mis dedos. Mi grado de preocupación subió dos puntos y se quedó a solo un paso del nivel rojo: la fase madre. Aquello me olía fatal. Apeataba a *parfum d'chuló*. Y a que cierto gabacho podía terminar colgado por las pelotas de la mismísima Torre Eiffel si se le ocurría vacilar a mi amiga.

El móvil vibró en mi mano. Otro montón de wasaps. Que tampoco eran de Dani.

Me la pela que nos odies.

Estoy en el puto paraíso, tengo a mi niña al lado y todo el sol que quiero.

También tengo unos nervios de la hostia por lo de San Francisco.

Te agradezco que hayas sido capaz de cerrar el pico.

Y la estancia en el hotel.

Esa te la debo compensar de alguna manera.

Lo mismo me estiro para tu boda con Dani.

Ya me ha contado lo de vuestro «reencuentro».

¿O debería decir «reencuentros»?

Enhorabuena, bruja Lola.

Repetir también es superarlo.

Piénsalo.

Lo que voy a pensar es en cómo desollar vivo a tu amiguito sin que puedan incriminarme.

¿No sois un poco jóvenes para andar cotilleando como dos viejos?

Dedícate a chingar con tu Larita y deja a mi Dani en paz.

¿A TU Dani?

Un montón de *emojis* soltando lágrimas de risa llenaron la pantalla.

Se me ha escapado, ¡joder!

Ay, Natalie...

Jajajajajajaja.

¡Que te la pique una medusa!

¡Gilipollas!

Cerré el chat antes de lanzar el móvil contra el armario. Luego me levanté corriendo para asegurarme de que no le hubiera pasado nada. Asier seguía descojonándose de mí con emoticonos. Bloquéé su contacto y abrí el chat de Dani.

Por tu culpa tengo a un capullo riéndose de mí desde el Pacífico sur.

¿Quieres ser un poquito más discreto?

¿O prefieres que te bloquee a ti también?

Esta vez lo lancé contra el colchón. Estaba mosqueada, pero no tanto como para quedarme sin teléfono.

Me dirigí a la cómoda quitándome la toalla. Mientras me ponía las bragas, oí la vibración.

No te tires faroles.

Eres incapaz de bloquearme.

17

ALIVIOS PARA EL ESTRÉS

¡Bastardo prepotente! Sí, era incapaz de bloquearle: desde que salí de su casa lo había intentado varias veces y había sido inútil, pero él no lo sabía. Debería dejar de creérselo tanto.

¿Lo quieres ver?

Tardo nada, un segundito...

Venga, no te cortes.

Pero espera a que me descargue tu foto de perfil.

No quiero echar de menos los triángulos de tu biquini.

Cuidadito, señor marqués.

Puedes terminar con síndrome del túnel carpiano.

Y, según dicen, ciego y lleno de granos.

¿En serio?

Nunca lo había oído.

Me dejas preocupado.

Lo del acné me da escalofríos.

¿Por qué no quedamos y me la haces tú?

Buen intento.

Pero NO.

Sé compasiva, es por una buena causa.

¿Qué te parece una rápida en mi coche?

No te voy a robar ni diez minutos.

Ya la tengo dura.

El priapismo es un problema muy serio.

Deberías consultar con tu farmacéutico.

Lo haré.

Hasta entonces, ¿te animas a ayudarme?

Sonreí. A pico y pala. Dani no perdía su inquebrantable esencia ni tecleando sobre una pantalla.

Tengo que reconocer que me encantó que volviera a insistir. Me sentí muy deseada. Por él, ojo, no en general. Lo poco que conocía de Dani entonces ya me decía que era un hombre de gustos exquisitos. Y yo parecía gustarle... Mi ego se sintió muy satisfecho.

Pulsé el icono de la cámara de fotos que había a la derecha de la línea de texto y levanté el móvil hasta que un plano picado de mis tetas desnudas apareció en la pantalla. Coloqué la mano izquierda en el canalillo, con el dedo corazón erguido, y... le di a enviar.

Te cuidaré al perro lazarillo siempre que lo necesites.

Y te arrancaré las pelotas si alguien más llega a ver esta foto.

¡Que la disfrutes!

Y por cosas como esa no era una buena idea que tuviera su número de teléfono.

Me dan arrebatos. Soy así. Y además tengo una vena exhibicionista que me ha traído muchas alegrías y algún que otro disgusto. Una vez estaba ligando en Tinder y le terminé enviando a mi casero una foto de mi culo en tanga. Me perdonó el mes, pero tuve que mudarme. No pude volver a mirar a la cara a su mujer.

Por suerte, esa tarde acerté con el destinatario. Dani tardó lo mismo en llamarme que en ponerse en azul los dos tics del mensaje.

—¿A ti te parece normal mandarme ese tipo de fotos al trabajo?

—Te la he mandado a tu móvil, ¡yo qué sabía dónde estabas!

—No mientas. Estoy seguro de que lo has hecho para provocarme. Para que suelte de una vez los informes y me largue a disfrutarla en directo.

Me reí.

—Un consejito, nene: no te creas todo lo que piensas.

—¿Te puedo dar uno yo a ti?

—Por favor. No te prives.

—Deja de hacerte la estrecha, no te favorece.

—¿Estrecha yo? —pregunté ofendida—. ¿Acaso no me estás llamando porque has recibido una foto de mis tetas?

—No. Te estoy llamando porque la foto de tus tetas me ha dado la excusa. Algo como lo que te ha pasado a ti con lo que te ha dicho Asier.

Sentí cómo mis orejas se enrojecían. Las notaba calientes y a puntito de echar humo. Me había calado a la primera. No tuve más remedio que defenderme.

—Eres un engreído.

—¿Por qué? ¿Por hablar claro? Entonces, de acuerdo, lo soy. Pero no me has desmentido en ningún momento...

—Yo no necesito excusas para hablar contigo.

—¿Y por qué no me has llamado?

—Porque no he querido.

Su risa no me hizo ni pizca de gracia. ¿Tanto se me estaba viendo el plumero?

—Ya estás mintiendo otra vez, Natalie. Así no vamos a ningún lado —se burló.

—Tú te puedes ir yendo a la mierda. Yo de mi casa no pienso moverme.

—Venga, vale, pues voy yo. No hace falta que te pongas tan plasta.

—¿Plasta? ¡Plasta tu prima, la coja! Ahora sí que te bloqueo.

—¡No, no! ¡Que todavía no me he descargado la foto del biquini!

—Apáñate con la de mis tetas. ¡O mejor búscate a otra idiota a quien darle el coñazo!

—No. Quiero seguir dándole el coñazo a la misma idiota. Me pone mucho...

—dijo con un tono grave que me recordó a sus susurros en la cama—. ¿Dentro de una hora en tu casa?

—El abonado ha bloqueado su contacto —dije con voz mecánica—. Sentimos las molestias. Disfrute de su paja.

Colgué con energía y salí de la habitación.

En el pasillo me encontré con Arancha, que no me miró a la cara precisamente.

—¿Por fin has decidido cambiarte a la acera correcta, muñeca? —bromeó con una sonrisa que pretendía ser seductora; se pasó la mano por su pelo corto y rubio y guiñó uno de sus ojos azules.

—Todavía no, pero estoy a puntito. Te lo juro. Si no fuera porque me gusta un pene más que a mi abuela el *Pasapalabra*, ni me lo pensaba. Los hombres son lo peor.

—Amén, hermana.

Caminé hasta la cocina, sorteé el frigorífico y abrí la ventana corredera que daba al patio de vecinos. Tenía la ropa de deporte tendida. Y unas ganas inusuales de hacer *running*, *spinning* o *puenting*. Lo que más a mano me pillara.

Tiré de la cuerda, arrancándoles unos chirridos a las poleas, y empecé a recolectar mis trastos. Cuando estaba rescatando los pantalones de yoga, se abrió la ventana del piso de enfrente.

—Buenas tardes —dijo una voz profunda perteneciente a una señora que quizá no había nacido con ese género..., pero eso no es significativo, porque era muy señora ella. Sus gestos eran infinitamente más femeninos que los míos. Y su ropa interior, mucho más bonita. Me sonrió, recogió, y luego se detuvo, fijándose en mi torso desnudo.

—Quiero unas tetas como las tuyas. ¿Quién ha sido el artista?

—Debió de ser cosa de mi padre, que tuvo el día inspirado. Mi madre es lisa como una tabla.

—¿Naturales? Imposible. —Se llevó la mano al pecho. Su manicura también era mejor que la mía—. ¿Te importaría acompañarme para que las vea mi cirujano? —bromeó—. Se empeña en convencerme de que ese tipo de tetas solo las consigue Photoshop.

Me tuve que reír. ¿Veis por qué me encantaba mi barrio? Esto en Fuencarral no pasa. Allí sales en bolas a por la colada y te han subido a YouPorn antes de que quites la primera pinza.

Me despedí de mi vecina, dejé la ropa sobre la cama y me disfracé de mujer que hacía deporte. Calzándome las zapatillas en la entrada, llegó Sonia. Toda trajeada, con su pelazo caoba recogido en un moño prieto, su piel de porcelana inmaculada... Quizá no era tan mala idea lo de replantearme la acera.

Descendí la mirada por su cuerpazo y, al llegar a su entrepierna, se me pasaron las dudas. Yo no era de almejas. Donde esté una buena cigala...

—¿Vas a salir a correr? —me preguntó muy sorprendida.

—Sí, ¿por qué no? Dicen que desestresa mogollón.

—¿Desde cuándo estás tú estresada?

—Desde que fue a la boda de sus amigos —dijo Arancha, que se acercó hasta su chica. Yo me fui y todavía seguían morreándose.

Me dio pelusa. Yo también quería morrearme. Con Dani. Mucho rato... Asco de vida.

Bajé los cuatro pisos al trote y eché a correr por la calle Infantas. Tuve que pararme como a los dos metros. Las aceras estrechas y el tráfico denso no se compatibilizan bien con el *running*.

Me propuse acercarme al Retiro, pero no para pillar, solo para crearme guay como la gente que daba vueltas al lago... No llegué ni a Cibeles. Me moría. Mis pulmones se calcinaban por momentos y mis piernecitas acalambradas no podían con el resto del cuerpo. Un señor con bastón se acercó muy preocupado al verme a punto de echar el higadillo por la boca. Estuve por robarle la cachava. Me hubiera venido de lujo para regresar a casa.

La fe que tenía en mi forma física se llevó un buen palo aquella tarde. Y, al día siguiente, volví a calzarme las zapatillas, porque otra cosa no, pero a cabezona no me gana nadie. Solo conseguí alcanzar la sede del ayuntamiento. El Retiro lo conquisté el miércoles. Entré por las puertas enrejadas con los brazos en alto como si fuera la prota de *Carros de fuego*. Luego me desplomé encima de un seto.

El jueves estaba hasta el moño de correr. Tenía muchas agujetas en zonas en las que no era placentero tenerlas. No era como esas que te dejan un buen recuerdo en los abductores, los lumbares y dentro del kiwi después de una sesión de sexo como Dios manda. A esas las echaba de menos. Digamos... que me picaba...

Por eso, y solo por eso, le llamé. Lo de que mi enano amenazara con prenderme fuego desde dentro si no calmaba mis ganas con el abogado no tuvo nada que ver. Lo juro.

18

EL BIZCOCHO

Natalie me llamó el jueves, como si tal cosa, como si no hubiera estado evitándome después de mandarme la foto de sus tetas, como si diera por sentado que yo estaba esperando su llamada y que mi mundo giraba en torno a ella.

De primeras, mi orgullo me pidió que la mandara a tomar por el culo directamente, pero no lo hice, porque me dio miedo que lo entendiera de forma literal y me enviara un vídeo con la experiencia como venganza. Me apetecía mucho ser testigo de una sesión de sexo anal de Natalie, pero prefería ser yo el protagonista. Así que elegí una versión más *light*, aunque el tono distó mucho de ser ligero. Le dije la verdad sin adornarla: que ya había quedado y que la avisaría si tenía algún hueco libre el fin de semana. Ella me contestó que avisara a mi prima, la coja, antes de colgarme.

Sin soltar el iPhone, entré en el chat de mi grupo de amigos para escribir: «Saliendo». Sin más, apagué el ordenador y me despedí de mi asistente. Ni pasé por casa para cambiarme. Dejé la americana y la corbata en el coche y me dirigí al *gastrobar* donde siempre quedábamos. Después de unos vinos e infinidad de tapas, las parejas se rindieron, pero Miguel, que acababa de ser padre, y yo nos fuimos de copas. A ninguno de los dos nos apetecía volver a casa.

Cuando llevábamos ya unas cuantas encima, empecé a hablarle de Natalie. No recuerdo por qué salió a colación, ya iba bastante perjudicado, pero sí puedo asegurar que me marqué un discurso de los largos, de los que amodorran a las audiencias más despiertas. Empecé... y ya no pude parar, hasta que Miguel comenzó a reírse de mí. Incluso se permitió el lujo de advertirme de que así había empezado él con Olivia y que ya tenían descendencia. Luego me puso la mano sobre el hombro, muy serio, para animarme a no procrear.

—Si hubiera sabido que los cólicos del lactante eran así, me habría cortado la polla —me aseguró.

Llegué a casa casi a las cuatro de la madrugada, me apunté mentalmente no volver a tomar a Miguel como ejemplo de nada, me duché y me metí en la cama.

El viernes no podía con mi alma. Entré en el despacho resacoso y con un

humor de perros, que empeoró aún más después de la reunión de socios. Ser el más joven en un bufete era agotador, y yo esa mañana no tenía el cuerpo aventurero para luchar con tanta momia, resultado: seis casos que no quería y un rapapolvo por mi ya excesiva barba.

Para colmo, me pilló un atasco monumental en la M-30 al ir a visitar al primer cliente, que resultó ser un impresentable al que me negué a asesorar. Yo era abogado, no un trilero.

El retraso acumulado me hizo llegar a la vista que tenía en la plaza de Castilla por los pelos. Cuando recogí el coche a la salida, me lo habían rayado, de lado a lado. No quise ni comer del mal cuerpo que se me puso. Engullí como un pavo una barra de proteínas y seguí con las reuniones, con una cantidad de antipatía general acumulada solo equiparable a la que recolecta Donald Trump.

Sobre las siete, justo antes de regresar al despacho, pensé en llamar a Nat: era de las pocas personas que me apetecía ver en ese momento, pero no llegué a hacerlo. Doña Amparo Leal, viuda de Montalbán, llamó primero.

—¿Estás ocupado, cariño?

—Me pillas metiéndome en el coche. Me queda un rato en el despacho todavía, ¿por?

—Déjalo, no es importante. Ya hablaremos...

—No, venga, dime. —Me froté los ojos y descansé la cabeza en el asiento—. Pero en plan resumen, por favor.

Mi madre, como buena madre, puede tardar su media horita en contarte que los Rodríguez, esos que vivían en el portal de al lado cuando eras pequeño, los que siempre te decían que te parecías a tu padre, que ella era así como bajita, con permanente de rulo estrecho y el flequillo cardado, y él tenía bigote, como el del abuelo Francisco, que, por cierto, había llamado para decir... Al final tenías que cortarla con alguna excusa y te quedabas sin saber qué cojones había pasado con los Rodríguez. Divagaciones de madre, ya me entendéis...

—En realidad es una tontería —dijo con un tono demasiado suave, hasta para ella—. Es solo que... he quedado mañana para tomar un café con Amelia.

Me erguí de golpe.

—¿Que has hecho qué?

—¿Tienes mal la cobertura, hijo?

—Eso espero. ¿Me repites, por favor, con quién vas a tomar el café?

—Con Amelia. La chica esta tan mona con la que salías. La del pelo a media melenita. Así, muy alta y delgadita. La que...

—Ya, ya sé quién es Amelia, mamá. Te aseguro que me acuerdo de pu... estupendamente. Lo que no entiendo es a qué viene lo de quedar con ella.

—Pues resulta que estaba yo en El Corte Inglés, en la sección de electrodomésticos, porque, antes de ayer, la licuadora que me regaló Luisa, la primera psicoterapeuta a la que fui después de lo de tu padre, que en paz descansa, ¿te acuerdas de ella? Muy alta también, con el pelo entrecano y...

—Sí, sí, me acuerdo —mentí para atajar—. Estabas en El Corte Inglés y ¿qué pasó? ¿Te encontraste con Amelia?

—No, qué va... Pero me encontré con ese cómico que sale en la tele. En el programa de los viernes por la noche. Uno en el que disfrazan a los concursantes y les hacen cantar, ¿sabes cuál te digo?

Inspiré hondo.

—Mamá, se me hace tarde. ¿Me explicas, por favor, lo de Amelia y te olvidas del Corte Inglés?

—No puedo olvidarme, estaba allí cuando me mandó la foto del bizcocho.

Me reí por no llorar.

—¿De qué bizcocho me hablas ahora?

—Ay, hijo, te lo estoy diciendo: del que me envió una foto. Le di la receta una tarde. El día que volvisteis de vacaciones. Ella llevaba un vestidito amarillo cruzado y tú un...

—Ya sé a qué día te refieres. Le diste la receta ¿y también tu teléfono?

—Claro. Me lo pidió por si no le subía la masa.

—Lo normal... —Volví a reír con amargura—. En resumen, que ya va dominando la receta y ha decido compartirlo con su exsuegra.

Me froté la frente con energía. Algunas personas pueden llegar a ser muy retorcidas.

—Eso es. Le ha quedado fenomenal. Tendrías que verlo. Luego te reenvió la foto.

—No hace falta, mamá. —Bufé.

—¿Qué pasa, hijo? ¿No te parece bien que tenga trato con ella?

—Pues... no, no me parece bien. Tampoco mal... Me parece... extraño.

—No seas así. La chica solo quiere ser amable. No tiene nada de malo que quedemos y charlemos como dos amigas. ¿O acaso tu madre no puede tener amigas jóvenes?

—Sí que puedes..., pero...

—Ni peros ni peras, Daniel. No me seas antiguo, ¿quieres?

Dejé caer la cabeza sobre el volante, tirando la toalla. Llevaba demasiados años siendo su hijo como para aprender que intentar apearla del burro era un gasto de energía inútil.

—Pues nada, que os lo paséis bien, y dale recuerdos de mi parte —murmuré mecánicamente.

—Se los daré. Si quieres, te llamo cuando esté con ella...

Levanté la cabeza.

—No, no. ¿Para qué te vas a molestar? Ya te llamo yo... cuando pueda.

Conseguí colgar poco después, argumentando como excusa que no había comido. No hay madre que se resista a esa estrategia.

No volví al despacho. Ni tampoco llamé a Natalie. Conduje hasta mi casa con el firme propósito de aislarme del resto de la humanidad al menos durante lo que quedaba de día. ¡Estaban todos locos! Y yo todavía no me había hecho merecedor de semejante privilegio.

19

Y ENTONCES LLEGÓ NOLAN

«Ya te avisaré si tengo un hueco libre», me soltó, el muy idiota. Como si yo fuera un repuesto para su tiempo de ocio —le dije a Arancha. Metí la mano en la bolsa de gusanitos rojos y me llené la boca.

Me estiré para coger el Sprite de la mesa de centro y volví a apoyar la espalda en el butacón. Arancha cruzó las piernas sobre el sofá y Sonia me miró por encima de sus gafas de cerca: se estaba pintando las uñas de un color cereza muy molón.

—A ver... —dijo la rubia—, así planteado suena muy mal.

—Fatal —apostilló su novia, retornando la vista a sus uñas.

—Vale, sí, fatal... Pero es el tipo de relación que habéis acordado tener. ¿O no? —me preguntó.

—No hemos acordado tener ningún tipo de relación.

—Pues más a mi favor.

—Pero tú... ¿de qué lado estás? —protesté.

—Del tuyo, del tuyo —dijo con las manos en alto—. Solo intento hacerte ver que el chico se está limitando a darte lo que tú le has pedido.

—Pues no, porque le pedí que nos viéramos el jueves y no le dio la gana.

—Te dijo que ya había quedado.

—Y pudo ser mentira —apuntó Sonia.

Arancha la miró con reproche.

—No metas cizaña.

—No lo hago, solo doy mi opinión. —Cerró el bote de la laca de uñas y me dedicó una mueca—. Ese tío se ha rajado, nena. Y no pasa nada. No cualquiera puede estar a la altura de una mujer tan grande como tú. Pasa página y andando.

—Joder, Soni, es que esto es la hostia; porque el chico no pueda quedar un día, ya tiene que ser un cobarde o un cabrón o lo peor del mundo... Un poco de margen de confianza, por favor. Además —dijo señalándome—, ¿por qué no le has vuelto a llamar tú si tantas ganas tenías de verle?

—Porque yo no pierdo el culo por Dani.

—Entonces, ¿de qué te quejas?

—Pues solo de que... De... —Resoplé—. De nada. Sonia tiene razón. Lo mejor que puedo hacer es pasar página de una vez. Y también debería comprarme unas zapatillas nuevas para correr: las que tengo me han hecho ampollas.

—Ay, pues voy contigo —dijo la pelirroja—. Necesito calcetines largos y echar un vistazo a los guantes.

—¿De boxeo?

—No. —Rio—. Sóftbol. Me picó Zoe este verano y ahora estamos yendo a un club en Rivas.

—Da gusto verlas —dijo Arancha sonriendo—. No ganan ni un partido, pero le ponen mucha ilusión.

Sonia la empujó con el hombro.

—Ya les ganaremos. Algún día conseguiremos drogar a las rivales, y verán lo que es bueno.

Pegué un sorbo a la cerveza, mientras Arancha decía que intentaría encontrar Rohipnol antes del próximo partido. Casi termino escupiéndole el trago a la cara.

La puerta corredera del salón se abrió de repente, dando un golpe seco, y en el vano apareció Maiko. Toda vestida de blanco, la muy cabrona. Al tragar de golpe, se me atragantaron los gusanitos. Ni tosí. Intenté no asfixiarme respirando despacio por la nariz, con la vista clavada en el suelo. Como cuando en el cole pedían voluntarios para salir a la pizarra. Quizá, si no la miraba, podía librarme de morir la primera.

—Hola —dijo superbajito, cruzando el salón.

Cuando se agachó junto al mueble de la tele, os juro que recé al dios del *kiki* para que no que se encendiera sola y apareciera un pozo en la pantalla.

Funcionó. Maiko abandonó el salón poco después con un DVD en la mano, y las tres resultamos ilesas.

A la pareja le dio pelusa lo de la peli y propusieron un maratón de Lynch. Yo me fui a mi habitación, por dejarles intimidad y porque no entiendo ni un poquito al cineasta, lo admito. Prefiero quedar de cateta que hacerme la lista, ¿qué queréis que os diga? A David le diría que el consumo de LSD debería limitarlo a su tiempo libre, pero tampoco soy muy fan de dar consejos a desconocidos. Si quieren aprovecharse de la sabiduría que he ido acumulando a base de tropezones en la vida, que me paguen unas copas por lo menos.

Me encerré en mi cuarto, y, aunque me apetecía lo mismo que ver *Mulhollana*

Drive, me puse a recogerlo. Todavía tenía tirado en un rincón el vestido del sábado noche y encima de la cama, las doscientas bolsas del híper del barrio donde mi padre me había metido esa misma mañana existencias como para sobrevivir a un apocalipsis zombi. Que lo habría. Estaba convencida. El día menos pensado despertaría y el virus ya se habría extendido por todas las capitales mundiales. Solo las poblaciones costeras y las islas servirían como reducto. Porque a los depredadores en descomposición no les va bien el calor y el salitre. Y porque es mi teoría, y sanseacabó. Para alcanzar la salvación, tendría que salir primero del piso, claro, luchando encarnizadamente contra mis compañeras no-muertas y destrozando sus cráneos poniendo cara de pena. Bueno, quizá con Maiko, ni eso. Ya lo pensaría sobre la marcha. Lo que podía asegurar es que me tocaría jugarme la vida escaleras abajo y que podría reventar a mis vecinos con la alegría que da la impunidad de ser uno de los pocos supervivientes del planeta. Al llegar al portal, me limpiaría de sangre y sesos con ayuda del reflejo de los cristales rotos de la puerta, y, en la calle, Daryl Dixon me esperaría con su ballesta para salvar juntos a la humanidad y chingar como conejos entre tanto.

Lo había soñado tantas veces que estaba segura de que tenía que suceder, pero, hasta que llegara el día, me tocaba hacer vida normal.

Aquella tarde leí una horita, chateé en cuatro grupos de WhatsApp, navegué un buen rato y, cuando llegó la hora de la cena, todavía no había podido dejar de pensar en Daryl... ni en Dani. Con este último trataba de pasar página, lo juro, pero su recuerdo me agitaba una y otra vez, como una racha de viento inoportuno que volvía las hojas de la historia que yo trataba de cerrar. Asco de sentimentalismo.

Por la noche, en la soledad de mi cama, fue peor. Cada vez que cerraba los ojos, solo veía los suyos verdes. Me dormí con la mano entre las piernas y un incómodo sentimiento de culpa por ser tan débil, por no poder olvidarle como a todos. ¿Por qué con Dani era distinto? No me lo explicaba... ¡Si no tenía ni ballesta!

El comienzo de semana me sentó fatal. Era lunes, que ya de por sí es bastante desagradable, y encima apenas había descansado. Para terminar de arreglar el asunto, era el primero del mes en el que a todo el mundo le da por acopiar ropa como si el invierno que estaba por venir fuera a ser nuclear. Cientos de carteras humeantes invadieron la tienda y me inutilizaron para todo lo que no fue trabajar. Me vino de coña.

El martes Sonia me recogió en el curro. Fuimos hasta Preciados y volvimos a casa tres horas después, ella cargada como una burra y yo escandalizada perdida. ¡Cien pavos por unas zapatillas! ¿Pero cómo se flipaban tanto? Me tiré el resto de la tarde y parte de la noche metida en internet, vale, pero las conseguí por menos de la mitad. La compra consiguió arreglarme el día; mi enano se encargó de amargármelo a base de taconear dentro de mi cabeza mientras le cantaba rumbas al abogado.

El miércoles me pasé por casa de mis padres y terminé con mi hermana, la pequeña, en el tugurio del barrio donde aprendí la receta de los destornilladores y a vaciar la vejiga haciendo equilibristas sobre la taza insalubre y aguantando la puerta sin cerrojo al mismo tiempo. Y, sí, es cierto, te convalidan segundo de *capoeira* cuando dominas la técnica.

El jueves no era persona, mucho menos de lo normal, que ya es decir. Si no hubiera sido porque Sonia y Zoe me arrastraron, casi literalmente, no habría ido a Rivas ni de broma. Estaba donde Cristo perdió el mechero, y yo no pintaba nada en aquel entrenamiento de sóftbol. O, al menos, eso fui repitiendo en el tren... Cuando llegamos al campo, Nolan consiguió que cambiara de opinión.

20

NEGRO

El campo de béisbol era... un campo de béisbol. Con arena, césped, minigradas y una red muy alta al fondo para que no se escaparan las pelotas. A decir verdad, si hubiera habido algo más, no me habría dado cuenta, porque, en cuanto planté el trasero en el asiento de plástico azul, mis ojos se fijaron en el único «ídem» masculino de los alrededores. ¡Y menudo culo!

«Y menuda cintura estrecha. Y menuda espalda ancha. Y menudo movimiento de hombros. Y, joder, qué zambombazo le ha arreado a la pelotita. Y..., ¡ay!, que se da la vuelta. ¿Por qué va todo a cámara lenta? Bonito perfil... Parece mayor... Sí, se le adivina alguna cana en ese pelazo moreno. Me gustan sus rizos... Uf, qué sonrisa, hasta le salen hoyuelos. ¡Me está mirando! Y no solo a la cara... Hola, cariño, ¿te casas conmigo?».

Se colocó el bate de madera sobre el hombro antes de levantarse un poco la visera de su gorra. Yo mojé las braguitas y le saludé con la mano, como si le conociera de algo. Él asintió con la cabeza, como si aceptara la propuesta que mis lujuriosas hormonas acababan de lanzarle.

Con ese simple intercambio de gestos supe que lo tenía hecho. Y no es que me creyera infalible, es que las estadísticas me daban la razón. Llevaba sin fallar un tiro más de una década. Y que sepa aquel pringado del instituto que se la tengo jurada.

Me incliné en el asiento, satisfecha con las vistas, y coloqué el codo en la rodilla. Cuando apoyé la barbilla en la palma de la mano, el codo se me escurrió entre las piernas y me estampé contra el respaldo de la fila delantera. Me di un sopapo cojonudo en toda la mejilla. Me pareció oír reír a mi enano mientras le imaginaba enredando en la caja de cables pelados que administra mi sistema nervioso.

Todo tenía su lógica, el jodío gnomo era pro Dani y más bruto que un arado. Estaría dispuesto a dejarme sin dientes con tal de que no mordiera a otro. ¿Adivináis cuánto caso le hice? Efectivamente: ninguno. Ya había aprendido que en la variedad estaba el gusto, y yo, a salvo de implicarme en una relación que podía arruinarme otra vez. Que la mancha de mora se quita con una verde, pero

el negro cubre más. Que un clavo saca a otro clavo, y, si hablamos de clavar, el entrenador tenía pinta de saber usar bien su herramienta. Con un poco de suerte, conseguiría arreglar el destrozo que amenazaban hacer el abogado y su maldita intimidación en mis defensas.

No lo tuve que pensar más. Me recosté en el asiento, controlando mis extremidades, y me dispuse a observar el entrenamiento, que duró una eternidad.

Vale, quizá solo fueron cincuenta minutos, pero se me hicieron muy largos.

Él no volvió a mirarme. Se dedicó a instruir a sus pupilas y yo, a imaginármelo con menos ropa. Me fui poniendo a tono, claro, tengo una imaginación muy detallista. Cuando terminaron de enredar con las bolas, Sonia y Zoe se acercaron a las gradas para decirme que se iban a dar una ducha rápida y que las esperara fuera. Yo bajé, diligente, los escalones metálicos... y me fui derecha al banquillo.

Le encontré de espaldas, guardando la gorra en una bolsa de deporte. Carraspeé, dejé de mirarle el culo y enderecé la postura.

—Perdona, ¿puedes decirme dónde está la secretaria?

—En el polideportivo, pero se van a las cinco —contestó con una voz rasgada bastante grave, teñida de un acento que me recordó a los hombretones de *Sons of Anarchy* en versión original. Cerró la cremallera de la bolsa, se dio la vuelta y me hizo un escáner vertical con la mirada—. ¿Puedo ayudarte yo?

Sonreí.

—Estoy segura de que sí. —Di un paso hacia delante—. Me ha gustado mucho el entrenamiento, ¿me harías un hueco en el equipo?

Sus ojos oscuros descendieron hasta mi boca, se entretuvieron en los bolsillos de mi cazadora vaquera y retornaron a mi cara. Hizo una mueca antes de chascar la lengua contra el paladar.

—Con la temporada empezada..., imposible.

Se acercó, obligándome a echar atrás la cabeza. No era tan alto como Dani, pero yo seguía siendo tamaño llavero. Se inclinó un poco, y pude apreciar con nitidez las arruguitas horizontales de su frente y las que brotaban radiales de sus ojos cuando sonreía. Tenía una boca preciosa, dientes blancos y alineados y labios finos, pero muy apetecibles. La mandíbula marcada y perfectamente afeitada. El mentón partido por un hoyito muy sexy.

—Vaya, qué pena..., me hacía ilusión formar parte del equipo, pero... En fin... —Me encogí de hombros y puse la mano derecha sobre su chaqueta—. ¿Das clases particulares?

Miró mi mano con una sonrisa que me recordó al gato de Cheshire.

—A ti sí.

No nos hizo falta más conversación. Los dos entendimos que el único ejercicio que íbamos a practicar juntos no requería más calentamiento. Él agarró mi mano y su bolsa; después, salimos del campo.

Fue extraño. No me sentí incómoda por el roce de sus dedos ni por la intimidad del gesto. Solo me sentí orgullosa de seguir en forma y segura de mí misma. Tan segura como sus pasos.

—¿Te gustan las motos? —me preguntó cuando alcanzamos la acera.

—Solo las grandes. —Mis ojos traicioneros descendieron hasta su paquete.

—Entonces la mía te va a encantar.

Se me hizo la boca agua. Sonaba tan convincente...

—¡Natalie! —gritó Zoe, agitando la mano desde unos metros más arriba de la calle. Sonia estaba junto a ella—. Ya estamos listas.

—Se viene conmigo —dijo el entrenador.

La pelirroja me guiñó un ojo y Zoe me miró con las cejas alzadas.

—¿Estás segura? —Asentí con la cabeza. Mi compañera juntó las cejas en su ceño y desvió la mirada hacia mi derecha—. Cuídame, Jacob. Recuerda que sé cómo utilizar un bate.

El entrenador no le dijo ni adiós. Empezó a cruzar la calzada conmigo de su mano.

—Claro que sabe, le enseñé yo —murmuró, con ese acento macarra que me hizo desear que me enseñara algo a mí también.

Me soltó a un paso de su moto. Una Indian Chief Classic preciosísima. Acero cromado, laca negra y una línea diseñada por los Ángeles del Infierno, todo curvas y *rock and roll*. Como cantaba la eterna Elvira, aquella moto era una polla con ruedas. Y, sí, era grande. ¡Enorme!

Tragué saliva. Tenía la boca inundada. Por no hablaros de las bragas... Él dejó la bolsa de deporte sobre el asiento de cuero negro y sacó una cazadora y un casco. Me cedió los dos.

—¿Y tú? —pregunté poniéndome la chupa, que me servía de tres cuartos.

Se acercó para colocarme el casco. Ajustándome el protector de la mandíbula contestó:

—Yo conduciré con cuidado. Tú me abrigarás la espalda.

Me cerró la visera y se subió a la moto. Con un golpe de tacón y un meneo de caderas la desancló del asfalto. Cómo la manejaba, la Virgen...

—Sube —dijo, arrancándola.

Y yo subí, claro. Me acerqué todo lo que pude a su espalda, bien sujeta a su cintura. Jacob soltó el manillar, agarró mis manos y las cruzó sobre su abdomen. Miró por encima de su hombro izquierdo, sonriente, haciendo asomar un hoyuelo en su mejilla.

—*Ready?*

Me apreté contra su cuerpo como respuesta y empezamos a rodar.

21

LA GUARIDA DEL LOBO

No voy a negar que en la A3 pasé miedo. Había bastante tráfico y el entrenador se dedicó a serpentear temerariamente entre los vehículos sin aminorar la marcha. Llegamos a Vallecas en un pestañeo. Aparcó en un subterráneo del casco viejo y me llevó a un bar que hacía juego con su moto: oscuro, humeante y con pinta de peligroso.

Desafiando las ordenanzas municipales, el local apestaba a tabaco rancio. Tan rancio como los Europe que sonaban por los altavoces mal sintonizados. Lo que un día fueron ventanales se ocultaban detrás de incontables carteles de lo más variopinto. Había una bancada tapizada en polipiel ocupando dos de las paredes. Pequeñas mesitas de madera maciza delimitaban los espacios. Todo orientado hacia el centro de la sala, hacia la mesa de billar que la gobernaba, donde jugaban los tres únicos parroquianos que se nos quedaron mirando en cuanto entramos. La barra, bastante pequeña, estaba al fondo, iluminada desde arriba por unos fluorescentes semitintados. A su derecha había dos puertas, una decorada con el dibujo de una calavera pirata y otra con el de una pareja dándose el lote.

—Siéntate —me dijo Jacob, que me quitó el casco de la mano y se acercó a la barra.

No saludó a los hombres, que centraron la mirada sobre el tapete cuando pasó por su lado. Dio un golpe con el casco sobre la superficie barnizada y, de la puerta de la calavera, salió un señor bigardo con la cabeza afeitada y cara de no haber evacuado en muuuucho tiempo.

Me senté en la bancada de la mesita más cercana a la puerta de la calle. Los observé mientras se saludaban con cordialidad, estrechándose las manos y dándose palmadas en los hombros. Jacob le tendió la bolsa, el casco y la cazadora; conversaron animadamente y, luego, fijaron la vista en mí. Yo traté de disimular que no me molestaba la mirada del señor calvo buscando el móvil en el bolso. Abrí el chat de Greta:

Tú que eres de Vallecas: ¿aquí se lleva lo del tráfico de órganos?

Mi amiga se había mudado a Aravaca cuando todavía estaba en el instituto, pero quizá hubiera podido ilustrarme. Me preocupaba muy en serio. Había estado en muchos tugurios, aunque ninguno que me pusiera los pelos de punta. Me sentía dentro de la temible guarida del lobo.

El entrenador vino a la mesa antes de que Greta respondiera. La maldije mentalmente, agarré con firmeza el botellín de Mahou que él me ofreció y me bebí la mitad sin descansar. Me estudió con detalle despegando la etiqueta de su cerveza; la enrolló formando un cilindro, sonriente.

—Tenías sed.

—Un poco, sí...

Eché el último vistazo a mi móvil y lo guardé en el bolso, junto a mis dudas sobre los hábitos delictivos del vecindario.

Los hombres se colocaron en la barra de cara a nosotros una vez terminada la partida. Apuré lo que quedaba de cerveza, mirando a Jacob de reojo. Él giró la cara hacia ellos; dejaron de observarnos de inmediato. No le hizo falta más.

—¿Los conoces? —pregunté.

Apoyó los codos sobre sus piernas y negó con la cabeza.

—Pero ellos a mí sí. Saben que no deben molestar a mis acompañantes.

—¿Tienes muchas? —pregunté, por pura curiosidad.

—*Life is short* —dijo antes de beber de su botella.

Al deslizarse el trago por su garganta pude ver cómo su nuez viajaba arriba y abajo. Aunque se había afeitado, su mentón empezaba a oscurecerse por la barba emergente. Me pregunté si rascaría... Apreté los muslos y respiré hondo. No le conocía de casi nada y no estaba en un sitio seguro. Más me valía enfriarme y averiguar si no iba a hacer una tontería de las grandes.

—Te llamas Jacob, tienes una pronunciación impecable, y ese acento... —murmuré—. Está claro que eres americano.

—De Minnesota. —Asintió—. Y prefiero que me llames por mi apellido: Nolan.

—Nolan... —repetí. Me sonó tan potente que mis piernas se abrieron por arte de magia—. ¿Hace mucho que vives en España?

—Unos diez o doce años. —Enderezó la espalda para apoyarse en la bancada—. Vine por un negocio y ya no pude marcharme. Me enamoré del sol... y de las españolas.

—¿De todas?

—Solo de las guapas. —Me sonrió con complicidad, como si acabara de

hacerme un cumplido.

A mí me pareció de mal gusto. Todas las mujeres somos guapas. Solo hay que tomarse la molestia de fijarse.

Me giré un poco para observarle de frente.

—¿A qué te dedicas?

Nolan entornó la mirada y la hizo descender por mi cuerpo.

—A seducir a las jovencitas que vienen a los entrenamientos.

—¿Y eso te da para vivir?

Una carcajada áspera salió de su garganta.

—Me da mucha vida... El resto lo cubro con mi negocio.

—¿Tanto se gana entrenando?

Hizo una mueca burlona.

—Eso es solo un *hobby*. He jugado desde niño y, ahora que soy viejo, me dedico a enseñar.

—Tampoco eres tan viejo —murmuré—. ¿Cuántos años tienes?

—Para ti, que no debes de tener más de veinte, los suficientes.

—Voy a cumplir veintiséis dentro de nada.

Frunció ligeramente el ceño.

—Pareces más joven.

—¿Decepcionado? —Levanté una ceja.

—No, ¿y tú? —Sonrió.

—Te contesto más tarde... —sugerí; él se acercó hasta pegarse a mi costado—.

Y ¿en qué dices que consiste tu negocio?

Me quitó el botellín vacío para dejarlo sobre la mesa.

—¿Siempre preguntas tanto?

—Casi siempre, sí. Soy cotilla por naturaleza.

Chascó la lengua contra el paladar y me puso su cerveza entre las manos.

—Algún defecto tenías que tener.

—Solo ese, no te creas.

Bebí de su botella; él sonrió complacido mientras sus ojos regresaban a los bolsillos de mi cazadora. Debieron de gustarle mucho mis botones.

—¿No tienes calor? —Me señaló.

—Pues... no —mentí, dirigiendo la vista a los hombres de la barra.

Nolan acercó su boca a mi oído.

—¿Ves la puerta de la calavera? —Esperó a que yo asintiera antes de explicarme—: En teoría es el almacén, pero hace las veces de despacho y tiene

una zona de descanso detrás. El sofá es mucho más cómodo que esta mierda de banco. Podríamos poner otra música, relajarnos... Nadie nos molestaría. ¿Qué me dices?

Su aliento acarició mi cuello y su mano derecha, mi rodilla. Yo miré al señor bigardo.

—¿Al dueño no le va a importar?

—Él es como de la familia. Su casa es mi casa.

—¿Y tú dónde vives?

Nolan deslizó la palma de la mano hasta mi muslo. Apretó mi carne con un ronroneo de aprobación que consiguió humedecerme.

—Ahora mismo, en el jodido infierno, criatura. —Espiró con fuerza—. ¿Puedo besarte?

Me gustó que lo preguntara. Que no se limitara a abalanzarse sobre mí, como más de un listo que había terminado con mi mano tatuada en la cara.

—Me apetece —admití—. Pero todavía estoy decidiendo si es buena idea.

Me sujetó el mentón con la mano libre para centrar mi mirada en sus ojos negros.

—¿Por qué no iba a serlo?

—Porque...

Cerré el pico. No tenía una razón de peso para negarme. Él me atraía mucho, aunque el local fuera espeluznante. Solo... había cierto galán de ojos verdes que quería aparecer por mi cabeza de la mano de mi enano... Y esa sí era una razón de peso para hacerlo.

Ladeé la cabeza y estampé mis labios contra los suyos con decisión. Los dedos de Nolan se tensaron en mi mandíbula, abrí la boca y me dejé devorar por el lobo, desviando mis dudas hacia otros derroteros más prácticos: si besaba así de bien, ¿qué sería capaz de hacer con su...?

—Vamos adentro —dijo subiendo la mano hasta el vértice de mis piernas.

Yo jadeé y le seguí.

Porque me apeteció darme el capricho.

Porque el entrenador estimulaba a mi lado oscuro y a todo el morbo que albergaba.

Porque quise demostrarme que Dani era solo uno más en mi travesía hacia la felicidad, no el faro que podía llegar a iluminar el camino.

22

MI ENANO ES MÁS LISTO DE LO QUE PARECE

Detrás de la puerta de la calavera, Nolan y yo encontramos la privacidad suficiente para follar como brutos. Siniestramos el teclado del escritorio, nos cargamos un par de botellas de las estanterías y reventamos un muelle del sillón. Fue bestial. Un polvazo de esos que te desmontan entera y te revelan los misterios de la existencia humana. ¡Yo había nacido para chingar así hasta el final de los tiempos! No para estar pendiente del dichoso móvil, esperando noticias del abogado estirado, que no daba señales de su estupenda vida ni a tiros. ¡Que le petaran el ojetel! Yo tenía *fucker* nuevo. ¡Y menudo *fucker*!

Y sí, habéis leído bien, «tenía», porque le propuse vernos otra vez nada más terminar. Hasta le di mi número de teléfono. Total, ya había incumplido mi norma más sagrada con Dani. Y él no era especial. No debía serlo. ¿Por qué no comportarme igual con Nolan? ¡Qué coño! Al guiri no le pensaba ni proponer un plazo. Que estuviera en mi vida tanto como quisiera. Mientras me lo siguiera dando así de bien, sería bien recibido.

Todo esto lo decidí en cuestión de diez segundos. Lo que tardó mi enano en reponerse del *shock* que le causó verme gozar bajo el experto cuerpo del entrenador. Luego, me acusó de adúltera, de lasciva y de no sé cuántas cosas más. Yo no le hice ni caso. Estaba segura de que el de Minnesota era la solución a mis problemas ñoñeriles.

Mi plan funcionó estupendamente: se me pasaron los nervios, las comeduras de tarro y los suspiros por los rincones... durante un día y medio. El sábado por la tarde me llamó Lara.

—Me acabas de joder la siesta, ya puede ser importante.

—Hola, Natalie. ¿Cómo estás? Nosotros bien, gracias. Disfrutando de los últimos días en San Francisco; en gran parte, gracias a ti, por eso voy a ignorar lo borde que te pones cuando tienes sueño. Te llamo para recordarte que volvemos el lunes y que el martes hacemos una cena en casa. Asier me está diciendo que le desbloquee de una puta vez, bruja. Y que, si no vienes, te quedarás sin el regalito que te hemos comprado.

Me incorporé sobre el colchón.

—¿Me habéis comprado un regalo?

—Uno muy chulo, pero tienes que venir...

—Pues claro que voy a ir. Ya te lo dije.

—Lo sé..., pero no es la primera vez que me mientes. Y como va a estar Dani...

—¿Qué pasa con que vaya a estar Dani?

—Nada, eso...

Solté todo el aire por la nariz y levanté el puño al cielo.

—Puto bocazas. ¿Qué os ha contado?

—No, nada, solo ha comentado que lleváis más de una semana sin hablar.

—¡¿Y qué?! ¿Se ha acabado el mundo? ¿El sol ha dejado de brillar? ¿Los pájaros ya no cantan? No, ¿verdad? ¡¡Porque él y yo no somos nada y no tenemos nada de qué hablar!! Además, que sepas que es todo culpa suya. Me dijo que me llamaría y todavía estoy esperando.

—¿Ah, sí?

—Sí, hija, sí. —Resoplé—. Y me importa tres pepinos, que conste —añadí rápidamente—. ¡Que haga lo que le salga de la punta del ciruelo! Lo tengo más que olvidado. ¡Lo tengo... olvidadísimo! He conocido a alguien, ¿sabes?

—¿En serio?

—Sí, nena. Un madurito cañón, con moto y todo. Por no hablar de cómo folla...

—¿Has repetido con él? —preguntó con la sorpresa aguzando su tono de voz.

—No, pero pienso hacerlo. Y tú también lo pensarías si lo hubieras catado. Tiene una pedazo de...

—Vale, sí..., me hago a la idea.

—No, no. Ni de coña, vamos. ¡Es algo descomunal! Muy recta y gorda, circuncidada y con el...

—Bueno, Nat. Que esto es conferencia. Ya nos vemos el martes. A partir de las ocho. No te olvides.

Me colgó y yo sonreí maléficamente: nada mejor que soltar un par de detalles escabrosos para escandalizar a Larita y que dejara de dar por saco con el abogado.

Abogado bocachancla, por cierto; no entendí a qué venía lo de irles largando los pormenores de nuestra «no-relación» a nuestros amigos. Si tanto pasaba de mí, ¿por qué no se callaba?

Aún con el móvil en la mano busqué el contacto de Nolan. Las comeduras de tarro querían volver, y yo no podía consentirlo.

—¿Estás ocupado?

—Para ti no.

Sonreí.

—¿Tienes plan para esta noche?

—Tengo algo hasta las doce. ¿Te llamo cuando termine?

—Genial. *Bye*.

Colgué sin perder la sonrisa. Así de fácil lo quería todo en la vida entonces. Todavía no había aprendido que lo difícil es lo único que nos enseña a superarnos.

Me dediqué la tarde a mí misma. A mimar mi piel, a limpiarla de pelos desubicados, a ponerme la mascarilla capilar más de un cuarto de hora, a utilizar el guante de crin tumbada en la bañera y no a la pata coja... Quedé como nueva, limpia, suave y resplandeciente. Cené con las chicas. Con todas menos con Maiko. No porque le hiciéramos *bullying*, es que no estaba en casa. Después, nos vestimos en la habitación de Zoe, como puros zorrones, y salimos sobre las diez en dirección a Callao.

A las once ya íbamos peor que Las Grecas. La sidrería de la plaza de Santo Domingo tuvo la culpa. Con el pedo en todo lo alto nos pareció una idea estupenda meternos en una discoteca cercana.

La sala molaba mucho; tenía dos plantas, cuatro barras, un montón de camareros ciclados y lucecitas de colores. Todo era estupendo. Quería a todo el mundo. Naty Abascal *power*.

Bebimos chupitos. Bailamos *chunda-chunda*. Regresamos a la barra y, como me tocaba pagar a mí, abrí el bolso y vi el móvil parpadeando. Nolan me había llamado tres veces, hacía más de media hora la última. Entré en WhatsApp corriendo y busqué su contacto.

Estoy en una discoteca.

No he oído tus llamadas.

¿Te mando la ubicación?

Los relojitos de los mensajes se quedaron fijos. La cobertura daba pena.

—Ahora vuelvo —le dije a Arancha.

Y subí hasta la planta de arriba.

En el pasillo de entrada encontré un rinconcito y 4G. Había muchos espejos y una luz fucsia superchillona. Los relojes se convirtieron en *tics* y, enseguida, Nolan entró en línea.

¿Una discoteca?

No tengo edad para eso, criatura.

¿Cómo que no?

Tienes edad para cualquier cosa, bombón.

¡Vente!

En mi estado etílico me pareció que lo suyo era mandarle un vídeo para convencerle. Le di a lo que yo pensaba que era la cámara, pero me salí del chat. Pulsé de nuevo el primer icono con objetivo que encontré, que fue el del teléfono, alcé la mano y me puse a grabar.

—Estoy en la calle Isabel la Católica. Es la única discoteca que hay. No tiene pérdida. Ni tú excusa para no venir. Prometo perrearte, papi. Y llevo minifalda...

Bajé el móvil hasta mis piernas y detuve la grabación. Lo envié tan contenta, convencidísima de que no iba a negarse, antes de regresar con mis amigas.

Me pareció oír a mi enano gritando «¡Tomal!», pero, como estaba borracha perdida, no le eché cuentas. Seguí disfrutando de la noche, hasta que entendí el porqué de su alegría.

23

MOTINES Y ASALTOS

Durante el fin de semana que siguió a la llamada de Natalie tuve un par de huecos libres y la disposición sincera de ofrecérselos, pero a veces se alinean los planetas y otras se amotinan. Me explico.

El sábado por la mañana mi madre rompió mi aislamiento con una llamada; quería que la acompañara a hacer unas compras. Me negué media docena de veces, en balde, porque terminé acudiendo a la cita. Era mi madre, la única familia directa que me quedaba, una mujer cariñosa y admirable a la par que dependiente. La soledad era su miedo más profundo, y, desde que mi padre se fue, lo que la acompañaba cada día.

Con los años conseguí ir soltando amarras sin que ella se sintiese apartada de mi vida. Me fui de su casa antes de acabar la carrera, me compré un piso de un dormitorio en la otra punta de la ciudad, la acostumbré a vernos no más de tres veces por semana, pero siempre seguí ahí. Y siempre lo haré. Aunque ello suponga dejarme arrastrar por la milla de oro, un sábado, durante cuatro horas. Encima no me invitó ni a comer. Le entraron las prisas en el último momento, cogió un taxi y se marchó. Tenía una cita a las seis. Y yo, la tarde despejada. Perfecto.

Regresé a mi piso, pedí comida al tailandés, la disfruté escuchando a Van Morrison, recogí y me eché la siesta. Como un marqués. Se me fue de las manos.

Cuando me despertó el teléfono móvil eran casi las siete de la tarde.

—Diga —mascullé con voz pastosa.

—Daniel, ¿estás ocupado?

—No, mamá —bostecé.

—Necesito que vengas a recogerme. Ahora te mando la dirección.

Me froté la cara, incorporándome.

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien. Es que... estoy muy cerca de tu calle, he pensado que no te costaría ningún trabajo, y como ha empezado a llover...

—Venga, vale, pero te dejo en casa y me voy.

—¿Has quedado con alguien?

—Tengo intención de hacerlo.

—¿Con quién?

—Te lo cuento en el coche.

Colgué con la esperanza de que se le olvidara. Y así fue. Cuando la recogí no parecía acordarse. De nada. Por no recordar, ni tuvo presente que no me había avisado de que seguía acompañada. De Amelia.

La encerrona me sentó como una patada en los dientes. No traté de disimularlo. Mi gesto tirante descompuso la cara de mi ex y enrojeció la de mi madre. No se merecieron menos. Se les deberían haber caído de vergüenza.

—Mejor me marchó en un taxi —llegó a balbucear Amelia, mal refugiada en el minúsculo paraguas de mi madre.

Yo me estaba calando entero, mi coche en triple fila estaba recibiendo ya más de un pitido y no había ni un taxi libre a la vista.

—Daniel... —susurró mi madre con voz dulce, antes de dedicarme su clásica mirada de desamparo.

Elevé la vista al cielo con los brazos en jarras, le dije a mi padre mentalmente que la culpa era suya por haberla mimado tanto y me dispuse a llevarlas a casa.

—Déjame a mí primero, por favor —pidió mi madre poco después de arrancar—. Me tengo que tomar las pastillas.

—¿Y por qué no te las has traído?

—Un descuido.

—Ya...

El trayecto fue infinito. Madrid estaba inundado. De coches, de agua y de un gris que llegó a instalarse dentro del coche. Una bruma densa de incomodidad que no intenté disipar en ningún momento.

Mi madre sí: parloteó sobre el tiempo, sobre el tráfico y sobre las crisis migratorias cuando pasamos por Cibeles y vio la pancarta que daba la bienvenida a los refugiados desde el edificio del ayuntamiento. La escuché de fondo tratando de conducir mientras recordaba a Natalie desfilando por delante de mi coche con el minúsculo vestido de encaje negro, sonriendo y lanzándome un beso antes de perderse en la oscuridad de la noche. No debía de vivir lejos. En cuanto me deshiciera de mis acompañantes, podía ocuparme de averiguarlo. De mi madre me costó más de media hora de atasco. De Amelia, apenas diez minutos de calles estrechas, pero se me hicieron interminables. En cuanto escuché «Daniel, deberíamos hablar», supe que podían serlo.

—Creía que ya estaba todo claro —repliqué, sin apartar la vista de la calzada.

—Y lo estaba..., pero... ¿y si nos precipitamos?

—No fue el caso.

—¿No? ¿No es precipitado tirar por la borda una relación de un año sin un motivo de peso?

—Teníamos motivos de sobra para hacerlo, Amelia.

—Más bien, teníamos unas expectativas demasiado irreales. Entre nosotros no ha pasado nada malo, Daniel. Solo necesitamos más tiempo para darnos cuenta de que juntos estamos mejor que separados. ¿O acaso no me echas de menos?

Me mordí el labio inferior para que la negación no se me escapara. La verdad era que no la añoraba, nada de nada, pero resultaba demasiado rotundo para no ser lesivo.

—Echo de menos... —Me esforcé en seleccionar las palabras, en buscar lo mejor que tuvimos— nuestras charlas sobre derecho internacional. Esta semana, precisamente, me acordé de una de ellas en la reunión con un cliente. No voy a representarle, por cierto. ¿Te puedes creer que pretendía que le...?

Me lie a exponerle con todo lujo de detalles la artimaña legal que me propuso y, cuando quise terminar, ya estábamos en su portal.

—¿Te apetece subir? —me preguntó, sin hacer amago de salir del coche.

—He quedado dentro de un rato.

—¿Puedo preguntar con quién?

—Acabas de hacerlo.

Sonreí para aligerar la despedida, pero ella no me devolvió el gesto.

—Hay otra. Es eso... Por eso me has dejado.

—No, no ha sido por eso, ya lo sabes.

—Entonces, ¿por qué no me dices con quién has quedado?

—Porque no debería interesarte.

—Pues me interesa, ¡¿vale?! Me interesa con quién te acuestas, con quién te levantas y qué haces cada minuto de tu vida. Te sigo queriendo, Daniel. ¡¿Es que no lo ves?! —chilló.

Y empezó a sollozar. Y yo soy el típico gilipollas que no puede ver a nadie pasarlo mal y dejar las manos quietas. La abracé y le froté la espalda hasta pasadas las nueve. Vi cada minuto avanzar perezoso en el *display* del salpicadero. Me inquieté bastante. ¿Cuánto podía llorar una persona sin deshidratarse?

La separé de mi cuerpo cuando el suyo dejó de convulsionarse y emitir gimoteos. Le acaricié la melena y ella me besó.

—Amelia... —dije empujando ligeramente sus hombros.

—Oh, Dios... —Se tapó la boca y volvió a sollozar—. Perdona. Es que no puedo... ¡No puedo vivir sin ti, Daniel!

La madre que me parió... Esa precisamente era la causante de aquella situación. Me apunté mentalmente reprochárselo en cuanto hablara con ella. Salí del coche, abrí la puerta de Amelia y señalé el portal.

—Venga, te acompaño a casa.

Hasta le hice una infusión de valeriana mientras se lavaba la cara.

Hablamos después mucho, dando vueltas en círculos sobre lo que, para mí, ya era solo pasado. Cuando me pidió que me acostara con ella hasta que se durmiera, me levanté del sofá, le di un beso en la frente y le dije que la llamaría. La cama en la que me apetecía meterme no estaba en esa casa.

Nada más entrar en el coche, recuperé el móvil del compartimento del asiento y desbloquéé la pantalla.

—¿Las doce menos veinte?

No me lo creía. Bueno, puede que sí por el hambre que tenía... Y no quería cenar solo, pero no eran horas para llamar a nadie, mejor sería dejarlo para mañana.

Si me aceptáis un consejo, jamás sigáis mi ejemplo; el mañana no es real, puede no serlo.

Yo tuve la suerte de que el mío llegara y, con él una oportunidad que no esperaba: la llamada de uno de los socios fundadores para pedirme ayuda en su caso estrella. Estaban a punto de salir a la luz nuevas pruebas que incriminaban a su cliente y le urgía replantear la defensa antes de que se publicaran. Estoy casi seguro de que me lo pidió porque fui el único que le cogió el teléfono un domingo, pero me importó bien poco: el salto que podía dar mi carrera con ese caso era lo único importante.

La semana fue de locos, más de ochenta horas invertidas en trabajo. El sábado por la noche llegué a mi piso saturado como pocas veces me había sentido. Estuve muy tentado de meterme en la cama con los zapatos puestos, pero era el cumpleaños de Sergio, mi «hermano de otros padres». No había escapatoria. Me duché, me cambié y pedí un taxi para llegar hasta su ático. Por lo menos podría relajarme cogiéndome la cogorza del siglo.

Andaba en el camino de conseguirlo cuando me vibró el móvil en el bolsillo.

—Estoy en la calle Isabel la Católica. Es la única discoteca que hay. No tiene pérdida. Ni tú excusa para no venir. Prometo perrearte, papi. Y llevo minifalda...

—¿«Papi»? —gruñí, reproduciéndolo de nuevo.

Confirmé que se trataba de Natalie, que seguía teniendo unas piernas de infarto y que, efectivamente, utilizaba semejante apelativo para referirse al destinatario del vídeo. Que no era yo, por descontado. Aun así, lo reproduje una tercera vez, para recordar el nombre de la calle.

—Joder, qué pibón —dijo Ángel, un colega de Sergio, inclinándose sobre la pantalla—. A esa le daba yo amor en barra...

Bloqueé el teléfono, lo guardé en el bolsillo y me agaché un poco para que me viera bien la cara.

—Como mucho ibas a darle risa, majete. ¿Quieres que te dé yo algo también?

Él no quiso aceptar lo que le ofrecí entre dientes, y yo no insistí. Tenía prisa por descubrir quién cojones era ese «papi» y por qué Natalie se acordaba de él, y no de mí, cuando mandaba mensajes de madrugada.

24

LA LLUVIA

Muchas voces rugieron en cuanto empezaron a sonar los primeros acordes de guitarra de Avicii. Silbidos, manos en alto y la masa humana que ocupaba la pista central se movió a una.

Hacía un calor insoportable; la vibración de la música perturbaba a mi maltrecho equilibrio, la humedad de los cuerpos se confundía con el aroma del alcohol..., pero, aun así, le diferencié al instante. Ese olor a sándalo lo tenía demasiado bien aprehendido.

Noté sus manos ocupando mis caderas, cerré los ojos y me eché hacia atrás. Me di un minuto. Sesenta únicos segundos de debilidad para seguir disfrutando del temblor que sacudía mis venas y del repentino silencio. Me concentré en su tacto firme, en la calidez de su pecho contra mi espalda, en sus labios rozando la piel de mi nuca, en su pelvis acoplándose a mis nalgas. Gemí su nombre, difundiendo entre las voces y la música el eco de mis ganas. Cuando abrí los ojos, los de Arancha me sonreían con ternura, los de Sonia me censuraban y los de Zoe estaban pendientes del escote de la chica que tenía al lado. Vací despacio el aire de mis pulmones, amordacé a mi pérfido enano y me separé, dando un paso al frente.

No debí girarme. Debí seguir caminando. Debí confundirme entre la gente y desaparecer, correr, huir... Pero soy tonta del haba. Me di media vuelta... y así me quedé. Mirándole como una idiota.

La camiseta gris oscura de manga larga que llevaba insinuaba su fibroso cuerpo; tenía hasta dos botoncitos estratégicamente desabrochados que resaltaban su cuello ancho. Los vaqueros caían rectos desde sus benditas caderas y calzaba unas botas tan oscuras que casi se confundían con el suelo. Justo adonde habían ido a parar mis bragas después del escrutinio.

—¿Qué haces aquí? —conseguí articular.

Dani metió la mano derecha en el bolsillo trasero del pantalón y sacó su iPhone. Con un par de toquecitos mi vídeo se reprodujo en la pantalla. Me lo enseñó para que no me quedaran dudas.

Yo maldije a Steve Jobs, al que inventó el WhatsApp, que no sé quién es, y hasta a su compañía de telefonía. Y abrí la boca para decirle la verdad: que tenía un enano perturbado dentro la cabeza que me había obligado a confundirme de *fucker*, pero que gracias por venir... Pero el *disc jockey* no me dejó hacerlo. Le dio por pinchar Safari.

«*A ella le gusta*», cantó J Balvin. Y tuve que darle la razón. Me gustaba más que comer con los dedos.

Dani guardó su móvil con una sonrisa burlona y me exigió lo que había prometido en el vídeo. ¿Y qué hice yo? Pues prepararme para perrear como en mi vida.

Soy débil ante los placeres de la carne, ya lo sabéis. Y estaba borracha. Y con ese tema siempre se me iban los pies. Y, joder, Dani estaba para mojar pan, ¡de vicio! ¿Por qué no darme el capricho? Total, solo era un baile, el mundo seguiría girando, ¿no?

Me dirigí hacia él, dejándome llevar por el ritmo pegadizo, y me abracé a su cuello. Dani se agachó, colocó las manos en mi cintura y acercó su boca abultada a la mía.

«*Todos miran cómo bailas... Hoy tú andas con un animal*».

Nos movimos con los pies clavados en el suelo, arrojándonos con cada giro, frotándonos sin disimulo. Sus manos descendieron pronto hasta mis nalgas, yo planté las palmas de las mías sobre su pecho y, después de arañarle un poquito, le empujé hacia atrás.

Me di la vuelta y bailé para él, para provocarle, para que siguiera mirándome con ese brillo morboso en sus ojos esmeralda. «*Vente conmigo. Solo conmigo*». Dani se me acercó por la espalda, yo me incliné. Lo justo para rozarme con su paquete. Le miré con descaro por encima del hombro. Él se mordió el labio inferior, flexionó un poquito las rodillas y adelantó las caderas. Sonreí. Estaba duro. «*Todo ese cuerpo... me vuelve loco*».

Me deslicé sobre su erección al ritmo de la música, cerrando de nuevo los ojos, importándome una mierda el mundo, cómo se nos viera o quién nos juzgara.

Solo me importaba el tacto de sus manos acariciando mis costados, buscando el límite de mi vestido. Su boca recorriendo mi cuello, sus dientes apartando un tirante antes de besar mi hombro, la ondulación perfectamente sincronizada de nuestros cuerpos, fundiéndose, calentándose... «*Saca la fiera que llevas ahí...*». Joder, qué bien se nos daba juntos.

—¿Por qué no nos vamos? —jadeó muy cerca de mi boca.

—¿A dónde? —Encajé en mi trasero su erección y una de sus manos se aventuró debajo de mi ropa.

—A mi casa —murmuró, rozando mis labios con cada sílaba.

Su aliento se confundió con el mío y me llenó de recuerdos, de calambres, de deseo. «*A mí me gusta*». Aunque no me permitiera reconocérmelo, había anhelado demasiado ese momento. Y ahí estaba. Fruto de un error, de una simple confusión, de algo azaroso e intangible que podía evaporarse tan rápido como se revelara.

—Tu casa está demasiado lejos. Te quiero ahora —admití.

Y le besé. No pude hacer otra cosa. Todo mi cuerpo me pidió hacerlo. Me di la vuelta entre sus brazos, le sujeté de sus mejillas rasposas y le devoré. Tenía tanta hambre de él...

Me respondió con un gemido que terminó siendo gruñido. Si hubiera tenido que traducirlo en palabras habría sido un «Oh, joder, qué putas ganas», pero el vocabulario se vuelve muy pobre cuando intenta reproducir la intensidad de un sonido primario. Uno de esos que solo se entienden cuando se siente lo mismo.

Nos comimos a besos con la codicia del que lo hace ignorando cuándo recibirá la próxima ración de alimento. Nos sobamos, nos mordimos, rozamos el límite de la impudicia, hasta que Dani, que sí tenía neuronas, me agarró de los hombros y me dio la vuelta.

—Camina... —dijo pegándose a mi espalda—. Si tiene que ser ahora, camina hasta el primer rincón que encuentres.

Me pareció una idea estupenda.

En teoría.

En la práctica fue imposible.

La sala estaba hasta los topes y los rincones ya habían sido ocupados por otras parejas y sus correspondientes calentones. Subimos a la planta de arriba y... más de lo mismo. Allí no había quien follase.

—¿Dónde has dejado el coche? —pregunté caminando hacia la salida.

—En el parking de mi edificio. He venido en taxi.

—Joder. —Pataleé—. ¡¿Pero por qué?!

Dani pegó un tirón de mi cintura y me aprisionó contra uno de los espejos.

—Porque estaba en una fiesta y tenía la intención de ponerme hasta arriba de copas. ¿Te quieres tranquilizar? ¿Por qué cojones te ha entrado tanta prisa?

—Porque...

Dejé la respuesta suspendida entre nosotros. No podía dársela. No podía

admitir que temía que nos enfriáramos, que terminara descubriendo el error de destinatario y que volviese a desaparecer. Yo, desde luego, le habría mandado a tomar viento si me hubiera enterado de que el mensaje era para otra. Me habría sentido como un saldo de mitad de temporada: no es lo que ibas buscando, pero ya que te has dado el paseo...

—Mira, se acabó. —Le miré a los ojos—. Vamos a mi casa.

Una sonrisa satisfecha se abrió paso en su cara.

—Por fin te vas a dignar a decirme dónde vives.

—Quizá te tape los ojos. Me lo pienso por el camino.

Le empujé un poquito para que se apartara, pero no le dio la gana. Echó su cuerpo hacia delante y se inclinó para regalarme un beso que fue mucho más allá de mi boca.

Me besó muy despacio, entreteniéndose en mis labios, dedicándome con los suyos las caricias más sinceras que había recibido. Gemí una protesta porque pensé que estaba jugando con mis ganas, porque no quería sentirle tanto, porque si dejaba de sentirle así ardería por combustión espontánea. No sé cómo lo hizo, cómo coño se las ingenió para encontrar la manera, pero consiguió transmitirme su calma.

Su beso penetró en mi cuerpo en llamas como una lluvia suave, refrescando, moderando, haciendo de la hoguera de mis emociones un hogar más seguro. Me caló hasta el fondo, hasta los mismos huesos. Me cubrió de descanso, estiró el momento, sin tiempo, sin dejar espacio entre nuestros cuerpos..., y no se detuvo hasta que hizo ceder a la capa exterior que me envolvía. La que había tejido a base de remordimientos con el fin de que me sirvieran de defensa.

El beso de Dani la rasgó entera. Me partió en dos. Y me enseñó que romperse es necesario para descubrir las partes que forman el interior de una persona.

25

LA MUÑECA RUSA

Salí de la discoteca sintiéndome frágil y desorientada. Para colmo, Dani intentó cogerme la mano al llegar a la esquina de la calle. Di un respingo al notar el roce de sus dedos, disimulé fingiendo mirar el reloj que no llevaba y puse pies en polvorosa.

Respondí a ese impulso, al más primario, al que me aseguraba la supervivencia emocional. A la voz que lo acompañaba, indicando que el segundo paso era dar las buenas noches al abogado, no la escuché. Se impusieron los gritos de mi enano. No dejaba de pedirme que solucionara su problema primero. Y, como el orden de los factores no altera el resultado y le tenía muchas ganas, decidí dejar el adiós para más tarde.

Lo de demorar los asuntos para otro momento es casi un hábito en mí. No soy disciplinada. Por lo menos con las cosas que no quiero hacer. Las retraso. Las evito. Las ignoro cuanto puedo. Y despedirme de Dani era una de ellas. También tener que evaluar el estado de mis defensas, ver cuán profunda era la grieta, atisbar lo que había debajo... Solo de pensarlo se me cerraba la garganta. Sería mejor hacerlo luego. Quizá, después de un buen orgasmo, encontraría la relajación suficiente para zurcir con esmero y dejar mi capa como nueva.

Necesitaba un buen abrigo. Hacía frío. No polar, pero sí demasiado para ir en tirantes por la calle. Eso utilicé como excusa para seguir acelerando el paso hasta mi casa. Le di a la marcha de lo lindo, terminando con las caderas hechas polvo.

Por pura costumbre, ni me planteé utilizar el ascensor. Me arrepentí ya en el primero. Pensé que esa noche no le discutiría que se pusiera encima.

Al entrar en el piso, le pedí que siguiera guardando el silencio que nos había acompañado todo el camino.

—Maiko puede haber vuelto —me inventé.

En realidad, tuve miedo de que empezáramos una conversación en mi quebradizo estado. No me veía con fuerzas para salir airosa.

Caminamos a oscuras por el pasillo, hacia la segunda puerta de la derecha. Deambulé a tientas por mi habitación hasta que alcancé el interruptor de la

lámpara de la mesilla. Me senté en la cama, mirándole interrogante mientras me descalzaba. Él alzó las cejas desde la puerta.

—¿No me vas a ofrecer ni agua?

—Cuando terminemos, toda la que tú quieras.

Se metió las manos en los bolsillos delanteros de su pantalón y echó los hombros atrás.

—Preferiría que fuera antes.

Bufé antes de levantarme descalza; él se apartó para dejarme salir. Disimulé mi preocupación aparentando estar molesta. ¿Por qué no se había abalanzado ya sobre mi cuerpo? ¿Tanto nos habíamos enfriado?

Me encomendé al dios del *kiki* en la cocina, tiré de mi escote hacia abajo todo lo que pude y regresé a la habitación, con una sonrisa forzada y una botella de litro y medio de agua mineral. Que no le faltara de nada al señor marqués.

—No he traído vaso —dije al darme cuenta.

Dani, que se había sentado en el borde de la cama, negó con la cabeza, estirando el brazo.

—Da igual.

Esperé paciente a que bebiera, a que dejara la dichosa botellita en el suelo y me monté a horcajadas sobre él.

—Así que estabas de fiesta, pero lo has dejado todo por venir a perrear conmigo... —le dije, haciendo oscilar mis caderas, encajándole entre mis muslos, buscando acelerar el momento sin sutilezas.

Él puso las manos sobre el colchón y levantó la pelvis. Me miró a la cara, bajó hasta mis tetas y volvió a repetir el movimiento con un golpe seco.

—Así que estabas de fiesta, te has acordado de mí y te ha dado por mandarme un vídeo...

Mierda. El puto vídeo.

Se me descompasaron las caderas del susto. Fue un segundo de nada, pero Dani frunció el ceño. Traté de elucubrar una mentira rápida para salir del paso y me salió una verdad:

—Tenía ganas de verte.

Destensó sus cejas, fijando sus ojos de caramelo en los míos.

Los movimientos se ralentizaron, el aire se volvió más denso, la odiosa intimidad se coló por la rendija de la puerta sin ser invitada. Todo justo al revés de lo que quería. Fenomenal. Ole mi karma.

—Pues lo disimulabas estupendamente —murmuró.

—A ti tampoco se te ha dado mal...

—Yo no he dicho que tuviera ganas de verte.

Acompañó el comentario con una sonrisa, pero hizo pupa. Me escoció pensar que podía ser verdad. Dani se dio cuenta. Estoy segura. Se acercó a mi boca y me besó sin cerrar los ojos, mucho más serio. Yo tampoco cerré los míos.

—¿Para quién era el vídeo?

Intenté besarle para distraerle; él torció la cara. Tuve que estampar el beso en su mejilla rasposa.

—Era para ti —dije, acercándome a su oreja.

Dani se echó hacia atrás y me clavó en el sitio con su mirada.

—Si vuelves a mentirme, me marcho.

Tragué saliva, apretando los muslos.

—Era para un amigo.

No se le movió ni un pelo de la barba. Siguió serio, pero nada de brillos siniestros cruzando sus ojos verdes, ni tensiones que amenazaran con hacer estallar sus articulaciones, ni humo saliendo por sus orejas... Sin dramas. Solo añadió en voz baja:

—Lo supuse cuando lo vi. Que me llamas «papi» te delataba.

Sonreí de oreja a oreja. No lo pude evitar. Él no estaba allí por un error y, lo que era mejor, no parecía dar importancia al mío. Me sentí agradecida. Pero no se lo dije, claro. Alcé la voz y le empujé, estilo bruto.

—¡Qué cara más dura! —Reí—. Y, aun sabiéndolo, te presentas...

—Tú tenías ganas de marcha y yo quería dártela. Por intentarlo... —Se encogió de hombros—. Y, mira, ha funcionado. Lo siento por tu amigo. —Sonrió.

—No lo sientes, bribón.

—No, no lo siento una mierda.

Se lanzó hacia mi boca y me besó, demostrándome lo poco que lo sentía. Yo agarré el bajo de su camiseta y le hice apartarse un poco para quitársela. Aprovechó para sacarse el móvil del bolsillo trasero de su pantalón. Se estiró para dejarlo sobre la mesilla cuando pensé en voz alta:

—Debería avisarle...

—¿Nos hacemos un *selfie*? —Colocó las manos sobre mis hombros y bajó sincronizadamente los tirantes de mi vestido hasta que apareció mi sujetador de encaje negro—. Se lo mandas y le dices que este fin de semana estás ocupada.

—Tengo que comer con mis padres mañana.

—Pues entonces, ni le escribas. No vamos a seguir perdiendo el tiempo.

Desabrochó con una mano mi sujetador, con la otra agarró mi nuca. De un tirón, el encaje se deslizó entre nosotros y voló por encima de la colcha. Nuestras pieles se rozaron, tibias. Tomó una honda inspiración. Su pecho y el mío se unieron tanto que sentí que nos mezclábamos. Dirigí la vista hacia un lado, incapaz de seguir sosteniendo su mirada sincera; después, su boca me cerró los ojos.

Me devoró sujetándome, implicándome, envolviéndome como solo él sabía hacerlo. Tenerle alrededor era entrar en una nube. Densa, cálida, profunda... El aire que compartíamos cambiaba su composición y, en vez de despejar, aturdí. La gravedad hacía poca fuerza dentro de ella. Flotar a su lado era tan sencillo...

—Me gusta sentirte así —murmuró.

Mordió mi labio inferior, besó ambas comisuras y se apartó unos centímetros. Las yemas de sus dedos acariciaron mis clavículas, haciendo temblar a cada poro que dejaban al paso.

—Así, ¿medio desnuda?

Deslizó los dedos por mi cuello y mi barbilla, muy despacio, acarició mis labios y apartó un mechón de mi frente antes de negar con la cabeza.

—Así, cerca... Como cuando sueño contigo.

Mis párpados cayeron, y mi cabeza hacia atrás, y mi resistencia ante ese «algo» que era demasiado bueno para ser real.

Su boca recorrió el camino que acababan de trazar sus dedos y se detuvo en la base de mi cuello, justo en la media luna que corona el esternón. Apretó sus labios contra mi piel, deslizando las manos hasta mi espalda. Arquee la espalda mientras él besaba, centímetro a centímetro, el centro de mi pecho. Justo de donde salió el suspiro que se me escapó.

—Eso es... —murmuró.

—Dani... —Levanté la cabeza y le miré confusa, incapaz de controlar la miríada de sensaciones que me estaba provocando.

—¿Quieres que pare?

—¡No! —gemí—. Quiero... Quiero...

Adelanté las caderas sin saber dar más detalles. Quería acabar ya y que no acabara nunca. ¿Cómo se explica eso?

—Lo vas a tener —aseguró—. He venido a darte lo que me pidas, pero...

—Tenía que haber un pero —protesté.

—Claro que lo hay. —Sonrió—. Y son tus putas prisas. Nunca me dejas

recrearme a gusto.

Sus manos descendieron hasta mi culo y lo sobaron a conciencia.

—No estoy de acuerdo. —Palpé sus brazos y sus hombros—. Te he dedicado más tiempo últimamente que a muchos de mis amigos.

—Pues gracias, pero se me ha hecho poco —dijo con sinceridad.

Me mordí el labio inferior, inútilmente, porque no pude ocultar mi sonrisa. Dani también sonrió antes de besarme. A su ritmo. Esa cadencia calmada, dedicada y circundante que era tan fácil de seguir y tan difícil de asimilar.

Me perdí. En sus brazos. En su boca. En el calor de su piel. No dejé de acariciarle. Mis dedos se aprendieron cada rasgo de su tacto. Sus manos se ocuparon de no dejar ni uno solo de mis capilares sin erizar. Nuestros cuerpos se acoplaron con la misma asombrosa naturalidad que nos había acompañado desde el primer encuentro. Se movieron al compás de nuestros besos. Compartimos los jadeos. Los intercambiábamos en nuestras bocas. Él sonreía cuando recibía los míos y fruncía ligeramente el ceño cuando me regalaba los suyos. No ocultábamos cómo nos hacíamos sentir. No cerrábamos los ojos. Supongo que fuimos valientes... Quizá demasiado.

—Dios, Dani... —Me mordí el labio con saña, frotándome con su erección envuelta en tela vaquera—. Dios...

—Sí, lo sé —gimió—. Lo estoy sintiendo.

Agarró mi cara con ambas manos y me besó alzando las caderas. Su lengua fui directa a por la mía. Mis brazos se cerraron alrededor de su cintura, le necesitaba más cerca. Advertí vagamente que se removía bajo mi cuerpo. Mi espalda terminó sobre el colchón. Todo su peso encima de mí. Todo él. Solo él. Sentí que no había más, que el mundo se difuminaba a partir del límite de su silueta. Me aferré a sus hombros y me aparté de su boca para suplicar:

—Déjame que me quite los pantalones... Desnúdate...

No pude dar más señas. No supe explicar por qué de repente odiaba tanto las prendas que nos separaban, pero él volvió a entenderlo: yo quería más intimidad, y él me la dio. A su manera.

Besó sin prisa mi mandíbula y mi cuello, se entretuvo a turnos en mis pechos y se separó de mi piel para mirarme. Un rato largo. Os juro que sus ojos me acariciaron tanto como sus manos. Que incluso me arrepentí de haberle suplicado, porque, para quitarme el vestido, se tuvo que incorporar, alejándose.

Lo arrastró hasta mis pies y lo dejó sobre la mesilla. Sonrió al volver a acercarse, rozó con sus dedos la piel de mi vientre, la que lindaba con el elástico

de mis bragas..., se acomodó entre mis piernas y se inclinó sobre mi pubis.

—Ni te imaginas cuánto me apetece... —dijo antes de lamerse los labios.

Me arqueé, muerta de ganas. Hacía más de un año que no disfrutaba de su lengua en esa zona, pero todavía me acordaba.

Joder que si me acordaba...

Dani me dejó un beso sobre el encaje, me acarició con la nariz de lado a lado y empujó hacia afuera mis muslos. Yo levanté el culo, muy dispuesta a deshacerme de la única barrera que me separaba de su boca, pero él no me dejó hacerlo.

—Quiero rompértelas —dijo besando el interior de mis muslos.

—Ni se te ocurra. Son de las caras.

—¿Y si te compro otras?

—Soy pobre, pero puedo pagarme un recambio.

—Entonces, deja de poner pegas.

Se acercó a mis caderas sin soltar mi mirada. Enganchó con los dientes el encaje, justo debajo del elástico. La imagen fue tan morbosa que me hizo palpar.

Dani tiró de la tela hacia el centro, rasgando con los incisivos un triángulo muy insinuante. Soltó el jirón y deslizó los dedos por mi vello, hacia mi clítoris. Se mordió el labio inferior con ganas al encontrarlo hinchado. Hizo fuerza sobre la tela; la braguita cedió. A un lado quedó una goma negra que apenas se sujetaba en mi cadera y, al otro, un pedazo de encaje. El centro lo ocupó toda su mano. Presionó con la palma y jadeó. Antes de que pudiera procesar su gesto posesivo, dos de sus dedos se colaron con total facilidad en mi interior.

—Oh, Dios...

Sonrió. Justo cuando sus labios alcanzaron mi sexo. Me lamió despacio. Me pareció como si me saboreara. Un ligero espasmo sacudió mis piernas. Su gemido vibró sobre mis labios, se escurrió entre ellos como el mejor lubricante: cálido, húmedo y suave. Sus dedos se curvaron en mi interior y los míos buscaron el tacto de su pelo. Se enredaron en él sin intención de soltarse. Mis caderas encontraron su armonía en el ritmo de su lengua. Los sonidos acuosos se fueron mezclando con mis jadeos, que ganaban un par de tonos con cada giro, con cada beso, con cada mirada satisfecha que me dedicaba.

—Dios, Dani... Sigue... Sigue... —suplicué—. Estoy muy cerca...

No se separó de mi piel para contestarme, solo gimió un asentimiento, aceleró los dedos y, con la lengua plana, frotó mi clítoris arriba y abajo, sin descanso. Le acompañé balanceándome, rogándole, hundiéndole en mi sexo. Mis extremidades empezaron a entumecerse, la rigidez invadió mi cuerpo y... salté en pedazos.

Aquel orgasmo, aquel bendito encuentro con Dani, me sacudió de tal manera que destruyó hasta los cimientos mi capa rota por su beso.

No quedó nada por remendar. Se hizo añicos entre espasmos y estremecimientos. Se convirtió en polvo y ceniza y mi último jadeo expelió los restos hasta el lugar donde habitan el olvido y los calcetines desaparejados.

Perderla supuso poner fin a dos años de bloqueo a la intimidad y sus consecuencias. Me libró de mi protección frente a la aterradora sensación que te vincula a alguien por encima de tus deseos, de la lógica y, en ocasiones, del destino. Ese lazo, hilo o cadena, en el peor de los casos, que te liga a otra persona, que la mantiene cerca demostrándote, cada vez que se tensa y os acerca, que lo vuestro es encajar, como si fueseis dos piezas imprescindibles de un reloj en el que solo vosotros podéis marcar las horas.

Dani y yo manejábamos con sincronía nuestro propio tempo, nuestros cuerpos se ensamblaban como si hubieran sido diseñados para hacerlo, conectábamos a unos niveles inexplicables... Y yo sin capa con la que resguardarme.

Me alegré mucho al descubrir que debajo no estaba desnuda. Por suerte, todavía me cubría una especie de forro que brillaba mucho, porque era nuevo. El susto me lo llevé cuando averigüé su color.

Maldito verde esperanza.

DAÑOS Y PERJUICIOS

Sentí cómo su clítoris palpitaba en mi boca, cómo todo su cuerpo temblaba y se sacudía, e intenté que durara eternamente. No quería que se terminara. Su olor, su calor, su sabor... me tenían enganchado. Quería más. Y que siguiera gimiendo mi nombre. Había estado dos semanas sin oírlo y se me habían hecho demasiado largas.

Sus manos perdieron fuerza en mi pelo y su espalda volvió a apoyarse sobre la colcha. Levanté la cabeza y... ¿esa cara?

—¿Te encuentras mal? —Me pasé la mano por la boca y la barba húmedas antes de ascender por su cuerpo, rígido como mi erección.

—No, no..., estoy bien —dijo, abriendo los ojos.

Fijé la vista en ellos con seriedad. Su oscuridad no me perturbó como otras veces. No encontré en su brillo la chispa que tanto me gustaba. Solo había miedo. Por eso decidí darle una última oportunidad antes de cumplir con mi amenaza. Me iría si volvía a mentirme. De ella esperaba más que del resto. Ella era distinta. En ella cabía la excepción, no la misma regla de siempre. Quería más de ella. Que se abriera, que confiara, que compartiera mi curiosidad por ver dónde nos podía llevar aquello y, ya que estábamos, que dejara de tratarme como a cualquier otro «amigo».

—Nat, puedes contármelo sea lo que sea, lo sabes, ¿verdad? —pregunté, apoyando las palmas de las manos a ambos lados de su cabeza.

Sus párpados cayeron unos milímetros; me pareció muy cansada de repente.

—No me pasa nada, en serio. —Apartó la mirada—. Me he revuelto un poco, solo eso. Habrá sido el alpiste, que me ha dado el pelotazo ahora. Normalmente lo aguanto muy bien, pero como no he cenado... Además, creo que era garrafón. Y a diez euros la copa. Menuda vergüenza...

Dudé un segundo, pero luego me impulsé y me levanté de la cama. La rodeé para recoger mi camiseta, oyendo cómo su respiración se aceleraba. Parecía que fuese a entrar en pánico. Mi conciencia me pidió quedarme, pero no quise atenderla. Me obligué a coger el iPhone de la mesilla y a caminar hasta la puerta.

—¿Adónde vas? —oí a mi espalda.

—A mi puta casa —dije sin darme la vuelta.

Giré el pomo y me marché.

Ella no hizo nada para evitarlo.

Me dieron ganas de seguir de fiesta. Beber y follar hasta terminar inconsciente. Necesitaba que se me pasara el cabreo y que bajara mi erección. ¿Por qué cojones me había mentido? Le habría bastado con decirme: «No me da la gana contártelo», y yo no habría insistido. ¡Se lo había advertido, joder! ¿Tanto le costaba tomarme en serio? Si lo hubiera hecho, estaría enterrado en la gloria de su cuerpo, no recreándome en su sabor impregnado en mi boca mientras me alejaba de ella.

Bajé los escalones de su bloque de tres en tres, golpeé con el puño el interruptor que abría la puerta desde dentro y di las zancadas más grandes que pude hasta que llegué a la calle de Alcalá.

Tenía ganas de gritar, os lo prometo. Estaba harto. De ella, de mí, de todo. ¡Hasta los huevos! Yo no era así, joder. Yo era un tío centrado. ¿De dónde cojones salían todas esas emociones descontroladas?

—La loca... —mascullé, esperando que el semáforo cambiara a verde.

Ella era la responsable. Nadie más que ella. ¡Me lo estaba pegando! Iba a terminar en un frenopático por su culpa. Aquello tenía que acabarse. Me daban igual las pocas ganas que tenía de que no se acabara. No era sano. No podía serlo si me alteraba de esa manera.

El semáforo cambió de color, pero mis pies no se movieron. Querían darse la vuelta y regresar a su piso. Me obligué a levantar el brazo, a parar un taxi y a recitar mi dirección.

Ni fiesta, ni Natalie ni hostias. No necesitaba a nadie para tranquilizarme. Era un tío autosuficiente, joder. Soy hijo único, aprendí por las malas.

Cuando llegué a casa, me fui directo a la ducha y, sí, lo admito, me masturbé recordando su calor y cómo su sexo latía sobre mi lengua. Me corrí con un gruñido, decepcionado como nunca conmigo mismo por mi falta de autocontrol. La patada que le pegué a la pared de azulejos me fracturó el meñique.

De primeras, solo noté un dolor bestial que me llegaba hasta la rodilla. Pensé que no me estaba mal, por gilipollas, cerré el grifo de la ducha y salí. Cuando apoyé el pie en la alfombrilla vi las estrellas, un par de supernovas y hasta el planeta de Natalie. Mi dedo empezó a crecer a lo ancho y a ponerse oscuro... No me lo podía creer. ¡Lo que me faltaba!

Me fui a la pata coja hasta la habitación. Me puse un pantalón de algodón y una camiseta. Casi lloro. El dolor me subía ya hasta el muslo.

Conseguí llegar a la cocina, me tomé un ibuprofeno y, una hora más tarde, acudí a las urgencias del Gregorio Marañón. Esperas, radiografías, más esperas, férula y esparadrapo, analgésicos y antiinflamatorios por un tubo, una muleta y un informe. Me metieron en un taxi totalmente drogado. Dormí como un tronco.

A las diez de la mañana preferí morirme antes que seguir soportando aquel dolor. Me eché al estómago un zumo y un poco de queso —el queso arregla cualquier cosa— y volví al consuelo de los medicamentos.

Cabeceé hasta mediodía en el sofá. Hasta que a mi madre le dio por llamarme al fijo. En bucle. Cuando empezó a sonar la melodía por cuarta vez tuve que levantarme.

—¿Qué quieres? —dije como saludo, apretando las muelas para soportar los calambrazos del meñique.

—Ay, hijo. ¿Qué te pasa? ¿Voy?

—No, tranquila. No es nada.

—¿El qué no es nada?

—¿Qué tipo de pregunta es esa, mamá? Nada es... nada.

—No cuela, Daniel. ¿Tú no has oído nunca que una madre lo sabe todo? Que presiente cuando un hijo está mal...

—Pues esta vez tu superpoder ha fallado.

—Vale, entonces, ve arreglándote. Te recojo en media hora. Salimos a comer.

Me tapé los ojos con la mano libre.

—No puedo, mamá. Ya he quedado.

—¿Con quién?

Solté el primer nombre que apareció en mi cabeza:

—Con Natalie.

Me golpeé la frente con energía antes de bajar la mano hecha un puño hasta mis dientes.

—¿Quién es Natalie? No me habías hablado de ella. ¿De qué la conoces? ¿Salís juntos? Si salís juntos, me la tienes que presentar...

Aparté el puño de mi boca, negando con la cabeza.

—Es solo una amiga, mamá. En realidad, ni eso.

—¿Y prefieres comer con una muchacha que no es nada tuyo que con tu madre, Daniel?

—No me chantajees, haz el favor.

—No te he visto en toda la semana. Y ya tenemos reserva...

Suspiré, tiré la toalla y acepté que mi madre iba a enterarse antes o después de lo de mi pie y que era mejor que lo hiciera en público.

—Venga, vale. Pero dame algo más de media hora.

Iba a necesitar una entera solo para calzarme.

—No puede ser. Amelia ha reservado a las dos en punto.

—¿Amelia?

—Dentro de treinta minutos te recojo. Hasta luego, cariño.

GRACIAS, HERMANA

El martes no fui a la cena de Lara y Asier. Me encerré en mi cuarto, apagué el móvil y me eché a dormir. Mi cuerpo me pedía descanso después de romperse. El forro nuevo seguía demasiado tierno. Necesitaba aislamiento para que dejara de asustarme.

Al día siguiente, al salir del curro, encendí el teléfono, porque me pudo el síndrome de abstinencia. Tenía varias llamadas perdidas: Lara, Mamá, número largo y sospechoso (Vodafone seguro), Lara, Lara, Lara...

—Qué cansina, la tía.

Entré en WhatsApp. Cinco chats activos: «Familia», «Greta», «Larita la cansina», «Nolan», «Las lokas del tercero». Pulsé sobre este último. Era el de las chicas del piso.

Maiko sigue sin aparecer. Estoy empezando a preocuparme.

Se habrá ido de vacaciones.

No te rayes, Zoe.

Soni..., Zoe tiene razón.

Es raro que no haya avisado.

Ella es rara en sí.

¿Qué querías, que nos pasara un comunicado?

Un comunicado no, joder.

Pero comentarlo, no sé...

Pienso igual, Arancha.

Ya son cuatro días.

¡Son solo cuatro días!

Si se ha marchado a su pueblo, con ir y venir invierte más de dos.

No seáis dramáticas.

Yo estoy con Sonia. ¡Stop dramas!

Seguro que aparece cuando menos lo esperemos.

Como hace siempre la muy... coreana.

Zoe entró en línea.

Maiko es de Hong Kong.

¿Sí?

Me lo dijo una tarde.

¡Ah! ¿Pero habla?

Inglés un poco, y cuatro palabras de español.

Asentí mirando la pantalla. Qué cosas..., la coreana era de Hong Kong ¡y hablaba un poco! Yo todo lo que le había oído decir eran esos «holas» casi silenciosos y altamente escalofriantes.

Un viandante, muy mal follado, me dio un empujón. Le grité un par de preguntas acerca de su educación y de sus hábitos intestinales, crucé la calle y seguí con los chats. El de Nolan fue el siguiente que abrí.

¿Cómo tienes la tarde?

Acabo de salir del trabajo.

Voy para casa.

Necesito descansar.

Lancé dos *emojis* con besos y arreando. Total, le llevaba dando largas desde el domingo; por una más tampoco iba a pasar nada.

Cuando Dani se fue de mi casa no fui capaz ni de moverme. Debí de pasar un par de horas tumbada sobre la cama en la misma posición, con las mismas bragas rotas y el mismo miedo en la garganta. Transité el camino que va del pánico a la

negación y después... Joder, qué frío. La capa que se había roto pesaba, pero me servía de refugio. Hacía demasiado que no me sentía tan descubierta.

Terminé buscando el calor debajo de las sábanas y me dormí. Sin dejar de pensar en un hombre, que no era Nolan. Ni me acordé de que le había dejado colgado en medio de una conversación. El domingo me llamó, me disculpé, culpando al alcohol, y él dio el tema por zanjado invitándome a cenar. Decliné su oferta, pero no cerré la puerta. Me sentía demasiado vulnerable para intimar con nadie en ese momento, pero confiaba en que se me pasaría. Porque siempre todo pasa. Porque yo haría lo que hiciera falta para que se pasase.

Sin detenerme, seguí el trayecto hasta mi calle, entré en el chat de mi familia, solté la chorrada de turno y llamé a mi madre. Abría el portal de casa cuando colgamos. Con mi madre daba gusto: te pasaba el test de idoneidad en dos minutos y, en otro, te ponía al día de toda la familia. Una *crack*. Lo que yo os diga.

Subí las escaleras despacio, leyendo los mensajes de Greta, posponiendo los de Lara, la cansina.

¿Cómo vas, cariño?

Hace ya un día que te lo he preguntado y ni siquiera lo has visto.

Empiezo a preocuparme.

¿Sigues viva?

Estoy escribiendo, ahí tienes la prueba.

¿Cómo vas tú?

¿Las clases? ¿Clément?

Te echo de menos, perri.

¡Vuelve ya!

Abrí la puerta, dejé las llaves sobre el zapatero de la entrada y me descalcé pisándome los talones de las zapatillas. Mi dedo pulgar estuvo suspendido sobre el chat de Lara durante todo el proceso. También mientras arrastraba los pies hasta mi habitación. Solté la mochila, pero no el móvil. Me senté sobre la colcha y me mordí los padrastrós. ¿Y si la bloqueaba como a su marido?

Antes de que me decidiera, la pantalla del teléfono cambió, enseñándome la

preciosa cara de mi dulce Greta.

—Nena, el *roaming* —le dije como saludo.

—¿Hola? Quería hablar con mi amiga Natalie, no con su gemela tacaña.

—No soy tacaña, soy pobre.

—Y un poquito gilipollas. —Rio—. ¿Por qué tienes que protestar siempre por todo?

—Porque me sale del higo.

Las dos estallamos en carcajadas. Era nuestra respuesta estrella para preguntas absurdas.

—¿No deberías estar estudiando? —le señalé, repantigándome en la cama.

—Debería, pero ha salido el sol y me he ido de pícnic. Estoy en la Square du Vert-Galant, justo enfrente del Pont des Arts, rodeada por el Sena, comiendo queso, bebiendo vino y disfrutando de la arquitectura del Louvre.

—Dios, qué manía te estoy cogiendo. Si hasta pronuncias como una nativa, cacho asquerosa.

—Es que practico mucho.

—Venga, sí, encima pavonéate de tu maravillosa vida sexual. Monógama... —Carraspeé de forma acusadora—. Por cierto, ¿dónde anda tu amorcito?

—En casa.

—¿Y por qué no te ha acompañado al pícnic?

—Porque teníamos visita.

—¿Y tú te has pirado?

—Sí, es que... A ver, los amigos de Clément son muy majos, pero después de unas horas me saturan un poco.

—Pues échalos. Es tu casa.

—Y la de Clément.

—Ah, ¿ya paga los recibos? —Levanté una ceja.

—Joder, Nat. No seas así. Esto es solo transitorio. Hasta que encuentre algo.

—Más le valdría estar buscándolo, en vez de pasarse el día de juerga con sus amigotes.

Greta rompió a reír.

—¡Te has convertido en mi madre!

Yo no me reí, porque su madre era una bruja de cuidado.

—¡Y tú en una bragazas!

—¿Para eso te llamo, tía? —preguntó dolida—. ¿Para que tú también me des el sermón?

—¡Es que me preocupo por ti!

—¡Y yo por ti! Pero no te regaño cada vez que tengo ocasión, no te digo...

—Pues quizá esta vez necesite un buen rapapolvo.

—¿Qué ha pasado?

Cogí aire profundamente y abrí la caja de Pandora con total inconsciencia. Solo me dejé llevar por la necesidad de compartirlo con mi mejor amiga, sin caer en la cuenta de que ya no podría volver a cerrarla.

—Tengo un problema de tres pares de cojones con Dani.

Me desinflé sobre la colcha y me tapé la cara con la mano.

—¿Quién es Dani?

—Madre mía, Greta... Te lo dije: tu época de *fumeta* te iba a pasar factura. Te has jodido la memoria, hermosa. ¡Dani! El amigo de Asier. El abogado de ojos verdes. El que conduce un Porsche...

—Ah, sí, ahora me acuerdo. —Estaba claro que vivir en Aravaca y los talones de su padre habían hecho mucho por su vena materialista—. ¿Te lo has vuelto a encontrar?

—Me lo encontré en la boda... y me lo he follado... repetidamente.

—¡¿Y no me lo cuentas hasta ahora?!

—¡Es que no era nada, joder! No quería que lo fuera...

Perdí fuerza en la voz y no pude terminar la frase. Greta lo hizo por mí.

—Pero ha pasado, ¿no?

—A ver... No, y sí. Algo hay, desde luego. Y estoy asustada, Greta. Estoy muerta de miedo. —Me tembló la barbilla—. Esto lo puede remover todo...

—Buf..., mi chica...

La ternura de su voz anudó mi garganta. Ella sabía de sobra cuál era el motivo de mi problema. El mismo que le cerró la puerta en su día. El único que consiguió alejarnos. El que seguía amargándome la vida.

—Todo es por su culpa —escupí—. ¡Por su puta culpa!

—Lo sé, cariño, lo sé.

La rabia empezó a burbujear dentro de mi pecho y, con ella, las verdades más difíciles de admitir, las que me hacían seguir sangrando.

—Porque yo le amé en mayúsculas, Greta. ¡En mayúsculas! Me entregué en cuerpo y alma, tú lo sabes mejor que nadie. Lo di todo por sentirme querida por él, ¡joder! Todo era poco con tal de que me dedicara una puta sonrisa. Viví pendiente de su aprobación veinte meses. ¡Le adoraba!

—Al principio le adoraba hasta yo. Era un encantador de serpientes. Se vendía

bien y tenía un currículum muy glamuroso... Pero era un infeliz. Por eso te anulaba, porque tú valías mil veces más que él y no era capaz de soportarlo. Que le ofrecieran el trabajo de Televisa y cruzara el charco sin ti fue lo mejor que pudo pasarte. No lo pienses más. No te supo apreciar. Tú no fuiste el problema. Métetelo en la cabeza de una vez, cariño. O mejor dicho, sácate de ella que hiciste algo malo.

—Lo hice. Me perdí a mí misma. Perdí la fe en el amor y la capacidad de confiar mis sentimientos a otra persona. Estuve a punto de perderlos a todos...

—Eso no es verdad. Los que te queremos de verdad nunca vamos a marcharnos, por mucho que te lo propongas.

—Pero os di la espalda...

—Él te hizo elegir cuando le calamus y tú no pudiste acertar porque estabas deslumbrada.

—Bonito eufemismo.

—Todo es cuestión de perspectiva, cariño. Deja de juzgar a través de su criterio. Desaprende toda esa basura que te transmitió. Eso no era amor. Créeme.

Quería hacerlo, de verdad que sí, pero ¿cómo? Lo que sabía del amor hasta entonces me lo había enseñado él. Yo no amé antes a otro. Ni tampoco después. Jaime fue mi *único* y sus lecciones, la doctrina contra la que yo me rebelaba.

Yo aprendí con él que el amor era un acto de sacrificio compartido, algo que siempre obligaba a escoger porque se nutría de una lealtad absorbente, cegadora, alienadora y opresiva. Que sufrir era la cara oculta e indivisible de ese amor. Que morir de amor era posible. Y me sacrificué, sufrí y morí. Y todo en nombre de una mentira.

Durante los dos años de desintoxicación acumulé la desobediencia necesaria para romper mis cadenas, y no quería volver la vista atrás. Me justificaba diciendo que si sirviera de algo mirar atrás, tendríamos ojos en la espalda, pero en realidad era el miedo a perder lo recuperado el que hablaba por mí. Yo era independiente de nuevo. Lo había logrado. Y era lo que quería mantener por encima de todo. Quería ser tan libre como dieran de sí mis límites. Míos. Y solo míos. Nunca más podría consentir que nadie me hiciera dudar de que ante todo era persona, no el anexo, la mitad o el accesorio de otra.

—Bueno, se acabó —dije con firmeza—. Ya les hemos dado demasiado protagonismo a los penes. ¿No somos feministas? Pues ¿qué hacemos perdiendo el tiempo hablando del enemigo?

—La perla que acabas de soltar es misandria, no feminismo.

—Y tú eres una repipi por muy temprano que te levantes.

Greta se carcajeó.

—Cómo te quiero, hermana... ¿Por qué no vienes de una vez?

—En cuanto pueda, te lo juro —aseguré poniéndome la mano en el pecho.

—Espero que no faltes a tu palabra; el castigo por dejar tirada a una amiga es la eternidad en el infierno escuchando a Enrique Iglesias.

—Pues ahora que dices lo de Enrique... y lo de dejar tirada a una amiga... Tengo que colgar. Hablamos. *Bye.*

ENFERMA

El ataque de conciencia debido a mi falta de sororidad me hizo colgar con rapidez y buscar el contacto de Larita la cansina. Tardó poco en cogérmelo. Lo justo para que me incorporara en la cama y me sentara como un indio.

—Hola, Nat.

—Estás supercabreada —afirmé, asintiendo con la cabeza.

—Efectivamente.

—Soy una impresentable. Siento no haber ido a la cena.

—La cena es lo de menos, pero... ¿ni avisar? —Bufó—. Tía, no te reconozco.

—No te rayes, yo tampoco me reconozco últimamente. Solo, porfa, perdóname, y déjame que vaya a veros..., no sé... ¿Mañana?

—Trabajo de noche.

—Pues voy en cuanto salga del curro. Del tirón. A las seis y media puedo estar en vuestra casa.

—Venga, vale... Pero trae merienda.

Sonreí.

—Hecho. Mañana nos vemos. Y perdona, de verdad. No volverá a repetirse.

—No te preocupes, boba. Te quiero igual. Hasta mañana.

Cuando colgué me sentí mejor. El peso de la culpa aliviado y la capa nueva un poco más endurecida. Debe de ser que hacernos cargo de los errores es lo que nos va curtiendo.

Gracias a la cercanía de mis amigas, a su calor y su comprensión, fui encontrándome más cómoda en mi nueva piel y más confiada en que mi seguridad seguiría intacta aunque me abriera emocionalmente. Solo tenía que saber elegir bien con quién. Y solo contaba con mi experiencia como consejera. Mis instintos eran de lo más traicionero. Los asesinos, por ejemplo, me brotaban en cuanto pisaba la tienda. El jueves, por suerte, no hubo mucha clientela. Estábamos ya a mediados de mes y se notaba en las carteras. Salí bastante animada y, a las seis y media, como me había comprometido, estaba pulsando el botón del telefonillo del portal de la calle Ibiza. El que queda al lado de una

vinoteca... Ese.

El portal relucía que daba gusto verlo, el ascensor olía francamente bien. La puerta del piso ya estaba abierta; la cerré a mi espalda y miré durante un par de segundos la foto del Golden Gate que había en la pared frontal. Me encantaba esa foto.

De la puerta que había detrás, la que daba la cocina, salió Lara. Con su sonrisa, sus pecas y su pelo aún más rubio... Cómo brillaba, la condenada. Era un rayito que daba luz a todos los que teníamos la suerte de estar cerca de ella.

—Pero ¿cómo estás tan guapa? —pregunté.

—No me seas pelota —contestó sin dejar de sonreír, caminando hacia mí con los brazos ya extendidos.

Nos dimos un abrazo supermoñas.

—No soy pelota, asquerosa. Va en serio. Estás muy guapa. ¿Te has aclarado el pelo?

—Ha sido el sol del Pacífico.

La aparté, arrugando la nariz.

—Arggg, qué envidia más mala acabas de darme. ¡No me enseñes ni una foto! ¡No quiero verlas! ¡Ni oír nada de vuestro viaje paradisiaco *hipercool* de la muerte!

Todo esto lo fui gritando mientras caminaba hacia el sofá oscuro que tenían en el salón, con su *chaise longue* y todo. Era supercómodo. Me recosté y Lara preguntó por la merienda.

—¡Mierda! —Me incorporé de un brinco—. Se me ha olvidado. Con las prisas por llegar... Pero bajo ahora mismo a por algo.

—Tranquila, anda —dijo volviendo a la cocina—. Mi madre nos tenía un millón de *tuppers* preparados para la vuelta. ¿Pastas o queso?

—Si las ha hecho doña Inés, pastas.

Trajo también un par de cafés, porque mi Lara es muy apañada, y nos pusimos ciegas de las delicias de mantequilla. Ambrosía pura.

—¿Dónde está tu maridito? —pregunté, antes de tragar el último bocado.

—Ahora llegará. Y te advierto de que está muy mosqueado contigo. Lo de bloquearle, tía...

—Pse. —Di un manotazo al aire—. Lo he hecho mil veces. Lo que le jode es que no le suelto prenda de lo de Dani.

—Ni a él ni a nadie.

—Tú lo has dicho. —Asentí.

—¿Y por qué, Nat? —Se echó hacia delante y clavó sus ojos tricolores en los

míos.

Necesité sincerarme con mi amiga. La puerta de la caja de Pandora seguía de par en par y no me apetecía cerrarla: compartir lo que me estaba pasando me hacía bien. Lara sabía de estos temas, era discreta y de confianza, una apuesta segura en mi fase aperturista. Hice una mueca y confesé:

—Porque bastante me cuesta a mí digerirlo como para ir pregonándolo a los cuatro vientos.

Ella abrió sus ojazos de par en par.

—A los cuatro vientos no... —dijo con prudencia—, pero si me lo quieres contar a mí...

—Pues sí —admití de corazón—, pero lo voy a hacer una sola vez —advertí—, no quiero que sirva de precedente. —Cogí aire y lo solté despacio; luego, le agarré la mano. Traté de sonar serena—. He desarrollado una especie de vínculo con Dani. —Lara contuvo la respiración. No se lo creía. Apreté su mano—. No te asustes. Todavía es muy pequeño. Lo he pillado a tiempo. Se arreglará. Voy a luchar para encontrar el remedio. Solo necesito tiempo. Saldré adelante.

Los párpados de Lara cayeron; un amago de sonrisa volvió a pintar su boquita.

—Estás hablando de Dani como si fuera una enfermedad.

Apreté los labios, pensando en ello.

—Sí, bueno... Es a lo que más se parece...

—No digas burradas, mujer. —Me soltó la mano—. Una enfermedad es algo malo, lo vuestro era de cajón. Asier y yo teníamos claro que iba a terminar pasando.

—Tiníimis cliri qui ibi i tirminir pisindi. —Me crucé de brazos—. Que yo sepa, hasta la fecha, la única bruja era yo.

—No te enfurruñes. ¡Si no pasa nada! ¡Al revés! Lo vuestro es jodidamente perfecto. Dani es para ti, Nat.

—Eh... Dices que has tomado mucho el sol, ¿no?

—Sí, ¿por? —preguntó confusa.

—Porque se te han fundido las putas neuronas, hermosa. ¿Perfecto para mí?

—¡Perfectísimo!

—Vale..., pues las pastas llevaban droga, ¿a que sí? ¿Cuándo has empezado a notar los efectos? Yo no veo colorines ni nada...

—Hazte la loca todo lo que te dé la gana, pero sabes que tengo razón.

—¿Tienes también cerveza? —pregunté, yéndome por los cerros de Úbeda, muy visitables en este tipo de casos. (De nada)—. Voy a la cocina, a ver si

quedan.

29

LA CAZADORA

Tenía la cabeza metida en la nevera cuando oí la puerta de la entrada y la voz de mi amigo llamando a Lara. Sonreí degustando el queso, que estaba de ole, y cogí una cerveza más.

—¡Estás como un conguito! —le dije, acercándome al salón.

Debería haber añadido que estaba también guapísimo, pero no me dio la gana reconocérselo, porque luego se ponía muy chulito.

Solté las viandas sobre la mesa baja y Asier todavía seguía en jarras, de morros y con aquel bronceado de escándalo, junto a la *chaise longue*.

—Deja de mirarme así. Ahora te desbloqueo.

—Me la pela que me tengas bloqueado. No tenía ni que hablarte. ¿No te da vergüenza no haberle mandado ni un triste mensaje?

Bizqueé.

—¿A quién?

Asier me escrutó un par de segundos, como él hacía: entornando los párpados para leerte hasta el último pensamiento de tu cabeza. Luego, bajó los brazos y se sentó junto a Lara.

—No se lo has contado —le dijo.

—No me ha dado tiempo.

—¿Se puede saber de qué habláis?

Asier me miró de reojo.

—Será mejor que te sientes.

Lara abrió la boca, pero Asier le apretó el muslo. No me pareció raro, estaban siempre sobándose, los muy marranos. Me senté. Y hasta junté las rodillas. Estaba intrigadísima.

—Se trata de Dani —me dijo.

Puse cara de póquer. No se me tenía que mover ni una pestaña. Asier cogió su cerveza, sin soltar mi mirada, y bebió despacio. Dejó la lata sobre la mesita antes de decir:

—Ha tenido un accidente.

Me pareció ver que Lara ponía los ojos en blanco, pero no lo procesé. Me quedé helada. Petrificada. Más acartonada que Sylvester Stallone.

¿Un accidente? ¿Aquello iba en serio? Miré a fijamente a Asier. ¡Claro que iba en serio! Él no jugaría con la salud de su amigo, ni siquiera para vacilarme.

Los hombros se me hundieron solos. Y las comisuras de los labios. Y las palmas de las manos se me humedecieron con un sudor frío muy chungo. Y el corazón empezó a acelerarse dentro de su caja... Dejé caer la cabeza y quise resoplar para echar afuera la angustiada sensación, pero me salió un gimoteo.

—Bueno, ya está bien —dijo Lara con voz firme. Levanté la vista y Asier sonreía, el muy cabrón—. Ha sido una fractura en un dedo de un pie. Le duele y lleva una muleta, pero está bien.

Enderecé la postura y le puse mi peor cara de perra a Asier.

—Vete a la mierda, gilipollas —le dije con todas mis ganas.

Pero la que se marchó fui yo.

Después de asegurarle a Lara en la puerta que estaba bien, solo enfadada.

Cuando salí del edificio, me eché a llorar en medio de la calle Ibiza. ¡Yo! Que no me emocionaba ni con el principio de *Up*. Me debió de entrar tal descanso al saber que no le había pasado nada grave que terminó la cosa en lágrimas.

Me refugié en el Retiro, que me pillaba a un paso, y me senté en el primer banco que encontré vacío. Me faltaban el pan para las palomas y un violinista al lado tocando *Candilejas*. Y venga a llorar... ¡Qué hipos! No paraba. Fue abrir el grifo y no cerrarlo hasta que el frío me hizo levantarme de aquel incomodísimo banco.

Era de noche, pero aun así me fui andando a casa. Tenía mi media hora larga por delante y el móvil en la mano, con el contacto de Dani en la pantalla.

Quería hablar con él. Decirle que sentía lo de su pie y que esperaba que se mejorara pronto. Preguntarle si podía hacer algo por él, y no solo en el sentido carnal... Pero no le llamé. La vulnerabilidad de mi forro se hizo demasiado patente y traté de salvaguardarme usando un recurso más aséptico: el WhatsApp.

Hola, Dani.

Me han dicho que te has roto un dedo.

Menuda putada.

Trátalo con cuidado si no quieres terminar como tu prima.

Si necesitas un bastón, tengo un par de contactos entre los jubilados de mi barrio.

Te harían precio.

Lámame si te interesa.

Al final era lo mismo que quería decir, pero en un lenguaje más despreocupado. Me di por satisfecha.

Él no me llamó.

El muy puto solo me contestó como a las dos horas de haber llegado yo a casa:

No me interesa.

Gracias.

No supe encajarlo. Me sentí rechazada, confusa, airada. Yo estaba ahí, luchando con mis heridas, acercándome aunque supusiera empeorarlas, y a él no le interesaba, gracias.

—¡Pues de nada, hermano! ¡Que te folle un pez espada! —le grité a la pantalla del móvil.

¿Y qué hice justo después? Pues buscar a Nolan. «Despecho», me parece que lo llaman.

—Hola, nena. ¿Hoy no estás cansada?

—Hoy estoy como tú quieras que esté. ¿Dónde nos vemos?

—¿Recuerdas el bar de Vallecas?

—Claro que lo recuerdo.

—Allí en una hora.

Dudé, porque seguía sin gustarme un pelo el local, pero terminé aceptando.

Me duché, me vestí con unos vaqueros y una sudadera —iba a follar, no a ligar— y salí de casa hasta sin maquillaje: luego se me corría y era peor.

Llegué tarde a la cita, según el plan de seguridad previamente diseñado por una servidora. Pasaba mucho de llegar antes que Nolan. ¿Sola en aquel tugurio? ¡Ni muerta!

El de Minnesota me esperaba en la barra; estaba mirando el reloj de su muñeca cuando atravesé la puerta. Se giró con el sonido chirriante de los goznes y su gesto adusto fue mutando hasta transformarse en una media sonrisa muy prometedora. Me escaneó de arriba abajo mientras me acercaba, echando los

hombros atrás, frotándose las manos. Se relamió antes de fijar su vista oscura en mis ojos. «¡Auuuuuu! Bienvenida a la guarida del lobo, parte dos, Natalie».

Su mirada me dio la excusa para olvidarme de Caperucita, amiga íntima de mi enano, y sacar el rifle. Ahí yo me creía la cazadora. La que decidía los giros del cuento.

—Hola, bombón —le dije sonriente.

Él me agarró de la cintura para apretarme contra su costado.

A un paso teníamos a otro hombre, apoyado con ambos codos sobre la barra. Me miró... Bueno, en realidad, miró solo a mis tetas. Nolan deslizó su mano hacia arriba y me cubrió la izquierda. El hombre sonrió, apartando la vista.

—Vamos dentro —dijo el entrenador en mi oído.

Yo asentí por inercia, desconcertada por lo que acababa de pasar, atravesamos la puerta de la calavera y... fue un polvo raro.

Pero raro de cojones.

Casi no me enteré. Y no fue por culpa del empeño de mi compañero. Terminé con las caderas enrojecidas de la presión de sus dedos y con el clítoris hecho polvo por la fricción de su lengua. Fingí el orgasmo. Supe que no iba a alcanzarlo y me dio pena herir su orgullo. Le había puesto ganas, el hombre. Me sentí frustrada, aquello no había tenido nada que ver con el giro que había previsto, pero, como premio de consolación, me llevé un paseo en su increíble moto hasta mi casa.

Madrid es la puta caña, y el que diga lo contrario es que porque no la ha visto de noche. Bordeamos el Planetario, remontamos el Manzanares hasta el parque del Madrid Río y recorrimos todo el barrio de los Austrias por puro vicio, por seguir rodando. Así me lo dijo Nolan cuando le pregunté a qué había venido el rodeo, ya en mi calle.

Le devolví el casco con una sonrisa y, como despedida, le besé con ganas, porque aunque no fuera el remedio para mi enfermedad, él no tenía la culpa. La culpa era solo mía (lo admito, pero no os acostumbréis).

Yo no era capaz de cumplir con lo que afirmaba con tanta seguridad. Lo mío empezaba a ser grave, no se me estaba pasando y cada vez tenía menos ganas de luchar para que se me pasara. No necesitaba solo tiempo, necesitaba que en ese tiempo estuviera Dani... Hala, ya lo he dicho.

Admitirlo era el primer paso para mi recuperación, ¿no? Pues yo, Natalie Díaz Prado, tenía mono de Dani. Lo que no tenía era ni idea de qué hacer para solucionarlo sin abrir más mis heridas.

30

DIGNIDAD

Cuando uno no sabe cómo continuar, normalmente termina moviéndose por inercia. Al menos yo, que soy así de parda.

Durante el fin de semana, pese a lo mucho que lo deseé, no volví a contactarle. Por ningún medio. Primero quería asimilar todos los cambios que se estaban produciendo en mi interior. Y, sí, vale, seguía mosqueada por el «no me interesa, gracias». No me fue fácil resistirme a la tentación, pero lo conseguí ocupando mi tiempo.

El viernes salí con mi hermana y la pandilla de Fuencarral. El sábado quedé con Nolan en su guarida (para los curiosos: volví a fingir). Y el domingo fui al cine con Zoe. *Un monstruo viene a verme*. Qué panzada a llorar... La tercera en cuestión de días. Me llegué a preguntar por qué mis hormonas estaban más alteradas que nunca, y me dieron mucho miedo las hipótesis que barajé. MUCHO. ¡No te lo perdonaré jamás, Bayona!

Encima, volviendo a casa, mi compañera afroamericana se dedicó a ponerme la cabeza como un bombo con lo preocupadísima que estaba por la desaparición de Maiko. Que si ya hacía más de una semana. Que si no era normal. Que si deberíamos avisar a la policía...

—Es mayor de edad y no hay nada que nos haga pensar que se ha ido en contra de su voluntad. No hay caso. He visto suficientes capítulos de *CSI* como para estar segura.

Zoe no se convenció, pero dejó de dar la tabarra. La historia es que no le faltaba razón, porque el tema era raro, raro..., y luego fue a peor, ya os lo advierto, pero... Bueno, cada cosa a su tiempo.

Antes tengo que contaros que la penúltima semana de octubre fue una mierda. Así, tal cual. Tocó inventario en el curro, no me corría ni a tiros con Nolan y tampoco conseguía dormir bien. Estaba demasiado llena de energía. Desbordada. Inquieta. Sentía agujitas clavadas en las plantas de los pies y en lo alto de la coronilla y chinches que me picaban por dentro y por fuera. Le di al amor propio como en mi vida. Repasé todo mi repertorio de fantasías con actores de

Hollywood, Xander Corvus & Cía., recordé las noches de verano en el camping, los festivales, los Caños de Meca..., y siempre terminé alcanzando mi liberación con los mismos ojos verdes. Estaba hasta la seta. Nunca mejor dicho.

Mi cuerpo traidor se había aliado con mi enano y yo era la rehén de sus dictados. Sabía cuál era la única manera de calmar mi inquietud y, con dos ovarios, opuse resistencia. No le busqué. Seguí sumando días de lucha, que reforzaron la confianza en mí misma, pero no consiguieron tranquilizarme.

El viernes, cuando llegué a casa del trabajo, me dio por limpiar la cocina, no os digo más. Arancha no salía de su asombro. Puse dos lavadoras, aspiré las zonas comunes y le di al mocho con toda mi alma. No me cansaba.

Me pegué un baño con el agua supercaliente, y ni con esas. Entré en mi habitación dando saltitos. Pensé en poner música. La música amansa a las fieras. Abrí mi cutreportátil, esperé un trillón de años, cambiando el peso de mi cuerpo de un pie al otro, y entré en Spotify. Regina Spektor fue la elegida. *You've got time* consiguió que mi pulso alcanzara los dos mil por minuto.

«Dar pasos es fácil. Permanecer parado es difícil».

¡Ya lo sabía, joder! Ya sabía que yo era de estar en movimiento. Que llevaba demasiados días digiriendo y asimilando y mareando la puta perdiz. Que mi carácter me pedía que pasara a la acción de una vez. Pero no me daba la real gana. Me había costado demasiado recuperar mi dignidad como para tirarla por el suelo por nadie.

Había sido yo la que había escrito la última vez, después de que él se marchara de mi casa sin ofrecer ningún tipo de explicación. Me había respondido a los mensajes, vale, pero muy poco amablemente, y luego, había vuelto a elegir el silencio... Me pregunté una vez más cuál había sido el motivo de su huida, si había sido yo la causante, si estaba enfadado o solo convaleciente... Después, agité la cabeza, para revolver las preguntas y que dejaran de tener sentido. Aquello no iba a ser. Y yo no debía preocuparme por algo que era solo un imposible.

Me senté en la cama y agarré el móvil. Necesitaba un plan. Algo que hacer. Distraerme.

Abrí WhatsApp: en Fuencarral iban de botellón; descartado. Los de la uni salían por Huertas; ni atada de pies y manos y amenazada con un bazuca. Nolan; no tenía yo el día muy... interpretativo. Mi Greta estaba a tomar viento; asco de vida. El contacto de Lara brilló debajo y mis pulgares se movieron solos.

¿Dónde estás?

¿Qué vas a hacer?

¿Puedo acoplarme, sea lo que sea?

Menos si se trata de sexo con tu marido.

No, joder, qué ascazo.

Me llamó al minuto.

—¿Cómo que qué asco? —preguntó Asier.

Lara se rio de fondo y le pidió que le devolviera el teléfono.

—Hazle caso a tu mujer, anda.

—Hola, guapa —dijo mi amiga.

—Hola, ¿estáis en casa?

—No, estamos más cerca de la tuya. En Bárbara de Braganza.

—Ah, pues de puta madre. Ahora me acerco.

Me levanté de la cama y abrí el armario.

—¡Vale! Me apetece un montón verte, pero tengo que irme pronto. Me toca guardia.

—Bueno, pues yo lío a tu marido y te dedicamos la juerga, no te preocupes.

Cogí unos vaqueros y una camisa blanca con estampados pequeñitos de palmeras, soles y gafas de sol.

—No te va a ser difícil liarle, Asier se iba a quedar de todas maneras...
Estamos con Dani.

Se me cayó la ropa al suelo.

—Ah... Entonces... Ya nos vemos otro día.

—Claro, ahora te mando la ubicación. Un beso.

Colgó. Yo bizqueé mirando la pantalla del teléfono, hasta que me escribió por WhatsApp.

Tengo a Dani enfrente.

No podía hablarte.

Y tú tampoco puedes negarte a venir.

Ya sabe que te habías apuntado antes de que saliera su nombre en la conversación.

Si no vienes, se te va a ver demasiado el plumero.

¿Sí, no?

Sí, seguro.

Además, se le ha iluminado la cara cuando he dicho que me habías escrito.

No empieces...

No empiezo, solo te informo.

Venga, date brío.

Me piro en una hora.

Me mordisqueé los padrastros. Lara tenía razón: si no iba, se notaría a la legua que le estaba evitando. Iba a quedar como una cobarde, y, lo que era peor, corría el riesgo de convertirme en una.

No podía dejar que mis heridas me limitaran de esa manera. Mi dignidad me pedía no dar pasos adelante, pero mi amor propio me rogaba que no los diera hacia atrás, que no volviera a esconderme. No debía buscarle, pero tampoco podía evitar que nos encontráramos, teníamos amigos comunes... Al final, pasaría. Y, sobre todo, no podía consentir que Dani se convirtiera en un tabú. Ni mucho menos podía mitificarle. Tenía que traerle a mi realidad. Tenía que impedir que siguiera subiendo hasta un pedestal inalcanzable. ¡Tenía que echarle un par de ovarios y conquistar esa cumbre! Buscar atajos era agotador, y corría el riesgo de perderme otra vez.

Cargué mis pulmones de oxígeno, solté el móvil... y me di brío. No me fue difícil; total, ya andaba hiperactiva perdida. Los nervios solo me ayudaron a rebasar un par de veces la velocidad del sonido.

CON MULETA, BARBA ESPESA Y ¿NOVIA?

La señora del Google Maps me indicó que tardaría diecisiete minutos andando hasta mi destino. Yo llegué en nueve a la coctelería de Bárbara de Braganza.

Lara levantó la mano en cuanto me vio. Estaban sentados al fondo, a la izquierda de la barra de aluminio. Asier y ella ocupaban el banco de la pared de escayola. Estaban muy entrelazaditos en los mullidos cojines de colores. Dani estaba de espaldas, con una camisa azul clara, la americana del traje colgando de la silla y una muleta tumbada a los pies. Me acerqué primero a la barra.

—¿Me llevas a esa mesa —le pregunté al barman, señalándolos— un daiquiri?

—¿De fresa, de mora, de...?

—Clásico. Con limón... y cargadito, por favor.

Le guiñé un ojo y me dirigí a la mesa, quitándome por el camino la chupa de piel roja que parecía de Lanvin, pero que ya hubiera querido yo que lo fuera.

—¡Qué camisa más chula! —dijo Lara, mirándola con ojos golosones.

—Ya te la dejaré. —Sonreí.

Se levantó muy feliz y me dio un abrazo. Yo fui a sentarme en la silla solitaria que había junto a Dani, pero Asier también se levantó.

—¿Y para mí no hay abrazo?

Resoplé. Qué sobón era... Y qué tocapelotas. Ahora, por su culpa, iba a tener que saludar corporalmente a Dani. No podía tratar al muchacho como a un apestado. Ni mucho menos como a alguien diferente. El éxito de la operación «Con un par, Natalie» dependía de ello.

Le di el abrazo a Asier, dejé mi chaqueta en el respaldo y me incliné sobre la mejilla de Dani.

—Hola —musité, antes de besarle fugazmente—. Menudas barbas gastas.

Me senté y me limpié con disimulo las manos sudorosas en el pantalón.

—¿Pincho? —preguntó, acariciándose la mandíbula.

Nunca le había visto con tanto pelo en la cara, y, para mi sorpresa, me encantó. Pensaba que lo *hipster* no era lo mío hasta que le vi con esa barba.

—No lo sé, ¿pinchas? —dije con todo el doble sentido.

Dani sacó a paseo su sonrisa irritante.

—Me han dicho que no.

Hala, pues ya estaba celosa.

Y cachonda...

Y el camarero ¿dónde coño estaba?

Lara carraspeó y me preguntó cuándo me había comprado la camisa, lo primero que se le debió de ocurrir a la pobre. La miré con agradecimiento y nos enredamos en una conversación sobre tiendas de segunda mano molonas. El camarero me trajo el daiquiri, Asier y Dani pidieron dos whiskys *sours* más y Lara se plantó porque tenía que irse a trabajar. La mirada de resignación que le dedicaron los ojos de Asier hizo que se me encogiera el ombligo. Qué pareja másssssss moñas, por Dios. Y qué bien quedaban juntos. Cómo se querían... Qué asco todo.

Pedí el segundo cóctel cuando nos despedimos de Lara, aproveché para ir al baño, no hice nada, solo esperé, y, a la vuelta, me senté junto a Asier. Ñiaaajajajaja.

—Qué cómodos los cojines —dije, manifestando cuál era la excusa para mi cambio de asiento.

Ellos ni lo oyeron. Estaban hablando del «tema» de Asier y no dejaron de hacerlo hasta que les pregunté si me pedía el tercero o si íbamos a cambiar de garito.

—Este está cojo —señaló a Dani—, es mejor no moverle.

—Hombre, a bailar bachata no vamos a ir... —protesté.

—Claro, tú eres más de reguetón, ¿no, mami?

Asier miró a Dani, frunciendo el ceño. Dani me miró a mí, esperando que recogiera el guante que me había lanzado. Y yo me tapé la cara con las manos, impidiendo que viera mi sonrisa. Los separé lo justo para que se me oyera decir:

—Si vuelves a llamarme así, te meto la muleta por el as deoros.

Dani soltó una carcajada.

—¿Mejor «gatita»? ¿«Cosita linda»?

—Arggg, déjalo ya. Me están dando arcadas.

—Vale, vale, ya lo dejo..., bebé.

Agarré un posavasos de cartón y se lo tiré con fuerza. No le di. Tengo una puntería penosa.

—A ver si practicas más —se burló.

—Se lo comentaré a mi «amigo» Nolan —dije con toda mi mala baba—. Él es

entrenador.

—¿De tiro con posavasos? —preguntó Asier.

Dani se rio entre dientes.

—De béisbol y sóftbol, idiota.

—¿Y desde cuándo te interesan a ti esos deportes?

—Desde que se ha tirado al entrenador —contestó Dani.

—Ah, ¿ese es el de la polla descomunal? —preguntó Asier, repantigándose a mi lado.

Me pareció verle guiñar un ojo, pero fue muy rápido.

—El mismo —contesté, antes de darle un trago al agüilla que quedaba en el fondo de mi copa—. ¿Nos quedamos aquí entonces?

Asier levantó la mano y le enseñó tres dedos al camarero, que asintió desde la barra.

—Lara me dijo que estabas pensando en repetir con él... —Siguió nuestro amigo, mirando a Dani por el rabillo del ojo.

—Sí, eso le dije... Y he cumplido, claro.

—¿Y a él también le has propuesto un plazo? —preguntó Dani, que no apartaba la vista de mi cara.

Levanté la barbilla con orgullo, por que se acordara de nuestras conversaciones, más que nada, y contesté:

—No, a él no.

—Vaya... —alzó las cejas—, pues sí que la debe de tener descomunal.

Me rechinaron los dientes al oírle, pero no me achanté.

—Como un cañón napoleónico —dije con voz grave, muy despacio—. Y mejor no te cuento lo bien que la usa...

Asier se descojonó, dándome una palmada en el hombro.

—Deja de torturar al chaval, bruja. Ya tiene bastante con lo de su novia.

CROMATISMOS

La comida con mi madre y mi exnovia de aquel domingo posfractura fue más cómoda de lo que planteé en un principio. Acudí para dejarles bien claro a las dos que lo que estaban haciendo no iba a dar resultados y empezaba a incomodarme, pero no me hizo falta. Ambas entonaron el *mea culpa* en cuanto nos sentamos a la mesa. Mi madre solo quería ayudar, y se notaba. Amelia estaba arrepentida, se disculpó varias veces por su actitud. A mí me fue más que suficiente: no soy muy de hacer leña del árbol caído.

Comimos en paz e incluso algo de armonía. Se llegaron a escuchar algunas risas y me transmitieron su preocupación sincera por mi estado. Las dos se ofrecieron para cuidarme si lo necesitaba, que no era el caso, pero se lo agradecí igualmente. Con bastante más amabilidad que el «gracias» que le dediqué a Natalie.

De ella esperaba mucho más que un simple mensaje. Esperaba, por ejemplo, que se hubiera presentado en la cena que habían organizado nuestros amigos, que se hubiera interesado por mi fractura, que me hubiera dado la oportunidad de hablar con ella cara a cara sobre lo ocurrido en su casa, pero no apareció. Por lo visto, los visitó unos días después y, al enterarse de la noticia, solo le nació escribirme cuatro líneas con un tono burlón que no me hizo nada de gracia.

Así se lo dije a Asier ese fin de semana. Vino a mi casa cargado con una caja de cervezas y el Asseto Corsa. Jugamos hasta que el hambre nos pudo, y, entre bocado y bocado, Natalie se coló en nuestra cena.

—No te ha llamado, ¿verdad? —Mi amigo estrujó con una mano una lata vacía antes de dejarla sobre su bandeja.

—No. Solo me mandó aquel mensajito de los cojones.

—Ella es así, tío. No se lo tengas en cuenta.

—Me da igual que sea así, ¿vale? No me parece una excusa. Sé que ella también ha sentido algo especial. Lo he visto, joder. No entiendo por qué se empeña en disimularlo.

—Uf... —Asier hizo una mueca mientras abría otra lata; me la pasó antes de

decir—: Tiene sus razones.

—¿Cuáles?

Levantó las manos, negando con la cabeza.

—Aprecio a mis pelotas, Dani. No puedo contarte nada. —Resoplé—. Tampoco es que sepa los detalles... Ella solo me habló del tema un día, que íbamos como piojos, por cierto. Lo que sí puedo decirte es que, cuando terminó de hablar, me pareció más pequeña que nunca. Y ya es bastante canija de por sí. —Rio—. No le chives que lo he dicho. En serio. Nat me da miedo.

—No me extraña. Es apabullante.

—Te tiene acojonado.

—No. Me tiene cabreado, empalmado la mayor parte del tiempo y, ahora, intrigado.

—Pues suerte, amigo. Te va a hacer falta.

Después de que Asier se marchara, le di muchas vueltas al tema. Muchas. Demasiadas para ser yo.

Comencé la semana con una suerte de mareo emocional que fue empeorando con la rutina. No llegaba a entender que, fuera lo fuera lo que le hubiese ocurrido, no hubiera sido capaz de superarlo. Yo a ella la veía esa clase de personas que pueden con todo. Justo las que yo admiraba. ¿Me estaba cegando su fuerza natural? ¿Nat era menos de lo que creía? ¿O acaso ella pensaba que yo lo era?

La falta de involucración por su parte, probada por el hecho de que no volviera a ponerse en contacto conmigo, me hizo decantarme por la última opción. Nat me estaba menospreciando. Y yo podía sacarla fácilmente de su error, pero me cansé de hacerlo. Si ella no mostraba un mínimo interés, no me merecía la pena seguir intentándolo.

Aunque tuve muy clara mi posición, la sensación de haber fracasado me acompañó durante aquellos días, desmejorando mi ánimo, llenando de mediocridad cada tarea, cada acción y pensamiento. Me nublé.

Curiosamente, Amelia fue de las pocas personas que consiguieron darme algo de luz. Se mantuvo al pie del cañón con la excusa de mi convalecencia. Se ofreció a llevarme a la oficina cada día, a ayudarme con las tareas domésticas —ambos ofrecimientos también rechazados, pero muy agradecidos— y se pasó por casa más de una tarde, siempre cargada con algún detalle y su blanca sonrisa.

Con sinceridad, uno no es de piedra. Sus gestos me fueron enterneciendo. Me fueron acercando a ella. Tanto que terminamos entre las sábanas.

Fue placentero, cómodo, lo disfruté sin culpa, hasta que la imagen de Natalie ocupó el fondo de mis retinas y mi cuerpo me obligó a parar. Mi firmeza cayó en picado y yo en la cuenta de que estaba convirtiendo a Amelia en un simple sustitutivo.

—Lo siento —dije con sinceridad, y la bajé con delicadeza de mi cuerpo.

—No te preocupes. —Sonrió—. Habrán sido los analgésicos. Sé de sobra que a ti estas cosas no te pasan.

—No me refiero a...

—¿Te duele el pie? —me interrumpió—. ¿Necesitas ponerlo en alto?

Descendió hasta el final de la cama y se arrodilló junto a mi pierna.

—No, estoy bien. —Me incorporé.

—Estarías mejor con unos cojines debajo.

Fue a levantarse, pero la agarré del antebrazo. Acaricié su mejilla para que me mirara y cuando lo hizo le hablé con calma:

—Siento mucho lo que acaba de pasar.

—No me importa, en serio. Cuando te encuentres mejor, ya terminaremos.

—No me refiero a eso. No deberíamos haber...

—Tengo la boca seca, voy a por agua.

Apreté ligeramente su brazo.

—Amelia, escúchame, por favor. Esto no debería volver a suceder. No nos va a llevar a ningún lado.

Me miró un par de segundos y volvió a sonreír.

—Tú no te preocupes por nada, ¿vale? Lo he pensado mucho y... estoy de acuerdo contigo. Nosotros estamos bien así. No hace falta más.

—Creo que eso no es lo que quieres, Amelia.

—Que sí, de verdad. El otro día estaba de bajón, por eso me descontrolé tanto, pero me he dado cuenta de que tienes razón. Nosotros como pareja formal no vamos a funcionar nunca. ¡Y no pasa nada! Mientras los dos sepamos lo que hay, no habrá problemas. Podemos seguir quedando, incluso acostarnos..., pero cada uno con su vida. Ambos somos de mente abierta y adultos, ¿no? —Se encogió de hombros—. Me muero de sed, en serio. Ahora vuelvo.

Su aire despreocupado la acompañó fuera del dormitorio y me llenó a mí de sospechas, pero, en definitiva, estaba en lo cierto: éramos adultos, dueños de nuestras decisiones y de nuestros actos. No había más que alegrar. Si el caso no resultaba como esperábamos, no cabrían más recursos.

Cuando me dejé solo, un par de horas después, lo único que no controlaba en

mi vida volvió a dominarme. No se marchaba de mi cama, ni de mis pensamientos. Terminé releendo sus mensajes, sin poder evitar sonreír. El ingenio de Nat siempre conseguía alegrarme.

El último wasap que me había enviado, para mi sorpresa, me arrancó una carcajada. La misma que liberó mis recelos y me hizo leer más allá de las letras. Sentí que el gris que me rodeaba se coloreaba al descubrir, entre líneas, mucho más de lo que me había transmitido al recibirlo. Pero duró poco la emoción. Habían pasado demasiados días desde ese mensaje y, sin más por su parte, seguía sin merecerme la pena romper el silencio.

33

PELLIZCOS

Se me tensó el cuerpo entero al oír a Asier, mi corazón esprintó y la sangre se me concentró en las orejas. ¿Su novia? ¿Se habían reconciliado?

Asier apretó la mano que tenía en mi hombro, pero no consiguió tranquilizarme. El camarero llegó para cambiar nuestros cócteles vacíos por unos recién preparados y Dani yo nos aferramos a ellos como si nuestras vidas dependieran de ello.

Cuando el abogado dejó su vaso sobre la mesa, dio un pequeño suspiro y negó con la cabeza.

—No es mi novia. Ya lo sabes.

—Yo sí —dijo Asier, paladeando su combinado—. Y parece que tú también. Ahora solo falta que lo sepa ella.

—Joder, tío, no seas así. —Se revolvió en la silla—. Amelia no es tonta. Y está todo hablado.

—No estaría de más que dejarais de follar, para que os convenzáis y eso... — Apartó su copa.

Yo no había soltado la mía. Así que no es que me hubiera estado ignorando adrede durante esos días, es que había estado demasiado ocupado chingando con la Barbie. Pegué un trago tan grande que sentí cómo mi frente se congelaba.

La noticia me sentó fatal, porque, a ver..., yo había estado haciendo lo mismo con Nolan, sí, pero... ¿Y qué? Me molestaba igual. Mi plan era bajarle de su pedestal, no ser testigo de su ascensión al Olimpo con su diosa de largas piernas.

—Ya te he dicho que no creo que vuelva a pasar —dijo Dani, mirándome de refilón.

Me llevé de nuevo el cóctel a la boca.

—Depende de ti —dijo Asier.

—No estoy de acuerdo —refunfuñó.

—¿Has vuelto a hablar con tu madre?

Se me atascó el trago y tosí. ¿Su madre?

—Todavía no —contestó, apartando la vista—. Acaba de empezar una terapia

nueva cognitivo-causal... o algo así.

—Cognitivo-conductual —le corregí.

Él me miró con el ceño fruncido.

—La madre de Nat es profe de psicología en la Autónoma —explicó Asier.

Asentí con la cabeza.

—Cuando pasé la etapa adolescente estuvieron a punto de otorgarle la cátedra —bromeé. Dani sonrió y le pregunté—: Tu madre... ¿está bien? Lo digo por lo de la terapia...

Hizo un gesto en el aire con la mano y agarró su copa.

—Lleva muchos años probando de todo. Y, en teoría, está bien. Solo... no termina de querer despedirse de mi padre.

—¿Tu padre...? —pregunté con precaución.

—Sí, falleció.

—Joder, lo siento mucho —le dije de corazón, y me entraron ganas de llamar al mío.

Dani me tranquilizó con una sonrisa.

—Gracias. —Dio un sorbo a su bebida y explicó—: Le diagnosticaron cáncer y se fue en cuestión de un año. Yo..., bueno, se supone que lo asimilé..., todo lo que se puede asimilar algo así. Pero mi madre sigue aferrada a sus recuerdos y no hay quien la saque de ahí.

—Vaya... —Hice una mueca—. ¿No tienes hermanos?

—No, ¿tú sí?

—Cinco.

Abrió mucho los ojos.

—¿En serio?

—Tal cual. Media docena en total.

—Eh..., perdonad que os interrumpa, pero me estoy preguntando: ¿de qué cojones habláis cuando os juntáis?

Nos miramos, abrimos la boca para contestar, pero solo salieron unas risas, bastante cómplices.

—Vale, no me lo digáis, enfermos. ¿Os apetecen unos chupitos?

Cayeron tres rondas de tres. Asier se quitó el jersey y yo me fui hundiendo en los cojines, que cada vez me resultaban más cómodos. Dani parecía el más sobrio, pero se ladeaba peligrosamente cada vez que se giraba para llamar al camarero. Después de la cuarta ronda, nuestro amigo comentó que necesitaba ir al baño.

—Joder, cómo me estoy meando —dijo, levantándose con torpeza—. Ahora

vuelvo... Si soy capaz.

—Confiamos en ti, campeón —le animé.

Dani levantó el brazo para jalearle y le vimos dar trompicones hasta que desapareció por el pasillo.

Estábamos solos. Bueno, en el bar había más gente, pero... ya me habéis entendido. Fui como muy consciente de repente de que éramos él y yo, ahí, cerca, bebidos, él tan guapo, yo tan salida... Mis nervios se dispararon.

—Y... ¿cómo va tu pie? —pregunté, porque fui incapaz de mantener la boca cerrada.

—Pues imagina, llevo un *flow* de lo más rumboso. Estoy por tunearme la muleta.

Me reí.

Dani sonrió, pero no parecía muy alegre. Sus ojos brillaban por el alcohol, nada más. La sombra que había detrás de ese brillo hablaba de tristeza.

Verlo tan claro me dio un pellizco. Como el que me dio cuando el cabrón de Asier me contó tan delicadamente lo de su accidente. Como el que te da cuando sabes que está mal alguien que te importa.

Mi instinto de supervivencia me ordenó que me largara de inmediato, al percatarse de lo que implicaba aquella sensación, pero mi amor propio, una vez más, no me dejó. Si Dani me importaba, tenía que asumirlo, no esconderlo. Me lo debía. Y a él también.

Tenía que reconocer que era él quien me hacía sentir vulnerable, pero también mucho más real desde que me había ayudado a destruir mi maldita capa exterior. Mi enano me exigió que le incluyera dentro de mi círculo de confianza, que se lo había merecido. Yo seguía teniendo mis reservas, pero también la sensación de que quizá no fuera tan mala idea.

—¿Te has pensado lo del bastón? —le pregunté, consiguiendo que su sonrisa pareciera más auténtica.

—No, pero mantén activos tus contactos por si acaso.

—Dalo por hecho.

Le sonreí de vuelta, nuestras miradas se enredaron y la tensión apareció, queriendo apretar el nudo.

—Me preocupé bastante —le dije de corazón—. Y siento mucho no haberte llamado. Debería haberlo hecho.

—Me hubiera gustado, no te voy a engañar —El verde de sus ojos me pareció más claro—. Yo siento aquellos mensajes tan secos. De primeras, me sentí

vacilado, unos días después los releí... —Se rio y se mordió el labio inferior. Me dio una envidia...—. Eso no debería haberlo admitido en voz alta, pero, en fin..., que me di cuenta de que tenían otra intención.

—Podías haberme llamado para explicármelo...

—Creo que los dos podíamos haber hecho mucho más de lo que hemos hecho, pero lo hecho, hecho está.

—¿Eso es un trabalenguas?

—Es una verdad como un templo, lo que me traba la lengua es el puto whisky.
—Rio.

Yo sonreí, porque era cierto que su lengua se enredaba, sobre todo con los sonidos guturales, pero no por eso le faltaba razón. Pudimos hacerlo mejor y no lo hicimos. Un digno epitafio para un par de combatientes del bando vencido.

Carraspeé, para apartar la incomodidad de mi garganta, y traté de cambiar de tema.

—¿Cómo te lo rompiste?

Dani tardó un par de segundos en contestar. Se perdió en mis ojos ese breve lapso de tiempo y luego su mirada me abandonó.

—Fue... en la ducha de casa.

—¿Un resbalón?

—Algo así...

—No me des tantos datos, no me vayas a aburrir —protesté. Él sonrió un poquito—. ¿Cuánto tiempo tienes que seguir llevando la muleta?

—Me dijeron que cuatro semanas, y fue la madrugada del domingo 9... —titubeó.

—¿Fue cuando te marchaste de mi casa?

Asintió, cogió de uno de los vasos vacíos una sombrilla celeste e hizo rodar el palito entre sus dedos antes de contestar:

—Poco después. Volví a mi piso, me duché... y terminé pasando la noche solo en las urgencias del hospital.

—Haberme llamado, hombre.

—Te puedo asegurar que eras una de las últimas personas que quería ver esa noche.

Me cerró la boca. Y me puso un poco tonta, sí, como siempre que sacaba a paseo su orgullo, pero esta vez me obligué a esforzarme y a no quedarme solo en lo superficial. Necesitaba saber por qué había huido de aquella manera.

—Te fuiste echando humo, es lógico que no quisieras verme. —Dani volvió a

mirarme a los ojos—. Lo que no entiendo es por qué te marchaste así.

—¿Qué te dije que ocurriría si volvías a mentirme?

Lo pensé y asentí.

—Ahora lo entiendo. Pero... ¿y el cabreo? ¿Tanto te molestan las mentiras?

—Soy abogado, no digas chorradas. —Sonrió sin ganas y lanzó la sombrillita sobre la mesa—. Pero de ti no me gustó.

«De ti no me gustó»

Esa frase me retumbó dentro. Hizo eco en mis rincones y terminó dentro del que ya guardaba su risa y sus «Natalie». Me sentí tan abrigada por esas palabras, tan incluida, tan... especial, que no me fue difícil sincerarme.

—Yo... me rayé.

Dani se inclinó sobre la mesa.

—¿Te rayaste con qué?

Hice una mueca. No quería mentirle, no después de lo que acababa de decirme, pero tampoco quería declararme. Ni de puta coña, vamos.

—Pues me rayé... con... cosas... de las que no estoy preparada para hablar contigo —dije en voz baja—. ¿Te vale como respuesta?

La sombra que apagaba sus ojos fue desapareciendo. La reemplazaron un destello de intriga y un fogonazo travieso. Su sonrisa se ladeó. Mis muslos se apretaron.

—Me vale... si vienes mañana a mi casa a hacerme de enfermera.

—Chantajista. —Sonreí.

—Aprendí extorsión de la mejor, créeme —masculló—. ¿Puedes sobre las seis? Iría a buscarte, pero no me dejan conducir.

—Pobre, castigado sin buga. Si quieres te lo paseo estas semanas, para que no se le acumule carbonilla.

Soltó una carcajada.

—Ni loco.

—Puedo robarte las llaves. Seguro que ahora corres poco.

—Puedes intentarlo, pero algún día te encontraré. Te lo prometo.

Agravó la voz para ponerse en plan chungo, y lo que me puso fue a mí muy perra.

—Venga, vale, voy. Pero no pienso vestirme de blanco. No me favorece.

—No me pienso fijar en tu ropa, no te preocupes.

Cuando nuestro amigo regresó del baño todavía no me explicaba cómo había sido capaz de volver a embaucarme para otra cita. Debió de ser el alcohol. O mi

ausencia de neuronas. O el tacto de sus palabras sanando las heridas del pasado a base de caricias calmadas, atentas, tan especiales que conseguían infiltrarse con facilidad en las defensas más férreas.

CON LAS MANOS EN LA MASA

Al final llegué a las siete a su piso. Me entretuve una eternidad frente al armario porque no sabía qué ponerme. Como no iba a follar, sino a..., a saber a qué coño iba, pues no tuve claro el *dress code*.

Terminé con unos *shorts* vaqueros, unas medias tupidas, unas botas cortas color *camel*, una camiseta de tirantes y, encima, un jersey de punto a juego con las botas. No me puse más capas porque no me dio tiempo. Todas me parecían pocas.

También me maquillé un poquito, no voy a engañar a nadie. Agarré una chaqueta XXL de lana, que abrigaba mucho, y mi bolso marrón y, lo dicho, llegué a su casa una hora más tarde de lo previsto.

Cuando salí de su ascensor, ya me estaba esperando en la puerta. Despeinado, vestido con ropa cómoda, calzado con unas chanclas de piscina, armado con su muleta y con una sonrisa acogedora en su boca abultada. Le sonreí de vuelta.

—¿Cómo va su pie, señor marqués?

—Mejor. Ya casi no lloro cuando tengo que calzarme.

—Eres todo un machote.

Me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla. Su olor a sándalo me envolvió y luego fue sustituido por... ¿comino? ¿Pimentón?

Arrugué la nariz, caminando por el recibidor, le oí cerrar la puerta y miré hacia la cocina.

—¿Qué has pedido? Huele muy bien.

—He cocinado. —Me quitó la chaqueta desde atrás con una mano. Sus dedos acariciaron mi nuca antes de añadir—: Humus libanés.

—¿En serio? —dije muy sorprendida, observando cómo colgaba con cuidado mi bolso en la escalerita.

Dejó la chaqueta en uno de los palos que hacían de escalones, se ajustó la muleta debajo del brazo y se giró hacia mí.

—Los garbanzos eran de bote, pero el resto es obra mía. —Hinchó el pecho—. Espero que quieras quedarte a cenar.

Sonreí. Me hizo gracia que se sintiera orgulloso por haber sido capaz de

triturar un puñado de legumbres y muy feliz por que se hubiera molestado en hacer la cena.

—¿Hay pan de pita?

Marcó una mueca de disculpa.

—Colines.

—¿Tienes harina de trigo? ¿Levadura?

—A lo mejor... —Frunció el ceño—. Mi madre suele comprar ese tipo de cosas y me obliga a almacenarlas. Todavía cree, la pobre, que voy a aprender cómo se usan.

—Nunca es tarde. —Me remangué el jersey y señalé la cocina—. ¿Te animas a hacerme de pinche?

—Venga, ¿por qué no?

Caminó hacia el sofá, con mucho *flow*, y se apoyó en él para quitarse la sudadera. La camiseta gris que llevaba debajo le quedaba tan bien como los pantalones de algodón.

—¿Qué es lo peor que nos puede pasar? —preguntó—. Una intoxicación alimentaria tampoco es para tanto.

—¡Oye! —Reí, dirigiéndome a la cocina—. Que yo sé lo que me hago. Curré en un pakistaní unos meses y aprendí alguna recetilla. Y a decir palabrotas, pero nunca llegué a pronunciarlas bien.

Mientras me lavaba las manos, Dani se acercó. Dejó la muleta apoyada en un rincón, abrió un par de armarios altos y puso sobre la encimera de cuarzo un paquete de harina y una cajita con levadura industrial.

—También necesitamos aceite de oliva y sal —le dije, secándome con un trapo muy *kitsch*. Le miré con media sonrisa.

—No te rías. Seguro que tu madre también te compra paños de cocina.

—Mi madre solo se relaciona con la cocina cuando se quiere fumar un cigarrito a escondidas. Mi padre se lo prohibió hace ya muchos años, cuando se apuntó a un taller de macrobiótica. Apestaba a alfalfa toda la casa. Ahora no le deja ni llenarse los *tuppers* que se lleva a la uni.

Cogí un colador que había colgado debajo de la campana extractora de aluminio, lo puse sobre la encimera, eché medio paquete de harina dentro, un sobrecito de levadura y sal. Tamicé la mezcla sobre la superficie y le di forma de volcán.

—Impresionante —dijo, colocándose a mi lado con las cejas levantadas.

Me reí.

—Pues verás cuando lo pruebes. ¿Me llenas un vaso con agua?

Dani cumplió con diligencia y yo le pedí que lo vertiera en el centro de la mezcla mientras me quitaba el jersey. En su casa hacía calor. Y, sí, vale, él también me provocaba sofocos.

—Ya está. Ahora, ¿qué?

—Ahora otro medio vaso más y cinco cucharadas de aceite de oliva.

Él se ocupó del agua y yo del aceite. Con cuidado, mezclé los ingredientes hasta que quedó una masa fina y elástica. Dani no me quitaba el ojo de encima. Le pillé evaluando un par de veces mi escote, pero, sobre todo, me miraba a la cara, intrigado. Llegó a apoyarse en el horno con los brazos cruzados y la vista fija en mis rasgos, algo abstraído. Empecé a sentir la maldita tensión, los cosquilleos, la chispa...

—Menos mirar y más pringarse las manos, señor marqués. —Dani se incorporó con una sonrisa—. Espolvoréame un poco de harina aquí, por favor.

Cogió un puñado del paquete.

—¿Así va bien?

—Un pelín más.

—¿Por aquí también?

—Por todas partes, pero poquito a poco. No se trabaja bien si se pone muy dura.

Dani rio y se colocó a mi espalda.

—Mejor dura que blanda, ¿no? —preguntó, inclinándose hacia mi oído.

Yo me eché un paso hacia atrás y me froté casualmente con su paquete. Un par de veces. Solo por comprobar su teoría... Sus largos brazos me flanquearon, mientras seguía esparciendo harina.

—A puñados no, sacúdela bien.

—¿No sería mejor que la sacudieras tú y yo lo amasara? —Acarició la parte alta de mi cuello con los labios, me besó despacio y mis ojos se cerraron un segundo—. Por cuestión de práctica, ya sabes.

—Todos los tíos sois expertos en sacudirla. —Reí—. No me vengas con excusas.

Me gané un mordisquito y él, otro frotamiento.

—Pues a mí no es de las cosas que me vuelven más loco. —Deslizó la punta de la nariz por el borde de mi oreja e inspiró hondo—. Solo lo hago cuando es imprescindible.

—Claro, ya tienes exnovias que te echan una mano... —Solté sin pensar.

Y luego me planteé muy seriamente meterme la bola entera de masa hasta la glotis. ¿De dónde coño había salido aquello? ¿Tenía un problema de celos mal digeridos? ¿Mi enano se había hecho con el control de mis cuerdas vocales? ¡Esa especie de reproche no tenía ningún sentido! ¡¿Por qué, señor, por qué?!

Le miré por el rabillo del ojo y descubrí una sonrisa socarrona y un par de cejas en alto.

—Ni se te ocurra comentarlo —le advertí—. Ni lo menciones. Eso no ha pasado.

Asintió con la cabeza.

—Nada de hablar de tus celos. Entendido.

Gruñí, le pegué un par de meneos más a la mezcla, por no dárselos a él, y le pedí un cuenco. Lo aceité, coloqué la bola dentro y lo cubrí con papel *film*.

—¿Ya está?

—Todavía no. Hay que dejar que repose una hora en un sitio caliente para que fermente. Tienes la calefacción puesta, ¿verdad?

Asintió, humedeciendo una bayeta, muy dispuesto a limpiar el estropicio que habíamos formado.

—Hay un radiador a la derecha de la barra.

Me fui para allá con el cuenco, aliviada por que no añadiera más sobre mi salida de tono, acerqué un taburete al radiador y dejé que la levadura hiciera su magia. Después, me dirigí a la pila para lavarme las manos. Dani deslizó el trapo amarillo sobre la encimera por última vez y se acercó también a la pila.

—¿Has dicho que eso tarda una hora? —preguntó.

—En subir sí, luego hay que dividir la masa y dejarla reposar otros veinte minutos.

—Como para unas prisas. —Sonrió.

—Las prisas no son buenas para nada —carraspeé.

Y sé que él también se acordó de mi habitación y de mis braguitas rotas porque levantó una ceja. Yo resoplé y cerré el grifo.

—Ya sé que voy siempre un poco acelerada... —empecé a decir.

—Y es una pena —murmuró, pasándome el trapo de cocina.

—O no...

—O sí —insistió—, porque, si nos lo tomáramos con más calma, estoy seguro de que podríamos llegar a ser amigos.

Abrí mucho los ojos y dejé el trapo sobre la encimera.

—¿Amigos? ¿Tú y yo?

—Claro. ¿Por qué te sorprende tanto?

—¿La verdad?

—Entre nosotros, siempre.

Me gustó tanto la respuesta que bajé las defensas.

—Porque..., no sé, he llegado a pensar que ni te caía bien.

Sonrió.

—Me caías regular, tirando a mal cuando me ignorabas, pero resulta que ayer he conocido a otra Natalie. Una que se preocupa, que profundiza, dialogante, comprensiva, igual de divertida... Por esa sí que siento simpatía.

Me llenó de halagos con una naturalidad impresionante. Él, pese a mis muchos esfuerzos, conseguía ver mi lado positivo. No parecía muy inteligente apartar a una persona así de mi vida. Ni para mí siquiera.

—A ver... —murmuré—. La verdad es que no suena mal lo de ser amigos..., pero tiene sus riesgos —dije, mucho más seria de lo que pretendía. Carraspeé y me salí por la tangente—. Para ti, sobre todo. Porque yo volveré a mi planeta antes o después y tú podrías quedarte destrozado. Peor que Dan Aykroyd en *Mi novia es una extraterrestre*.

Sonrió de medio lado.

—Me encanta esa peli. ¿La vemos mientras sube la masa esa?

—¡Claro! ¿La tienes?

—No... —dijo con prepotencia—. Pero tengo internet.

—Piri tingui intirnit. —Reímos—. Tira para el salón y búscamela, anda. ¿Dónde guardas las cervezas?

—Mira a ver si quedan en la lavadora. —Se dio media vuelta y siguió llenando de carcajadas limpias todo el piso.

Mi enano se ajustó un monóculo, desplegó un pergamino y empezó a escribir un soneto que hubiera conseguido matar de un coma de azúcar al mismísimo Pablo Neruda.

NINGÚN HOMBRE, NI MUJER, ES UNA ISLA

La primera media hora de película me la pasé estudiando a su ofrecimiento de amistad. Para variar, tenía ideas encontradas al respecto. Bipolaridad *power*.

Por un lado, era como demasiado consciente de lo peligrosísimo que era confraternizar con Dani, porque hacerlo suponía abrirme, incluirle en mi círculo de confianza, conocerle en profundidad, pasar más tiempo con él..., y así veía difícil superar la tontería que llevaba encima por el muchacho. Peero..., por otro lado, quería hacerlo. Mucho. Todo el rato. Porque Dani me gustaba. Él, como «persona humana», no solo como macho de la especie.

Quizá si me permitía aceptar su cercanía, lograría liberarme del puto lastre del pasado de una vez.

Me pasó algo parecido cuando Jaime me dejó. Mi autoestima le siguió los pasos y, como ya os conté, conseguí recuperarla, pero no lo hice sola. Mi familia fue fundamental en el proceso: su amor sincero y su apoyo devolvieron a mi ego el calor que le faltaba. Greta, la dulce Greta, fue otra de las imprescindibles. Sin ella no habría recuperado tan pronto la confianza en mi cuerpo. Él también se la llevó. A mí me dejó quince kilos de más.

Engordé otros tres el mes posterior a su marcha. Greta me dejó atiborrarme en Navidad y el día ocho de enero se presentó en Fuencarral con dos carnets de un gimnasio cercano y la tarjeta de un nutricionista. Cuando fui a la primera consulta, me enteré de que tenía el tratamiento pagado. Mi amiga es demasiado espléndida y nunca le ha faltado el dinero: su padre siempre se ha encargado de compensar su lejanía a golpe de talonario. Gracias, también a él, entré a currar en el camping con un peso saludable. Lo de volver a ligármelos de dos en dos fue cosa de su hija.

En la facultad fuimos imparables, no había chulo que se nos resistiera. Nos creamos una fama muy seria, claro, porque la envidia es muy mala, pero a nosotras nos dio lo mismo. Tuvimos nuestros chascos, algún sustillo con los métodos anticonceptivos, pero aprendimos mogollón, por no hablar de lo que nos divertimos. Llegamos a pactar no convertirnos en la novia de nadie.

Odiábamos a esas parejas que se aislaban y se pasaban todo el día pegaditos el uno al otro... Yo fui la traidora. Y llegué a perder a Greta. Jaime y ella no se entendían, claro, y permití que le cerrara la puerta. En las putas narices. El mismo día que vino a pedirme explicaciones sobre mi aislamiento. Por suerte, ella quiso volverla a abrir cuando él se marchó. Recuperamos la amistad, mi peso y las buenas costumbres, como sentirnos lo suficientemente dueñas de nuestros cuerpos como para no tener complejos al compartirlos con quien nos diera la gana.

Reconquisté mi autoestima, mi talla y mi libertad sexual. Y gracias a Dani, me había librado del rechazo a la intimidad... Vale, quizá no me había librado todavía, pero andaba en el camino de conseguirlo. No podía renunciar a seguir intentándolo. Yo no era una cobarde. Yo solo tenía una herida cerrada en falso. Quizá había llegado el momento de sajarla para que curara de una vez.

Treinta minutos de reflexiones me hicieron llegar a esa conclusión. Terminé con el estómago un poco revuelto, porque el miedo no se evapora así como así, pero conseguí dominar la náusea. Que mi móvil sonara y me sacara de las cavilaciones también ayudó a estabilizarme.

Me levanté del sofá para cogerlo y Dani se incorporó, girando un poco la pierna que tenía estirada sobre uno de los pufs.

—¿Pauso la peli? —me preguntó.

—No hace falta. Me la sé de memoria.

Abrí el bolso que tenía colgado de la escalerita de mano. Era Nolan. Rechacé la llamada, guardé el móvil y me di media vuelta. El de Minnesota volvió a llamar.

Bufé, atrayendo la atención de Dani, que me miró interrogante.

—¿No lo coges?

—Prefiero dejar que suene. ¿Te molesta? Si quieres lo silencio...

—No me molesta —dijo algo más serio.

Regresé al sofá, al mismo extremo donde ya tenía hecho el hueco del culo. Él cruzó los brazos sobre el pecho y centramos la atención en la pantalla. Andaba Kim Basinger chupando pilas en lencería fina cuando mi teléfono sonó de nuevo. Fue Dani el que bufó entonces.

—Tu amigo es insistente —dijo sin apartar la mirada del televisor.

—¿Cómo sabes que es mi amigo?

—Me lo acabas de confirmar tú.

Dios, cómo me sacaba de quicio lo bien que se le daba manipularme.

—Odio esos truquitos de abogado pedante —gruñí levantándome.

—¿Vas a cogerlo? —me preguntó.

—No, voy a separar la masa en bolitas y a darles forma de tortita, aplastándolas contra la encimera. Pensaré en ti mientras lo hago —dije mientras cogía el cuenco.

—Es todo un detalle. Tal vez te eche una mano.

—Ni te muevas —le ordené rebasando la barra—. No te quiero cerca en un rato.

—Oye. —Se giró en el sofá—. Que yo no tengo la culpa de que tu amigo sea un pesado.

—No es un pesado. —Sonreí, porque me hizo gracia su ataque de testosterona—. Es... decidido.

—Es un insensato. —Le miré muy mal y él me sostuvo la mirada—. ¿Le has dicho ya que vas a terminar dándole la patada?

Levanté una ceja.

—¿Quién ha dicho que vaya a hacerlo?

Su cara se contrajo con una mueca de dolor. Fue una milésima de segundo, pero la cacé.

—¿Tienes peor el pie? —pregunté, tejiendo la trampa.

Si me mentía, declarararía que no era yo sola la infectada. Si me decía la verdad... Que me pillaran confesada. Patatús seguro.

Dani bajó el pie del puf y se levantó con una soltura asombrosa. Utilizó la muleta para ayudarse a caminar hasta la cocina, pero sus pasos eran firmes.

—Tengo... otra duda sobre tu amigo —dijo colocando el apoyo en un taburete—. Le has dejado repetir, no le has propuesto un plazo y no tienes pensado largarle... ¿Te estás enamorando de él?

Tragué saliva y fijé la vista en la encimera, sin dejar de hacer bolitas.

—¿Estás loco? —pregunté.

—Eso no es relevante, cíñete a la respuesta.

—Puto picapleitos. —Sonreí—. ¿Y si no quiero dártela?

—Pues empezáramos nuestra amistad con muy mal pie.

El muy intrigante le estaba dando la vuelta a la tortilla. Se me acercó y buscó el contacto de nuestras manos. Lo quiso hacer casual, solo retirándome la masa para que me centrara en la respuesta..., pero sus dedos se entretuvieron demasiado con los míos. Aun no me había soltado cuando levanté la mirada y negué con la cabeza. No sentía nada por Nolan. Por él, no. Rompí el contacto, recuperé la bola y traté de seguir con la tarea. Sin éxito. La intensidad que irradiaban sus ojos me

desconcentraba.

Me pareció más decidido que nunca. Un hombre con una misión. La determinación en persona. O quizá me flipé de lo lindo, perdida en sus increíbles ojos verdes. No lo sé. No me dio más datos. No hubo más preguntas ni más explicaciones. Se apartó lo justo para que yo pudiera continuar y fijó la vista en mis manos.

Las tortitas quedaron de pena. Se me olvidó hasta dejarlas subir el rato que les faltaba. Los nervios, ya se sabe... Cuando las metí en el horno, advertí que no me hacía responsable del resultado.

—No pasa nada. Admite que en realidad no sabías lo que estabas haciendo y solo querías impresionarme, y yo saco los colines.

Me reí.

—Estarán buenas, pero van a salir feas. Puedo hacerlo mucho mejor. Y no por impresionar a nadie, que conste. Es que soy... perfeccionista.

—Yo también —dijo acercándose a la nevera—. Me gustan las cosas bien hechas.

—Doy fe. —Sonreí, sentándome en un taburete.

Él colocó sobre la barra una botella de vino blanco y cruzó los brazos sobre la superficie, dejando su cara frente a la mía, a la misma altura, a un suspiro de distancia.

—Esa sonrisa ¿se debe a tu alto grado de satisfacción con mis servicios?

—Hombre, alto... —Hice una mueca—. Lo dejaremos en aceptable.

—Ya... —Sonrió—. Y una mierda aceptable. Tú y yo somos mucho más que eso. Reconócelo.

Se me humedecieron las bragas por la seguridad con la que lo afirmó.

—No se nos da mal. Se nota que tenemos experiencia.

—No se trata de la experiencia. —Se inclinó para rozar su nariz con la mía, muy despacio. No pude detener el escalofrío—. Se trata de esto.

Se apartó y me agarró un brazo. Cuando lo puso encima de la barra, todavía tenía los pelos de punta.

36

EL PASTEL

Cenamos en la barra de la cocina, un humus bastante aceptable y bien condimentado y un pseudopan de pita de cuyo aspecto no quiero acordarme.

A Dani le pareció que estaba bueno. Se lo comió casi todo él, de hecho, pero yo no estaba contenta con el resultado. La textura me pareció demasiado densa. O quizá fue la preocupación por haber entrado en un terreno farragoso.

Me entró hambre de algo dulce, como cuando sufro el síndrome premenstrual. Debieron de ser mis hormonas las que me pidieron azúcar en cantidades industriales para calmar el alboroto que el abogado estaba provocando en ellas. Me dirigí a la nevera y la abrí. Como Pedro por su casa.

—¿Qué buscas? —preguntó Dani, mientras cargaba el lavavajillas.

—Algo de postre.

—Ahí no vas a encontrar nada. No soy muy goloso.

—Pues tienes esta pedazo de Tatin —cogí una tarta de pera con una pinta estupenda— que te acusa de lo contrario.

Cerré la puerta de la nevera y vi cómo la sonrisa de Dani iba desapareciendo.

—No me acordaba de que eso estaba ahí —murmuró.

—¿Compras tartas y luego se te olvida que las tienes? Vaya, señor marqués, estás menos cuerdo de lo que pensaba. —La dejé sobre la barra.

—No es comprada —dijo, sacando dos cucharitas de un cajón.

Se colocó a mi lado y me pasó una. Yo la hundí *ipso facto* en la masa esponjosa. Mis papilas gustativas bailaron de emoción.

—Qué rica, por Dios —gemí—. ¿La ha hecho tu madre?

—La receta es de mi madre —respondió antes de probarla. Tragó y asintió con la cabeza—. Y le ha quedado mejor que a ella.

—¿A quién?

—A Amelia.

Solté la cuchara y estuve por escupir lo que me quedaba en la boca.

Dani alzó las cejas y sonrió con burla.

—No lleva laxante ni matarratas. Amelia no es una psicópata.

—¿Estás seguro? —pregunté, seria.

—Sí, come tranquila.

Comí sin llegar a convencerme, pero estaba tan rica...

Qué asco de tía, de verdad. Además de una diosa, era buena cocinera. Así no había quien compitiera, joder.

Que, a ver, no es que yo quisiera competir, ni que fuera a hacerlo, pero, en el hipotético caso de que me hubiera dado por ahí, habría perdido seguro. No había color. Mis habilidades eran mucho más cutres que las suyas y mis piernas, medio metro más cortas. Miré a Dani de reojo; ¿qué hacía él ahí conmigo cuando tenía a su disposición a la *perfect wife* que era Amelia?

—¿Qué? —me preguntó, dejando la cuchara en el borde del *cuquimolde*.

—¿Qué de qué? —farfullé yo, con la boca llena.

—Suéltalo. —Sonrió.

Yo solté la cuchara y levanté las manos.

—Vale, vale. Ya no como más. Palabra.

Dani se incorporó, recogió las dos cucharas y me pidió que guardara los restos de la tarta.

—Y luego, por favor, siéntate en el sofá. Tenemos que hablar.

—¿De qué? —pregunté abriendo la nevera.

—¿De qué va a ser, Natalie?

Me cagué en todo lo grande, en modo *mute* y escudada por la puerta, que estaba llena de zumos. La cerré y salí de la cocina. Derechita a la escalera que sostenía mis cosas.

—Se me ha hecho tarde —dije a la altura del sofá.

—Natalie, ni se te ocurra. —Me paré en seco. Su tono autoritario funcionaba—. Siéntate. Ya.

Con las dos últimas palabras me tocó un poco la almeja. Autoritario, vale, pero ¿dictatorial? Que no se flipase tanto.

Cuadré los hombros, levanté la mano derecha, con el índice tieso, y me di media vuelta.

—Oye, tú...

Él dio tres zancadas apoyado en la muleta y me agarró la muñeca.

—Yo oigo lo que tú quieras, pero sentados. Me está matando el pie.

Hizo un gesto de dolor y terminé sentada en el sofá, porque soy una débil y una sentimental.

—Ponlo en alto —le ordené, señalando el puf.

Acomodó la pierna, se revolvió hasta quedar semigirado hacia mí y apoyó el codo en el respaldo.

—¿Por qué no te sientas más lejos? —preguntó, señalándome.

—Porque tu sofá es enano.

Frunció el ceño.

—Me tienes hecho un lío. Mucho más de lo normal, que ya es decir. —Se frotó la frente y perdió la mirada unos segundos, dirigiéndola hacia la zona del comedor—. Hace... ¿cuánto?, ¿un par de horas?, hemos decidido que nos lo vamos a tomar con más calma, que vamos a intentar ser amigos... —Me miró a los ojos—. Y ahora te digo que tenemos que hablar y, si me descuido, ya estás camino de tu casa.

—Es que... —Apreté los labios—. No quiero hablar de lo que tú quieres hablar.

Dani dejó caer la mano y me miró con atención.

—¿Y de qué quiero hablar yo, Natalie?

Me crucé de brazos. No me daba la gana responder a esa pregunta. Que le pusiera él nombre. Yo no quería mentar a la bicha.

—¿Por qué utilizas mi nombre completo cuando tratas de intimidarme?

—Ni idea, ¿funciona?

—Un poco, sí.

—Genial, pues... Natalie, cuéntame qué está pasando aquí.

—Aquí está pasando que... que... —Ay, la Virgen, que se me escapaba—. ¡Y yo qué coño sé lo que está pasando! ¿Por qué no me lo explicas tú?

—Porque no quiero que te enfades conmigo.

—Pues llegas tarde, estoy empezando a cabrearme.

—Ya lo veo, ya... —Soltó el aire por la nariz y caviló unos segundos, acariciándose la barba—. ¿Y si te digo que yo... te necesito?

Abrí los ojos de par en par.

—No te emociones. —Sonrió—. No me estoy declarando. —Mi puño quiso incrustarse en su boquita sonriente—. Te necesito para... una especie de vacaciones. Para desconectar durante un tiempo en tu mundo de locura y después... —Cogió aire y lo soltó despacio—. Decidir de una vez qué quiero hacer con Amelia.

—Oh... —Mi boquita dibujó un círculo perfecto y luego mi enano me obligó a decir—: Pensaba que ya lo tenías decidido.

Dani se encogió de hombros.

—Yo también, pero últimamente no lo veo tan claro. Yo dejé a Amelia por... ciertas cosas, que ella está dispuesta a cambiar. Y la creo. Creo en sus sentimientos y en que es capaz de hacer lo que sea para conseguir lo que se propone. Seguro que podríamos arreglarlo..., pero necesito averiguar si realmente quiero.

—Y te vas a tomar unas vacaciones con la loca para decidirte —dije entre dientes.

—Algo así...

Me levanté del tirón.

—Lo siento, pero no he renovado el carnet de turoperadora. Prueba a irte a Benidorm. O a tomar por el culo. Donde prefieras.

Di el primer paso para largarme de allí, pero Dani me retuvo. Se puso de pie y bloqueó con todo su cuerpazo mi camino.

—¿Ves cómo teníamos que hablar?

—Déjame pasar.

—No quiero. —Di un paso lateral y él volvió a bloquearme. Le empujé, pero no conseguí moverle. Gruñí y me sujetó las manos, agachándose para que nuestros ojos quedaran a la misma altura—. ¿Puedes parar un segundo y escucharme? —Apreté los labios y él acarició mis manos—. Quiero aclarar las cosas de una vez, Nat. Sinceramente, creo que tú sientes algo más de lo que admites...

Me quedé helada. Desnuda. Me encontré tan descubierta, tan violentada, que no tuve más remedio que taparme hasta las cejas.

—¡Pero de dónde coño te sacas eso! —Pegué un tirón, obligándole a soltarme.

—¡Pues de tus reacciones, joder!

—¿Mis reacciones? ¿Es que eres analista de lenguaje corporal? ¿Psicólogo? ¿El típico listo que todo lo sabe?

—No empieces a vacilarme —me advirtió, serio.

—Pues no te lo creas tanto. Yo no siento nada por ti. ¡Yo no tengo sentimientos! ¡Soy la tía menos sentimental del universo!

Dani se mosqueó. Su mirada se volvió mucho más fría, y enderezó su postura.

—Ya... Entonces, ¿por qué te pones así?

—¡Porque lo de las vacaciones ha sonado fatal, Dani! ¡Ha sonado a desfogue puro y duro!

—¿Y no es lo que buscabas?

—¡Pues sí, pero...!

—¿Pero qué? —Se inclinó sobre mi cara—. ¿Has cambiado de opinión? ¿Quieres más y no sabes cómo afrontarlo?

Esa última pregunta fue el proyectil que destruyó mi escudo. Dio en la diana, en el punto más débil de la forja, y siguió perforando hasta hacerme sangrar a gritos la respuesta.

—¡Pues no! ¡No lo sé! ¡No tengo ni puta idea de cómo afrontarlo! ¡¿No lo entiendes?! —Negué con la cabeza, pegué la barbilla al pecho para ocultar el temblor y hundí los hombros—. Me revienta tener que admitirlo, pero... es lo que hay. No tengo más que dudas y heridas. No sé si seré capaz de volver a permitirme querer más de nadie. Estoy rota, Dani... Si me aprietas, todavía duele —sollocé—. Duele demasiado.

RESPECTO

Durante unos densos segundos, nada más que nuestras respiraciones se escucharon en el salón. La mía, agitada y superficial. La de Dani, profunda, nacida desde el mismo diafragma. Ambas se mezclaban, creando un ritmo a dos tiempos en el que conseguí centrarme para detener las lágrimas.

—Vale —murmuró con un tono muy bajo, tranquilizador—. No puedo entenderlo, porque tú no me lo has explicado, pero veo cómo te duele y... te respeto. De verdad. —Soltó un pequeño suspiro—. Lo siento mucho, Nat. Te prometo que no volveré a sacarte el tema.

Eché un paso a un lado, dejándome libre el camino, pero yo no me moví. Me retuvieron su disculpa y, sobre todo, su respeto. Levanté la vista de la alfombra y la clavé en sus ojos verdes.

—No creo en las promesas.

Dani me sostuvo la mirada.

—¿Y en mí?

—No te conozco lo suficiente... —empecé a decir.

—Ya, pero ¿qué te dice tu intuición?

—Mi intuición no es de fiar.

—Pues fíate de la mía..., de mí. Y quédate. Sin comprometerte a nada. Solo quédate. De verdad que necesito esas vacaciones —bromeó, descubriendo una sonrisa tímida que me desarmó bastante.

—No las necesitas. De hecho, me parece una idea horrible que tengas que pasar unos días con una mujer para decidir lo que quieres hacer con otra.

—Toda esa mierda ha sido una treta para ver cómo reaccionabas. Ya deberías haberte dado cuenta. —Sonrió con prepotencia.

Yo me acerqué y le pegué un puñetazo en el hombro.

—Estoy hasta la seta de tus truquitos de picapleitos. —Dani se frotó el hombro sin dejar de sonreír—. Si me quieres como amiga, ya puedes olvidarte de hacerlo más.

—No pienso prometerte eso.

—No quiero que me lo prometas, ¡quiero que no lo hagas!

Asintió, inclinándose sobre mi cuello, acercó su boca a mi oído y susurró:

—Paso.

Volví a levantar la mano, dispuestísima a agredirle, pero él me detuvo sujetándola, acercándola a su boca y dejándome un beso en la curva del pulgar. Un *flashback* de los dos en su cama ocupó el fondo de mis retinas. Me sacudió el recuerdo del calor de su pecho, de nuestros dedos entrelazados sobre mi esternón, de la ola que lo arrasó todo después... Noté cómo mis mejillas se encendían y mis extremidades se aflojaban. Dani bajó nuestras manos y me pidió:

—Quédate, por favor. —Su mirada verde se volvió más limpia—. No quiero que vuelvas a irte enfadada. Démonos una tregua. Aunque solo sea esta noche...

—¿Y mañana qué?

—El mañana no existe.

Tragué saliva con dificultad; la verdad que había encerrada en su última frase me arañó por dentro. Sentí de pronto el peso del tiempo perdido, de las oportunidades ignoradas, de lo mucho a lo que había renunciado por estar ocupada lamiéndome las heridas.

—Joder, qué profundo —dije sin burla.

Él sonrió y entrelazó nuestros dedos.

—Quiero que me repitas esa misma frase. Y quiero estar dentro de ti cuando lo hagas.

Puse los ojos en blanco, simulando que sus deseos no me habían desintegrado la ropa interior, y le dejé que tirara de mi mano hasta el sofá.

Nos sentamos muy juntos. Dani no dejaba de acariciar mis nudillos. Miré nuestro punto de contacto, mi cabeza buscó el apoyo de su hombro y se me cerraron los ojos. Era tan agradable sentirle... Tan reconfortante... Tan íntimo... que descubrí que es la persona la que condiciona el gesto y no al revés. Que la piel solo es un conjunto de células, hasta que está erizada. Que la cercanía es un estado, no una medida de distancia.

Por primera vez, me dejé llevar por su calma, con intención y consciencia, disfruté de la sensación de alivio que me transmitía y el nudo de mi garganta por fin desapareció. Giré la cara y besé su hombro, más agradecida de lo que podía admitir. Dani utilizó la mano que tenía libre para agarrar mi cintura y acercarme más a él.

Cuando abrí los ojos, descubrí su boca entreabierta a unos pocos centímetros. También la besé. Sin pensar en más que en seguir obteniendo el consuelo que su

cuerpo me ofrecía. Dani deslizó sus labios por los míos, me mordió despacio el inferior y coló la mano por el dobladillo de mi camiseta. Su caricia en mi espalda... Mmm... Su caricia fue tan suave que estremeció todo mi cuerpo. Le noté sonreír pegado a mi boca.

Me pudieron los celos. Me dio envidia que él pudiera provocar ese efecto en mí y yo no. Ladeé la cabeza y abrí los labios. Me esmeré para besarle con alma, para que mis manos acariciaran su pecho cubierto de algodón, para que las yemas de mis dedos dibujaran en su cuello caminos que llegaran hacia su interior. Funcionó. Cuando alcancé su nuca, sus pelitos cortos me recibieron de punta. Sonreí. Pagada de mí misma y arrebatada por la sensación de poder. Había conseguido poner de rodillas a más de un tipo, pero ellos no eran Dani.

Dani era especial. Único en su especie. Altivo, carismático, atractivo hasta decir basta, autosuficiente, inteligente, con buen gusto, criterio propio, una sonrisa demoledora, simpático, bromista, dulce, picante, suave, fuerte... Lo tenía todo, joder. Todo. Y yo había conseguido conectar con él y, lo que era más importante: cada vez estaba más cerca de ser capaz de disfrutarlo sin miedo. Me permití ilusionarme al pensar en que mi karma estaba cambiando.

Más tarde tuve que aprender que la vida no se rige por el karma, sino por el grado de valentía con el que afrontamos las decisiones que tomamos a diario.

CONTIGO

Tardé en subirme a horcajadas sobre su regazo... unos diez segundos de besos. No quise atosigarle.

Él se separó de mi boca y apoyó la espalda en el sofá, ayudándome a acomodarme.

No dijo nada. Me miró con seriedad desde la cara hasta el vértice de las piernas y se encajó entre mis muslos. Le sentí tenso. Y no solo me refiero a su miembro, que ya notaba firmemente contra las costuras de mis *shorts*, me refiero al férreo agarre de sus manos en mi cintura, a su rictus contraído, a la tirantez de los tendones de su cuello. Busqué su mirada. Él cerró los ojos.

Su gesto me hizo pensar que estaba sobrepasado, o igual fue mi enano el que fabricó esa idea dentro de mi cabeza, no lo sé, el caso es que mi mano derecha se movió sola hasta su cara. La deslicé por la parte de su mejilla que era pelo y piel y continué la caricia hasta su sien. Una bocanada fresca salió de sus labios entreabiertos. Giró el cuello, besó el interior de mi muñeca y, después, devoró mi boca.

Me abracé a él todo lo que pude, nos fundimos, mientras nos comíamos a besos con un hambre que solo crecía. Inextinguible.

Dani fue abandonando la tensión a medida que nuestros cuerpos se calentaron. En algún momento, sus manos se perdieron debajo de mi camiseta y mi sujetador desapareció. Sus palmas se apretaron contra mis pechos, sus dedos buscaron el contacto de mis pezones y mis caderas respondieron, oscilando sobre las suyas.

Nos sobamos a conciencia. De arriba abajo. De abajo arriba. En horizontal y trazando círculos concéntricos de erotismo y ganas. Nuestros núcleos estaban unidos, bien apretados, y se rozaban sin censura, arrancándonos los primeros gemidos. Mi camiseta también desapareció. Y luego la suya. Y mi lengua se volvió loca degustando su cuello, su pecho... Me bajé de su regazo para lamerle esos cuadraditos tan apetecibles que tenía en el abdomen, pero él no me dejó hacerlo. Aprovechó mi postura erguida para desabrocharme los *shorts* y meter la mano en mis medias.

—Oh, Señor...

Qué poco aguantaron sus dedos sobre mi ropa interior. Se colaron enseguida debajo, acariciando, pellizcando, penetrando. Los ojos se me dieron la vuelta y tuve que sujetarme en sus hombros.

—Desnúdate —jadeó.

Y yo lo hice. Del todo. Lo más rápido que pude. Sin pensar en nada que no fuera volver a su regazo. Dani me recibió con una palmada en la nalga izquierda y un gemido entre mis tetas.

—Joder, qué buena estás...

Se sujetó de mis caderas y me balanceó sobre su erección, a su ritmo, a su placer, compartiéndolo conmigo. Besaba mi cuello mientras el algodón de su pantalón se iba humedeciendo con mis expectativas. Yo solo abrazaba su cuerpo y absorbía cada sensación que conseguía despertarme.

—Levántate un poquito —dijo antes de morderme el lóbulo de la oreja.

Apoyé las rodillas en el sofá y le dejé espacio sin saber que lo buscaba para deshacerse de su ropa. Alzó su bendito culo y arrastró su pantalón y los *boxers* hasta las rodillas; metió las manos entre mis piernas para dejarlos caer. Subió una hasta mi trasero y la otra empuñó su miembro. Me acercó a él para deslizarlo por mi sexo, para frotarlo contra mi clítoris y hacerme gemir como una plañidera.

—No hagas eso —rogué, hincando las uñas en sus hombros.

—¿No te gusta? —Sonrió, sabiendo que me encantaba.

—No te has puesto...

—Soy consciente. —Buscó mi mirada—. O un inconsciente... ¿Con tu amigo...?

—No, no... —Negué con la cabeza—. Ya te dije que yo no...

—Solo conmigo. —Volvió a sonreír.

El muy engreído. Sí, solo lo había hecho así con el desgraciado de Jaime y con él. Todavía no sabía a qué se debía su excepción, pero sí tenía claro que había sido una puta pasada.

—¿Y tú con la de las tartas... o similares?

—Yo, nada.

Sonreí también.

—¿Solo conmigo?

—Solo contigo. —Miró hacia la tarima del recibidor y ladeó la sonrisa—. Una sola vez, si no recuerdo mal...

—Y da gracias a que me engañaste.

Me besó en los labios, con fuerza, y deslizó su erección hasta mi entrada.

—No te engañé. Me dejé llevar. Igual que tú.

—Dani...

—Mmm, ya empiezas con los «Dani» —dijo sin dejar de sonreír, acariciando con sus labios mi barbilla, mi mandíbula—. Me gustan, ¿sabes?, me gusta oírte llamarme, me gusta cómo sueno en tu voz..., sueles estirar la i hasta romperla al final con un gemido, nunca sé si es de placer, de reproche o de las dos cosas. Ni me importa. Solo quiero seguir oyéndolo. Dame el gusto, Nat... Repítelo —ronroneó muy cerca de mi boca, colándose unos centímetros en mi interior.

Me mordí el labio inferior con fuerza y negué con la cabeza.

—Dani...

No me dejó seguir, gruñó muy satisfecho, hundió sus dedos en mis nalgas y su erección hasta el fondo. Muy al fondo.

—¡Dani, por Dios! —gemí.

Y gracias al de arriba conseguí no añadir: «No me la vuelvas a sacar en la vida».

Aquello era el paraíso. Su llave celestial me abría tan bien el chakra... Subí y bajé un par de veces, por puro vicio; luego, cogí aire y abrí los ojos.

—Tienes que ponerte un preservativo —le supliqué.

Él jadeó una negación.

—Quiero hacerlo así. Contigo. ¿Tú no?

Salió despacio y entró a cámara lenta, haciéndome sentir cada centímetro de su dureza.

—Contesta, Nat. ¿Quieres de verdad que me lo ponga?

—No quiero, pero...

Volvió a clavarse en mi interior, esta vez con un golpe seco de caderas.

—Sin peros... No quieres. Y conmigo no vas a hacer nada que no quieras. Conmigo, solo lo que apetezca, ¿de acuerdo?

Ralentiqué mis movimientos mientras pensaba en su propuesta. Sonaba demasiado bien.

—¿Vale cualquier cosa que me apetezca?

Dani sonrió.

—Esa pregunta, viniendo de ti...

Me reí.

—Acojona, ¿eh? —Dani también se rio—. No te rías, que se te baja.

—A mí contigo no se me baja ni aunque me cantes Camela. —Metió un par de empujones que me hicieron darle la razón—. A ver, dime..., ¿qué te pide ese

cuerpazo?

Sonreí, por el cumplido y por la idea que empecé a dibujar.

—Me pide... que me folles.

Dani frunció el ceño.

—Eh, yo diría que estamos en ello. —Me sujetó de las caderas, hundiéndose con fuerza, y grité.

—¡Calla! —Reí—. Me refería a que me folles tú. A que te pongas encima de mí.

Salió despacio y su mirada risueña fue transformándose en curiosidad... intensita.

—¿Por qué te gusta que me ponga encima?

—Porque..., no sé, me gusta sentir tu peso y que lleves el control... A veces —puntualicé—. Solo a veces.

—Y esta es una de esas veces —afirmó, inclinándose hasta que mi espalda tocó el asiento del sofá.

Me lamió el escote, se distrajo entre mis pechos y en mi vientre, besando, mordiendo... Subió un poco, para acomodarse entre mis muslos, y su cara se torció de dolor.

—¿Te molesta el pie?

Dani agarró su miembro y se coló en mi interior, echando la cabeza atrás con un jadeo.

—Ah, ¿pero tengo pies? —Sonrió.

Se balanceó, hacia delante y hacia atrás, sin prisa, apoyando una mano en el respaldo y la otra en mi cintura. Recorriendo con su mirada esmeralda todo mi cuerpo. Mordiéndose el labio cada vez que nuestras pieles colapsaban.

—Joder... —dijo, cerrando los ojos, acelerando el ritmo—. Joder...

—Sí..., sí... —contesté.

Porque le entendía, era... tan inexplicable como increíble.

Levanté las manos, buscando sus costados, y tiré de él para que su pecho descansara sobre el mío. Nos besamos. Sin dejar de movernos en perfecta sincronía. Mezclando en nuestras bocas los jadeos. Yo le acariciaba la espalda y él se dividía entre mi pecho izquierdo y mi cara. Sus manos suaves apretaban y mimaban mi piel, y yo lo sentía un poquito más abajo, más adentro, rozándome los rincones olvidados, llenándolos con su tacto. Arqueé la espalda y gemí fuerte. Dani abandonó mi boca.

—Joder... Eres preciosa.

Abrió los ojos para encontrarle ensimismado en mis rasgos. Su mirada borrosa y

ausente me contó que estaba a punto de emprender el camino hacia el nirvana. Su miembro palpitó dentro de mí, confirmándomelo. Gimió, ronco, y hundió la cara en mi cuello. Sus movimientos se volvieron más mecánicos y rápidos. Mi interior empezó a contraerse, los primeros espasmos... La mano que tenía sobre mi mejilla se deslizó hasta mi nuca, sujetándome, y mi pecho se quedó huérfano. Dani palpó hasta soltar mis dedos anclados a su costado para trenzarlos con los suyos. Colocó nuestras manos unidas junto a mi cabeza antes de incorporarse. Me besó por última vez, penetrándome como un loco, dominando cada partícula de mi cuerpo, desatando el nudo que amarraba mi orgasmo.

Salté gritando su nombre y me aferré con toda mi fuerza a su mano. Dani apoyó su frente en la mía y se clavó en mi interior, descargando hasta la última gota de sus ganas.

Esa vez no mencionó mi nombre. Solo sonidos guturales inconexos que se fueron apagando hasta convertirse en soplos de aire entrecortados sobre mis labios. Sentí algo de alivio por no tener que almacenar otro «Natalie»: lo que tenía de él ya me pesaba lo suficiente.

Segundos después me tocó ampliar el rinconcito.

De su boca jadeante salió algo mucho más peligroso que mi nombre. Salió un susurro que, siempre que viene a mi memoria, consigue reproducir el escalofrío que sentí:

—Nunca mejor que contigo.

EL ARMARIO

Cómo me dolía el puto pie. Era insoportable. Cuando las endorfinas empezaron a desaparecer de mi torrente sanguíneo, me dio el primer calambrazo. Me desplomé sobre Nat y aguanté el calvario mordiéndole el hombro. No se quejó. Sus endorfinas debían de durar más que las mías.

Se revolvió un rato después, haciéndome salir de su interior.

—Necesito ir al baño.

—Dame un segundo, por favor.

—¿Tanto te duele el pie?

Levanté la cabeza, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Asier no te ha dicho que me llama bruja Lola?

—Pues deberías plantearte montar una consulta.

—Levanta un poquito, anda. —Sonrió.

—No puedo. Me duele mucho.

—Venga, no seas llorón. Despacio...

Me empujó y yo traté de parecer un tío con dos pelotas, tragándome las punzadas que latían cada vez más fuertes. Cuando conseguí sentarme, tuve que cerrar los ojos. Hostia puta. Aquello era insoportable.

—Voy al baño. No te desmayes —dijo Natalie.

—¿Puedes traerme un calmante? Están en el botiquín, detrás de la puerta.

Me trajo también un vaso de agua. Dejé de apretar las muelas para tragar, y tardó en hacerme efecto lo mismo que Nat en ponerse su camiseta y sus braguitas. Me tuvo que ayudar a llegar a la cama.

Lo siguiente que recuerdo es despertar con dolor de cabeza, la boca pastosa y los brazos rodeando su cuerpo. Qué bien olía su cuello. Qué piel tan suave y cálida. Qué ganas de hundirme en ella y olvidarme del mundo que existía fuera de esa cama.

La besé en la nuca y me obligué a levantarme. Tenía que poner en marcha la rutina para controlar las ganas.

Me metí en la ducha y me enjaboné con energía. Limpié cada rastro de ella, esperando que el agua se llevara también algo de la necesidad creciente que estaba desarrollando.

Dicen que una media verdad es una mentira, pero, al final, también es una verdad. Yo ya necesitaba a Natalie. El mero hecho de tenerla cerca me hacía sentirme mejor. Podría sobrevivir sin ella, por descontado, pero todo sería mucho más insípido. Tenía casi claro que a ella le pasaba algo parecido, y pude confirmarlo cuando se puso como una fiera por lo de las vacaciones. Dios..., qué meneo le hubiera metido. Me vi tumbándola en la alfombra y sacándole hasta la última confesión a pollazo limpio.

Perdonadme el lenguaje, por favor; pensar en Nat hecha una fiera siempre me ha puesto muy bruto.

Lo que no esperaba de aquella treta es que se viniera abajo como lo hizo. Ya sabía que ella tenía algún rollo raro con las relaciones, me imaginaba que algún hijo de puta habría sido el causante, pero no tenía más información. Asier seguía sin soltar prenda.

Cuando la vi a punto de echarse a llorar, me di cuenta de lo grave que era el tema. No quise hurgar en la herida, por nada del mundo. Solo quise... quedarme a su lado, prestarle mi apoyo, estar... para lo que hiciera falta. Sentir su cabeza descansando sobre mi hombro me hizo hincharme de orgullo. Pero del bueno, no de ese que te lleva a actuar como un idiota.

Me besó, la acaricié, sentí su piel erizándose bajo mi mano... Y algo pasó. No sé explicar lo que fue, pero me gustó demasiado. Natalie nunca me había besado de aquella manera, nunca se había entregado tanto, nunca me había demostrado lo mucho que podía llegar a significar una caricia en mi nuca. Cuando se sentó sobre mí, estaba superado. Su actitud abrió el armario donde guardaba mis emociones y se me vinieron encima. Todas juntas. De golpe. Me sentí sepultado entre kilos y kilos de vibraciones reprimidas. Para salir, solo pude agarrarme a ella. Su cuerpo me liberó y aquel orgasmo me hizo admitir en voz alta la mayor de las verdades. Nunca fue mejor que con ella.

Qué putada que con ella no pudiera ser.

Salí de la ducha recordándomelo. Le había prometido respetar su decisión, y aunque ella no creía en las promesas, yo sí lo hacía. Por lo menos en las mías, en las que sabía que estaba dispuesto a cumplir por mucho que no quisiera.

Volví al dormitorio y sonreí al oír cómo roncaba. Era toda una damita, mi loca. La más distinta que había conocido, mi antiprototipo, si es que se puede llamar

prototipo a lo que hasta entonces no habían sido más que preferencias. Me gustaban altas, algo clásicas y con un puntito de travesura. Y no, Natalie no tenía nada que ver con ese perfil, pero es que ella jugaba en otra división. En la liga de las estrellas. Era la tía que todos quieren cerca, pero pocos tienen las pelotas de intentarlo. Arrasaba. Cada vez que aparecía en un lugar, se convertía en el centro de atención, por voluntad propia y por justicia. Porque era la puta ama. Y yo tenía la suerte de haber entrado en su círculo. Aunque solo fuera como amigos, merecería la pena.

Corrí con cuidado la puerta del armario, cogí unos pantalones y una camiseta y salí de la habitación. A la pata coja, llegué hasta el sofá. Tardé como dos siglos en ponerme los pantalones, en plan comando, porque se me habían olvidado los calzoncillos y no me sedujo la idea de volver a por ellos. El pie empezaba a atizarme y solo quería tomarme un ibuprofeno. Me apetecía pasar la mañana con Natalie, no amodorrado en el sofá.

Me estaba poniendo la camiseta cuando salió de la habitación. Con las braguitas negras, la camiseta de licra, que le marcaba cada deliciosa curva de su cuerpo, la cara hinchada y el pelo moreno, que ya no era tan corto, de punta.

—Buenos días, Pumuki. —Sonreí.

Ella se pasó la mano por la cabeza, farfullando, y siguió caminando hasta la cocina.

—Café. —Fue lo único que conseguí entender.

Me levanté, recogí la muleta que había terminado a los pies del sofá y me la coloqué debajo del brazo, viéndola luchar contra mi cafetera. Estaba tan dormida que no atinaba a introducir el portacápsulas en el hueco. Me reí.

—Déjame, anda —dije a su espalda.

—No, no. Ya es por cuestión de honor. Esto entra por mis... —Lo metió de un empujón que levantó la cafetera—. Hala. Listo. ¿Quieres que te haga uno?

Le di un beso en la coronilla y las gracias, pero le dije que no.

—Por las mañanas, solo zumo.

—¿Te cuesta ir al baño? —me preguntó.

Como si fuera de lo más normal hablar del tránsito intestinal a esas horas... o a ninguna.

Me estuve riendo hasta que el pan saltó en la tostadora.

—Bueno, ya está bien, ¿no? —protestó, sentándose en un taburete.

Me coloqué a su lado, agarré su carita enfurruñada y la besé en los labios, fuerte, haciendo gala de mi falta de coherencia en lo que a ella se refería. Yo no

besaba así a mis amigos, por descontado, pero con ella no tenía más remedio que agarrarme a la excepción.

—Eres insoportablemente preciosa hasta cuando te enfadas.

Desvió la mirada hacia su taza de café y sus orejas cambiaron de color. A un rojo bermellón muy llamativo.

—¿Tienes planes para hoy? —pregunté, untando tomate en mi tostada.

Se encogió de hombros mientras masticaba la suya. Bebió un sorbo de café antes de decirme:

—No lo sé. No me gusta hacer planes. Suelo mirar el móvil y me apunto a lo que toca o a lo que me apetece.

—¿Alguna fobia sobre el control?

Se lo pensó haciendo una mueca.

—No. Creo que está más relacionado con no crearme expectativas. Así me evito el chasco si no se cumplen.

El resto del desayuno estuve pensando en su postura defensiva. Estuve relacionándola con lo vivido con ella. Me hizo entenderla más y sentirme mejor. Aprecié el verdadero valor de las veces que había roto esas defensas conmigo.

Recogimos lo que habíamos manchado y la animé a revisar su teléfono. Tenía ganas de pasar el día con ella, pero que fuera por voluntad propia, no por una sugerencia mía.

Se dirigió a la escalerita donde estaba colgado su bolso y yo al escritorio. Mi móvil silenciado parpadeaba lleno de avisos. Correos, alertas, llamadas, wasaps... Solo a estos últimos les hice caso. Tenía cinco chats activos. Tardé un minuto en desactivarlos.

Hoy no voy a comer, mamá. Estoy con un caso.

Cuando pueda, te llamo.

Tío, Sergio, ¿en serio te marchas otra vez a Londres?

¿Por qué no te mudas? Ahorrarías una pasta.

Estoy con la bruja Lola.

Y hasta ahí puedo leer...

No puedo conducir.

Sigo con la muleta.

Quemad mucha goma en el Jarama por mí.

La tarta estaba rica, pero no tenías que haberte molestado.

El finde estoy ocupado.

Nos vemos el martes.

Salí de la aplicación y entré en la de la agenda. Apunté la cita con Amelia con dos exclamaciones. Era importante que recordara dejar claro nuestro tema y mucho más que recordara utilizar solo palabras como lenguaje.

NUESTRO HIMNO

Estuve a punto de marcharme a casa cuando dejé a Dani en la cama. Volví al salón, me vestí y, con las botas en la mano, regresé a la habitación solo para darle un beso furtivo. Me lo encontré boca abajo, con el edredón cubriéndole hasta la cintura y las manos debajo de la almohada. No sé cuánto tiempo estuve mirando su espalda, aprendiéndome cada línea, cada forma, cada sombra y lunar. Solo sé que me empapé tanto de él que tuve que desvestirme y tumbarme a su lado.

Despertar sola fue un alivio... y un poco decepcionante también. Salí enseguida de la habitación, medio sobada, y su sonrisa me dio los buenos días. «Qué fácil sería acostumbrarme a esto si pudiera», pensé.

Ese mismo pensamiento me estuvo rondando hasta después de desayunar. Mientras revisaba el móvil, me di cuenta de lo poco que me apetecía hacer nada que no estuviera relacionado con Dani y cristalicé la idea: ¿Por qué no hacerlo fácil? ¿Por qué no asomarme de una vez al precipicio y ver si era capaz de saltar?

Levanté la vista de la pantalla del teléfono y miré hacia el escritorio. ¿Por qué seguir negándome lo único que realmente quería?

—¿Algún plan interesante? —me preguntó.

—Ni uno. ¿Y tú?

Negó con la cabeza, pero no añadió más. Dejó la pelota en mi tejado, el muy puto. Guardé el móvil en el bolso, me aparté de la escalerita y me acerqué a él, tragando saliva.

—¿Te parece bien que...? —Carraspeé—. Que... tú y yo... —Resoplé. Joder, parecía tonta—. Que si puedo quedarme —dije al fin.

Dani sonrió, rodeando el escritorio, y se apoyó en un lateral. Su largo brazo se extendió hasta que alcanzó mi cintura.

—Puedes quedarte. —Me colocó entre sus piernas—. Y también podemos salir.

—¿Ya no te duele el pie?

—Me está dando guerra, pero haría el esfuerzo.

—No hace falta, nos quedamos y..., no sé, vemos una peli o jugamos a algo.

—Ahora te escucho. —Sonrió.

—Estás más salido de lo que aparentas, ¿lo sabes?

—Lo sé —afirmó apretando mis nalgas—. Pero lo disimulo mucho mejor que tú.

Me reí. *Touchée*.

—Me apeteces... casi todo el tiempo —admití—, pero ¿no va a complicar nuestra amistad?

—Depende de ti.

«De ti». Yo. Con el poder en la mano, la libertad de elegir y su promesa de respeto. ¿Quién es la loca que le dice que no a eso?

—Entonces, ¿a qué jugamos primero: teto o Play? —pregunté.

Él sonrió antes de besarme.

—Play, y, cuando me haga efecto el ibuprofeno que voy a tomarme ahora mismo, teto.

Al final follamos casi a la hora de comer. ¡Tenía el Assetto Corsa! Y se le daba bien, al muy idiota. No dejé que me tocara un pelo hasta que conseguí ganarle. Luego, retiré los mandos, me tumbé en la alfombra y reclamé mi *cunnilingus* de la victoria.

Pedimos una pizza para comer, porque quise pagar yo, pero estábamos a fin de mes. A Dani le dije que estaba de antojo. Él miró mi barriga con intensidad y me rimó un verso:

—Yo no te noto nada, pero hasta con bombo te daba.

Ha sido unos de los piropos más bonitos que me han dicho.

En serio.

Hay gente que prefiere florituras y corazones, pero a mí me toca la patata lo visceral, lo brutalmente descarnado, lo que sale sin filtro. Se ganó una mamada de la que se estuvo acordando durante mucho tiempo. Y yo también.

Por la tarde le di la revancha a la Play. Y volví a ganarle. Y gracias a mi destreza conocí a otro Dani. A uno que tenía muy mal perder y que no titubeaba al utilizar las artimañas más bajas, como retorcerme los pezones para que no le adelantara. Me pidió que echáramos otra partida en cuanto terminamos. No había manera de rendirle. No estaba decaído ni mosqueado, estaba más motivado que nunca. Sinceramente, y os lo digo porque sois vosotros y va habiendo confianza (ya podéis llamarme Nat. De nada), no quise seguir jugando porque supe que iba a perder. Contra ese Dani no había quien pudiese.

Me llamó cobardica, gallina, y creo recordar que hasta cacareó, pero no caí. Soy

orgullosa, no gilipollas. Al menos, no todo el rato.

—Paso, Dani, de verdad. Tengo la cabeza como un bombo. Otro día ya..., si eso.

—Si eso, no. Esto no va a quedar así —aseguró, apagando la consola—. ¿Quieres que ponga música?

—Pues sí... —dije sin pensar. Luego me acordé de Bunbury y me apresuré a añadir—: Pero la elijo yo. ¿Puedo revolverte los vinilos?

—Todos tuyos.

—Es la segunda vez que me lo dices. —Me levanté de la alfombra, me saqué del ojete los *baxers* que me había dejado y le señalé con el dedo—. Al final, me los terminaré llevando.

—No te hace falta. Ven cuando te apetezca y los escuchas aquí.

Apoyó la espalda en el sofá y estiró la pierna derecha. Yo abrí el cajón de los discos y me acuclillé para adorarlos.

—Claro, claro, eso me lo dices dentro de... diez añitos. Cuando tengas una tribu de mini Danis corriendo por el piso y ni tiempo de cumplir con la parienta.

—Joder, bruja Lola, qué futuro más negro me auguras.

—No copies a tu amigo —dije repasando el repertorio musical—. Y no es tan negro, yo me crie en una casa así y no he salido traumatizada... del todo.

—Pues yo no sé si me haría.

—Típico de hijo único, el niño bonito, todos los mimos para él...

—Y también todas las presiones, las incomprensiones y la soledad. Creo que si los hijos únicos pudiéramos elegir, ninguno nos quedaríamos con el puesto. Pero resulta que no es cosa nuestra, que solo te toca. Como mucho puedes esperar a tener suerte y que la vida te regale algún hermano.

Coloqué los dedos entre Simone y Bowie, y me giré para mirarle. Tenía el brazo levantado, con la mano apoyada en el hombro contrario y su codo formando un ángulo. Su otra mano descansaba sobre su abdomen. Su cara estaba relajada, toda su postura en general. Me sentí admirada por su capacidad de soltar verdades tan íntimas con esa tranquilidad. Quise seguir descubriendo.

—¿A ti te ha regalado alguno?

—De momento, dos: Asier y Sergio —dijo sin titubear.

Yo sonreí.

—Me gusta ese «de momento», es muy optimista.

—No tengo motivos para no serlo.

Mi enano gritó un «ole» y yo tuve que obligarme a centrarme en los discos para

no gritarlo también. En realidad, no tuve que buscar mucho más. La guitarra blanca que David sostenía en la portada del *A reality tour* reclamó mi atención. Lo saqué del cajón, le di la vuelta y leí los títulos, hasta que la encontré; en el segundo disco, pista siete.

Heroes. Mi canción preferida de todos los tiempos. Tan inmortal como Bowie. Como lo son los sueños si te permites creer en ellos.

Con mucha ceremonia coloqué la aguja a un par de vueltas de los primeros acordes, y empezaron a sonar. Oí cómo Dani inspiraba con fuerza. Me levanté, le miré y... su tranquilidad se había ido tan lejos como el cantante cuando decidió dejarnos: a un par de satélites a la derecha de mi planeta.

—Mierda, Natalie —farfulló, y se tapó la cara con las manos.

—¿Qué pasa? —pregunté a la defensiva—. Si tan poco te gusta, ¿por qué coño lo tienes?

Bajó las manos con brusquedad y levantó la voz.

—¿Que no me gusta?! ¡¡¿Que no me gusta?! ¡¡Me encanta, joder!! ¡Me vuelve loco esta canción!

—Ah..., pues vale.

Me quedé tan pillada que no pude decir más. Tuve que contener la risa.

—Entonces... ¿la dejó? —pregunté con precaución.

—La dejas, te sientas aquí —señaló la alfombra a su izquierda— y la escuchas conmigo. Pero de verdad.

Asentí despacio, para no alterar más al neopirado, y me senté a su lado.

En qué puta hora me dio por hacerle caso...

TERCIOPELO

Todo el lunes hicimos novillos. Por culpa de Bowie.

Nos pusimos muy tontos con la cancioncita. Se nos metió en las venas y en el dormitorio y acabó coronándonos rey y reina de nuestro mundo imaginario. Solo por un día. La idea surgió de madrugada, cuando la magia del artista nos hizo formular la pregunta. No recuerdo si fue Dani o si fui yo quien le dio voz, pero sí que estábamos enredados debajo de su edredón y que nuestras pieles todavía estaban húmedas.

—Si pudieras hacer lo que quisieras, un solo día..., ¿qué elegirías?

Al principio nos flipamos muchísimo.

—¡Pillar entradas para un concierto de los Rolling! ¡No, espera! ¡Una vuelta en moto con Charlie Hunnam! ¡¡No, no!! ¡Surfear en Hawái!! ¡¡¡Y visitar todos los *sets* de rodaje de *Lost*!!! ¡¡¡Con Sawyer de guía!!!

Esa era yo, claro.

—Venga, me apunto. Con un poco de maña, podremos invertir las polaridades magnéticas, viajaremos en el tiempo y volveré a ver a mi padre.

Me lo comí a besos. No sé por qué. Me provocó ternura y necesidad de reconfortarle. Lo dijo como si no le doliera, pero... sentí su ausencia, y quise llenarla con lo único que tenía a mano para ofrecerle. Pareció funcionar. Cuando nuestros labios se separaron, Dani volvía a sonreír.

Después de un rato de discusiones a cuenta de la logística del plan —que si en un día no se puede viajar tan lejos, que si lo de las polaridades igual no se nos daba...—, decidimos hacerlo todo lo real que pudiéramos.

—Entonces, ¿*spa*, comida fetén, cine, copas, cena, más copas y concierto? —pregunté, recopilando.

—Eso es. —Sonrió—. ¿Qué vas a decir en el trabajo?

—La verdad: que tengo un amigo tullido y que, aunque no me pertenezca por convenio, siento la obligación moral de cuidarle. Ellos me lo quitarán del sueldo y el mes que viene me tocará chuparme un turno infernal... Más te vale que merezca la pena.

—Te lo prometo.

—Y dale con las pro...

No pude protestar más. Me calló con su boca, nos tapó hasta la cabeza y nos disfrutamos hasta casi las cinco de la madrugada.

—Ya no deberíamos dormirnos —murmuró, y me dio un beso en el pelo. Yo todavía resoplaba encima de su pecho—. Si queremos aprovechar el día, tenemos que ponernos en marcha temprano.

—Vale, pues... cuéntame algo.

Poco más se dijo aquella noche. Me despertó unas horas después, porque se le estaba quedando el brazo dormido; yo levanté la gaita, miré el reloj de su mesilla y...

—¡¡Que son las nueve!!

No sé cómo lo conseguimos, pero a las nueve y media estábamos en el centro Wellness de la calle Don Ramón de la Cruz. No teníamos reserva ni nada, pero era lunes y Dani, muy persuasivo. Disfrutamos de hora y media de *hidrobalance*. Una sesión en la que te hacen flotar en una piscina mientras te estiran; luego, te sacan, te secan, te embadurnan de mejunjes aceitosos y te soban hasta que te dejan nueva. Estuvimos a un tris de volvernos a su piso después, a dormir como benditos, pero nos pudo el peso de la corona. Ser monarca es muy duro, durísimo, si no que le pregunten a... Bueno, vamos a dejarlo, que no quiero que me censuren la historia.

A lo que iba es a que no cedimos a la tentación de dormir, pero sí a la de volver a desayunar. Luego, nos acercamos a mi piso en taxi, para que pudiera cambiarme de ropa y, ya que estábamos, comprobamos lo suavitas que habían quedado nuestras pieles en la intimidad de mi dormitorio.

En el rellano del primero estuvimos a punto de comprobarlo otra vez, por si se nos había pasado algo, pero quedó la cosa en refrotón. El idiota del segundo nos cortó el rollo.

Cogimos otro taxi, el último que me ha transportado hasta la fecha..., y regresamos a la zona pija de la ciudad. Ilusos de nosotros, llegamos al Corte Inglés de Goya, a las dos de la tarde, con la intención de comer en StreetXo. El señor que organizaba la cola de espera casi se rio en nuestra puta cara.

—¿Qué le hace tanta gracia al gilipollas ese? —le pregunté a Dani, pero lo suficientemente alto para que el gilipollas también me oyera.

—No es culpa suya —me contestó, tirando de mí hacia El Salón Cascabel, un restaurante mexicano que hay en la misma planta—. Que tus padres sean

hermanos debe de ser muy duro. No le metas más caña.

Nos reímos, sentándonos en uno de los sofás, y pedimos dos micheladas de Negra Modelo. Nada más que gemidos se escucharon mientras comimos. El intenso sabor de los platos nos colapsó los sentidos. Solo le diré a quien inventó el cebiche de vieira, que seguro que me está leyendo: ¡Que viva la madre que te parió!

Bajamos el festín en la sección de libros del mismo centro comercial, nos entretuvimos más de la cuenta en la de cosas de frikis y, en la de música, nos dieron las seis de la tarde.

—¿Merendamos?

Dani, un dedo de Colón —polo de chocolate, aceite y sal: ambrosía pura— y yo un *brioche*, con helado de *panettone* y medio kilo de *toppings* encima. El clan Roca es malvado. Todavía llevo en las cartucheras las calorías de aquella merienda.

Cuando salimos del edificio pensé que Dani iba a tener que empujarme con la muleta para que rodara calle abajo. Me apretaban tanto los vaqueros que casi no podía andar. Me los tuve que desabrochar en cuanto nos sentamos en el cine. Vimos *El contable*, un *thriller* que va sobre un tranquilo señor que hace cuentas y que termina transformándose en asesino. Real como la vida misma. ¿Quién no iba a tener ganas de matar en serie después de pasarse todo el puto día entre facturas?

Hablamos mucho sobre el tema con unas copas delante. Los dos coincidimos en que los trabajos rutinarios y monótonos eran una forma de tortura contemporánea.

—Cada vez que me toca hacer informes, pienso por qué cojones escogí Derecho.

—Yo doblo mal la ropa aposta como señal de rebeldía. Es tan penoso que es la primera vez que lo admito en voz alta.

Brindamos y, al poco, nos pusimos a buscar en su móvil el último plan que nos faltaba por cumplir.

—Lo del concierto está difícil —dijo, deslizando el pulgar por la pantalla—. ¿Te gustan los tributos a los Beatles?

—Pues no, y espero que a ti tampoco.

Negó con la cabeza.

—¿Y si vamos a un bar que tengan música en vivo?

—Vale, pero no sea de jubilados; paso de terminar bailando *Los pajaritos*.

Al final ni cenamos. Dani se pilló una tosta mientras buscábamos garito y nos

decidimos por uno que había cerca.

Era un local muy cuco. Mucha madera pulida, iluminación cálida y un discreto escenario flanqueado por cortinajes heredados de algún teatro de otro siglo. Aquella noche actuaba una pareja joven. Él tocaba la guitarra española, francamente bien, y coreaba algún tema a su compañera, una muchacha castaña que, en vez de voz, tenía terciopelo.

La escuchamos versionar un par de temas de los 70, una coplilla y un tango. Nos fuimos hundiendo en las sillas, dejándonos llevar por el alcohol y la melodía. Dani pasó un brazo sobre mis hombros y yo descansé la cabeza en el suyo. Solo nos movíamos para coger las copas y aplaudir.

—Muchas gracias —dijo la cantante con una sonrisa tímida, después de una de las ovaciones—. Ahora, una de Sílvia.

Se aclaró un poquito la garganta, su compañero acarició las cuerdas de la guitarra y ella susurró: «*Hoy estás pensando que tal vez no exista la manera de sobrevivir tranquila*». Cerré los ojos todo lo fuerte que pude.

Maldito karma.

DE FRENTE

No pudo haber otra. De su amplio repertorio, de los millones de canciones que llenan de color el mundo, tuvo que ser esa. Una desconocida para mis oídos, pero no para mis heridas. Cada palabra, cada quejido, cada nota y emoción escarbaron en el rincón que, a modo de vertedero, todavía guardaba el recuerdo de lo vivido con Jaime.

Las estrofas me devolvieron la angustia, la opresión, la sensación de vivir en peligro, el dolor de mis manos aprendiendo a tejer barreras, a usar la cama solo para respirar, a perder la dignidad, a dominar las ganas de escapar, y hacerlo solo soñando. Y dormir. Y dormir. Y aguantar. Y aguantar...

El hedor a estiércol me revolvió el estómago, tanto que, en vez de vomitar mis penas, las terminé llorando.

—Eh —susurró Dani en mi oído—. ¿Quieres que nos vayamos?

—No, no... —Cogí una servilleta y me la pasé por la cara—. Siento haberme puesto así...

—¿Por qué? —Sonrió—. Emocionarse no es malo, es de valientes.

Besó mi sien y me hizo volver a apoyar la cabeza en su hombro.

No me preguntó en ningún momento el motivo de mis lágrimas, cumpliendo con su respetuosa palabra. Yo me agarré de su mano, desanudé mi voz y le pregunté:

—¿Alguna vez has tenido la sensación de haber perdido tanto que ya nada podrá ser igual?

Acarició mis dedos y asintió.

—Cuando mi padre murió, viví con ella un tiempo. Luego se fue diluyendo y hoy... supongo que es una especie de vacío, un dolor sordo que es incómodo pero que no me limita.

—Has sido muy fuerte.

—No es cuestión de fortaleza, sino de capacidad de adaptación, y en cada persona se da de una manera diferente. Mi madre todavía no lo ha superado, y no pienso que ella sea una mujer débil.

—Seguro que no... —musité.

Y me resguardé en el silencio para interiorizar lo que acababa de decirme. Su pérdida y la mía no parecían equiparables, distaban mucho de serlo, pero los sentimientos no saben de rangos, no se condicionan por lo que debería ser, son solo emociones que, en mi caso, era incapaz de controlar.

Yo siempre he sido así. Es uno de mis muchos defectos, o virtudes, quién sabe. Vivo con pasión la vida, porque lo contrario me parece un disparate. Y entonces cargaba con un corazón mutilado, víctima de mi naturaleza. Este, por mucho que yo quisiera, no podía desligarse de Jaime. No se adaptaba a su nuevo estado. Su recuerdo, a modo de miembro fantasma, todavía marcaba la frecuencia de los latidos.

—¿Cuándo falleció? —pregunté.

—Hace poco más de trece años.

—Joder...

Dani tenía dieciséis, bonita adolescencia la suya... Y su madre llevaba arrastrando el luto lo que me parecía una eternidad de tiempo. Yo solo llevaba dos años y se me habían hecho más que eternos...

—¿Crees que tu madre se ha planteado alguna vez conocer a alguien?

Giró la cabeza hacia mí, frunciendo ligeramente el ceño.

—Perdona —me apresuré a decir—, es una pregunta demasiado personal.

—Como casi todo contigo. —Destensó sus cejas—. Lo cierto es que nunca me lo he planteado, pero creo que no. Me habría enterado. Mi madre no es precisamente introvertida. Además de que no encajaría mucho con su *modus operandi* actual. Para que te hagas una idea, no planifica ni sus vacaciones. Prefiere pagar un dineral y cogerlas de una semana para otra, porque para ella el medio y el largo plazo ya no son reales. Siempre dice que a saber lo que puede pasar.

—Bueno, tu «el mañana no existe» va un poco en esa línea...

—Sí..., pero no. Yo tengo claro que soy mortal como el resto de los habitantes de este planeta, no sé cómo serán las cosas en el tuyo. —Sonrió—. Saber que hoy puede ser mi último día me hace querer superarme, pero necesito metas, propósitos, pensar que puede haber un futuro y llenarlo con deseos.

—¿Como cuáles?

—Pues los normales, supongo: ser feliz, no enfermarse, viajar tanto como pueda, ganarme un sustento que me permita no temer a las facturas, formar una familia, tener tiempo para disfrutarla, acumular millones de álbumes de recuerdos para revisarlos en la residencia de ancianos y cruzar al otro lado sin dolor, agarrado de

la mano del amor de mi vida.

Acerqué nuestras manos entrelazadas hasta mi boca, le besé en el dorso con el alma en carne viva... y le solté.

—Te mereces que se cumplan.

—¿Y qué hay de ti?

Sonreí con amargura.

—Qué buena pregunta, abogado. Y qué difícil de responder.

En mí había un mar de dudas, un enano loco y un bloqueo emocional que, cuanto más forzaba, más sangraba. Había ganas de comerme el mundo y miedo a la indigestión, al fracaso. Había llagas en los dedos de mis pies por andar siempre de puntillas, yendo y viniendo, estando sin estar, sin destino, errante. Para mí no había futuro. No lo veía. No quería dibujar uno y volver a encontrarme un día llorando sobre unos pedazos de papel rotos.

Lo intenté hacer fácil, lo juro. Me asomé al precipicio porque en Dani encontré esperanza. Pero no pude saltar. Creí que mi corazón no lo resistiría. Necesité más tiempo, más mimo y más confianza. La imprescindible. La que ya no regalaba sino que administraba con cuentagotas, porque conocía su incalculable valor.

—¿Te importa que nos vayamos ya? —me preguntó, estirando la pierna—. Debería tomarme los calmantes.

Sé que me mintió cuando lo hizo, no se molestó en disimularlo. Le di las gracias con una mirada derrotada y murmuré:

—Sí, claro, vámonos.

Salimos del bar en cuestión de minutos. En silencio. Él, con una mano en el bolsillo y la otra sujetando su muleta. Yo, abrazándome a mí misma.

En la calle, me sugirió compartir un taxi, pero le dije que no.

—Vamos en direcciones opuestas. No tiene sentido.

No insistió. Paró uno que bajaba con la luz en verde, se inclinó para dejarme un beso en la coronilla y se marchó.

43

SU REGALO

Llegué al piso compartido, me descalcé, caminé de puntillas hasta mi habitación, cerré la puerta, abrí la del armario, revolví el fondo hasta que di con el bolsito de Loewe, descorrí la cremallera del bolsillo interior y saqué un folio mal doblado por culpa de los incontables trozos de celo que lo sostenían. No sé por qué lo hice. No necesitaba leerlo para recordar las palabras. Me las sabía de memoria. Las llevaba tatuadas en el alma. En la parte más oscura. A la que estaba a un paso de entregar el timón de una situación que se me hacía ingobernable. El tacto del papel entre mis manos era idéntico que el de aquel día, cuando llevé a Jaime al aeropuerto. Estaba tan feliz por su nuevo proyecto, tan ilusionada porque yo iba a vivirlo con él en cuanto se estableciera... Él se marchaba primero para cerrar su contrato y buscar un hogar para los dos. Solo se trataba de una separación temporal por cuestiones logísticas. Unas pocas semanas como mucho. Me lo había prometido. Y yo le creí. Después, leí su carta. «No la abras hasta que me haya ido», me advirtió. Y luego me besó y desapareció tras el control de seguridad y yo destrocé el sobre, ansiosa por descubrir lo que ocultaba. Creí que era un regalo. Era mi cumpleaños, pero él lo había estado disimulando todo el día. Sabía que no se le había olvidado. Descubrir que se había molestado en escribirme una carta me hizo temblar de emoción. El bolso del año anterior me gustaba mucho, pero aquello era mejor. Era único. Íntimo. Un verdadero gesto de amor. Empecé a leer... y encontré mi ruina.

MI REGALO

Llegué a mi piso, me tomé un calmante, solté la muleta y me tumbé en la cama. Ni me molesté en cambiarme de ropa. Solo me descalcé y traté de que me venciera el sueño. Necesitaba descansar. Ganar tiempo. Tomar una mínima distancia para conseguir darle su espacio. Era cierto que estaba rota. Lo había visto. Igual de claro que vi alejarse su mano de la mía. Ella estaba inmersa en un proceso emocional en el que no quería incluirme. Y yo no quería ser una mera herramienta de superación, quería que lo superara y luego me eligiera a mí, con plena consciencia, entera. ¿Seguiría ahí para ella mientras tanto? Por descontado. ¿La presionaría para que me incluyese? De ninguna manera. No era mi estilo, y tenía mucho que ganar para echarlo a perder por las prisas. El día que habíamos compartido me lo había confirmado. Lo sigo guardando, como un regalo, en mi álbum de recuerdos. Su página no contiene ni una sola foto, pero sí la tarjeta del *spa*, el ticket de la merienda, las entradas de cine y, en mi hombro, la huella de la sal de sus lágrimas. El vinilo de Sílvia Pérez Cruz lo compré poco después.

MARIONETA DE ALQUILER

Todavía tenía la carta en la mano cuando, con la otra, agarré el móvil y busqué el contacto de Greta. No tardó en contestarme.

—¿Te he despertado? —le pregunté.

—No, cariño. No puedo dormir.

—¿Y eso?

—Ahora te cuento. Dime tú primero por qué me llamas a estas horas.

—La he vuelto a leer. La tengo en la mano y no puedo ni soltarla.

—Pero, Nat... —me riñó con dulzura.

—Ya, ya... Lo sé. Esto no me hace bien.

—Deberías tirarla de una vez.

—Daría igual, me sé hasta las comas.

—¿Qué te está pasando, mi chica? ¿Por qué este bajón ahora? ¿Es por el del Porsche?

—Sí, es por Dani. Bueno, por él no, pobre hombre. Es que... él ha conseguido revolver lo de Jaime. Ya te dije que iba a pasar. Lo sabía. Es como si hubiera estado todo metido en una maleta a presión y, ¡pam!, se ha abierto y ya no hay manera de volverlo a colocar.

—Te has desbloqueado. Eso es bueno.

—Pero duele.

—La vida duele, hermana.

—Joder... Justo lo que necesitaba oír...

—¿Y qué quieres que te diga, cariño? ¿Que aceptar lo que te está pasando va a ser un camino de rosas? ¿Que todo se arreglará por arte de magia?

—Vendería mi alma al diablo para solucionarlo sin sentir esta angustia en el pecho.

Mis dedos se arrugaron alrededor del papel remendado que sostenían.

—Mi chica... No es angustia, es un grito. Tu maquinaria emocional se ha puesto en marcha después de mucho tiempo. Se queja por falta de uso. Es normal. Y también lo es que tu primer impulso sea detenerla por temor a que se

rompa, pero no lo hagas, por favor. No la pares ni la ignores. Dale amor aunque te duela.

Dos lagrimones rodaron por mis mejillas y cayeron sobre la carta. Ese era el problema: ya no me quedaba amor que dar. Jaime se llevó los últimos restos. Su lugar en mi corazón lo ocupó el miedo a volver a equivocarme. Me daba pánico averiguar qué sería de mí si, después de saltar, me rompía de nuevo.

—Se me pasará... —murmuré.

—Eso es lo malo: que, si te lo propones, pasará. Y los años. Y la vida. Y un día te descubrirás arrepintiéndote de haberte desprendido de esa parte de ti. Y ya no podrás recuperarla. Jamás.

—Joder, Greta... Tampoco hace falta que te pases de dramática...

—Cariño, soy dramática, ¿qué quieres que haga? Además, estoy cabreada. Ahora mismo, todo me parece una mierda.

—¿Has discutido con Clément?

—Todavía no.

—¿Qué ha hecho?

—En general..., nada. Nada de nada. No se levanta hasta mediodía, no es capaz ni de meter la taza del desayuno en el frigaplato y luego se pira a currar. Desde que se vino al piso, le han salido más sesiones de fotos...

—Bueno, eso no está mal. Así puede pagar el alquiler. —Carraspeé.

Mi amiga se mantuvo callada un par de segundos. Después, bajó la voz.

—El alquiler sigue siendo cosa de mi padre. Clément no ha cobrado todavía.

—Uy, uy...

—No seas malpensada. Es lo habitual en la moda. Y ese no es el problema. El puto problema es que, cuando vuelve de trabajar, siempre se trae a alguien. Que Clément es muy sociable y su profesión implica que haga contactos, de acuerdo, pero... empiezo a estar muy harta. Mañana a primera hora tengo un examen y no puedo dormir porque el salón está lleno de gente. Y Clément lo sabe, pero no hace nada. Me va a tocar salir y quedar como la aguafiestas de turno, cuando no tengo necesidad de serlo.

—Pues claro que no. Ponme en altavoz —dije convencida—. Le meto cuatro voces y en nada estás sobando en tu cama.

Greta se rio.

—Si no entran en razón, te llamo en un rato. Voy a intentarlo yo primero. ¿Estarás bien?

—No lo dudes. Esto solo es un bache —dije intentando creer en mis palabras.

—Eso espero... De momento, ve soltando la carta. Mañana, en cuanto pueda, te llamo.

—Que no hace falta, de verdad.

—Venga, sí, hasta mañana.

Colgué, solté el teléfono y acaricié los pedazos de celo de la carta. Fue Greta quien los puso ahí.

Cuando terminé de leerla en el aeropuerto, solo la doblé y la guardé en un bolsillo del abrigo. Me dirigí al parking, conduje en dirección al que había sido, hasta hacía un par de horas, nuestro piso, recogí mis cosas y cerré la puerta dejando las llaves dentro, según sus instrucciones. Llené el maletero del coche, los asientos traseros y el del copiloto. Me senté detrás del volante, coloqué las manos en posición y así me quedé. No recuerdo cuánto tiempo. Un rato. Dos vidas. A saber... Jaime no me había dicho qué hacer después y yo, de pronto, era una marioneta sin titiritero. Inerte. Laxa. Dormida. Solo un pitido de mi teléfono me despertó. Me hizo creer que era él, arrepentido, pero fue un mensaje de la empresa de *renting*. El coche era de alquiler, como todo en nuestra relación. Él me arrendó veinte meses y yo me quedé sin nada cuando aboné la factura.

Arranqué el motor y recorrí el camino que mejor conocía por pura inercia. Me abrió mi padre, alzó las cejas cuando me vio rodeada de cajas y maletas y me pidió que pasara.

—No puedo. Tengo que devolver el coche.

—Te acompaño.

Se empeñó en conducir y en pagar el metro a la vuelta. También llevó mis cosas a la habitación del fondo y me sugirió que las dejara para luego: antes tenía que ayudarle en la cocina. Aceptó mi excusa de la cebolla para mis lágrimas. No me juzgó. Mi madre tampoco lo hizo cuando volvió del trabajo. Me pasó revista a la mañana siguiente y su cara de preocupación me hizo saber que mi recuperación no iba a ser cosa de un día.

Una semana después me presenté en Aravaca, en el chalet del padrastro de Greta, que me informó de que no estaba, pero podía quedarme a esperarla.

Cuando ella me vio en el salón, su armonioso rostro se dividió entre la emoción y la ira.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo.

—Te ha dejado, ¿no?

Asentí, agachando la cabeza.

—Vamos a mi cuarto.

Subimos la escalera, doblamos a la izquierda y nos encerramos durante horas. Le conté todo. Cada detalle de la historia que ella desconocía por ver si podía ayudarme a entender. Yo, hasta aquel maldito aeropuerto, lo había vivido en positivo, con ilusión. Ni las broncas, ni sus desprecios ni el distanciamiento con mi familia y mis amigos habían conseguido ensombrecer la devoción que le profesaba. Él era todo para mí. Todo. Y yo tenía un espacio importante en su vida, por eso era su chica, por eso iba a llevarme con él al otro lado del Atlántico. Él me quería a su manera y eso era todo lo que yo necesitaba. ¿De verdad había estado tan ciega? ¿Tanto me había equivocado?

—Pero ¿por qué piensas que ha sido culpa tuya? —me preguntó mi amiga.

Le entregué la carta.

La leyó dos veces.

Levantó la vista.

La rompió en mi cara.

—¡No!

Me lancé hacia sus manos y ellas las levantó, rasgando con furia el papel.

—¿Que no? ¡Y una mierda que no! ¡Esto lo tenías que haber hecho tú!

—¡¡Para!! ¡¡¡Devuélvemela!!!

La puerta de la habitación se abrió y su hermanastra, Paula, nos señaló.

—¡Carmen! ¡Greta y Natalie se están pegando y no me dejan estudiar!

La madre de mi amiga apareció como una exhalación, regañó a Greta por aquello y, ya de paso, por una docena de cosas más y me pidió que me fuera.

Greta vino a casa de mis padres al día siguiente con la carta restaurada.

—No tenía derecho a romperla. Perdona.

Tiré de su mano extendida y la abracé al estilo de mi madre, hasta dejarla sin aire.

—Perdóname tú. Por favor. Por todo. Siento tanto haberte apartado...

—Si lo vuelves a hacer, te mato. Te he echado demasiado de menos.

Y el resto ya lo conocéis. No volvimos a separarnos. Ni lo haremos. Por muchos kilómetros que haya entre nosotras. Nunca nos sentimos lejos. Lo único que yo sentía por entonces es que París, que era su sueño, pudiera convertirse en pesadilla.

Decidí que la llamaría nada más despertarme para desearle suerte con el

examen; en cuanto lo acabara, repetiría la llamada para ponerla en alerta sobre Clément y su séquito okupa.

Solté la carta para programar un aviso con el despertador —mi cabeza solo no es de confianza—, me cambié de ropa, me fui al cuarto de baño a lavarme los dientes y, al regresar, el trozo de papel maldito seguía sobre la colcha.

Lo devolví a su lugar, en el fondo del armario, y me acosté.

Os juro que no sé cómo lo hizo, pero volvió a la cama, se metió debajo de las sábanas y estuvo susurrando hasta el amanecer.

46

EL PANEGÍRICO

Hola, Natalie.

Te sorprenderá que te escriba, pero necesito acabar con esto de una vez, y no se me ocurre una manera mejor. Razonar contigo es imposible. No me has dado más alternativas. Voy a explicarte mi decisión, aunque no te lo merezcas, porque no me apetece dejar flecos sueltos. Esto es un adiós. El punto y final de nuestra relación de mierda.

Nos precipitamos, lo sabes tan bien como yo. Entraste en mi vida como un terremoto, y al principio era entretenido, pero hace meses que ya no. Cada día pones mi paciencia al límite. Arrasas con todo a tu paso sin ningún tipo de discriminación. Me saturas. Me estás ahogando. Siento vergüenza ajena cuando te llevo a cualquier sitio. Siempre tienes que ser el centro de atención. Me robas mi lugar. No eres capaz de pararte a pensar en todo el mal que me estás provocando. Con tus locuras, con tus salidas de tono, con tu insaciable carácter... No paras nunca. Siempre estás hablando o comiendo o buscando que nos acostemos... Y yo me esfuerzo, me empeño en cerrar los ojos para recordarte cómo eras, pero mis manos se llenan con mucho más de lo que había, y no me gusta. Me da asco. Lo odio. Odio tener que fingir que te deseo. No quiero seguir fingiendo. ¡No quiero! No te quiero. No me has dejado. Siendo como eres, es imposible que nadie pueda conseguirlo. Ni siquiera yo, que te he abierto las puertas de mi casa, que te he ofrecido cobijo cuando tu familia te ha dado la espalda, que me he convertido en tu único amigo... ¿De qué me ha servido? Tú, en el fondo, sigues pensando que ellos son mejores que yo. Qué decepción, Natalie... Qué poco has apreciado lo que he hecho por ti... Me debes mucho más de lo que imaginas. Me lo debes todo aunque tu soberbia no te deje reconocerlo. Lo único que he querido siempre es que fueras la mejor versión de ti misma, que aprendieras a madurar, a ser una persona normal, pero nunca te he oído agradecerme. Contigo he tirado mi tiempo a la basura. No sabes cuánto me arrepiento de haberte conocido.

Lo nuestro no tiene sentido. Está muerto. Por eso me voy para siempre. No me escribas, no me llames, no molestes a mis amigos. Ellos ya lo saben, y están de acuerdo con mi decisión. No quiero tener que oír que has montado uno de tus numeritos. Esto se acabó. Yo necesito alejarme de tanta mediocridad y tú crecer antes de convertirte en la pareja de alguien. Así nunca podrás ser feliz ni hacer feliz a nadie. Eres insoportable.

El piso está pagado hasta final de mes. Recoge tus cosas cuanto antes y deja las llaves dentro. El casero tiene mi copia. Me he encargado personalmente de organizarlo todo.

Aunque ahora creas que soy una mala persona, yo estoy haciendo lo mejor para los dos. Está todo muy bien meditado. Yo, a diferencia de ti, actúo siempre de manera reflexiva. Por eso no voy a disculparme por haber sido tan claro. Si encuentras desprecio en esta carta es porque es lo único que ahora mismo siento por ti. Métetelo en la cabeza, aprende la lección y olvídame.

Jaime

47

UN APUNTE

Necesito aclarar que mi cumpleaños, ese que él olvidó, es el 29, que noviembre tiene treinta días y que los recibos del agua, la luz, el gas y el coche los terminé pagando yo.

LA PIEDRA

Dormí regular. Si se puede llamar dormir a cabecear a ratos entre sueños raros llenos de acantilados y aviones estrellados. Me levanté con el vértigo todavía en la garganta y el dolor atravesado en el pecho. No bajó ni con la media docena de madalenas que ingerí como desayuno.

Me marché sin despedirme de mis compañeras, demasiado incómoda como para pronunciar palabras. Las primeras que salieron de mi boca esa mañana fueron un par de insultos entre dientes dirigidos a la coordinadora de la tienda.

Y vale que el absentismo laboral sea una cosa muy seria y las empresas y la Seguridad Social pierdan millones de trillones de euros, o lo que pierdan, cada vez que a uno le da por quedarse en casa tocándose las narices, pero tampoco hace falta que me lo digan a voces, no estoy sorda... ni manca. Estuve a punto de enganchar de los pelos a la estúpida de mi jefa. ¡A punto! Pero no lo hice.

Cuando me presentó el cuadrante de noviembre actualizado, me arrepentí de no haberlo hecho.

Hija de Lucifer... ¡Ni un fin de semana libre! ¡¡Ni uno!! Y todas las semanas con el turno partido. Adiós al mes. Adiós a mi vida social. Y adiós a mi vida en general. ¡Moriría de aburrimiento antes de mi vigesimosexto cumpleaños! Que, para remate, me iba a tocar librar: Jaime también se llevó la alegría vinculada a mi día. Por su culpa ahora cumplía años de vida y de luto.

Terminé la jornada con la moral por los suelos. Por suerte, cuando me dirigía de vuelta al piso compartido, me llamó Lara.

—Hola, guapa. ¿Qué haces?

—Pues mira, me pillas saliendo de la puta tienda.

—¿Por qué no te pasas por casa y así te doy de una vez lo que te trajimos del viaje de novios?

No tengo claro si llegué a contestar. Me metí tan deprisa en el metro que me quedé sin cobertura.

Llegué al piso de la calle Ibiza lo más rápido que me permitió el suburbano. Fue Asier el que me abrió. Tan morenazo, con sus ojazos oscuros y esa sonrisa

desvergonzada. Era, sin duda alguna, el amigo más guapo que tenía.

Después de Dani, claro.

—Todavía no me acostumbro a verte con corbata.

—Normal, yo tampoco me veo, pero hoy tenía reunión.

—¿De lo tuyo?

—No, con un cliente que representa a una entidad bancaria.

—¿Y Lara? —pregunté, dejándole atrás.

No me interesaban ni un poquito las maquiavélicas entidades bancarias.

—Estoy aquí —dijo desde el sofá del salón.

Dejé la *bomber* en el respaldo, la mochila sobre la tarima y Lara me dio una caja muy bien envuelta.

—Muchas gracias por lo de San Francisco. Te pasaste. —Sonrió—. Espero que esto te lo compense un poquito.

Lo abrí, dejando la tarima del salón perdida de papelujos y...

—¡Ay! ¡Ay, la Virgen! ¡Pero, pero...! ¡¡¡Cómo os quiero, cabrones!!!

Solté a mi nuevo bebé, lo justo para abrazarlos y besuquearlos como lo haría una abuela que solo ve a sus nietos en Navidad. Luego, volví a acunarlo, y le pedí a Asier que me enseñara a usarlo. Salí de su piso a las doce de la noche.

Soy de letras.

Y nunca había tenido un portátil de los de la manzanita. Son más intuitivos, más sencillos... ¡Y un huevo! Llegó el fin de semana y todavía no me aclaraba con los malditos menús.

Dejé el chisme tranquilo, porque era el último finde que iba a librar en mucho tiempo y quise asegurarme de exprimirlo. Necesité actividad para ignorar los gritos de mi maquinaria interior. Intenté mantenerme ocupada para no pensar ni sentir ni admitir que aquello podía resultar demasiado fuerte para ser detenido, pero, de primeras, no se me dio.

El viernes me apetecía salir con las chicas del piso, pero Arancha y Sonia se fueron de casa rural y Zoe tuvo una cita con la oficial que le cogió la denuncia por la desaparición de Maiko.

Yo seguía pensando que no hacía falta haber llegado a ese extremo, que seguro que aparecía cualquier día, levitando sobre su cama o reptando debajo de las nuestras..., pero me equivoqué. Denunciar fue todo un acierto. No para resolver la desaparición de la hongkonesa, pero sí para... otra cosa. ¡Y para Zoe la que más! Se tiró toda la mañana del sábado gimiendo en su dormitorio gracias al Cuerpo Nacional de Policía.

Me dio pelusa, y, sorprendentemente, no pensé en Dani.

Vale, quizá sí que se me pasó por la cabeza, pero lo descarté enseguida, porque no iba a ser capaz de afrontarlo. Esa fue la única verdad. En ese preciso momento, la intimidad se había convertido en la cuchilla más afilada. Y yo no quería seguir sangrando. Dolía demasiado. Necesitaba más tiempo para acostumbrarme... O algo para amortiguarlo.

«El hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra». Y yo era la mujer que tenía las rodillas desolladas a fuerza de andar cayendo. Recurrir a viejos hábitos era tan fácil... Buscar un rato de placer que atontara a mis sentidos, tan tentador...

Supongo que podía haberme pillado el pedo del siglo o haberme inducido un coma de azúcar con dos litros de helado o haberme gastado el sueldo de un mes en zapatos y maquillaje..., pero llamé a Nolan, que era gratis y no engordaba.

—Hola, bombón. ¿Quedamos? —pregunté, intentando parecer alegre.

No obtuve respuesta. Durante un instante pensé que se había cortado la llamada y miré la pantalla. Los segundos seguían corriendo.

—¿Nolan?

Una exhalación me confirmó que estaba al otro lado.

—Dentro de una hora. En Vallecas.

—¿No puede ser en otro sitio? —El bar seguía sin gustarme un pelo.

—No.

Y colgó.

Tardé un pelín en reaccionar, lo que se entretuvieron mis ojos en regresar a sus órbitas. Luego, volví a marcar.

—Dime.

—No voy a ir a Vallecas. Si quieres que nos veamos, tiene que ser en otro sitio.

Oí cómo chascaba la lengua.

—Criatura... —dijo, con su característica voz rasgada—. Todavía no has entendido cómo funciona esto, pero... está bien. *Step by step*. En media hora en tu casa.

—En mi casa no podemos. ¿Y si vamos a la tuya?

—Te recojo en media hora —fue lo que contestó.

Y me colgó de nuevo.

Le di vueltas a lo que había sonado como una advertencia mientras me vestía con unos vaqueros y un jersey negro de cuello vuelto. Me lavé los dientes, me peiné el, ya sí, flequillo hacia un lado y me perfumé con la colonia de Sonia. (Me

encanta Dior, pero paso de pagarlo. Se siente, Soni).

El de Minnesota tardó algo más de media hora en recogerme. Unos veinte minutos más. Lo bueno fue que no tuve que esperar sola, porque Zoe y su cita bajaron a por existencias al súper y, a la vuelta, se apiadaron de mí y me dieron palique.

Irene, la policía, era muy maja. Hablaba inglés de pena, pero aun así lo intentaba por su cita, como si quisiera esforzarse por ella... Me pareció muy generoso. Y a Zoe se le caía la baba... Qué asco me dieron.

Charlamos sobre el misterioso caso de Maiko hasta que apareció Nolan. Llegó acelerado, frenó quemando rueda y me pasó un casco sin mediar palabra.

Mi compañera afroamericana, que tenía la vena cotilla más desarrollada que yo, porque era más grande, se dirigió a él.

—¿Qué tal, entrenador? ¿Te llevas a nuestra chica a dar una vuelta?

—Eso parece. —Levantó la visera del casco.

—Es un gran plan. Hace una tarde estupenda.

—Bueno, chicas... —dije yo.

—¿Y dónde vais a ir? —siguió preguntando Zoe.

—¿Y vosotras? —contraatacó Nolan.

—Volvemos al piso para ver una serie. La última de Netflix... ¿Cómo se llamaba, Irene?

—*Midnight Diner*.

—Eso. El martes, en el entrenamiento, te cuento si nos ha gustado.

—No lo dudo —dijo él entre dientes

—Perdona, pero... te conozco de algo, ¿verdad? —le preguntó Irene.

—No lo sé. ¿Te resulto familiar? —Sonrió, enseñando sus coquetos hoyuelos.

—Creo que sí... Por lo menos, tengo la sensación de que te he visto en otra parte.

—Puede ser. El mundo es un pañuelo.

—Irene conoce a mucha gente —dijo Zoe, agarrándose de su brazo—. Como es policía, se mueve por círculos muy variados.

A Nolan le cambió la cara. No fue algo desmesurado, no se descompuso ni se le desencajó la mandíbula, pero su mirada oscura se volvió recelosa. Cuando dirigió sus ojos hacia mí, dudé que realmente me enfocara.

—¿Vas a montar? —murmuró bajando la visera de su casco.

Yo me puse el mío, me despedí de las chicas y me subí a la Indian, porque tengo ausencia de neuronas y una libido muy convincente.

De siempre he sentido inclinación por el riesgo, la aventura, la exploración de los límites y todas esas cosas. Me he llevado más de una crítica por esa parte de mi carácter, pero nunca he llegado a plantearme cambiar. ¿Por qué debería hacerlo? Me gusta. Me excita. Me hace sentirme muy viva.

Antes de Jaime, y sexualmente hablando, había tonteado con el tema en público, practicado cibersexo, participado en algún trío... y tenía muchas ganas de seguir explorando.

Con el bastardo disfruté de lo lindo hasta que nos aprendimos tan bien que nos volvimos cómodos. Ya sabíamos cuál era la tecla, el punto, la intensidad, e íbamos a por ello. Sin más. Se convirtió en pura matemática. Y regresaron esas ganas de innovar... Pero solo en mí. Él se acomodó. No parecía necesitarlo tanto. Le molestaba que yo insistiera. Empecé a pensar que algo no funcionaba bien en mí. Que era una ninfómana o una desviada... Menuda gilipollez. Lo único que estaba era salida como una mona. Lo necesitaba porque el sexo es una parte más de mí. Soy una mujer libidinosa y hoy no me avergüenzo de reconocerlo. Creo que nadie debería hacerlo.

Jaime me hizo dudar de esta verdad que ahora enarbolo cual bandera siempre que tengo ocasión, y esa inseguridad me hizo encontrar en el sexo una nueva forma de autorreivindicación.

Aquel sábado, a lomos de la Indian, me sentí muy segura por permitirme seguir explorando mi sexualidad. Me sentí poderosa por hacer con mi cuerpo lo que me daba la gana. Me sentí muy valiente por estar dispuesta a follar como una bestia desatada. Y quise ir más allá. Como cantaban los Woods, ya lo había visto antes. «*I see in the dark*». Quise evadirme de mi realidad con un buen rato de sexo puro... y duro. Y Nolan me explicó cómo funcionaban las cosas con él.

EL MOTEL DE CARRETERA

Rodamos por la M-30, por la A-5 y por un polígono industrial. Entramos en el motel por el garaje. Nos registramos como dos convictos en medio de una fuga y nos metimos en un ascensor privado para subir a la *suite*. Las había temáticas: balinesa, egipcia, lunar... Pero Nolan pilló una normal.

Bueno, normal, normal no era. Era una pedazo de *suite* con una cama de dos por dos, un pantallón de cincuenta pulgadas, un *jacuzzi*, una sala de estar... Era genial y muy grande, pero tenía algo perturbador.

Quizá eran el aire impersonal que daba a la estancia la luz indirecta azul o el cabecero de cristal templado o las bolas plateadas que colgaban dentro de un cubo transparente, separando la sala de estar del dormitorio. Las sábanas eran blancas, inmaculadas, y no había colcha o edredón, solo dos almohadas. Era todo muy sofisticado... y aséptico. Como el trato que estaba recibiendo por parte del de Minnesota, que tiró los cascos sobre el sofá gris en cuanto entró, se fue derecho al mueble bar y arrambló con todo el alcohol. La primera botellita de *bourbon* se la bebió de dos tragos. La segunda, también. Abrió una tercera y levantó la cabeza para mirarme.

—¿Quieres algo?

Lo preguntó como el que busca pelea en un bar. Con sus ojos oscuros plantando cara a los míos, su mandíbula apretada, su cuerpo exudando testosterona... Asentí con la cabeza.

—¿Qué me ofreces?

Lanzó contra la moqueta la botellita vacía y sonrió.

—Sírrete tú misma.

Me acerqué muy decidida, pero él se apartó antes de que le alcanzara. Se dejó caer en el sofá y se quitó la cazadora.

Me conformé con los refrescos, me agaché para coger una Coca-Cola y cerré la neverita. En lo que tardé en agarrar un vaso, Nolan se metió un par de lingotazos de vodka. Me pareció que estaba demasiado acelerado, pero traté de ignorarlo dejando que mi vista deambulara por la *suite*.

—¿Habías estado aquí antes? —pregunté.

—¿Eso importa?

—A mí sí.

Tenía curiosidad, y también ganas de entablar cualquier tipo de conversación que aligerara el ambiente.

—Deberías controlar tu tendencia al fisgoneo.

—Y tú deberías tratarme mejor si quieres que me quede.

Levantó la mirada para sonreírme y acabó con el vodka.

—No te mereces que te trate bien.

Alcé las cejas.

—¿Y eso por qué?

—Porque te piensas que soy tu juguete, y te equivocas. Yo soy el que inventó el puto juego.

Se puso en pie del tirón y se me echó encima.

Me besó con una estimulante dureza, apretando con una mano mi mandíbula y con la otra mi nuca. Abrí la boca para jadear y él aprovechó para meterme la lengua, sin tregua. Intenté abrazarle, pero Nolan gruñó, soltó mi cabeza y sujetó mis muñecas.

—No me toques. No te he dado permiso.

—¿Desde cuándo necesito pedírtelo?

—Desde hoy. —Frotó mis manos sobre su voluminoso paquete—. Esto es lo que tengo para ti, me he cansado de gilipolleces. Si no te apetece el menú, ya sabes dónde está la puerta.

Dudé de mi hambre. Tenía muchas ganas de evadirme con una sesión de sexo libre de represiones, una salvaje y potente que me hiciera olvidar lo mal que me sentía, pero algo me hizo plantearme qué sería de mí después. ¿Conseguiría ganar tiempo o solo perderlo? ¿Me apetecería mirarme en el espejo después de aquello?

Nolan aprovechó mi momento de duda para maniobrar con la cinturilla de mi pantalón. De un tirón brusco desabrochó el botón; de otro, bajó la cremallera, haciéndola crujir. Hurgó con los dedos hasta que encontró mi piel desnuda.

—¿Todavía no te has mojado para mí? —ronroneó—. ¿Necesitas mi polla?

Dejó de sobarme para abrirse la bragueta. Se tocó mirándome con un brillo algo sádico y muy morboso. Gimió con ese tono rasgado que siempre le acompañaba. Abrió la boca y me pidió en su idioma:

—*On your knees.*

Me quiso en el suelo. De rodillas. Sumisa y complaciente... Di un paso atrás.

Y otro.

Y otro más.

—¿Qué haces? —me preguntó.

—Voy al baño —improvisé—. Me encuentro fatal de repente.

Crucé los brazos sobre mi vientre y me apresuré a encerrarme en el aseo.

Era bastante amplio y estaba limpiísimo. Todo era blanco: los sanitarios, las paredes, el suelo y los lavabos. Solo la grifería aportaba algo de color: acero cromado. Me obligué a mirarme en el espejo; no me gustó lo que vi. Encontré a una mujer dispuesta a llegar hasta el final de un camino demasiado oscuro para evitar ser devorada por su propio sufrimiento.

Era cierto que no quería sufrir más, que el rechazo a sentirme frágil parecía más fuerte que yo, que necesitaba ganar algo de control sobre mi dolor..., pero allí no iba a encontrarlo. De ninguna manera. Allí, en ese motel de carretera, con un hombre por el que no sentía nada más que una atracción vacía, no iba a descubrir la manera de superar mis límites. Lo supe porque mi pecho gritaba más que nunca. Reincidir con Nolan suponía traicionar mis sentimientos. Los que tanto esfuerzo me estaba costando reconocer. Tenía que parar. Largarme. Buscar ayuda en otro lugar, en otra persona..., en alguien que me recordara que yo era la única que podía salvarme a mí misma.

Me abroché con decisión el pantalón, me lavé las manos y la cara y salí del baño. Nolan me esperaba tras la puerta, con los vaqueros abiertos de par en par y la intención de continuar lo que habíamos empezado.

—¿Ya estás bien? —preguntó acercándose.

—No —me escabullí—. Me sigo encontrando fatal. Será mejor que me vaya.

Me miró con incredulidad y chascó la lengua contra el paladar.

—No puedes irte así, criatura. Yo haré que te sientas mejor. *Trust me.*

Se le fue un poquito la mandíbula en la última frase. Igual que el dominio del castellano. Signos que me hicieron pensar que había consumido algo más que alcohol... y que estaba descontrolándose.

—Es que me duele muchísimo la tripa, Nolan —dije caminando de espaldas hacia la puerta—. Acabo de vomitar, y no puedo asegurarte que no lo haga de nuevo. Ya nos vemos otro día...

—¿De verdad me vas a dejar así? —Se señaló la entrepierna—. *Are you kidding me?*

No llegué a contestarle. La urgencia de salir de aquella *suite* pudo a la cortesía. Empecé a acelerar y a acelerar y a acelerar... y no aminoré la marcha hasta que

me vi metida en un autobús camino del barrio de Fuencarral.

50

CLARO QUE LO SÉ

—Te dije que eso no debería volver a ocurrir, Amelia.

—Y yo te dije que no pasaba nada y que podíamos seguir quedando..., solos... y tú no te opusiste.

—Tampoco acepté.

—Vamos, Daniel... ¿De verdad no te apetece?

Se recostó en mi sofá, se desabrochó un botón de la blusa y me dedicó una sonrisa que me sentó como una bofetada. Aquello no era divertido. Aquello no estaba bien. Nada bien. Ella podía salir perjudicada si seguía por esa vía.

Dejé que viniera a mi casa porque respetaba lo que habíamos tenido, porque la apreciaba aunque no hubiera sido capaz de quererla, pero nada más. Y era el momento de aclararlo.

—Eso solo puede empeorar las cosas. —Me crucé de brazos y pegué la espalda al tapizado—. ¿No te das cuenta?

—Tú siempre tan cabal... —Soltó una risa frívola y descendió la mirada hasta sus zapatos de tacón—. Suéltate un poco, Daniel. Estas cosas están a la orden del día. ¿Acaso no somos adultos?

Apreté las muelas para no contestar que solo uno de los dos lo parecía. Inspiré hondo y planteé la estrategia para que resultara irrefutable.

—No lo creo. Si fuéramos adultos de verdad, no estaríamos metidos en estas historias. —Me miró a los ojos—. Estaríamos sentando las bases de una relación sana y con futuro, ¿no te parece?

Amelia se colocó un mechón detrás de la oreja y se acercó a mí un par de palmos. Se estiró los pliegues de la falda antes de dulcificar la voz.

—Pero tú no querías...

—Ya. —Hice una mueca.

Consumió la distancia que quedaba entre nosotros y me miró con intensidad.

—Daniel, yo... —Acaricié mis antebrazos—. Supongo que podría reconsiderar que volviéramos a intentarlo...

Asentí.

—Lo veo. Y, por eso, no podemos acostarnos.

—No lo entiendo —dijo, arrugando la nariz—. Me había parecido que tú estabas insinuando...

—Lo he hecho —afirmé. Y pensé que Natalie se habría dado cuenta enseguida de la treta—. Mira, Amelia, tú no has venido buscando solo pasar un rato conmigo. Tú no quieres solo eso. Y estás en tu derecho. Claro que lo estás, joder.

—No digas tacos.

—Perdona —farfullé. Con Amelia era como con mi madre: siempre tenía que medir las palabras—. Lo que quiero decir es que, si me quieres tener como amigo, yo encantado, pero no como algo más.

Ella dejó caer la mano y la mirada y sollozó. Y yo me sentí como el malo de la película sin haber hecho nada para que me dieran el papel. Coloqué las manos sobre sus hombros.

—No te pongas así, por favor.

Negó con la cabeza.

—Yo lo intento, Daniel. Te juro que lo intento..., pero no puedo olvidarte. ¡Por supuesto que quiero más! Estoy dispuesta a conformarme con lo que puedas darme...

—Nunca, jamás, vuelvas a repetir esa frase. —Levantó la cabeza. Sus ojos estaban extrañamente secos—. Nadie merece que te rebajes de esa manera. Tú eres una mujer estupenda, Amelia. En serio. Que lo nuestro no funcionara no quiere decir que no lo seas. Encontrarás lo que estás buscando, estoy convencido. Yo... solo puedo decirte que siento no ser esa persona.

—Sí que lo eres.

—No, Amelia. Tú y yo no...

El gesto de Amelia se descompuso. Perdió su antifaz de mujer despreocupada y debajo apareció una tonelada de resentimiento.

—¿Cómo que no? ¿Y el año que hemos pasado juntos?

—Pues... ha estado bien, pero...

—Pero no te vale, ¿no?

—No es lo que quiero.

Me miró con desprecio y se levantó.

—Tú no sabes lo que quieres.

Apreté los labios para dejar que se marchara sin añadir nada más. Salió de mi casa sin despedirse y dando un portazo. Solo entonces contesté:

—Claro que lo sé.

Pero lo único que hubiera ganado diciéndoselo a Amelia era haberle hecho más daño.

Caminé a la pata coja hasta el salón, rescaté mi muleta y me acerqué al escritorio. Sabía muy bien lo que quería y con quién lo quería. Había pasado toda la semana manteniéndome al margen, respetando su espacio, esperando que fuera ella la que diera el siguiente paso... Para nada. Para quedarme nada más que con las ganas. Desbloqueé mi teléfono con decisión y sonreí de oreja a oreja.

—¿Acabas de llamarme? —le dije en cuanto descolgó.

—¿Para qué me lo preguntas si ya lo sabes?

Me reí.

—Joder, Nat, ¿puedes ser un poquito menos borde?

—¿Y tú puedes dejar de preguntar obviedades?

Se escuchó una risa al otro lado de la línea que me hizo cerrar los ojos.

—¿Querías algo, además de vacilarme? —murmuré.

—No, nada... Solo hablar. Como somos amigos y eso, pues... me he acordado de ti y te he llamado.

—Me parece genial que lo hayas hecho —dije, abriendo los ojos.

—¿De verdad? —preguntó algo insegura.

—Claro.

—Ah, vale..., es que..., como no me habías llamado tú en toda la semana...

—Ni tú a mí tampoco.

—Ni ti i mí timpiqui.

Se me escapó una carcajada.

—He estado hasta arriba de trabajo, porque cierta señorita me lio de mala manera para que hiciera novillos el lunes. Y, además, no quería agobiarte.

—Cierta señorita no va a volver a ver la luz del sol durante un mes por culpa del lunes de novillos, así que no te quejes. —Carraspeó—. Y gracias por no querer agobiarme.

Sonreí.

—De nada. ¿Me explicas lo de la luz del sol?

—Dos palabras para definir mi noviembre: cuadrante infernal.

—Joder..., lo siento.

—Da gracias a que me lo pasé genial, si no, te odiaría muchísimo ahora mismo. Solo libro seis días: tres lunes, dos miércoles y mi puto cumpleaños.

—Oye, por lo menos puedes celebrarlo.

—Sí, sí..., colgándome de un pino voy a celebrarlo...

—Mujer, si solo cumples veintiséis.

—No es por la edad. Yo seguiré siendo joven con ochenta, si llego...

—¿Entonces? ¿No te gustan las fiestas de cumpleaños? ¿Te dan miedo los globos y los payasos?

—Los payasos me dan pánico. Y ganas de pegar puñetazos. Nunca me lleves a un circo. En serio.

Me reí.

—Vale, apuntado. Nada de payasos para tu fiesta de cumpleaños.

—Borra y pon: nada de fiestas de cumpleaños.

—¿Pero cómo voy a poner eso?

—En negrita y subrayado.

—Vale, está bien, lo apunto en mi agenda... ¿En qué día?

—El 29. Y bien marcado, por favor... —Se oyó un golpe seco—. Serás... abogado. ¿Otra vez, Dani? ¿No habíamos quedado que ya no ibas a usar tus truquitos conmigo?

—No, Natalie. Tú me pediste que no lo hiciera más y yo te dije que pasaba.

Gruñó al otro lado de la línea, pero algo me dijo que ella también estaba sonriendo.

51

EN PIJAMA

Hablamos casi una hora. De tonterías, más que nada. Menos por lo que se me escapó de mi cumpleaños, no hubo ningún tema profundo ni confesiones compartidas, solo un reconfortante charloteo. Uno sin propósito ni sentido que me dejó en el cuerpo una sensación tremendamente cálida. Su calma era mi bálsamo.

Así se lo confesé a mi madre cuando llegué a Fuencarral después de despedirme a la francesa de Nolan. Hablamos mucho de todo lo que me ocurría. Yo estaba convencida de que había recaído, pero ella me aseguró que me encontraba en el camino correcto. Vino a decirme lo mismo que mi amiga Greta, lo que yo, en el fondo, también sabía: que la estrategia de mi adorada Escarlata, el «ya lo pensaré mañana», había dejado de servirme; que no había evasión ni dilación posible para aquello; que el mecanismo interior que habían puesto en marcha mis sentimientos era imparabile, y lo que es más importante, que yo iba a ser capaz de controlarlo cuando llegara el momento.

Pasé la noche del sábado en casa de mis padres, empapándome de mis raíces y su alegría, comí con ellos el domingo y, bien entrada la tarde, regresé al piso compartido. En cuanto me refugié en la intimidad de mi habitación, marqué su número.

Acudí a Dani en busca del consuelo que siempre parecía rodearle. Y lo encontré. Y noté cómo la oscuridad comenzaba a alejarse, que su cercanía me servía de impulso para alcanzar la claridad mental que me había estado faltando. Y descubrí que su bálsamo también era útil para engranajes oxidados y heridas antiguas. Y me volví a sentir confusa. ¿Eso quería decir que me estaba...? Joder, ¿cómo era posible si no podía ni nombrarlo?

Con el móvil todavía en la mano, busqué el contacto de Greta para contarle que seguía bastante asustada, pero que había conseguido no perderme. Decidir salir de aquel motel me hizo sentirme orgullosa de mí misma, y quería compartirlo con mi amiga.

Te espero en Facetime.

Esperé hasta casi las doce de la noche. Después, apagué a mi nuevo bebé y me metí en la cama, bastante preocupada. Greta podía tardar en contestar, pero siempre aparecía para dar una respuesta. Por lo menos conmigo. ¿Tanto la estaba cambiando París? ¿O era Clément el culpable de su distanciamiento?

Y así empecé noviembre: confundida, preocupada y sin ver la luz del sol. Asco de mes. Qué ganas tenía de que se acabara. Ni Halloween consiguió levantar mi ánimo. Y eso que el disfraz de bruja me sentaba estupendamente. También el ponche que preparó Zoe. Y las momias de hojaldre que se curró Arancha. La cosa terminó en fiestecilla con los del rellano. Todo muy *happy*. Pero yo tenía tantas ganas de juerga como el espíritu de Maiko, al que llegaron a invocar con una *ouija* improvisada con un vaso de chupito y las letras del Scrabble.

Debía de ser miércoles, o jueves, no lo recuerdo con exactitud —sin librar, todos los días parecen iguales—, cuando por fin recibí noticias de mi amiga.

Perdóname, Nat.

No estoy para hablar.

Tampoco para escribir.

Pero no quiero que te sigas preocupando como seguro que lo estás haciendo.

Me he dado unos días de introspección y pronto estaré de vuelta.

Hasta entonces, por favor, no me odies por no poder contarte más.

Espero que tú estés bien.

Y no lo digo como fórmula de cortesía.

De verdad que lo espero.

Voy a necesitar que estés bien.

Te quiero.

Que no se te olvide.

Y yo a ti.

No te preocupes por nada que no seas tú.

Vuelve cuando puedas, pero vuelve, por favor.

Cogí la mochila de mi taquilla, me despedí y salí de la tienda, arrebujándome en la cazadora. Eché a andar hacia mi casa, pero me detuve a los pocos metros. Me pesaba demasiado todo como para seguir avanzando.

Creo que ni lo pensé, quizá fue cosa de mi enano, no lo sé, pero saqué el móvil del bolsillo y busqué su contacto.

—Hola, ¿has cenado ya?

—Me da vergüenza reconocerlo, pero todavía sigo en el despacho.

—Lo tuyo es de juzgado de guardia, ¿eh?

Los dos reímos por mi pésima broma.

—¿Tú terminas ahora? —me preguntó.

—Sí, hijo, sí. Y me muero de hambre. ¿Te animas?

—Venga, ¿por qué no? Elige sitio y mándame la ubicación. Voy saliendo.

Llegué a mi turco preferido de Malasaña en un suspiro, le envié el mensaje y pedí una cerveza. No me la había terminado cuando Dani abrió la puerta acristalada del restaurante. Llevaba un traje azul marino, una camisa blanca, una muleta y un portafolios marrón. La combinación, desde luego, no estaba en mi *top ten* de estilismos para hombres macizos... hasta aquel día. Qué guapo iba, «parfavar». Qué porte, qué *flow* y qué sonrisa.

Me bajé del taburete de un brinco, cogí la mochila de la barra y me acerqué. Dani se inclinó sobre mí y me dio un beso muy suave en la mejilla.

—Hola, Pumuki. ¿Te vas a dejar el pelo largo?

—No tanto como tus barbas. Si sigues así, el mes que viene te compro una capa y te empiezo a llamar Melchor.

Nos reímos y ocupamos la mesa más cercana.

Falafel, cerveza, *shawarma* y un montón de sonrisas envueltas en una conversación insustancial y sanadora. Me dieron ganas hasta de descalzarme. Dani conseguía hacerme sentir tan a gusto... Como en casa y en pijama. Pero no uno de franela y ositos, más bien uno de seda muy suave, cómodo y sexy a partes iguales.

En esa cena aprendí que a él no le gustaba el cordero, que estaba en contra de la inclusión de Turquía dentro de la Unión Europea, que compraba el periódico a diario en el quiosco que había en la calle de su curro y que guardaba los que

editaban los días que para él significaban algo.

—Ahora entiendo lo de los armarios de tu salón. Ahí es donde ocultas tu trastorno acumulativo.

—Eso y mi colección de muñecas de porcelana. —Sonrió—. Las peino por las noches.

Fingí un escalofrío y levanté la mano.

—La cuenta, por favor.

Pagué yo, porque ya había cobrado y era quien había propuesto la cena. Dani no se opuso: guardó la cartera y me dio las gracias.

—A ti por cenar conmigo —contesté de corazón—. No sabes lo bien que me ha venido.

—¿Y eso? —preguntó ceñudo.

—Estoy un poco rayada con una amiga.

Con la vida en general también lo estaba, pero eso no se lo dije.

—¿Habéis discutido?

Me levanté y él me imitó.

—Ojalá. Así por lo menos sabría lo que le pasa.

—Ya. —Asintió mientras nos abrigábamos—. ¿Tienes alguna teoría?

—Tengo como una especie de mal presentimiento desde que empezó a salir con Clément.

Nos despedimos de los camareros y caminamos hasta la puerta acristalada, que Dani sujetó para que saliera yo primero.

—¿Tan mal te cae ese tío?

—Ni siquiera le conozco. —Me metí las manos en los bolsillos de la cazadora, buscando protegérmelas del frío de la noche—. Ella se mudó a París para hacer un posgrado y le conoció allí. Hace poco han empezado a vivir juntos... Bueno, en realidad él se ha mudado al piso de Greta y los dos chupan del bote del padre de mi amiga.

—¿Crees que se puede estar aprovechando de ella?

—Pues sí. Y lo que es peor: la tiene enamoradita perdida. Greta es de las que se ciega cuando se pone en plan ñoña. Se deslumbra, pierde su criterio y es capaz de terminar perdonando cosas imperdonables.

Por algo éramos almas gemelas...

—¿Por qué no vas a verla?

Levanté la cabeza y sonreí al ver sus ojos verdes tan pendientes de mí.

—No dejo de preguntármelo —admití—. Pero ando jodida de pasta. Me toca

esperar a que venga ella.

—Es una pena. París te iba a encantar.

Bizqueé.

—¿Hablas en serio?

—Claro.

—¿La puta ciudad del amor me iba a encantar? ¿A mí? —Me señalé el pecho.

Dani sonrió.

—Eso es solo un eslogan. París es mucho más. Es una ciudad para perderte en sus museos y visitar sus calles. La historia te acompaña en cada paso, haciéndote de guía. El Sena se te mete hasta en los huesos. La comida, en la memoria. El metro es caro, pero impecablemente eficiente. Los parisinos ya... son otra cosa.

—Hizo una mueca—. Merece la pena, en serio. Es de esos lugares a los que hay que ir, sí o sí, al menos una vez en la vida.

—¿Cuántas has ido tú?

Sonrió, apretando los labios.

—Un par... Y pienso repetir.

Le miré de soslayo y me atreví a preguntar:

—Con la de ciudades que hay en el mundo, ¿por qué volver a una que ya conoces?

Se encogió de hombros y soltó una de esas verdades que por su sencillez se hacen incontestables:

—Porque me hace feliz.

LA PRUEBA

La noche siguiente a la cena en el turco recibí una llamada de Dani. Fue demasiado breve, porque él estaba esperando a unos colegas y llegaron puntuales, los muy imbéciles. Me dijo que solo quería saber si estaba mejor por lo de mi amiga. Y mejor no estaba, pero su llamada ayudó bastante. Sentirle cerca, saber que podía contar con él y darme cuenta de que permitírmelo no me hacía daño, sino todo lo contrario, alivió un poco la inquietud de espíritu que me dominó las semanas posteriores.

¿Habéis tenido alguna vez la sensación de que todo va a cambiar de un momento a otro? Ese pulso interior que os alerta, que os hace estar en guardia, que os dispara la ansiedad, pero que no responde a algo en concreto, empírico, solo a lo que podríamos llamar intuición. ¿No os ha pasado nunca? Pues casi mejor, porque no es nada agradable. Es paranoia pura. Te condiciona, te hace cuestionarte, te cambia la visión de tu entorno y agobia. Muchísimo. Pero, ojo: es peor cuando la realidad termina dándote la razón.

Imaginad un castillo de naipes, o un dominó colocado en vertical, o unas medias ultrafinas y una manicura sin limar. Una vez que el movimiento se inicia, la primera carta cae, todo lo que hay detrás se sacude y la carrera avanza. Puedes intentar detenerla, pero lo de la laca de uñas solo funciona un ratito. Puedes intentar recolocarlos, pero las piezas ya nunca volverán a la misma posición exacta. Puedes intentar reconstruirlo, y es posible que termines derrumbando del todo el castillo.

«¿Y de dónde sale esto?», podréis preguntaros, por qué no. Pues sale de la paranoia de la que os hablaba, ¿de dónde si no?

Yo, que me enorgullecía de vivir la vida de la forma más despreocupada que podía, me transformé, en cuestión de diez días, en un saco de preocupaciones con patas. Que pasaba por delante de la puerta de Maiko, pues se me ponía cara de acelga y me llevaba la mano al pecho. Que a mi padre le salía el colesterol alto, pues me pasaba las noches en vela buscando remedios para las enfermedades coronarias. Que Nolan me pedía que solucionáramos lo que teníamos pendiente,

pues yo no acudía, pero tampoco le mandaba a Parla, porque ya me había sobrado bastante dejándole tirado, y empalmado, en el motel. Que Greta alargaba los días de introspección, pues yo hiperventilaba y buscaba vuelos de precios prohibitivos, por si me tocaba la puta lotería, que no jugaba.

—Que no, Larita, que no. Que esto no es solo ansiedad ni se me va a solucionar con pastillas, por muy buenas que sean las que tú tomas. Esto es algo más..., lo sé, lo noto... —murmuré al micrófono del móvil, mientras me sentaba en la cama.

Eran casi las diez de la noche de un viernes y no estaba ni cansada. Al menos físicamente. Mentalmente estaba hasta la seta.

—Igual tienes razón... —musitó—. Igual es algo más... Algo así como... moreno y alto, con los ojos verdes, miembro del colegio de abogados...

—Venga, coño —protesté—. ¿Cómo va a tener que ver esto con Dani? Si no fuera porque quedamos de vez en cuando y hablamos casi a diario, no sé qué sería de mí. Él es el único que me da un poco de paz.

—Vaya, gracias. —Tosió—. ¿Y no será precisamente por eso, Nat? Porque en tu fuero interno sabes que estar con él al cien por cien es lo que necesitas y, al negártelo, toda esa represión te está saliendo en forma de angustia.

—¿Has hablado con mi madre?

—No, ¿tú sí?

—No he tenido más remedio. Necesitaba ayuda profesional y ella no me cobra.

—Ajá...

Esas tres letritas me dijeron que Lara tampoco se creía que hubiera comentado el tema de Dani con mi madre solo por cuestiones clínicas.

—Bueno, ¿y tú qué? ¿Ya has dejado de tomar la píldora? —pregunté por desviar la atención, y por tocarle las narices también.

—Mira, ¡ni me lo mientes! En el trabajo no me dejan en paz y mis cuñadas ni te cuento. Es un jodido infierno. Me lo podían haber advertido los que organizaron la boda: cuando te cases pasarás de ser una persona a ser un útero con patas.

—Es tu obligación como hembra en el periodo reproductivo. No me seas rebelde y a procrear, mujer.

—¡A procrear tú! —contestó como si la hubiera insultado.

—¿Yo? —Me descojoné viva—. ¿Tú me imaginas a mí de madre? Pobre criatura... Me gustan demasiado los niños para hacerle eso a ninguno.

—Nat..., no me hace ni pizca de gracia oírte hablar así. No por lo de los niños. Puedes hacer con tus óvulos lo que te dé la gana. Pero que te quede claro que tú

serías una madre estupenda si te lo propusieras. Porque eres una tía genial..., aunque últimamente te cueste recordarlo.

—¡Uy! Acaba de aparecer Tom Hardy en casa. Está preguntando por mí. Ya te llamo otro día.

Y colgué. Aterrorizada por la verdad que acababa de revelar mi amiga.

Me levanté de la cama de un brinco y abrí el portátil. No dejé de enredar hasta que di con la canción que buscaba. Una de esas que todos guardamos en nuestro registro como muestra de que los compositores escriben para nosotros sin ellos saberlo. Lo que no podemos verbalizar, pero sí sentir, hecho música. A la mía le dio voz Cris Román. Siempre me había escocado en las horas más bajas, pero, por suerte, logré superarla. Cliqué sobre el *play* para ponerme a prueba. El resultado fue catastrófico.

Me reconocí. Me volví a encontrar justo donde no quería descubrirme: en medio de ninguna parte. Paralizada. Intimidada. Resistiendo el dolor por pura inercia. Presa de la autocompasión y a oscuras. Sin poder ver el futuro y sin querer ver el pasado. Perdiéndome lo único que en realidad es nuestro. Sin presente. Y, por fin, comprendí que mi actitud no tenía nada que ver con la seguridad emocional: era pura sumisión.

Me estaba conformando con experiencias que no enriquecían mi vida sentimental, me había negado a mí misma algo más no por defensa, sino porque en el fondo las palabras de Jaime hicieron mella en mí. Yo no me creía merecedora de una historia de amor digna de ser contada. Pensaba que no tenía capacidad de amar, que no servía para compartir esa parcela de mi vida, porque una mentira repetida mil veces puede convertirse en un axioma.

Vi la luz al entender que lo había enfocado todo mal. No era resistencia lo que necesitaba, sino resiliencia. Creer en mí lo suficiente como para superarlo no huyendo, sino saltando de cabeza a ello. Si mi corazón no lo resistía, ya me encargaría de repararlo. Ya lo había hecho una vez. Sobreviviría. Tenía que recuperar la fe no solo en el amor, sino en mi capacidad de darlo.

Cerré a capón el portátil, me vestí y me eché a la calle.

Dejé los axiomas para la Santa Inquisición y flipados de esa calaña. No quise más verdades universales, solo la mía, que, aunque frágil e imperfecta, era la única que tenía.

LA METRALLETA CON PERLAS

Cuando llegué a la plaza del Marqués de Salamanca todavía no sabía muy bien lo que estaba haciendo. Tampoco es que lo tenga claro el resto del tiempo, pero justo en ese preciso momento estaba más desorientada que nunca. Necesitaba aclararme. Con él. Mirarle a la cara y averiguar si mi valentía había huido definitivamente o si todavía existía una esperanza para mí.

Un señor uniformado me abrió la puerta de su edificio y me impidió seguir avanzando. Tuvo que informar de mi visita al propietario, que, afortunadamente, no se negó a recibirme.

En el ascensor me quité la cazadora y me di cuenta de que a mi jersey se le veían las costuras. Me lo había puesto al revés con las prisas del arrebato. Intenté solucionarlo, pero llegué a su planta antes de conseguirlo y tuve que elegir entre dejarlo dado la vuelta o aparecer medio en pelotas. Ganó la primera opción, tampoco sé por qué.

Dani sonrió al verme, desde el dintel de la puerta. Yo le devolví la sonrisa sin esfuerzo y pregunté:

—¿Tu portero mira mal siempre o me lo tengo que tomar como algo personal?

—Es así siempre.

—Pues habrá que acostumbrarse... o aprender a subir por el garaje.

Me puse de puntillas y besé su mejilla peluda.

—¡Ay! —chillé.

—¿Te he pinchado? —Se apartó extrañado.

—No has sido tú... —Me froté los labios—. Creo que ha sido uno de los pájaros que tienes ahí anidando.

Dani soltó una carcajada y una voz femenina me dio la razón.

—¿Ves, Daniel? ¿Cuándo te vas a afeitar?

Me quedé clavada en medio del recibidor. No quise ni mirar a la fuente de las preguntas. Por si estaba desnuda y me acomplejaba de por vida, más que nada.

—Perdona, no tenía que haber venido sin avisar. —Fui a largarme, pero él me quitó la cazadora que llevaba enganchada al brazo, la colocó en la escalerita y me

pidió el bolso.

—Mira qué bien, por fin has encontrado uso para mi regalo. ¿A que ya no te parece un estorbo?

Mierda. Joder. Que quitara ya de ahí mi chupa. Bastante mal me sentía por haberme comido la tarta Tatin.

—En serio, Dani, devuélveme la cazadora. No quiero molestar. Ya nos vemos otro día.

Se giró hacia mí y negó con la cabeza.

—No pasa nada. Mi madre ya se iba.

—¿Tu qué...?

Ladeé la cabeza hacia el salón y, efectivamente, en el sofá estaba sentada su madre. Se parecían un montón. En el porte aristocrático y en la sonrisa sobre todo. Ella iba teñida de rubio ceniza y su piel era más pálida. Casi hacía juego con las perlas que adornaban sus orejas, su cuello y sus muñecas. Una señora bien, señora fetén. Muy sonriente, por cierto. Y directa...

—¿Quién eres, bonita?

—Natalie —susurré, y me dieron ganas de añadir: «Para servirles a Dios y a usted».

Abrió los ojos de par en par, se puso ágilmente en pie y se dirigió hacia mí.

En mi puta vida he tenido tantas ganas de desintegrarme.

Jamás.

—¡Natalie! —repitió con entusiasmo, agarrándome de los hombros. Estampó dos veces las mejillas contra las mías y asintió—. Eres guapísima. Ni te imaginas las ganas que tenía de conocerte.

—¿Cómo? —pregunté con un hilo de voz, completamente acojonada.

—Mamá... ¿Te traigo tus cosas?

—No, mejor me quedo otro ratito.

Ella me guiñó un ojo y yo le pedí muy despacio:

—¿Me suelta ya, por favor?

Oí a Dani reír entre dientes mientras nos rodeaba de camino al salón. El muy puto me dejó en manos de su santa madre, literalmente. La señora no me soltaba. Se enganchó de mi antebrazo y me arrastró hasta el sofá. Me sentó ella, no yo. Lo juro. Se colocó en el centro, a la izquierda de su hijo, e hizo fuerza hasta que mi trasero colapsó contra el tapizado.

—Bueno, cuéntame, ¿te trata bien mi Daniel?

—Pero, vamos a ver, mamá... —rió «su Daniel»—. ¿La quieres dejar en paz?

La estás asustando.

—¡Qué tontería! ¿Cómo la voy a estar...? —Me miró a la cara con atención—. Ay, hija, lo siento —dijo apurada, y me soltó el brazo.

—No se preocupe, es que estoy un poco sensible; si no, ni me hubiera inmutado.

—¿Estás con el periodo?

—¡Pero, mamá...!

Sonreí y asentí con la cabeza. ¿Para qué darle más detalles?

—Perdona, Daniel, pero es que tú no sabes lo que es eso. Ser una mujer fértil es muy duro. Y luego es peor —me advirtió—. La menopausia es espantosa. Estás tan tranquila en cualquier sitio y, de repente, te suben unos calores que...

—Joder, mamá... —dijo tapándose la cara con las manos.

—¿Qué pasa? Es algo natural..., biológico...

Él bajó las manos hasta su regazo y se echó hacia atrás resoplando.

—Todo lo que tú quieras, pero ya lo descubrirá Nat cuando llegue el momento, ¿no te parece?

Su madre volvió a mirarme.

—Es verdad. Eres muy joven. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinte?

—Casi veintiséis.

—¿Vives con tus padres?

—No, en un piso compartido.

—¿Te dedicas a la moda?

—No, ¿por? —Sonreí. Me hizo gracia su forma de disparar preguntas. Era una metralleta con perlas.

—Porque llevas el jersey del revés, y, como se te ve moderna, he pensado que podías ser diseñadora. Me he enterado por la tele de que este año se van a llevar las costuras por fuera.

—Sí, sí, va a ser tendencia seguro —dije muy convencida.

Ella asintió, conforme, y siguió preguntando:

—¿Llevas tatuajes?

—No, ¿y usted?

Se carcajeó.

—Uy, no. Me dan pánico las agujas. Soy hipersensible al dolor.

—Igual que yo. Una vez me hice un *piercing* en Caños de Meca, porque iba hasta arriba de chocolate... —me interrumpí— belga, claro. Era con leche, y soy intolerante... —Carraspeé—. Total, que casi me muero cuando se pasó el efecto

del *spray* anestésico. Y todo para tener que quitármelo a los cuatro días, porque se me infectó.

—Pobre... Yo también soy intolerante, ¿sabes? Al gluten.

—Ah, ¿sí? Pues no se le nota nada.

Fue Dani entonces el que se carcajeó.

—Qué maja es esta chica —dijo ella, apretando el muslo de su hijo—. Tutéame, haz el favor. Por cierto, ¿eres española?

Asentí.

—¿No lo parezco?

—Sí, pero tu nombre...

—Fue un capricho de mi padre. Es ultrafán de Natalie Wood.

—Me encanta *Esplendor en la hierba*. Aquellas sí que eran películas, y no las birrias que hacen ahora.

—Estoy de acuerdo.

—Ay, ¿has visto la última de...?

—Mamá —la interrumpió Dani—. Te está sonando el móvil.

—¿Sí? Yo no oigo nada.

—Acabarán de colgar.

—Voy a ver.

Se levantó y se encaminó hacia el pasillo. Dani apoyó la cabeza en el respaldo y me miró.

—Perdona el interrogatorio.

—Pse... Ya casi le tenía cogido el tranquillo.

—No te confíes, es dura. Te lo digo por experiencia.

—Debe de serlo si sabe que existo. —Levanté una ceja.

—Me lo sacó a las malas —murmuró vigilando el pasillo—. Ya vuelve, disimula.

Sonreí, y su madre más cuando nos miró. Llevaba en las manos un abrigo de paño y un bolso.

—No me había llamado nadie, pero he visto que son casi las once, y no quería irme tarde.

Dani se puso en pie.

—Te llevo —le dijo; se giró hacia mí y murmuró—: ¿Te importa esperarme aquí?

Negué con la cabeza, y su madre también.

—Me voy en taxi, Daniel. Ahora le pido a Benito que me pare uno.

—¿Estás segura?

—Pues claro. Ni que fuera la primera vez... Adiós, Natalie. —Me tiró un beso —. Espero volver a verte pronto.

—Igualmente —Sonreí.

Dani la acompañó a la puerta, su madre me lanzó otro beso desde el quicio y se marchó.

—Bueno, pues ya conoces a doña Amparo —dijo él, apoyándose en la puerta cerrada.

—*Po xí.*

54

DAR

Los dos nos carcajearnos, ya no tanto por mi penosa imitación como por lo extraño de la situación que acabábamos de vivir.

—Tengo que reconocértelo —dije entre risas—: el truco del móvil ha estado de más. Habría seguido charlando con ella de mil amores. Es muy entretenida...

Dani dejó de reír y se acercó al sofá. Se sentó estudiando mi expresión, se rascó la barba y asintió.

—Me parece increíble que mi madre no me haya pillado la treta y tú sí. Increíble... y lógico a la vez.

Tragué saliva, por culpa de la súbita intensidad de su mirada. Me recordó el motivo de mi visita, acelerándome el pulso y los nervios, activando mi cuerpo para coger carrerilla.

—Es que soy muy lista, ya lo sabes. Por cierto, ¿dónde está tu muleta? —pregunté, por ganar algo de tiempo para controlar las zancadas.

—Me libraron de ella el lunes. Quería haberte llamado para salir a celebrarlo, pero he tenido una semana tremenda. ¿Qué tal ha ido la tuya?

—Pues igual, pero en plan mierda.

—¿Por eso has venido?

Yo era capaz de destapar sus trucos y él, de interpretarme como pocas personas lo conseguían. Era escalofriante. Imponente. Espeluznante... Y muy liberador. Él me entendía, veía a través de mis capas, y no solo por gracia de la conexión inexplicable, sino a fuerza de observarme, de preocuparse por descubrirme.

Me pareció tan evidente que tuve que apartar la vista para no perderme en sus ojos. La centré en mis manos. Temblaban. Unos minutos de rodeos no iban a servirme de nada. Mis nervios no se agotarían hasta que obtuviese la respuesta que había ido a buscar.

—He venido porque..., sí, extrañamente tienes el don de ponerme atómica y calmarme al mismo tiempo, y... porque necesito saber algo. —Volví a tragar saliva—. Necesito saber si tú... si te has sentido..., ya me entiendes..., lo suficientemente atraído por mí como para... —Las palmas de las manos se me

humedecieron y mi lengua quiso enredarse—. Parezco tonta de capirote —farfullé, y levanté la mirada, invocando a mi valentía—. ¿Yo te he llegado a gustar de verdad?

Él no desvió los ojos de los míos, solo los entornó uniendo sus cejas, confundido.

—No entiendo la pregunta.

Bufé.

—Joder, Dani, pues no es tan difícil. Pero si no me quieres contestar...

Fui a ponerme en pie y él me agarró por la cintura y me sentó mucho más cerca.

—No tengo que contestarte —murmuró buscando mi mirada—. Tú sabes la respuesta tan bien como yo. Lo que no entiendo es de dónde sale esa pregunta. No termino de *verte* en ella, ¿me explico?

Agaché la cabeza.

—Demasiado bien.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupado.

—No lo sé —admití.

Y era verdad: todavía no sabía darle nombre a lo que me pasaba, solo sabía que tenía que ver con él.

—Bueno, sea lo que sea..., me gusta que hayas venido aquí para averiguarlo.

Me encogí de hombros y levanté un poco el mentón.

—Es que no puedo seguir así, Dani. Estoy harta de sentir esta angustia, este puto nudo en la garganta... Me limita, me domina y me lleva a hacer tonterías que solo me hunden más.

—¿Qué tipo de tonterías?

Apreté los labios. Me daba vergüenza describirlas en voz alta, pero sabía que era necesario hacerlo para superarlas. Igual que sabía que él merecía conocer mis inclinaciones más feas, debía enseñárselas para ofrecerle una salida antes de avanzar en cualquier dirección. Si me aceptaba, tendría que ser con todas mis caras descubiertas. Nunca más volvería a moldearme para nadie.

—Tonterías que están relacionadas con una tendencia a evadir responsabilidades... de cualquier manera. —Miré hacia el techo y soplé para apartar un mechón de mi flequillo—. De pequeña, cuando no me apetecía aguantar a los capullos de mi clase, fingía enfermedades, luxaciones, y hasta llegué a comer tiza, que decían que te provocaba fiebre. No funciona, por cierto. Y está asquerosa. —Hice una mueca y descendí la mirada hasta sus ojos—. En el

instituto descubrí el alcohol y las fiestas; en la facultad, el sexo. Y muchas veces los utilizaba como una vía de escape, no como entretenimiento. Cualquier cosa era válida si me hacía olvidar que el futuro estaba a un paso, y yo no estaba preparada para formar parte de él. —Solté el aire por última vez y hundí un poco los hombros—. Cuando mi ex empezó a tratarme como si no valiera nada, me dio por comer. A lo bruto. Mientras paladeaba, masticaba y tragaba, era más soportable seguir mirando hacia otro lado. Cuando me abandonó y mi mundo entero se hizo pedazos, descubrí que, si me machacaba a tope en el gimnasio, por la noche estaba tan cansada que conseguía dormir, aunque su carta de despedida siguiera reproduciéndose en mi cabeza.

—¿Te dejó con una puta carta?

—Después de prometerme esa misma mañana que me esperaría al otro lado del Atlántico. —Asentí con la cabeza—. Pensaba abandonarlo todo por él. Le hubiera seguido hasta el mismo infierno, donde fuera, total..., ya no me quedaba nada, ya había renunciado a todo por estar junto a él. Creí que mi recompensa sería empezar una nueva vida en Miami, que allí él cambiaría y se daría cuenta de que yo sí merecía la pena. Lo había organizado todo para marcharme, como mucho, un par de semanas más tarde. Tenía el papeleo, las maletas, los billetes... Les rompí el puto corazón a mis padres cuando les dije por teléfono y de forma asquerosamente fría que me largaba y que, a lo mejor, no volvían a verme. Estaba tan ciega, me ilusioné tanto por poder seguir formando parte de su vida que te juro que morí cuando descubrí la verdad de su puño y letra. El hombre por el que me había desvivido veinte meses había sido capaz de engañarme hasta el punto de hacerme llevarle al aeropuerto y ayudarle a facturar el equipaje, sabiendo que después iba a darme la patada. Había renunciado a todo por una mentira. Y ya no me quedaba ni eso. Estaba sola, sin familia, sin amigos, sin hogar, sin empleo... El día de mi puto cumpleaños. Ahora entenderás por qué no lo he vuelto a celebrar. Solo como con mi familia. Supongo que por castigo —bromeé, pero ninguno de los dos reímos—. Todavía conservo la carta, ¿sabes? De hecho, suelo volver a leerla cuando tengo algún bajón. Me hundo en esas putas letras, el dolor se me hace insoportable y... busco evasión. Me como una docena de madalenas, me bebo una botella de vino, o dos, o tiro de sexo eficiente y vacío. Como después de aquel lunes de novillos en el que no fui capaz de hacer lo único que quería.

Mi voz tembló. Todo mi cuerpo en general. Me encontré tan desnuda... y tan ligera. Sin capas, sin defensas, sin artificios..., solo yo. Imperfecta, rota, extraña,

pero no vencida. Nunca más vencida.

Por fin sentí que, después de dos años, había ganado el pulso a mis miserias. Les había dado voz, no por purgarlas, sino para demostrar mi valentía. Pasara lo que pasara, ya nadie podría arrebatarme aquel momento. Mío. Y de Dani. El hombre que me tendió la mano para recuperarme a mí misma.

—No me enorgullezco de ser así... —murmuré—, pero esa es mi verdad. Entenderé que te decepcione. No es plato de gusto lidiar con una persona así. Te lo digo con conocimiento de causa: me tengo que aguantar cada día...

Negó con la cabeza, irradiando cierto reproche en su mirada clara.

—No estoy decepcionado, Nat; estoy celoso, joder.

—¿Por qué?

—Porque algo me dice que estos días has podido evadirte... con tu «amigo»

—Ha sido solo una vez. —Me encogí de hombros—. Y, si te sirve de consuelo, no conseguí nada. No llegamos a terminar...

—Me da igual —masculló. Luego destensó un poco la postura y suavizó el tono—. Bueno, no me da igual, quiero que consigas todo lo que te propongas en esta vida, por descabellado que sea, pero, si necesitas a alguien, para lo que sea..., me gustaría ser tu primera opción.

Algo bailó dentro de mí al comprender que no había celos absurdos en su enfado, sino necesidad de inclusión. Él no solo quería formar parte de mi vida, quería su propio lugar. Uno importante. El mismo que yo pretendía averiguar si podía entregarle.

—Fuiste mi primera opción..., pero no me vi capaz. Preferí buscar una alternativa... y equivocarme otra vez.

—Yo me acosté con Amelia —le oí decir, y mi corazón se saltó un latido—. Ya lo sabes gracias al bocazas de nuestro amigo Asier. Lo que no sabes es que lo hice porque tú me ignorabas. Y no me siento nada orgulloso. Tenía que haberte llamado a ti, no a ella. La utilicé.

Le miré, confundida.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Porque quiero que seas consciente de que yo también me equivoco a sabiendas. Creo que todos lo hacemos. Es parte de algún tipo de mecanismo psicológico que seguro que tu madre podría explicar mejor que yo. —Me acarició la mejilla con el dorso de la mano y pellizcó ligeramente mi barbilla—. Siento decírtelo, preciosa, pero eres humana. Informa a los de tu planeta de que no vas a volver. Este es tu sitio. —Sonreí y él puso su mano sobre mi muslo, con

la palma boca arriba—. ¿Quieres quedarte a dormir?

Asentí deslizando mis dedos entre los suyos. El grito de mi pecho fue acallado por la suavidad de su caricia. El dolor, por su comprensión y su entrega. El sufrimiento se quedó atrás cuando empecé a correr hacia el precipicio sin ningún tipo de miedo... y salté.

BLANCANIEVES

Dani y yo nos acostamos pasada la una. Después de un reconfortante charloteo, dos copas de vino y tres toneladas de queso. Apenas tardé en dormirme. El calor de su espalda acunó a la mía y la digestión de semejante cantidad de lácteos hizo el resto.

El despertador de mi móvil sonó a las siete y protesté con todas mis ganas, revolviéndome en una cama vacía. La puerta de la habitación estaba entreabierta y por el vano se deslizaba un delicioso aroma a café. Gracias a él, y a mi adicción a la cafeína, la inquietante idea de que hubiéramos dormido juntos sin acabar revolcándonos no dio muchas vueltas en mi cabeza.

—¿No te dije que no hacía falta que madrugaras? —pregunté en cuanto alcancé el pasillo.

—¿No te dije yo que pensaba levantarme hiciera falta o no? —replicó desde la cocina.

Estaba ya vestido. Camisa azul de cuadros, vaqueros clásicos y botas marrones. Yo iba descalza, despeinada, con unas bragas sobaqueras y una camiseta de tirante ancho con la cara de Pippi Calzaslargas estarcida en medio y flanqueada por las frases «Sé tú mism@». «¡Rebélate!».

—No hace falta que me lleves al curro, en serio.

Me senté en un taburete y Dani me puso una taza de café delante; un par de espirales torrefactas de humo ascendieron por el aire y se colaron en mi nariz.

—Voy a hacer como que no te he oído. —Me guiñó un ojo, haciéndome sonreír—. ¿Qué quieres comer?

—Nada, gracias. Todavía tengo el queso dando vueltas en las tripas. Luego me tomaré algo en el descanso.

—¿A qué hora te lo coges?

—Sobre las once. No me corresponde cuando tengo turno partido, pero les dije que era fumadora, y parece que ha colado.

—¿Necesitas pasar por casa para cambiarte?

—No, siempre tengo ropa en la taquilla.

—Muy bien, señorita previsor. Pues bébete eso y a la ducha.

Ducharme en el baño de Dani, sola, hizo que la inquietud volviera. No había recibido una respuesta directa a mi valiente pregunta de la noche anterior, y acababa de recordarme que éramos amigos. Seguramente íntimos, pero amigos. Que duermen en la misma cama. Vestidos. Sin sexo. Y se duchan por separado. Desnudos. Sin sexo. ¿Mi confesión nos había convertido en no-follamigos? ¿Dónde había quedado lo de ser mi primera opción para lo que fuera? ¿Tan poco le gustaba Pippi Calzaslargas?

Apenas le hablé después. Él me hizo un par de comentarios que no recuerdo de camino al coche y en el trayecto a mi trabajo, pero le respondí con monosílabos. Estaba demasiado rayada para componer frases. Cuando detuvo el Porsche en Gran Vía solo le di las gracias y fingí una mueca alegre. Él me deseó un buen día en el trabajo y se marchó con una sonrisa que sí parecía auténtica.

Curré más que un chino esa mañana, no me dio tiempo ni a tomarme el descanso. Cuando llegó la hora de la comida, salí en estampida hacia un bar cercano para atiborrarme de huevos con pisto y arroz con leche. Toda la tarde estuve luchando en el almacén de la tienda contra la modorra posfestín. Terminé el turno y regresé al piso compartido sin sol, con frío y muerta de sueño.

No eran las once y ya estaba a punto de meterme en la cama. Entré en mi habitación, abrí el bolso para rescatar el móvil y silenciarlo y la vi. Estaba doblada, un poco arrugada y casi en el fondo, debajo del *spray* de pimienta que me regaló Greta.

De primeras, pensé que era un recibo, y estuve a punto de tirarlo, pero luego me percaté de que el papel tenía algo manuscrito, lo estiré y...

—¡Ay, la Virgen! Joder, joder, ¡joder! Pero... ¡cómo se le ocurre?!

Casi me peta la patata. Me tumbé en la cama completamente rígida, apreté la carta contra el pecho... y así me dormí, unas tres horas después. En cuanto me sonó en despertador lo primero que hice fue volver a leerla. Sonreí, la doblé con mucho esmero y la puse a buen recaudo. En la copa izquierda del sostén, al estilo de mi abuela. Cerquita del corazón, que había encontrado un nuevo compás gracias a esas letras.

Era oficial. Mi enfermedad había alcanzado cada rincón de mi organismo y amenazaba con mutar en lo que yo había dejado de creer. Me encontraba a un paso de admitir que me había enamorado de Dani. La próxima vez que me viera reflejada en sus ojos verdes me ocuparía de confirmarlo.

No, no hace falta que repaséis el último párrafo, habéis leído bien «me había

enamorado». No existía otro término para definirlo. No cabían más eufemismos ni negaciones ni gaitas. Había pasado. Cincuenta días de cercanía y una carta lo habían provocado. Bueno, quizá los cuatrocientos veintiocho anteriores de fantasías privadas inspiradas en aquella noche de verano en el camping también habían ayudado. Tanto da. Tampoco es que me dedicara a calcularlo... El caso es que lo que sentía era una realidad, y yo no tenía más opciones que aceptarla o volver a mi planeta.

Verlo por fin tan claro me hizo más fuerte. Al caérseme la venda de la duda, pude mirarme con honestidad y me sentí completa por primera vez después de tanto tiempo en ese plano de mi existencia. Me encontré tan cerca de reconciliarme con mi fe en lo imposible que empecé a no temer a lo incontrolable. Si dejaba entrar al amor en mi vida, el miedo, que es su contrario, y no el odio, ya no tendría espacio ni razón de ser.

—Menuda cara de alucinada llevas —me dijo Arancha cuando me la encontré en la cocina.

Sonia y ella estaban desayunando después de una noche de farra y yo me marchaba a currar. Pero no las odié. Ni siquiera repetí mentalmente aquello de «qué asco de vida». La vida era preciosa. Maravillosa. Un regalo adornado con cintas verde esperanza y amarillo alegría. Y yo, por lo visto, de pronto era un oso amoroso. De mi barriga surgirían arcoíris donde jugarían querubines en pelotas, y delfines, y unicornios y... Vale, ya paro. El exceso de azúcar provoca diabetes, ceguera y arcadas. Me lo dijo el rruiseñor que me ayudó a peinarme aquella mañana.

—Hazte a la idea de verme así de ahora en adelante. —Sonreí a mi compañera—. Me da que esto ya no tiene solución. Los efectos secundarios del puto amor, ya sabéis...

Cogí una manzana, mi enano su gorro puntiagudo y su pico y nos marchamos a trabajar. Las mandíbulas desencajadas de Sonia y Arancha solo pudieron farfullar un «hasta luego».

De camino a la tienda escribí tres mensajes. El primero, a Greta:

Tengo que hablar contigo.

Saca las energías de donde puedas y llámame.

Es importantísimo.

El segundo, a Lara:

Tenías razón.

Y madera de psiquiatra.

Plantéate volver a las aulas.

También, buscar un rato para comer juntas esta semana.

Necesito darte un abrazo enorme.

El tercero fue redactado y borrado como un millón de veces. Al final quedó en:

No esperaba que la respuesta fuera a ser manuscrita.

Gracias.

De corazón.

Guardé el móvil y eché el último vistazo a la carta antes de empezar a currar. Mi enano y yo suspiramos a la vez.

56

POR Y PARA ELLA

Nunca he redactado una carta de amor. El lenguaje escrito no es mi fuerte. Tampoco convertir en palabras lo que prefiero expresar con caricias o con un beso, pero por ti, a estas alturas, soy capaz de hacer lo que sea. Cualquier cosa. Todo.

No voy a usar encabezado, porque me parece absurdo. No escribiré una despedida, porque lo último que quiero es tener que despedirme de ti. No voy a firmar, porque esto no es un formulario, no necesitas leer mi nombre para saber que soy yo quien te escribe, y yo no necesito referenciar me. Esto no es para mí. Es mi alma abierta para ti, sin cargo, solo a tu disposición.

Ese es el motivo por el que la descubrirás con privacidad. Me gustaría dártela en mano, ver la reacción que te provoca, analizar cada mueca que hagas cuando la leas, por supuesto que sí, pero es tu elección compartir tus emociones. Nunca voy a pedirte que lo hagas si no estás preparada. Nunca te voy a exigir que fuerces tus sentimientos. Nunca. Te lo prometo.

Ya, ya sé que tú no crees en las promesas, pero confío en que podrás darme, al menos, el beneficio de la duda. Aspiro a ganármelo. Invertiré la energía y el tiempo que hagan falta para alcanzar esa meta. Mi destino. Tú.

No quiero conformarme con menos. Contigo todo es mejor. Lo supe aquella noche en el camping. También la mañana siguiente. Y cada mañana, tarde y noche que he pasado junto a ti. Contigo siempre ha sido diferente. Más grande. Nunca mejor que contigo.

Eres lo que menos soy capaz de manejar y lo que más vivo me ha hecho sentir. Me has demostrado que existe otra realidad, una intensa y vibrante, nueva cada día, apasionada, real... Justo donde quiero habitar. A tu lado. La eternidad o una vez más. Lo que sea. Cuando sea. Pero juntos.

Estás en tu derecho de negarte a aceptar mi compañía, por descontado. Puedes arrugar esta carta y olvidarme sin más. Respetaré tu decisión y tu distancia, por mucho que me duela. Pero seguiré aquí. Para ti. Ya no quiero estar en ningún otro lado.

De hecho, ahora mismo, los pocos metros que nos separan me están pareciendo demasiados. Necesito volver a la cama, cerca de ti, allí donde puedo aprender lo lejos que se llega saltando junto a una mujer valiente.

También necesito enterrarme en ti, horas, días, semanas..., para contestarte como mejor puedo a la pregunta que me has hecho esta noche, pero antes he querido explicarte lo que siento. Si tengo la suerte de volver a tocarte, debes saber que hay alguien a quien le importas más que nada detrás de estas manos.

Te mereces una carta de amor. No sé si esta lo parece, pero te aseguro que lo es. Esa es mi respuesta.

UN DOMINGO INOLVIDABLE

Cuando salí de la puta tienda, la noche ya no era oscura, era de lentejuelas. El espíritu de Disney que me había poseído por la mañana fue suplantado por el de Gloria Trevi y, como ya no me daba miedo que se me escapara alguna cursilada, llamé a Dani enseguida. Estaba preparada. Me sentía preparada. Me moría de ganas por verle y decirle que estaba loca, pero no tanto como para no aceptarlos a él y a sus manos.

En las mías, el teléfono dio un salto por la emoción del momento, y porque soy así de torpe. Pillé el móvil al vuelo, conseguí marcar su contacto y lo levanté hasta mi oreja. Tardó bastante en cogérmelo. Su voz incómoda distó mucho de ser lo que esperaba encontrar.

—¿Sí? —preguntó, cortante, y de fondo sonaban varias conversaciones amortiguadas.

—¿Te pilló mal?

—Un poco.

—Ah, pues... ya te llamo en otro momento.

—Dame un segundo.

Esperé, mientras él hacía a saber qué y yo me helaba en medio de la calle.

—Perdona —dijo al cabo de un rato—. Apenas podía oírte.

—¿Estás de parranda?

—Estoy hasta la polla..., pero, dime, ¿qué querías?

Su tono derrotista me preocupó muchísimo. Pensé que podía estar causado por mis mensajes. Él me había escrito una carta de amor y yo le había contestado dándole las gracias. Quizá no había estado muy fina...

—Eh, pues... A ver, Dani, yo quería verte —le dije, apoyando el hombro en una farola—. Pero si estás... ocupado o no te apetece, pues no pasa nada. Lo dejamos para otro día. O no. Como tú veas... Yo nunca he estado hasta la polla de algo, pero sí hasta la seta de muchas cosas. Sé lo que es necesitar desconectar mejor que nadie. Además, qué coño, estás en tu derecho. Hazlo. O no. Lo que te nazca. —Cogí aire despacio y bajé la voz—. Solo... si necesitas hablar o algo...,

pues, eso, que... aquí estoy. —Sentí un cosquilleo muy tonto al decirlo y, al otro lado, solo me contestó el silencio—. Que, a ver..., quizá yo no sirva para ayudarte..., pero me puedo emborrachar contigo. O prender fuego a algo por ti, que desahoga mucho. Si tú te comprometes a pagar la fianza, hasta puedo provocar un altercado de orden público.

Por fin, algo similar a una risa se coló en la línea. Luego, un suspiro.

—Yo también quiero verte, pero estoy cenando con Amelia... mientras me arrepiento de haber aceptado su invitación. Llevo una hora con la sensación de estar hablando con una puta pared. Y todavía nos faltan los postres. ¿Puedo pasarme luego por tu casa?

—Puedes, pero no va a merecer la pena.

—Vaya, hombre, muchas gracias. ¿Por qué no vienes y me pisas los huevos? Es lo único que me falta para rematar el domingo.

Me reí.

—Me refería a que mañana madrugamos los dos y apenas vamos a tener tiempo para... hablar.

Ni mucho menos para fornicar como animales.

—¿Cuándo libras esta semana? —me preguntó.

—El miércoles.

—Resérvamelo. Voy a intentar despejarme la tarde.

—Vale, genial. Yo pienso en algún plan y te escribo.

—Creía que no eras de hacer planes.

—Bueno..., ya sabes que soy muy flexible —dije con todo el doble sentido—. Por ti, creo que puedo hacer una excepción.

—¿Una sola?

—No abuses de tu suerte, marqués.

Su risa fue lo último que oí antes de colgar.

Aquello iba bien. Muy bien. Y el miércoles iba a ser mejor. Mucho mejor. Seguro que se me ocurría un planazo. Estaba inspirada de sobra. Cualquier idea me parecía bien, mientras terminara en su casa.

Llegué a la mía eufórica perdida. Me duché, cené y me acosté más sonriente que una *hippie* hasta arriba de ácido. ¡Y soñé con Dani!

Y, sí, era un sueño muy húmedo.

Los dos en una playa desierta, el sol acariciando nuestras pieles, la brisa marina refrescándolas y nuestros cuerpos refrotándose en una arena que ni picaba ni nada. Todo superideal. No se me veía ni la celulitis. Los gemidos se confundían

con el vaivén de las olas, los jadeos recitaban nuestros nombres.

—Natalie..., preciosa...

—Oh, Dani. Me voy a correr por quinta vez. No pares. No pares...

—Grrrr... Ñi, ñi, ñi.

—Dani, te estás poniendo rarito. Deja de hacer esos ruidos, que me desconcentras.

—Grrr... ¡Grrr!

—Pero, Dani...

—Ñiii. Plas, plas.

Abrí los ojos con los dos últimos golpes. Estaba sudando y pequeños escalofríos recorrían mi espalda. Los pelos se me pusieron de punta cuando me di cuenta de que estaba despierta y los sonidos extraños todavía se oían.

—De esta me ingresan —pensé en voz alta, confirmando mi teoría sobre mi falta de salud mental.

Hablaba sola y tenía alucinaciones sonoras. Estimé muy seriamente llamar a mi madre para que agilizara los trámites en alguna clínica de confianza.

—Pim, pum, plas. Ñi, ñi. Grrr...

Me tapé las orejas mientras me llevaba las rodillas hasta el pecho y..., ¡anda!, los ruidos ya no se escuchaban.

Mi respiración se sosegó al comprobar que el silencio de la noche había regresado. Al cabo de un ratito, me sentí lo suficientemente cuerda como para bajar los brazos.

—Arrr. ¡Arrr!

—¿Pero qué carajo...?

Me bajé de la cama, mirando con fijeza la puerta de mi dormitorio. Los gruñidos procedían de algún lugar del piso y no parecían humanos. Ni de puta coña.

Caminé con pasos inseguros por la habitación, guiada por la cotilla que llevo dentro, y abrí la puerta. En el pasillo las cacofonías se volvieron más agudas.

—¿Quién o qué anda ahí? —pregunté.

Pero nadie me respondió. Los ruidos cesaron. Mis pelos seguían como escarpías. De puntillas me dirigí hacia el baño y, justo cuando estaba a punto de entrar, un rebuzno me hizo dar un brinco.

Salió de la puerta de enfrente. Y luego salió otro. Y algo parecido a un gorjeo. Me acerqué y pegué la oreja a la puerta.

—¡Grrr!

—Ñi, ñiii...

Agarré el pomo... y abrí.

¿Quién me mandaría a mí hacerlo?

Detrás se escondía la escena más surrealista que he presenciado en mi puta vida, que ya es mucho decir. El primer impulso fue sacarme los ojos con dos tenedores y correr con los brazos al viento, gritando que el apocalipsis había llegado, pero algo me retuvo. No podía dejar de observarlos. La curiosidad morbosa no me dejó ni pestañear. ¿Cuántas oportunidades iba a tener de ser testigo del apareamiento de un oso panda con un conejo azul gigante?

Me quedé en el vano de la puerta, congelada, hasta que el oso se levantó de la cama y emitió un largo alarido. Con las zarpas, intentó librarse de la cola de mapache que adornaba su trasero. El conejo azul empezó a aproximarse hacia mí. Ahí fue cuando reaccioné.

—Uy, me he equivocado de puerta. Perdón. Ya me piro.

El conejo movió el cabezón de peluche arriba y abajo y retrocedió. Yo me dispuse a largarme, pero unos pasos a la carrera se oyeron a mi espalda y alguien me dio un empujón. Trastabillé. Y terminé empotrando la cara en el edredón recién mancillado. No vomité porque soy de digestión rápida.

—¡Socorro! ¡Traedme un estropajo y sulfumán! —pedí incorporándome.

Unas manos me agarraron por detrás. Se me escapó un grito.

—Tranquila, soy Arancha. Sujétate.

Me puse en pie con su ayuda y le supliqué:

—Sácame de aquí, por amor de Dios.

—¿Qué pasa, Arancha? —preguntó Sonia en la lejanía.

—Nada. No vengas.

—¿Cómo que no...? ¡¡Ahhh!! ¡¡¿Pero esto qué es?!!

—¡¿No te he dicho que no vinieras?!

—¡¡Alejaos de esos monstruos!! —La pelirroja los señaló con cara de espanto
—. ¡¡Voy a llamar a la policía!!

Segundos después, un brazo moreno le rodeó la cintura y tiró de ella hacia atrás. Nuestra compañera afroamericana apareció con un bate de aluminio en ristre, cara de psicópata y echando espumarajos por la boca.

—*Any of you fucking pricks move, and I'll execute very motherfucking last one of you!*

El conejo no le hizo caso y se movió. Zoe cargó contra él con toda su furia yanqui.

Es ultrafán de Tarantino y, por lo tanto, una puta tarada. Le pegó palos al bicho

hasta en el carnet de *furry*. Arancha intentó detenerla, y se ganó un codazo en los dientes. Yo miré a Sonia en busca de auxilio y ella señaló al oso panda. Se había quitado la cabeza del disfraz y estaba a punto de romper a llorar.

—¡Chicas! —exclamé—. ¡Que Maiko no está muerta!

Y fue verdad. Aunque quizá ella lo hubiera preferido.

TODO TIENE UNA EXPLICACIÓN... O NO

—¿Un *plug* anal de cola de mapache? —me preguntó Lara, y dejó caer el tenedor sobre su plato de pasta.

—Tal cual: de peluche blanco y negro e incrustado en todo el cerito.

—Qué fuerte...

Me llené la boca de ensalada *caprese* y asentí con la cabeza. Desde la mesa que tenía a la espalda llegaron varias risas y un acceso de tos.

—Pero, vamos, que lo peor fue después. —Tragué y bebí un sorbo de mi refresco—. Cuando Zoe dejó de pegarle zurriagazos con el bate, él intentó quitarse la cabeza del disfraz, pero, con los golpes, el ventilador que llevan dentro del *fursuit* para no morir asfixiados se le relió en el tupé, y no había manera de desengancharlo. Imagínate el cuadro: un conejo azul gigante chillando como un recién castrado y Maiko, que ya de por sí es fea, la pobre, con la cara congestionada y dando alaridos en chino mandarín. Eran el puto miedo encarnado, te lo juro. No voy a volver a dormir tranquila. Una cosa así no se supera.

—Ellos, desde luego, no creo que vayan a poder superarlo.

—¡Pues que no se hubieran puesto a hacer semejante *performance* en nuestra casa, no te jode! Me parece estupendo que se hayan pasado un mes entero de *furcon* en *furcon* y que se hayan unido tanto que ahora no puedan vivir sin la cola peluda del otro, pero, para poner en práctica la creatividad sexual, que se vayan a un motel, como hacemos todas.

—¿Ah, sí? —preguntó Lara con curiosidad, y se limpió la boca con la servilleta.

—Es una forma de hablar, mujer.

Pellizqué un trozo de pan, rebañé la salsa y levanté la mano para llamar a la camarera. Solo me quedaba media hora antes de volver al trabajo.

—Claro, una forma de hablar... que no tiene nada que ver con Nolan.

Negué con la cabeza y pedí un tiramisú; Lara, una copa de helado y la cuenta.

—¿Vas a volver a quedar con él? —me preguntó Lara, cuando la camarera

empezó a alejarse.

—Mañana, ya te lo he dicho.

—No me refiero a Dani.

—Ah, ¿con Nolan? Pues... ni lo había pensado.

Y era cierto. El de Minnesota no había vuelto a aparecer ni por mi cabeza.

—Igual deberías cortar con él, si te estás planteando algo serio con Dani.

—Serio no, mujer. No nos desmadremos. De momento solo me estoy planteando algo. Que ya es mucho.

—Bueno, sea como sea, yo creo que deberías incluir la exclusividad dentro del planteamiento.

La observé con espanto, por mantener mi imagen de reina de hielo, más que nada.

—No me mires así. —Sonrió—. Los monógamos no somos tan mala gente, en serio.

—No sé yo... —bromeé.

Me tiró la servilleta riendo.

—¡No lo somos y punto! Cuando te nos unas, lo descubrirás.

—Estás tú dando mucho por sentado...

Nuestros postres llegaron, un par de billetes no regresaron y yo me afané en desviar la conversación, varias veces, entre bocado y bocado. Pero Larita, la cansina, solo asentía chuperreteando su cuchara. Me sonreía en los silencios y me lanzaba miraditas chispeantes.

—Porque sé que estás que no cagas con Asier, que, si no, pensaría que tratas de ligar conmigo.

—No seas tonta. Es que... estoy feliz por ti.

—Joder, mira que eres pesada.

—Es que nunca te he visto enamorada, ¿qué quieres que haga?

—Pues lo que sea, menos empezar a montarte películas empalagosas en tu cabecita.

—Imposible, os imagino tan ideales...

Resoplé y levanté el puño al cielo.

—A Dios pongo por testigo de que jamás te voy a volver a contar nada. ¡En mi puta vida!

—Claro, claro, eso me lo recuerdas cuando me des la invitación a vuestra boda.

—¿Nuestra boda? —Solté un par de carcajadas secas—. Deja de drogarte, hermosa.

Mi amiga me señaló con el dedo.

—Más te vale asimilarlo ya, nena. Te puedes hacer la remolona todo lo que te dé la gana, pero, al final, terminarás cayendo. —Bajó el dedo y se inclinó sobre la mesa para darme un pellizco en el moflete—. Alegra esa cara. No es nada malo, ¡al contrario! ¡Lo vuestro es jodidamente genial! Así que, cuanto antes soluciones lo de Nolan, mejor para todos.

—Para todos menos para mí, claro —dije enrocándome.

Ella suspiró.

—Vamos a ver, Nat, sé sincera: ¿te lo has estado tirando porque te gusta o por autodefensa?

—¿Cómo se puede tirar nadie a alguien por autodefensa?

—Pues escondiéndose en esa relación puramente sexual para ocultar la seriedad de los sentimientos por un tercero. Te pensabas que liándote con Nolan controlabas mejor lo de Dani, pero es mentira. Ya has visto que lo de Dani no tiene control ninguno.

—Eso es lo que no me explico..., lo que menos entiendo de todo... ¿Por qué coño es tan incontrolable?

—Una vez me dijiste que las cosas que no entendemos son las únicas especiales.

Era verdad. Me quedó estupenda la frase. Se la podía haber vendido a Mr. Wonderful y habérmela ahorrado con mi amiga. Como arma arrojadiza era demasiado peligrosa.

—Tengo que irme —farfullé.

Durante la tarde, dobla que te dobla, tuve tiempo para reflexionar sobre sus palabras. Lo cierto era que hacía ya muchos polvos que el entrenador no me divertía. Había seguido viéndole por pura cabezonería. Al margen de mis sentimientos hacia Dani, Nolan no debía tener espacio en mi vida. No me apetecía. No estaba a gusto a su lado. Seguramente porque arremetía contra mí misma cada vez que le buscaba. No esperé ni a salir de la tienda, le llamé en el mismo vestuario. Me dijo que estaba en Vallecas. Preferí no haber ido, pero yo soy de las que dan la cara cuando se marchan, no de las que se esconden detrás de un terminal... o de una carta de mierda.

59

GAME OVER

Llegué a su cueva tarde, cansada y con la incomodidad que siempre me rondaba la garganta cuando entraba en su territorio. El bar estaba casi vacío. Solo el señor calvo deambulaba cerca de la mesa de billar. Me señaló la puerta de la calavera al preguntarle por Nolan sin devolverme el saludo y sin mirarme siquiera.

El de Minnesota me esperaba en la trastienda. Su bolsa de deporte y su casco descansaban sobre el sofá del fondo, del que seguía asomando el muelle que reventamos en nuestra primera cita. El olor también seguía siendo el mismo que aquel día. Algo acre por la falta de ventilación y dulzón por el ambientador de mecha que había junto al equipo de música.

Sobre las cajas de madera que hacían las veces de mesita de café reposaban los restos de un menú de hamburguesería barata, un par de botellines vacíos y una toalla mojada. Prácticamente, aclararon mis sospechas: Nolan debía de vivir allí. Nunca me había hablado de su casa. Ni siquiera cuando le había preguntado directamente. Tampoco es que le hubiera dado importancia. Su vida no me interesaba. Él era para mí solo... como un trago de algo fuerte. Aguarda o ginebra de supermercado, que al final es lo mismo. Algo que solo me proporcionaba un colocón rápido y que dejaba más resaca de la que merecía. Algo tóxico. Eliminarle de mi vida era de primero de inteligencia emocional, no solo la consecuencia de mis sentimientos hacia Dani.

—Hola —dije, escueta, sin apartarme más de dos pasos de la puerta, que cerré a mi espalda.

Él estaba apoyado en las estanterías metálicas de la izquierda, luciendo una sonrisa adornada con hoyuelos y su mirada de sátrapa.

—Buenas noches, *honey*. ¿Me echabas de menos?

Se acarició la bragueta mientras me escaneaba. Se desabrochó el primer botón. Directo y obsceno. Como habían sido todas nuestras citas. No me excitó ni un poquito.

Su rollo macarra había perdido la magia morbosa. Me pareció envuelto en un disfraz. Y yo no compartía los gustos de Maiko. Negué con la cabeza,

convencida. Él frunció el ceño.

Me estudió durante unos segundos antes de volver a sonreír. Se debió de pensar que el juego esa noche iba de hacerme la estrecha hasta que él me sometiera. Se me acercó, sacando pecho, doblando ligeramente la espalda hacia atrás; me rodeó con pasos lentos, inclinándose para olerme. Hice todo lo pude para que no se me notara, pero empecé a sentir miedo.

—No quiero seguir con esto, Jacob —dije alto y claro.

Se detuvo frente a mí. Su párpado izquierdo tembló. Un nanosegundo. Como una especie de tic nervioso. Inspiró hondo, después chascó la lengua contra el paladar.

—No tienes permiso para utilizar mi nombre. Para ti soy Nolan. Recuérdalo.

—No hace falta. No vamos a volver a vernos.

Di un par de pasos hacia atrás, palpé la puerta a mi espalda y agarré el pomo. Él se abalanzó sobre mí; me sujetó los brazos.

—¿De verdad crees que te lo voy a consentir otra vez, criatura?

—¡Suéltame!

—Lo haré... —sonrió como un sádico— cuando me apetezca.

Pegó su cadera a mi cintura, inmovilizándome contra la madera con su metro ochenta y sus cuarenta años de experiencia. Mi ansiedad se disparó cuando una de sus manos se enroscó en mi cuello, dificultándome la respiración. Buscó mi boca con la suya mientras yo apretaba los labios y me resistía con todo el cuerpo. Me lamíó una mejilla, la nariz, intentó besarme... y le mordí.

Nolan se apartó gruñendo. Con la mano derecha, se palpó el labio inferior. Con la mano izquierda me arreó un bofetón que me propulsó contra el escritorio.

Mis rodillas se doblaron, mi cadera colapsó contra las patas, mi cabeza rebotó lateralmente sobre la superficie de la mesa; provocó un sonido hueco sobrecogedor.

Sentí un dolor insoportable en la oreja y un zumbido que iba creciendo en agudeza. Caí de culo contra el suelo y me encogí, protegiéndome la cara con los brazos. Lo último que vi antes de cerrar los ojos fueron sus botas de motero. Demasiado cerca.

Empecé a marearme. Noté que perdía el control sobre mi cuerpo. No podía respirar. Intenté recuperar el aliento, pero no funcionó. Ni entraba ni salía. Miré a Nolan, aterrorizada. Él ni se dio cuenta. Estaba ocupado en su labio mientras se movía en círculos y gritaba palabras que yo apenas escuchaba. Traté de

levantarme. El dolor de mi cabeza me hizo gemir.

Gracias a ese gemido, al grito que lo acompañó, el aire salió por fin de mis pulmones. Y detrás de él, una sucesión de chillidos, sollozos e insultos que atrajeron hasta el almacén al dueño del bar.

—¿Qué hostias pasa aquí?

—Nada. Agarra a esa puta. —El entrenador me señaló.

El hombre ni titubeó: se giró hacia mí.

Gracias a Dios, tuve la lucidez suficiente como para acordarme del *spray* de pimienta de Greta, sacarlo del bolso y vaciárselo en la cara.

Cuando empezó a retorcerse, como el puto gusano que era, lancé el bote vacío hacia Nolan y eché a correr sin dejar de llorar. De pura rabia. Indignada con que hubiera seres así en el mundo que se hacían llamar hombres, y conmigo misma por no haber reaccionado mejor.

Debería haber pensado que algo así podía pasar, debería haber acudido a la cita acompañada, no debería haber cerrado la puerta ni haberme colocado tan cerca de la mesa, debería haberle dado una patada en los cojones en vez de caerme como una pringada...

Pese a ser la víctima, me sentí tremendamente culpable.

Las lágrimas no pararon hasta que conseguí sentarme en el metro. Las repartí a la carrera por el nauseabundo bar, por las solitarias calles del casco viejo, y llegaron a colarse por las ventanillas de los taxis que no quisieron pararme.

Me acababan de agredir. No sangraba, pero el lado izquierdo de mi cara no dejaba lugar a las dudas. Estaba fuera de mí. Necesitaba ayuda. Y ni un solo taxista quiso hacer su trabajo y llevarme al hospital. Ni uno. ¡Hay que joderse!

Desde entonces, no he vuelto a solicitar los servicios de ese gremio. Luego le echarán la culpa a Cabify...

60

ACTA NON VERBA

El martes recibí dos mensajes inquietantes.

El primero fue de Asier. Me pilló saliendo del despacho; debían de ser poco más de las ocho.

Si mi mujer o Natalie se enteran de esto, me capan.

Así que más te vale hacerte el loco después de leerlo.

Hoy han comido juntas y te puedo confirmar que...

Mierda, viene Lara.

Luego te escribo.

No tuve que esforzarme por hacerme el loco, ya habían conseguido trastornarme entre todos. Le llamé en cuanto lo vi, pero no me cogió el teléfono. Conduje hasta mi casa con el runrún de la duda, que me acompañó en el ascensor, en la ducha y durante la cena.

Después de recoger la cocina, volví a llamarle. Tampoco me contestó. Mascullé un par de insultos compuestos, «cabrón intrigante» fue uno de ellos seguro, y me dirigí al dormitorio. Tenía sobre la mesilla y a medias *Ofrenda a la tormenta*. Bueno, pues ni con esas. Ni Dolores Redondo logró centrar mi atención. Apenas mal leí diez páginas. Salí de la cama y probé suerte con Netflix. Don Pablo me distrajo un par de horas. El pinche pendejo de Asier, malparido *hijoeputa*, no dio señales de vida.

Era ya de madrugada cuando recibí el segundo mensaje inquietante. De Nat.

No poder quedar mañana.

Perdón.

Ya llamaré.

Adiós.

Me incorporé en la cama, me froté los ojos y lo leí de nuevo. Seguía sin tener sentido. ¿Estaba colocada o qué? Pulsé sobre su contacto, pero me sirvió de poco. Estaba apagado. Regresé al chat.

Espero que estés de fiesta, hasta el culo de algo, y que por eso te haya dado por escribir en plan raro.

Si no puedes quedar, no pasa nada, pero ¿qué manera de decírmelo es esa?

¿Así tratas a tus amigos?

Tuve que obligarme a detener mis pulgares. Me fui cabreando según escribía. O preocupando, no lo sé: nunca he podido diferenciar esos dos sentimientos; solo me enfado con la gente que me importa.

Y, sí, Nat me importaba. Me importaba más que nada, joder. Tanto como para no querer ofenderla con reproches por WhatsApp.

Como para escribirse en una carta con la esperanza de que sirviera para olvidar otra que nunca debió recibir.

Como para haberle presentado a mi madre.

Me quedó de coña, todo muy casual y desenfadado, pero está claro que podía haberlo evitado. Cuando el portero me avisó de que Nat estaba en el portal, me habría bastado con haber bajado, pero preferí que subiera. Me pudieron las ganas de verlas juntas, de descubrir cómo se relacionarían..., solo por una especie de curiosidad... movida seguramente por sentimientos más profundos de lo que me había reconocido hasta entonces. La cuestión es que la escena fue un espectáculo. Me apeteció morir por combustión espontánea un par de veces, pero me fascinó. Congeniaban. Y eso me hacía feliz. Y no había más vueltas que darle.

Dormir aquella noche a su lado sin tocarla fue un suplicio. Necesitaba responder a su pregunta con mis manos, con mi lengua, con mi polla, con cada parte de mi cuerpo. Quería borrar con la incontestabilidad de un lenguaje primario cualquier rastro de duda que tuviera. Pero ella no era una pizarra, ni una pantalla, ni un cuaderno. No era un objeto. Era una mujer en plena batalla con sus demonios que no necesitaba un caballero andante para ganar, se bastaba de sobra ella sola. Yo estaría ahí para ayudarla siempre, pero jamás se lo impondría. No era necesario, ni era mi estilo.

Lo de la carta tampoco lo era, pero, en fin... No tengo defensa que argumentar.

Me declaro culpable de todos los cargos por cursilería. Se levanta la sesión.

Aquella madrugada del mensaje extraño hice lo mismo con mis pulgares, levantarlos, y solté el teléfono junto al libro. Decir que dormí fatal es quedarme muy corto.

El miércoles, a mediodía, me llegó la alerta de que el móvil de Nat estaba disponible. Me pilló conduciendo, y luego tenía una vistilla. Hasta después de comer no pude llamarla. Apagado de nuevo. Entré en WhatsApp y por lo menos me llevé una alegría. Había contestado.

Estaba hasta el culo de algo.

Perdona lo raro.

Y ya. No había más. Otra disculpa y una especie de explicación que me preocupaba todavía más. ¿Nat consumía drogas?

No puedo perdonarte, porque lo has vuelto a hacer.

¿Sigues bajo los efectos de ese «algo»?

¿De qué hablamos exactamente cuando nos referimos a «algo»?

¿Por qué has tenido que recurrir a ese «algo»?

Si no ha quedado claro, ESTOY PREOCUPADO.

Llámame, por favor.

Me respondió a media tarde.

Vale, pues no me perdones.

Sí, sigo chutada.

Nos referimos a algo con un nombre impronunciable e irreproducible, pero legal.

Tengo la receta si quieres comprobarlo.

Lo estoy tomando porque no me encuentro bien.

Te llamaré en cuanto mejore y te agradeceré, mucho, que entiendas

que necesito un poquito de espacio para recuperarme.

Siento que estés preocupado.

Y más no haber podido quedar contigo el miércoles.

Me costó entender su necesidad por falta de explicaciones, pero le di su espacio. Era suyo en realidad. Yo solo podía asaltarlo o esperar.

Eso ha estado mejor.

Ahora te encuentras un poquito más cerca de conseguir la expiación.

Que estás deseando, por mucho que te hagas la dura.

No necesito comprobar la receta, creo en tu palabra.

Espero que te mejores.

Y no es una frase hecha.

Lo espero de veras.

El tiempo que haga falta.

Solo hicieron falta un par de días: el sábado por la noche volvió a escribirme.

Gracias por creer en mi palabra.

Sin ironías ni dobles sentidos.

Gracias de verdad.

Cerré la puerta del piso, caminé por el pasillo y dejé en el armario los chismes de escalada. Entré en el cuarto de baño, vacié la mochila en la cesta de la ropa sucia, me dirigí al dormitorio y me descalcé. Nat seguía en línea. Me recosté sobre el edredón antes de empezar a escribir:

No me lo agradezcas; que crea en ti ha sido cosa tuya.

¿Sigues convaleciente o ya podemos vernos?

De momento, prefiero que sigamos con los mensajes.

Confía en mí, no te gustaría verme ahora mismo.

Esa frase solo me sugirió vanidad, no ningún tipo de recelo. Pensé que no quería presentarse delante de mí moqueando o con cara de haber pasado la noche junto al inodoro.

Te equivocas.

Me gustaría verte en cualquier circunstancia.

Y confiar..., lo estoy intentando, pero mi lado práctico me pide pruebas.

¿Me mandas una foto para asegurarme?

Lancé esa medio broma con la esperanza de provocar una sonrisa al otro lado... y de que fuera tomada en serio. Nat tardó en contestar.

Abandoné la aplicación y busqué la galería. Concretamente la carpeta. Su carpeta. Dios, era preciosa. Su mirada avispa, su sonrisa atrevida, ese mentón altivo... y, joder, sus tetas... Las mismas que rodeaban su dedo corazón erguido. Cómo las echaba de menos... Sentirlas llenando mis manos, hundir la cara entre ellas y respirar hondo antes de comérmelas sin tiempo, llenarme la boca con su carne prieta mientras ella repetía aquellos «Dani». Necesitaba sentirla así de cerca. Hundirme en ella. Morirme en ella...

El teléfono empezó a vibrar y su nombre apareció en la pantalla.

—No te voy a mandar una foto —dijo con voz somnolienta.

—Pensaba que solo ibas a comunicarte conmigo por mensaje.

—Era mi intención, pero me he tomado la mierda esa y ya no atino a escribir. En menos de diez minutos estaré crujida. Te lo advierto por si te dejo colgado.

—¿Colgado como el miércoles, te refieres?

—Joder, Dani... —Farfulló algo entre dientes que no pude entender por el sonido de la fricción de las sábanas. Debió de revolverse en su cama. Yo me acomodé en la mía, apoyando la espalda en el cabecero—. Ya te pedí perdón, ¿no?

—Sí, pero todavía no me has explicado qué te ha pasado exactamente.

—Es que estoy... avergonzada —susurró.

—¿Acabaste con las reservas de papel higiénico y tuviste que utilizar las cortinas del baño?

Su risa llenó la línea.

—Me acojo a la quinta enmienda. No voy a declarar contra mí misma.

—Ya te lo sacaré, no te preocupes. ¿Estás mejor entonces? —me limité a saber.

De momento.

—Un poco, sí. Mañana ya curro.

—Qué alegría, ¿no?

—Una fiesta. No quepo en mí de gozo.

Bostezó, y volví a escuchar el roce de las sábanas.

—Te estoy echando de menos —murmuró con la voz engolada.

—Creo que ya te ha hecho efecto el medicamento. —Sonreí—. Es el momento perfecto para interrogarte.

—Tengo que colgar. —Rio.

—Ni se te ocurra. Cuando te duermas, cuelgo yo. Primera pregunta. — Carraspeé y adopté un tono que parecía profesional—. ¿Cómo cojones pones a 320 al Ferrari F40 en el Assetto Corsa?

Ella rio más fuerte.

—Espero a que se calienten las ruedas y le doy caña al turbo. Lo combino con el TC en las curvas. No falla.

Me sorprendió que respondiera a la primera y me azuzó a seguir preguntando.

—¿Por qué repetiste conmigo en la boda?

—Uf, te odio —dijo entre risas.

—No me vale como respuesta.

—Porque me moría de ganas. No es muy detallada, pero no puedo darte otra. Estoy casi dormida, en serio.

—Vale, vale. La última: ¿dónde has guardado la carta?

CERCA DE MI CORAZÓN

El domingo repetí la rutina matutina de los últimos días: abrir los ojos, palpar la copa izquierda de mi sujetador, sonreír como una idiota, incorporarme y acordarme de los muertos de Jacob Nolan.

Encima, aquella mañana, para agravar la situación, me tocaba volver al curro. Con una capa de dos dedos de grosor de corrector sobre la cara y la moral por los suelos.

Encima me chupé una bronca de padre y muy señor mío por parte de mi coordinadora. Después del día de novillos, la baja me colocó directamente en la bandeja de no renovados. Por una parte me alegré. Que se metieran su empleo de mierda donde les cupiese. Pero, por otra, me quedaría sin fuente de ingresos en primavera. Más me valía empezar a buscar algo.

Me puse a ello ese mismo día, en el descanso de la mañana. Encendí el móvil, comenzó a pitar como el antirrobo de la tienda a final de mes, ignoré todos los avisos y entré en Google. Hice que revisaba el mercado laboral de mi ciudad, pero, en realidad, no conseguí concentrarme.

El golpe de Nolan había puesto en peligro el frágil equilibrio que estaba alcanzando. Todos los elementos positivos que había ido acumulando —la esperanza, la confianza, el amor— fueron encubiertos por sentimientos mucho más feos. La culpa, el odio y la vergüenza llegaron a silenciarme.

Cuando llegué al piso el miércoles, después de pasar la noche en observación y la mañana bajo exploración y tela de juicio, me encerré en mi habitación y tejí un puñado de excusas rápidas. Unos pañitos donde ahogar mis lágrimas sin tener que reconocer a mi entorno lo mal que me sentía.

Los envié cada uno a su destino. A mis compañeras de piso, el que decía que había pillado una bacteria altamente contagiosa e iba a pasar la cuarentena encerrada en mi habitación. A mi madre, el que justificaba mi ausencia por estar ocupada con Dani. A Lara, el del inventario en el trabajo. Con todos acerté con los diseños, ellas los aceptaron tan contentas y yo gané unos días de tranquilidad.

Al único al que no pude mentir fue a Dani. Pero tampoco pude contarle la

verdad. Me la guardé solo para mí, humillada, hasta que el sábado la dulce Greta me ayudó a darle voz.

Me escribió por la mañana, para saber cómo me había ido la semana. Decía encontrarse mejor, aunque yo todavía no sabía de qué había tenido que reponerse. Cerraba el mensaje pidiéndome hablar cara a cara. Justo cuando yo la tenía como un cromó...

Cavilé casi una hora. Se me ocurrieron mil formas de no hacerlo, de retrasarlo, de eludirlo... Pero tenía un par de ovarios, ¿no? Pues que se notaran, y no solo para doblarme como un papel cuando menstruaba. Si no podía sincerarme con mi mejor amiga, era mejor que diera la misión por concluida y regresara a mi planeta.

Hice un poco de trampa cuando preparé la escena, no quiero engañar a nadie. Bajé la persiana, encendí la lámpara de la mesilla y me coloqué un pelín escorada delante del portátil. Las sombras ocultaban la parte izquierda de mi cara. Cuando la de mi amiga apareció en la pantalla, me eché a llorar, tirando por tierra todas mis precauciones.

—¿Nat? Tía, casi no te veo... Y eso que se escucha... ¿son sollozos?

Sus ojos azules se pegaron al monitor y sus labios, perpetuamente pintados, trazaron una línea recta.

—¿Nat?

—Sí, sí, estoy aquí —farfullé—. Dame un minuto, porfa, ya me tranquilizo.

—Estás llorando —dijo despacio—. ¡Estás llorando! —Se apartó del monitor llevándose las manos a la cabeza—. Dios, dios... ¿Ha sido el Dani ese?

Agarré el bajo de mi camiseta, la froté con fuerza sobre mis ojos, cogí aire y me descubrí.

—No es por él. Él no ha hecho nada malo. Al contrario.

Greta me miró con fijeza unos segundos, se recolocó la melena castaña detrás de sus orejas multiperforadas y me pidió:

—Cuéntamelo todo.

Resoplé. ¿Por dónde empezar...?

—Me han agredido —solté sin filtro, y me sentí un poquito más ligera—. No ha sido grave. Solo una contusión.

—Acércate a la cámara, cariño. Déjame verlo.

En vez de acercarme, me puse de pie y subí la persiana. Le mostré a plena luz mi perfil izquierdo.

—¿Quién ha sido? —preguntó más seria de lo que la había visto nunca.

—¿Te acuerdas del tipo del bar de Vallecas?

—¿El de la moto?

Asentí con la cabeza.

—¿Cuándo te lo ha hecho?

—El martes por la noche.

—¿Le han detenido ya?

Tragué saliva.

—No le he denunciado.

Greta levantó las cejas y abrió la boca. Yo bajé la mirada. Preparándome para la charla que me esperaba. Pero no llegó.

—Te sientes culpable, ¿verdad? —me preguntó a cambio.

—Mucho —reconocí con la barbilla pegada al pecho—. Y no lo entiendo. Yo soy la víctima, no debería sentirme así..., pero no dejo de pensar que, en cierto modo, me lo he buscado. ¿Cómo no se me ocurrió que él podía reaccionar de forma violenta? ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Me doy vergüenza...

—Cariño, nada de lo que has hecho ha influido en lo que te ha ocurrido. Él te ha golpeado porque es un agresor, no porque tú no hayas puesto los medios para evitarlo. La culpa es solo suya, pero está todo demasiado reciente para que puedas darte cuenta.

—Sé que tienes razón —admití—. Y sé que el tiempo me hará volver a tomar la perspectiva correcta..., pero ahora mismo estoy demasiado dolida y cabreada. No sé qué hacer con todo este odio. —Me señalé el pecho.

—¿Y si lo canalizas para que ese desgraciado termine en la cárcel?

—No lo voy a conseguir. No tengo pruebas. Es mi palabra contra la suya. Además, no puedo demostrar que manteníamos relaciones sexuales. Se quedaría todo en un simple delito de lesiones. Como mucho, le harían pagar una multa de mierda. Me lo dejaron bien clarito en el hospital.

—¿Quién?

—El médico que hizo el informe.

—¿Y qué sabe ese de leyes?

—Pues algo sabrá, mujer. Por desgracia ha visto más casos como el mío.

—Claro, y eso le ha dado la autoridad para juzgar y declarar sentencias, ¿no? Seguro que hasta te aconsejó que, en adelante, evitaras las situaciones de riesgo.

—Algo parecido... ¡Como si no lo supiera! Casi se la lío. Te lo juro —le aseguré a mi amiga—. Porque ya estaba drogada, que, si no, le hubiera montado una buena.

—¿Te dolía mucho?

—Un poco. En caliente no era exagerado, pero me chutaron de lo lindo porque, por lo visto, estaba rozando la histeria.

—Bonita palabra —dijo con ironía—. La misma que llevan utilizando los misóginos del mundo décadas y décadas para calificar la exaltación emocional femenina.

—Freud hizo mucho daño —asentí.

—¿Cómo ibas a estar después de que una persona de confianza te pegara?

—De confianza nunca ha sido. Y fue solamente una bofetada.

—¿«Solamente»?

—No, no..., quiero decir...

—Estás quitándole importancia, cariño. Y no es bueno. No te va a ayudar a en nada...

Apreté los labios.

—Lo único que me hace falta es tiempo para dejar de sentirme humillada. Descansar y olvidar. Nada más.

—En cuanto terminemos, me pongo a buscar un vuelo —musitó, sin cambiar su rictus serio.

—¿Vas a venir? —pregunté ilusionada.

—No tenía pensado hacerlo hasta Navidad, porque estoy hasta arriba con el posgrado... —bajó la voz y miró a su espalda antes de añadir—: y porque con Clément está la cosa regular. Pero da igual. Me necesitas. Y yo necesito pasar esto contigo lo más cerca que pueda.

—Te quiero —le dije, conmovida—. Y precisamente por eso no voy a dejarte venir. Arregla tus cosas, céntrate en tu vida. Yo estaré bien, tranquila.

—Pero, Nat, esto es muy gordo para que te lo tragues sola...

—No lo es —dije, firme—. No voy a darle esa importancia. No debe tenerla. No puedo permitir que esto empañe todo lo que he ido consiguiendo. Me voy a reponer. Voy a volver a estar bien muy pronto. Te lo juro.

—No lo dudo, pero recuerda que bloquear y superar son dos cosas diferentes. Y que, si cambias de opinión, yo me planto en Madrid en un pestaño.

—Lo recordaré. —Sonreí—. Bueno ¿y tú qué? —Cambié de tema—. ¿Me vas a contar de una vez qué te ha pasado con Clément?

Greta volvió a mirar a su espalda, jugueteando con las pulseritas de su muñeca derecha.

—Está en casa y las paredes son de papel —musitó—. No quiero ponerle

sobre aviso. Dependo de él para solucionarlo...

—Pues cuéntamelo por escrito o por señas o como te salga de la seta, pero hazlo.

Se mordisqueó el labio inferior y se acercó a la pantalla.

—Se ha dedicado a comprar por internet con mi tarjeta de crédito.

—¿Qué?!

—Baja la voz.

—Baja tú el volumen de los altavoces.

—No puedo bajarlo más.

Blasfemé entre dientes y susurré:

—¿Cuánto?

Mi amiga me mostró cinco dedos.

—¿Quinientos pavos?!

Negó con la cabeza.

—Cinco mil.

DESTINO

Greta no me pudo explicar mucho más: el ladrón abrió la puerta del dormitorio, la avisó de que la comida ya estaba lista y mi amiga se despidió.

Tardé en digerir nuestra conversación toda la tarde y gran parte de la noche.

Inmersa en el proceso, y bajo los efectos del relajante muscular, se me ocurrió contestar a Dani. El «Creo en tu palabra» de su último mensaje se merecía, por lo menos, un agradecimiento. Al final, terminamos hablando.

Le llamé yo, porque me moría por escuchar su voz y porque mis dedos y el autocorrector decidieron dejar de entenderse. Le reconocí que me sentía avergonzada y él, una vez más, me dio una *master class* sobre su inagotable calma. Me dejó claro que estaba muy interesado en lo que me había ocurrido, pero no me presionó. Me terminó liando de mala manera con su piquito de oro, eso sí, y le revelé el escondite de su carta y hasta mis trucos del Asseto Corsa.

El resto ya lo conocéis: al día siguiente regresé al trabajo para ser informada de mi próxima no renovación. Y la vida siguió, porque ella no se detiene ante nada ni ante nadie, no sabe de tiempos de recuperación, de lutos ni de pausas: ella siempre continúa estés o no preparado.

A mí me pilló con las bragas en la mano, literalmente, cuatro días más tarde. Estaba ordenando por tallas un buen montón de lencería a eso de las once de la mañana, cuando un ligero aroma a sándalo me hizo levantar la cabeza del expositor.

Dani estaba allí. En la puta tienda. Oteando a izquierda y derecha, no precisamente en busca de rebajas. Y a mí, de repente, Madrid me pareció demasiado pequeño, un poblacho de mala muerte, una aldea insignificante donde era imposible esconderse. Y me agaché, pegando las rodillas al pecho, muy tentada de echarme a rodar y salir de allí haciendo la croqueta.

Hubiera dado lo que fuera por haber tenido el superpoder de Pepita Pulgarcita.

—¿Nat?

Su voz sonó a un paso. Deslicé la mirada por el suelo y descubrí unos zapatos lustrosos, las perneras de un pantalón gris de vestir, con la raya muy bien

planchada, un jersey granate de pico, el cuello de una camisa blanca asomando y una corbata moteada.

—¿Se te ha caído algo? —Sonrió.

«El alma al suelo cuando te he visto» era la respuesta, pero solo negué con la cabeza.

—¿Y, entonces, qué haces ahí?

—Pues... —Eché un vistazo rápido alrededor. Encontré zapatillas de andar por casa. Las señalé—. Estaba aquí, entretenida con las babuchas estas.

—Parecen majas —bromeó—, pero ¿qué haces con ellas?

—Pues hablar de nuestras cosas, claro. —Puse los ojos en blanco.

Él se carcajeó, tendiéndome la mano. Me incorporé.

—¿Qué tal te encuentras?

—Regular, pero se me pasará —le aseguré.

Me acarició los dedos. Mis ojos se cerraron. Cuánto había echado de menos su tacto...

—Natalia, no se permiten visitas personales en horario laboral.

Abrí los ojos, me reflejé un segundo en el verdor de Dani y tiré de su mano para que no contestara por mí.

—Gracias por recordármelo, meretriz —le dije a mi coordinadora.

—Me llamo Beatriz.

—Y yo, Natalie. Y, si me disculpas, me voy a tomar el descanso ahora.

—Solo tienes diez minutos.

—Claro, claro. Ni uno más. No te preocupes.

Ella no se fue muy satisfecha. No me extrañó; que te insulten en tu puta cara y no lo pilles del todo no es plato de buen gusto. Dani y yo salimos de la tienda por el almacén sin soltarnos las manos.

En el callejón donde se recibía la mercancía había una escalera metálica, por suerte, sin fumadores ocupándola. Con la puntera de las bailarinas aparté varias colillas pisadas y me senté.

—Ponte cómodo. Hasta dentro de media hora no pienso moverme de aquí.

Sonrió de medio lado y se sentó a mi derecha.

—Eres una quinqui. ¿Y si te despiden?

—Pues, mira, por lo menos pillo algo de indemnización. De todas formas me van a dar el finiquito en cuatro días.

—¿Y eso? —preguntó ceñudo.

—Por la baja —resumí, y traté de cambiar de tema—: ¿Cómo te ha dado por

venir?

—Me parece que es bastante evidente... —Descendió la mirada hasta nuestras manos—. Tenía un hueco libre entre dos reuniones y he pensado que podía aprovecharlo para comprarte las bragas que te debo. He entrado en una tienda al azar y, mira tú por donde, estabas en la sección de lencería.

Me reí.

—Qué casualidades tiene la vida, ¿no?

—Algunos lo llaman destino.

El tono era de broma; los dos sonreíamos cómodos y distendidos, pero el peso de su frase terminó cayendo sobre nosotros. Todo se volvió más grave. Los cláxones de los coches que se escuchaban de fondo, el sonido del viento callejando, las voces de los transeúntes, nuestras respiraciones...

—Estaba preocupado —murmuró—. Me he enterado de que le has dicho a Lara que la semana pasada estuviste haciendo inventario.

—Ya..., es que... no quería que supiese que no me encontraba bien. Es muy cansina cuando quiere.

—Entiendo. —Asintió—. Y te agradezco que hayas compartido conmigo la verdad.

—No te mereces menos —musité.

Apretó mis dedos y yo los entrelacé con los suyos. No quería que me volviera a soltar. Nunca.

—Dani, me gustaría que supieras que... —Inspiré hondo. Dispuesta a pronunciar las palabras que jamás pensé que volvería a dedicarle a ningún hombre. Dispuesta a ser valiente y, además, a parecerlo. Dispuesta a poner fin a dos años de un duelo que había valido más que el muerto—. Yo... —Sonreí.

Ambos contuvimos el aire unos segundos. La puerta que teníamos a nuestra espalda se abrió de par en par.

—Natalia, ya han pasado los diez minutos.

—Mira, guapa, ¿por qué no te metes el cronómetro por el...?

Dani se abalanzó sobre mi boca para callarme con un beso. Fuerte, intenso y sentido, pero demasiado corto. Se levantó, acto seguido, y tiró de mi mano.

—Llámame cuando salgas, ¿vale? —Me acarició la barbilla. Se inclinó sobre mi frente, con otro beso en la punta de los labios, me fue a apartar el flequillo para dejarlo sobre mi piel, pero no llegó a hacerlo. Se quedó inmóvil—. ¿Qué cojones te ha...?

—Tengo que entrar —dije pegando un bote hacia atrás.

Me desligué de su mano, me re Coloqué el pelo para ocultar los restos del hematoma, sorteé a la pedorra de mi coordinadora y no dejé de acelerar hasta que oí el sonido de la puerta cerrarse.

63

POR SU CULPA

Dani y yo hablamos esa noche. Y también la siguiente. Y la posterior a esa. Y, poco a poco, lo establecimos como una rutina. Tan relajante y necesaria como hidratarse con mimo la piel antes de acostarte o comer bombones mientras ves el último capítulo de tu serie favorita.

¿Sabéis qué fue lo mejor de aquellas charlas? Que ni una sola vez me preguntó sobre el cardenal de mi frente. Ni una. Lo peor fue que tuvimos siempre un teléfono de por medio: ese fin de semana se marchó de escapada a Londres con su amigo Sergio.

El lunes no pude quedar yo, porque me tocó revisión con el dentista, que me dejó la boca muy limpia, y también inservible. Ni hablar pudimos. Eso sí, chateamos hasta pasada la una de la madrugada.

El martes me tocó librar e ir a comer a casa de mis padres. No me apetecía, pero no pude negarme. Por suerte, las dos semanas que habían pasado desde la agresión habían disimulado mi herida: ya solo era un manchurrón amarillento prácticamente invisible. No se apreciaba ni por fuera ni por dentro, el dolor que había causado no era más que un eco sordo, amortiguado por los latidos cada vez más seguros de mi corazón.

Mi madre se dio cuenta de que dentro de mí sonaba un compás distinto en el primer abrazo. Vi la alegría impresa en su cara, reflejando la mía, pero no comentó nada. Ya me pillaría a solas.

Debía de ser sobre las seis cuando mi hermana, la segunda, que fue la última en llegar, colocó sobre la mesa una tarta de chocolate y frambuesa. Mi preferida. El salón estaba tan atestado que dudé que las veintiséis velas pudieran encenderse. Habría jurado que no había oxígeno suficiente.

—¡Venga, chicos! —gritó mi padre—. Cumpleaaaaaños feliz, cumpleaaaaaños feliz...

Me tapé las orejas con dos servilletas. Qué berridos, la Virgen. En mi familia había de todo menos oído musical.

—¡Pide un deseo ya, enana! —gritó mi hermano, el mayor.

—Que te mueras, ¿vale? —gruñí.

—¡Natalie! —gritó mi abuela.

Y entre voz y voz, me llené los pulmones de aire y soplé con todas mis fuerzas. Lo único que deseé fue más tiempo, todo el que la vida pudiera darme para seguir disfrutándolos. Cómo se hacían querer, los jodíos.

No se lo reconocí, claro. Una tiene una imagen que proteger.

Los besé mucho, eso sí. Les agradecí un millón de veces que se hubieran molestado en acudir y que trajeran las manos vacías. Que respetaran mi rechazo a los regalos de cumpleaños era el presente más grande que podían hacerme.

Mi abuela fue la única que se pasó por el arco del triunfo mis manías y me entregó, con la discreción de un camello desconfiado, un monedero de ganchillo con cien euros dentro. Me emocioné un montón. No porque la combinación de colores fuera un horror, que lo era, sino porque la yaya tenía artrosis, cataratas y una paga que daba risa. Aquello no era un regalo, era un tesoro.

—Jo, te has pasado —musité, agarrada a su cuello suave que olía tan bien a lavanda.

—Eres mi preferida, ya lo sabes. —Sonreí, porque nos decía a todos lo mismo—. Cómprate unos zapatos bonitos y sal a bailar. Así conocí yo a tu abuelo. Con tu edad ya había parido a tu tía y estaba embarazada de tu padre.

—Pues parece que se ha hecho tarde...

Me fui despidiendo de todos, me cargué como una burra con los restos del banquete, le repetí a mi hermana, la pequeña, que no pensaba ir con ella al tugurio del barrio y a mi padre que no hacía falta que me llevara y me marché.

Lo primero que hice nada más alcanzar la calle fue revisar el móvil.

Sin noticias de Dani.

Me dirigí un poco cabizbaja hacia la parada del metro. Había recibido felicitaciones hasta de compañeros del colegio que ya ni recordaba, pero no de él.

Salí del metro en Chueca cerca de las ocho. Era noche cerrada y hacía un frío de mil demonios. Los dedos se me entumecieron en el trayecto hasta mi calle, por culpa del invierno adelantado y del peso de las bolsas. Tuve que apoyarlas en la acera a dos pasos del portal porque ya se me hacían insoportables.

—¿Puedo ayudarte?

Sonreí, levantando la cabeza.

—Mis manos te lo agradecerán eternamente.

Sus ojos verdes también me sonrieron, mientras se encargaba de acarrear los *tuppers*.

—Joder, ¿llevas un cadáver descuartizado aquí dentro?

—En una bolsa. En la otra están las palas y el hormigón armado. Tengo intención de emparedarlo en el sótano.

—La albañilería no es lo mío, pero, si quieres, te echo un cable.

—Claro que quiero.

Su sonrisa se hizo enorme. Tanto como mis ganas de comérmelo a besos.

Cuando llegamos al piso le ofrecí algo de beber —iba aprendiendo—, pero él lo rechazó.

—Mejor nos lo tomamos por ahí. ¿Necesitas cambiarte?

Le miré de arriba abajo. Vaqueros oscuros, camisa clara, cazadora molona. Y yo en chándal...

—Me parece que sí.

—Venga, pues hazlo tranquila. Yo me encargo de guardar esto en la nevera.

No lo vio ni venir. Me lancé tan rápido a sus brazos que casi le tiré de espaldas. Besé su cuello, sus mejillas peludas, y se echó a reír.

—Si llego a saber que las tareas domésticas te ponen tanto, hubiera descubierto antes mis habilidades.

—El único que me pone eres tú. —Rocé sus labios.

Él abrió la boca y me devoró sin remilgos.

Me demostró con su beso que sus ganas y las mías eran las mismas. Nuestras lenguas lo dijeron sin palabras. Nuestros cuerpos se rindieron, o ganaron, quién lo sabe, qué importa... Fue tan de verdad que no hubo preguntas que pudieran cuestionarlo.

Nos movimos por la habitación, abrazándonos cada vez más fuerte, perdiendo el equilibrio por la necesidad de mezclarnos como lo hacían nuestros jadeos, nuestras salivas, nuestras pieles enfebrecidas. Mi espalda terminó contra el armario, mis caderas buscaron las suyas, su mano derecha soltó mi nuca y se agarró a mi pecho. Apretó con un gemido que repicó en mi boca. Volvió a hundir los dedos y sonrió de oreja a oreja. Luego se apartó.

—Así que la guardabas literalmente cerca de tu corazón...

Noté cómo el fuego uterino ascendía por mi cuerpo directo hasta mis orejas.

—Pues sí..., y se me está clavando en el canalillo. Déjame que la saque.

Negó con la cabeza y me besó despacio. Y después me besó de nuevo. Y una vez más. Deslizó sus manos por mis axilas y me elevó para darme el último beso sobre el corazón antes de soltarme.

—No quiero que la saques de ahí. Es lo justo. Tú ya te has metido en el mío.

—Acarició mi frente y un destello de alivio brilló en sus ojos—. Casi ha desaparecido... —Asentí convencida. Ya apenas quedaba rastro de Nolan en mí

—. ¿Estás recuperada, entonces?

—Estoy bien. —Sonreí—. Y es culpa tuya.

Alzó las cejas.

—¿Y estas confesiones tan espontáneas, Natalie?

—Es lo que hay. —Me encogí de hombros—. Me ha costado demasiado asimilarlo como para irlo negando. Quizá lo estampe en una camiseta: «Sonrío así por su puta culpa»

—Pídeme otra. —Rio—. Y una carcasa para el iPhone.

Me puse de puntillas y me acerqué a su boca.

—¿Alguna cosa más?

—Luego... Primero tenemos que celebrar tu cumpleaños. —Me besó con la ternura puesta en los labios—. Feliz día, preciosa.

Y vaya si lo fue. De los más felices de mi vida.

EL RETORNO

Faltaban unos minutos para las nueve cuando salimos del piso. Bajamos los tres tramos de escalera agarrados de la mano y caminamos hasta el parking de la plaza de Pedro Zerolo. El Porsche estaba estacionado en una de las primeras plazas. Esperé junto a él mientras Dani pagaba, me quité el abrigo y tiré un poco del dobladillo de mi vestido. Solo conseguí que me cubriera una tercera parte del muslo. Pero no os preocupéis, era imposible que se me vieran las bragas..., ya imaginaréis por qué... Tenía las mangas muy largas, para compensar, un discreto escote redondo y un tejido que no dejaba margen al engaño. Solo mi *push-up* trampeaba el conjunto.

Escuché unos silbidos a mi espalda.

—¡Hermosura! ¡Eso es un cuerpo y no el de la Guardia Civil!

Me giré y el señor, por no llamarle prejubilado, volvió a silbarme.

—Si me compro un Lamborghini ¿te vienes conmigo?

—Contigo, carcamal, ni aunque te compres el Batmóvil con todos los extras.

La risa de Dani se escuchó a pocos pasos.

—Hale, buen hombre, ya ha hecho el ridículo lo suficiente. —Se detuvo a mi lado—. Puede recogerse del suelo y marcharse cuando quiera.

Entonces me reí yo.

—¿Son cómodos tus zapatos?

Di media vuelta, extrañada con su pregunta.

—Más o menos, ¿por? No me digas que tenemos que andar mucho.

Negó con la cabeza y me agarró la mano derecha. Centró la mirada en mis ojos y luego la bajó hasta mis dedos. Los extendió con cuidado. Me acarició el anular. Dejé de respirar.

Él sonrió con confianza y deslizó por mis nudillos un aro plateado. Me quedaba supergrande, pero me pareció perfecto.

—Dani... —musité con emoción—. ¿Lo has pensado bien? Esto es algo demasiado serio...

Su sonrisa se extendió.

—Para mí, desde luego, es algo importante, como una especie de símbolo..., pero estoy tranquilo. Lo tengo asegurado a todo riesgo sin franquicia.

Me carcajeé y le pegué un puñetazo flojito en el hombro.

—Conduzco de puta madre, a ver qué te piensas.

—Venga, demuéstramelo.

Apreté el llavero y asentí convencida. Después le di un morreo de campeonato, le endosé mi abrigo y el bolso y corrí hasta la puerta del conductor. ¡Qué momentazo! ¡¡Iba a conducir un deportivo!!

—¡Lo voy a poner a doscientos!

Mierda, eso lo había dicho en voz alta.

Dani se frotó la frente antes de entrar en el coche.

—Bueno, tampoco nos calentemos, que esto no es el Asseto Corsa.

—Era un decir... —Carraspeé.

Me senté y busqué alrededor la palanquita para acercarme al volante. Él se inclinó sobre mí y metió una mano entre mis piernas.

—¿Me das los zapatos?

—A ver en qué quedamos... En mi casa me dices que primero vamos a celebrar mi cumpleaños ¿y ahora te lo quieres montar en el parking...? Que no es que me opongá —me apresuré a añadir—, pero ¿no sería mejor que volviéramos?

—Cada vez tengo más ganas, no te lo niego —Rio. Y me acarició los muslos sin disimulo—. Pero sigo pensando que va a ser mejor después. Lo de descalzarte es para que puedas conducir a gusto. Pásamelos. Te ajusto el asiento.

—Ah, bueno, si es por eso... —musité algo decepcionada; le di los *stiletto*s y el asiento se deslizó. El volante quedó a un par de palmos de mi torso. Su antebrazo, justo encima de mi vagina—. Por el amor de Dios, Dani... O sacas de ahí la mano o me la metes de una vez...

Sus carcajadas no eran la reacción que yo esperaba, aunque le hicieron multiplicar por mil su atractivo.

—Ayúdame con los retrovisores, anda. Y no te rías más, me haces cosquillas por dentro.

Dani apartó el brazo, pero no la mirada de mi cara. Pequeñas chispitas de luz ultrabrillante aclararon el verde de sus ojos.

—Van tres confesiones en una hora. —Sonrió—. Dosificámelas un poco, por favor: estoy en una edad delicada.

Negué con energía.

—Coge aire, abogado, va la cuarta... Lo único delicado que hay en ti es tu manera de tratar a la gente. La edad nunca te hará mella; al contrario, te hará más fuerte. Tienes esa clase de espíritu. El de los luchadores.

Soltó todo el aire por la nariz y se mordió el labio inferior.

—Me lo estás poniendo demasiado difícil. No puedo contestarte a eso solo con palabras.

Levanté las cejas un par de veces

—Genial. ¿A mi casa entonces?

—Te quedarías sin conducir...

Arranqué en cuestión de nanosegundos.

—¿Adónde te llevo, bombón?

—De momento vamos a intentar salir del parking, no sé si el ticket habrá caducado... Luego dirígete a Gran Vía mientras piensas seriamente en el riesgo de utilizar apelativos gastronómicos, bizcochito.

Fingí una arcada abrochándome el cinturón, él hizo lo propio con el suyo y conduje con cuidado hasta la barrera del parking. El ticket todavía era válido, cumplió su función. Metí primera, solté el embrague, aceleré y el coche perdió fuerza y empezó a descender.

—Se te ha calado.

—No me digas... —mascullé.

Y repetí la maniobra. Arranque, embrague, primera, vamos que nos vamos..., plop.

—Joder, otra vez... —gruñí.

Y volví a arrancar, y conseguí que el coche se moviera, y cuando estaba a punto de alcanzar la rampa, se bajó la barrera.

—Puto karma del carajo... Ahora vengo.

Accioné el freno de mano, caminé descalza hasta la garita, me dieron otro ticket para salir, lo metí en el cacharro, me senté, cerré la puerta de un portazo y me puse el cinturón.

Dani pegó la espalda al asiento, se cruzó de brazos y se llevó una mano a la boca, inútilmente, porque seguía viendo en sus ojos que se estaba descojonando.

—Ni media palabra sobre esto.

—Nada, nada..., solo... ¿De verdad tienes carnet?

Bufé.

—Mira, no te atizo porque no quiero que se me baje la barrera de las narices.

Pisé el pedal hasta que las revoluciones subieron a tres mil, miré al frente y

solté el embrague. El coche salió encabritado. Recorrió la mitad de la rampa prácticamente de un brinco. Me hice con él casi alcanzando la calle, pero no frené: no quería por nada del mundo que se me volviera a parar. Antes muerta que pardilla. Salí con tal ímpetu que me salté el ceda el paso y el vehículo que apareció por la derecha tuvo que clavarse en el asfalto. Me llevé no sé cuántos pitidos e insultos, pero no se me caló.

—¡Ole mi pepe!

Dani se frotó la cara y farfulló algo sobre su madre contra sus manos.

—¿A Gran Vía habías dicho?

Asintió.

—Dirección Princesa. Luego, Cuesta de san Vicente, M-30 y A-1.

—¿Me lo vas a dejar en autopista? —pregunté totalmente emocionada.

—Esa era la idea... No me hagas arrepentirme.

Le di mi palabra y, en un semáforo en rojo, mi móvil.

—¿Me haces una foto, porfa? Que se vea bien el volante...

La colgué en Instagram poco después con el *hashtag*:

«#HelloBitchesTheFuckingQueenHasComeBack».

65

EL VERBO COMPARTIDO

No sé quién disfrutó más, si Natalie conduciendo o yo viéndola conducir. El entusiasmo que le puso a algo tan prosaico como el manejo de un vehículo era digno de admirar. Solo pueden transmitirlo las personas que están llenas de pasión, las que están tan vivas que construyen el mundo bajo sus pies y no solo se limitan a recorrer un camino. La vi tan entera, tan feliz, por mi culpa, que crecí. Al mismo ritmo que mis sentimientos por ella.

—Tienes que desviarte en la siguiente salida.

—¿Ya? —Hizo un mohín.

—Si no tomas alcohol, te lo dejo a la vuelta.

—Me lo pienso... ¿Esta salida?

—Sí. Ve hasta la rotonda y luego hacia la avenida de la Ermita.

—¿Al Silk and Soya?

—¿Hay algún garito que no te conozcas?

—Seguramente, pero porque no merecen la pena.

Aparcamos minutos después. Muy cerca de la parada de autobús que hay en la puerta del edificio.

Natalie deslizó hacia atrás el asiento y le pasé sus zapatos. Se los calzó con mucho estilo, abrió la puerta y me guiñó un ojo antes de estirar sus piernas de infarto y salir del coche. Cuando alcanzó la acera, ya la estaba esperando apoyado en el coche. La agarré por la cintura y la apreté contra mí.

Le comí la boca, deslicé las manos por sus costados, los pulgares por su torso, me incorporé sin dejar de jugar con su lengua y nos di la vuelta. Empujé con todo el cuerpo, doblando las rodillas; el suyo quedó atrapado entre la carrocería del Porsche y mi necesidad de explicarle lo mucho que me afectaba.

Una de sus manos arañó mi cuero cabelludo, la otra se abrió hueco palpando mi abdomen, directa a mi erección. Gemimos juntos cuando me la rodeó con los dedos.

—Estamos en la calle... —le advertí. Y solo conseguí excitarla más—. En la parada hay niños esperando...

—Peores cosas se ven por la tele.

—No vamos a poder terminar antes de que vengan a detenernos.

Echó la cabeza atrás, meditó un segundo y me soltó.

—Es verdad. Y ya tengo antecedentes por escándalo público.

Alcé las cejas.

—Ah, ¿sí?

—Solo un par...

—¿Solo?

—Sí, ¿qué pasa? —Me empujó en el pecho y se incorporó.

—Pasa que estoy saliendo con una delincuente reincidente. —Me reí—. Y tiene su punto, no te creas...

Se estiró el vestido, se recolocó las copas del sujetador y levantó la barbilla.

—Claro que lo tiene. Y no estamos saliendo, abogado.

—Ya... —La empujé de la cintura con cuidado hacia un lado y abrí la puerta del coche. Saqué su abrigo y su bolso—. Hasta donde yo sé, salir con alguien es dedicarle tu tiempo, hacer cosas juntos, compartir experiencias, conocerse..., todo de forma continuada, entablando una relación estrecha y sexualmente activa que...

—Que sí, que vale... —gruñó. Se puso el abrigo y se lo cruzó sobre el pecho—. Tienes razón. Para ti la perra gorda. ¿Cenamos de una puta vez?

Sonreí apretando los labios.

—Si me lo pides así..., ¿cómo negarme?

Diez minutos después, ya sentados a la mesa —justo la de la esquina, junto a un ventanal y a una figura de un dios hindú—, me reconoció que también tenía antecedentes por resistencia a la autoridad.

—Mira, eso ya me extraña menos.

—Me pilló la Lomce en la universidad. Fue lo menos que pude hacer por el futuro de la educación pública.

—Yo fui a privada.

—Te pega todo —asintió—. Y no me parece mal, que conste. Yo lo que quiero es que mis hijos tengan la oportunidad de estudiar, donde sea.

—¿Quieres ser madre?

Se sorprendió por mi pregunta; me pareció como si rebobinara en la conversación.

—Lo de «mis hijos» era un decir.

—Lo he supuesto. —Sonreí.

—Pero, aun así, quieres saberlo...

—Claro.

Me recosté en el respaldo de la silla. Ella se revolvió a mi derecha, sobre el tapizado de su banco.

—La verdad es que... sí me gustaría. Me molan los niños. Dan por el saco, como todo el mundo sabe, pero son auténticos..., energía pura..., no sé. —Rio entre dientes—. Me molan en general, y ya está. Pero la historia es que yo no me veo... ni de madre ni de nada. Sigo sin poder proyectar. —Me miró a los ojos—. Gracias a ti he dado un salto enorme, pero no soy capaz de visualizar dónde está el final o qué hay al otro lado.

La observé perplejo, alternando la atención de uno de sus ojos al otro.

—¿Has dicho un salto?

—Sí, eso he dicho, ¿por?

—Porque, con la de palabras que hay en el mundo, has ido a elegir una que para mí tiene un significado muy especial.

Sonrió muy satisfecha.

—¿Por eso me la nombraste la noche del cementerio?

—Me parece increíble que te acuerdes...

—A mí también, no te creas: pensaba que no tener neuronas afectaba a la memoria.

—Una persona no puede no tener neuronas.

—En tu planeta... En el mío sí.

El *maître* interrumpió nuestras risas. Pedimos unos platos para compartir y una botella de vino, que yo apenas probé. Alguien tenía que conducir a la vuelta, y no era fácil arrebatársela a Nat. Acabó con ella antes de los postres. Y pidió un licor para acompañar su bizcocho de té *matcha*. Y un cóctel en vez de café. A más de uno he visto tocado con una cantidad de alcohol similar. Y a ella ni se le trababa la lengua. Solo estaba muy relajada. Debió de ser por eso por lo que me preguntó sin rodeos después de un breve silencio:

—Bueno, ¿y qué? ¿Sigues viéndote con Amelia?

Sonreí de medio lado y asentí.

—Pero no he vuelto a acostarme con ella, si es lo que preguntabas en realidad.

—Un poco sí —admitió antes de darle otro sorbo a su copa.

—¿Tú qué tal con tu «amigo»? —Se atragantó y tosió con fuerza—. ¿Estás bien?

Movió arriba y abajo la mano y la cabeza.

—Se me ha ido por otro lado. —Carraspeó—. ¿Te has terminado el café?
—¿Esa va a ser tu respuesta?
—No —rezongó—. Es que no hay nada que contar. Ya no vamos a vernos más. En la puta vida.
Fruncí el ceño. Se había puesto demasiado seria de repente.
—¿Habéis terminado mal?
Apretó los labios y cruzó los brazos sobre el pecho.
—No quiero hablar del tema. Hoy por lo menos...
Asentí.
—Está bien. Voy a pedir la cuenta.
Cuando salimos del restaurante, Nat aún no había separado los brazos de su torso. La sombra de la sospecha empezó a llenar de elucubraciones mi cabeza, pero no las exterioricé. Era su día, y quería que fuera especial.
—¿Dónde vamos ahora? —me preguntó casi llegando a la parada de autobús.
—Donde te apetezca.
—Entonces, a tu casa. ¿Te importa conducir?
—Claro que no.
Entramos en el coche, ajusté el asiento y los retrovisores y le pedí:
—¿Me puedes pasar las gafas? Están en la guantera.
—¿Desde cuándo usas tú gaf...? Anda... ¿Y esto?
Alzó en su mano unos folios atados con un lazo verde.
—Tu regalo de cumpleaños. —Sonreí—. Ya sé que no te entusiasman, pero tal vez este consiga que cambies de opinión.
—Pero, Dani... —dijo con emoción.
—Ábrelo.
—No puedo. —Se rio—. ¡Me tiemblan las manos! Ay, joder... —Negó con la cabeza y acarició el lazo—. Tenía que ser verde...
—Es mi color preferido —me excusé.
Me miró a los ojos.
—Creo que el mío también.
No entendí nada, aunque no me entretuve en preguntar: necesitaba que lo abriera.
—Venga. —Señalé los folios—. Estoy deseando ver tu cara.
Sonrió con confianza y deshizo el nudo. Desplegó los papeles... y su sonrisa se perdió. Se puso pálida de pronto.
—Madre mía... —musitó, justo antes de echarse a llorar.

66

ROSA

Poneos en mi lugar, por favor. Conozco a un tipo, me enamoro hasta la médula de él, paso veinte meses viviendo en una mentira, me abandona, me rompo en pedazos, me reconstruyo como puedo y me blindo para no volver a perder; me cruzo con un hombre, de los de verdad, conectamos, nos desconectamos y volvemos a conectar, él se empeña en seguir hacia delante, yo no quiero porque va a suponer tener que mirar hacia atrás, su calma me enseña que mis deseos no son órdenes para el corazón, pierdo mis defensas, me rebelo, no me sirve de nada, me asomo al precipicio, no puedo saltar, me adentro en el bosque oscuro donde habitan mis demonios y consigo salir usando su luz como faro, me confundo, me harto, me lleno de valentía y gano, mi victoria plasmada con letra regular y sincera, completo la falta de rúbrica de la carta con mi total aceptación, puedo hacerlo, lo estoy haciendo, adiós al miedo, el hola al amor es silenciado por una agresión, no dejo que signifique nada, ya nadie va a poder conmigo, he vencido a mi peor enemigo, el espacio que ha dejado libre en mi interior pienso llenarlo de amor del bueno, el que tengo delante, el que ha envuelto con una cinta verde esperanza el mejor regalo de la historia.

Me eché a llorar por no desmayarme, qué queréis que os diga.

—Madre mía... —repetí, y el hipo sacudió mi pecho—. Joder... Esto es... —Y venga lágrimas. Y las manos de Dani frotando mis hombros, mi pelo, atrayéndome hacia su pecho—. Gracias... —Hundí la cara en su camisa e inspiré hondo—. Muchas gracias, de verdad. —Levanté la cabeza, deslicé la mano debajo de mi nariz y me carcajeé—. Necesito un pañuelo.

—¿Llevas en el bolso?

Asentí, y él estiró el brazo para rescatarlo del asiento trasero.

Necesité dos pañuelos, en realidad. Y otro par de minutos para tranquilizarme, luego me recosté de lado y busqué sus manos. Se las apreté con fuerza.

—Muchísimas gracias.

—No me las des.

—Tengo que hacerlo. —Alcé las cejas—. Quiero repetirlo hasta que me quede

afónica. Lo gritaría por la ventanilla ahora mismo. «¡Este hombre es lo puto mejor, que se entere todo el mundo!». —Dani sonrió—. Lo eres. No sabes lo feliz que me has hecho.

—Esa era la idea.

Acarició con los pulgares los dorsos de mis manos y bajó la mirada. Me pareció algo tímido de repente. Quise hacerme un hueco en su regazo y comérmelo hasta que amaneciera.

—Nunca he tenido tantas ganas de hacer feliz a alguien. —Levantó la vista y recorrió toda mi cara con ella—. Y lo he conseguido... Me siento enorme.

Reí, porque la alegría se me escapaba de dentro, tiré de su mano y la puse sobre mi tórax. Mi corazón latía a todo trapo debajo de nuestros dedos.

—Se me va a salir del pecho, Dani.

Apretó su frente contra la mía y la copa del *push-up* crujió con su movimiento.

—Imposible. Tiene la carta encima.

Y no hubo verdad más grande que esa. Sus sentimientos serían el sustento de los míos, la garantía de que es imposible perder cuando se está recibiendo tanto. Lo supe. Y también me hice más grande, más sabia... Por fin estaba aprendiendo lo que era el amor sano, el que suma, el que merece la pena.

Dani besó mis labios, mi nariz y mi frente, estrechó la unión de nuestras manos un segundo y me soltó para arrancar el coche.

—No me aguanto las ganas... —murmuró girando el volante.

Yo palpité, abrochándome el cinturón de seguridad, y sonreí al ver los billetes sobre el salpicadero.

—Greta lo va a flipar... ¿Te importa que la llame?

—Para nada.

Agarré el móvil y marqué su contacto con rapidez.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi amiga—. No te habrás puesto a leer la carta de Jaime otra vez... Esta mañana estabas bien, ¿te ha dado el bajón a última hora?

—Qué va. —Miré de soslayo a Dani—. No me han dejado.

—¿Estás todavía con tu familia?

—No, estoy en un Porsche. Que he conducido hace un rato, por cierto. Y no veas cómo mola. Luego subiré la foto al *Insta*...

—¿Estás con Dani y me llamas? Eso es que ha ido mal. No te preocupes, cariño. Yo sigo al teléfono hasta que llegues a casa.

—Que no... —Puse los ojos en blanco—. Está todo bien, en serio. Muy bien.

—Le volví a mirar—. Te llamo porque necesito que me digas cuándo te viene mejor que vaya a verte.

—¿Vas a venir?!

—Me acaban de regalar los billetes.

—¡¡¿Qué?!! ¡¡Ese tío es mi héroe!!!

—Y el mío. —Sonreí, y me sentí tan ñoña que me giré un poquito en el asiento, dirigiendo la vista hacia la ventanilla—. Ya te lo contaré todo en París... Joder..., ¡en París, Greta! ¡En París! ¡Que voy para allá!

Las dos chillamos. Yo, en modo contención, apretando los dientes y los puños, y mi amiga, a pulmón abierto.

—¡¡Que vienes!! ¡¡Que vienes!! ¡Qué fuerte! ¡¡No me lo creo!!! ¡Te voy a llevar a mil sitios!

—¡A la tumba de Jim Morrison lo primero!

—No, por Dios, adonde sea, menos a un cementerio.

—¡Pues a Pigalle!

—Uf... Recuerda la última vez que estuvimos juntas en un *sex shop*...

—Es verdad, mejor pasamos. No quiero verte amenazar nunca más a nadie con un pollón de acero.

—Normal, donde esté el látex...

Nos reímos con ganas. Nuestros primeros vibradores los encargamos juntas, y aunque siempre los usamos por separado, sabíamos de buena tinta lo satisfechas que estuvimos con la compra. Jaime se deshizo del mío. Lo tiró por la ventana, literalmente, el día que me pilló usándolo; luego me folló como un loco y se me pasó el disgusto. El de Greta fue interceptado por su madre y utilizado en su contra durante años.

—Ya sé qué te voy a llevar de regalo. —Sonreí.

—El regalo es que vengas tú, no hace falta que traigas nada. Aunque lo que estás pensando no me vendría mal...

—¿Clemént no te da matraca?

—No se la doy yo a él, porque sigo cabreadísima, pero estoy por cambiar de estrategia. Así perdemos los dos.

—Aguanta, hermana. Estoy ahí ya mismo con refuerzos. ¿De qué color lo quieres?

—Rosa.

—Arg, mira que eres moñas.

—Es del único color que quiero la vida.

Sonreí con ternura. Mi dulce Greta, la soñadora.

—Venga, pues rosa.

Se le escapó una risotada.

—¿Eres consciente de que Dani está escuchando esta conversación?

—Eh... —Miré de soslayo y él levantó el pulgar—. Sí, me lo acaba de confirmar. —Reí—. Damos muchas voces, es normal. Perdona... —le dije a Dani—. ¿Te importa poner música un segundito?

Asintió y golpeó el volante con los pulgares.

—Déjalo, cariño. Mañana hablamos. Disfruta de lo que queda de tu día.

—Eso te lo aseguro.

—Te quiero.

—Y yo a ti. Millones.

Colgué, cerré los ojos y apreté el móvil contra el pecho. Iba a verla. Por fin iba a reencontrarme con mi amiga del alma... Gracias a Dani. Giré la cabeza y le miré. Su postura relajada, su gesto sereno, su boca alegre, sus diestras manos. Estiró la derecha y yo no dudé en aceptarla. Fue entonces cuando me di cuenta de que lo que sonaba a través de los altavoces era *She*. Su voz acompañó a la de Elvis Costello, grave y armoniosa. Su tacto me explicó a base de caricias pausadas que yo era ella.

«She may be the mirror of my dreams,

the smile reflected in a stream.

She may not be what she may seem inside her shell.

She who always seems so happy and proud,

whose eyes can be so private and so proud,

no one's allow to see them when they cry.

She may be the love that can and hope to last,

may come to me from shadows of the past,

that I remember till the day I die».

Nunca nadie me había cantado. A mí. Para mí. No apartó la mirada de la

carretera, no me lo dijo, ni lo insinuó siquiera, pero me la dedicó, descubriéndome tal cual era: una mujer venida de las sombras del pasado, que puede parecer feliz y orgullosa, que se esconde cuando llora por ese mismo orgullo y que no es lo que simula ser dentro de su concha. También me cantó lo que era para él: el espejo de sus sueños, la sonrisa reflejada en una corriente de agua, el amor que puede y espera durar, lo que recordará hasta el día que muera. Y yo supe, agarrada de su mano, que nuestro salto ya no tenía vuelta atrás. Ni la quería.

67

OTRO APUNTE

Escuchar *Sbe* sin cerrar los ojos me ha sido imposible desde aquel día.

CON LOS CINCO SENTIDOS

Se me hizo cortísimo el trayecto hasta su casa, como me suele pasar siempre con las cosas que me gustan. En el trabajo nunca se me ha hecho corto nada, ni en la cola del banco, ni en el ginecólogo, pero con Dani los minutos se convertían en aleteos de colibrí, tan rápidos que era imposible contarlos.

—¿Veis lo cursi que me pongo? Pues lo de hoy no es nada. Aquella noche hubiera sido capaz de mear mermelada, os lo juro.

Tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no suspirar cada vez que me miraba, temblaba con cada uno de sus roces, sentía un vuelco en el estómago cuando pensaba en los billetes de avión, en su carta, no paraba de sonreír ideando formas de devolverle con creces lo mucho que me estaba regalando.

—¿Vas a pasar o te vas a quedar ahí, riéndote sola?

—Eh...

Enfoqué la mirada y le vi sujetándome la puerta del piso. Una mueca a medio camino de la diversión y la estupefacción estaba impresa en su cara.

—¿Que si vas a pasar o...?

—Sí, perdona. Estoy agilipollada. —Atravesé el recibidor, directa a la escalera de madera.

—¿Y eso?

—Pues... no sé. —Colgué mi abrigo y dejé sobre el escritorio el bolso de mano—. Supongo que es por falta de uso. Tengo mi lado sentimental oxidado.

—A mí no me lo parece. —Se dirigió al armario del pasillo, se deshizo de su cazadora y cerró la puerta. Señaló la de la habitación con la cabeza—. ¿Vienes?

Asentí y me separé del escritorio. Caminé con pasos lentos, porque mis rodillas no eran estables. La mirada de Dani me cosquilleaba por todas partes. Su sonrisa fue cambiando; la diversión se transformó en deseo y más tarde en una promesa. Me iba a hacer el amor. Y yo iba a hacérselo a él. Aquello era nuevo, aunque nosotros no lo fuéramos. Sentí un virginal nerviosismo que no me gustó. No era lo mío. Por suerte Dani también se deshizo de él cuando le di alcance y me agaché para descalzarme.

—No te los quites. —Alcé la vista y su sonrisa se convirtió en pecado puro—. No dejo de pensar en follarte desde atrás y que lo único que vea cuando mire hacia abajo sean tus manos agarradas a tus tobillos y esos zapatos.

No mojé las bragas porque no las llevaba puestas.

—Oye..., si insistes...

Me hizo un gesto con la mano para que pasara primero y yo no pasé: paseé delante de él, contoneando las caderas todo lo que dieron de sí. No se molestó ni en cerrar la puerta del dormitorio; me agarró y se pegó a mi espalda a un par de pasos de la cama.

Sus manos no subieron ni bajaron de mi cintura, su boca no pasó de mi cuello, pero su entrepierna, firme y hambrienta, se encargó de humedecer mis muslos. La sentía sobre mis nalgas, entre ellas, pujando por abrirse paso entre la ropa y llenarme entera. Con su primer gemido eché las manos atrás. La izquierda se enganchó a su culo, sin intención alguna de soltarse. La derecha se deslizó entre nuestros cuerpos y apretó con ansia.

—Otra vez —murmuró junto a mi oído.

Volví a apretar y me mordió el lóbulo.

—Más fuerte.

Hiné las uñas en el tejido vaquero, su frente se hundió en mi cuello, jadeó sobre mi piel. Froté su erección, arriba y abajo, con la palma de la mano. Las suyas me hicieron girar y su boca consiguió descontrolarme con sus besos entregados. Tan vivos y prometedores como el dueño.

No tardé nada en empezar a desnudarle. Me incomodaba su camisa, ya no me parecía ni bonita, la odiaba. Tiré de la tela con afán para sacársela del pantalón y después me encargué de los botones; él me ayudó con los puños, la deslizamos por sus hombros y no quisimos saber más de ella. Yo no podía centrarme en nada más que en su tacto. Tocarle era lo único que ocupaba mis sentidos. Hasta me aparté de su boca. Necesitaba mirar lo que acariciaban mis manos. Sus hombros redondos, sus clavículas angulosas, el valle de su pecho salpicado de un vello suave que descendía por su abdomen terso y circundaba su ombligo... Lo rodeé con la yema de los dedos y seguí recorriendo su camino hacia el centro de sus oblicuos, esa bendita V en cuyo vértice me esperaba lo que me faltaba dentro. El resto ya lo había ocupado él.

Alcé la mirada y me encontré con sus ojos, pendientes de mí, confiados y brillantes.

—Sigue —me dijo con una sonrisa.

Y yo seguí. Palpé hasta que encontré la hebilla de su cinturón, y la desmonté en dos movimientos sin pestañear. Su sonrisa se volvió orgullosa. La mía también. Desabroché uno, dos, tres botones y metí la mano dentro de sus *baxers*. Se me cerraron los ojos.

—Dios, qué dura...

—Mírame —jadeó.

—No puedo... Un segundo. —Rodeé su erección y gemí con los dientes apretados—. Dios, me encanta...

Tiró de mi mentón hacia arriba y abrí los ojos.

—Me corro en tu mano si vuelves a hacerme eso... —Sonrió.

—Pues ve preparándote. —Agité el puño con brío.

—Ah... —gimió, seco; me agarró la muñeca y me detuvo—. Despacio... — Con la mano libre se bajó a turnos los pantalones, descubriendo sus caderas—. Más fuerte y más despacio... —Soltó mi muñeca para cubrir mi puño. Nos movimos sobre su miembro. Los dos gemimos—. Así, joder..., así.

Ambos miramos hacia abajo; el gesto era lento, pero en los nudillos blanquecinos se evidenciaba el inmenso deseo, las ganas de sentirlo tanto como pudiéramos.

Ambos nos humedecimos, condensando en fluidos una emoción que no podía materializarse de ninguna otra manera. Lo único que hacían allí nuestros cuerpos era facilitarnos el medio.

Ambos pensamos que el tacto y la vista estaban satisfechos, pero podíamos ofrecerle mucho más al gusto.

Me relamí cuando le miré. Él me besó y me pidió:

—En tu boca.

Qué poco me demoré... Solo lo justo para acariciarle el pecho y el abdomen. Después me agaché, la dirigí hacia mi cara y besé la punta. Su suavidad me volvió loca. Acaricié con los labios toda la circunferencia y rescaté de ellos su sabor. Salado y caliente. Él movió nuestras manos, frotó su carne sobre mi boca y me soltó. Se rindió, dejando caer sus brazos a ambos lados del cuerpo y la cabeza hacia atrás. Me di un festín. Se la comí como si fuera la única manera de mantenerme con vida. Le devoré tanto como quise. Lamí, mordí, chupé y sentí cómo me saciaba, sin una sola caricia por su parte. Me llené solo dando. Me llené de él.

—Shhh... Shhh... —siseó, sujetando mi cabeza—. Despacio... No quiero terminar aún.

Deslicé su erección todo lo lento que pude hasta el fondo de mi garganta y, al mismo ritmo, la saqué de mi boca. Repartí la saliva arriba y abajo con caricias pausadas y prietas. Él agarró mi mano y la pegó a su abdomen. La base de su tronco rozó mis labios. También la besé. Y más abajo, en la piel suave que cubría sus testículos. Dani me sonrió antes de morderse el labio.

—Joder, qué bien...

Jugué con ellos, con la lengua, observando cuánto disfrutaba de lo que le hacía.

—¿Te gusta esto?

—Contigo me gusta todo.

Tiró de mi mano, arriba y abajo, enterró su miembro en mi boca y gruñó un «la puta gloria» que me revolvió entera.

Antes de que pudiera dar orden a mis emociones, me levantó del suelo y me besó con necesidad. Con una profunda, vívida y sincera necesidad. Una de sus manos se enganchó a mi nuca, la otra se perdió entre mis piernas.

—No llevas nada... —gimió—. Y me entero ahora... —Sonrió contra la comisura de mis labios—. Avísame a la próxima.

—¿Quién dice que vaya a haber próxima? —reí.

Pellizcó mi monte de Venus y deslizó la yema del dedo corazón entre mis pliegues.

—Lo digo yo.

Y lo hizo con tal seguridad que pensé que era una idea estupenda lo de no volver a usar bragas. En la vida. Quería darle acceso libre para que me hiciera justo eso cuando quisiera. Que me lo hiciera así de bien. Con mimo sobre mi clítoris, húmedo, suave y constante y con inclemencia dentro de mi sexo, duro y jadeante.

—Dios..., cómo me pone ese sonido —gemí abriendo más las piernas.

—¿Este?

Su mano se movió más deprisa, dentro y fuera, dentro y fuera, acompañando el eco acuoso de sus dedos penetrándome con el sonido seco de su palma chocando contra mis labios mayores. Mi cuerpo se volvió laxo. Tuvo que bajar la mano de mi nuca hasta el centro de mi espalda para sujetarme. Mi postura se combaba con cada envite. Lo sentí llegar, acalambándome las piernas, entumeciendo mis manos...

—No, así no... Contigo —rogué. Y Dani paró. Despacio. Muy poco a poco—. Te quiero dentro.

Me enderecé para buscar su boca y su miembro, que palpité en mi mano antes

de dirigirlo hacia mi sexo. Él inspiró de golpe, adelantó las caderas y me besó.

Cuando expelió el aire, llenó la habitación de una armonía articulada en un gemido largo y honesto. Tan grave, tan hondo, que el oído se convirtió en el único sentido que tener en cuenta. Las ondas que empezaron a correr por mis venas estallaron en millones de decibelios cuando le escuché decir:

—Yo te quiero a ti, de cualquier manera.

Me penetró, quebrando la última vocal y mi serenidad. Se hundió en mi cuerpo. Hasta el fondo. Con un golpe de voz. Su miembro solo daba realidad al resto.

Me sostuve en su cuello para levantar la pierna derecha y engancharla a su cintura. Dani asió mi muslo y me acercó, y me alejó, y volvió a acercarme. Nuestras miradas se apagaron un segundo para asimilar la profundidad, la intensidad, cada centímetro en movimiento. Cuando abrimos los ojos, cuando me reflejé en el verde de los suyos, sentí que aquello iba a durar para siempre, aunque se acabara en ese mismo instante.

—Dímelo otra vez —le pedí, acariciando el nacimiento de su pelo, su barba, su boca.

—¿Que te quiero? —Sonrió—. ¿Cómo no iba a quererte? —Besó la yema de mis dedos antes de levantarme a pulso. Trencé las piernas en su espalda, devolviéndole la sonrisa. Caminó un par de pasos, hasta que noté la cómoda bajo mis nalgas. Sus manos invadieron los límites de mi vestido para acariciar mi cintura. Me penetró y me besó de la misma manera, con alma—. Para mí no hay nadie mejor que tú... ni lo habrá. Eres... la puta ama. —Rio, tan cerca de mi boca que hizo temblar a mis labios. Me mordí el inferior con saña. No quería llorar por nada del mundo, pero me lo estaba poniendo complicado. Me emocionaba su franqueza.

—¿La puta ama? —Adelanté las caderas, por pura necesidad. Gemí desde las entrañas.

Él se incorporó, clavándose en lo más hondo de mi sexo. Me acarició con la mirada todo el cuerpo.

—La... —salió muy despacio, recreándose— puta... —sonrió y me penetró de un solo golpe— ama.

Creo que grité. No lo recuerdo. Se me cerraron los ojos, se me taponaron los oídos, se me secó la boca, mis manos se agarraron a la inerte cómoda y su olor, su delicioso aroma a sándalo, lo invadió todo. Se hizo dueño de todo. Me envolvió entera.

Dani echó atrás las caderas, llevándose gran parte de la esencia; fue entonces

cuando percibí la nuestra propia, la que nacía de la unión de nuestros cuerpos, del sudor limpio de nuestras pieles, nuestra fragancia, el único perfume que quería llevar puesto cada vez que me acostara.

Me solté de la cómoda para agarrarme a él, a sus hombros, acercándole hacia mí todo lo que pude. Me cobijé en su cuello, inspiré hondo, le acaricié con la nariz, sintiendo sus latidos bajo mis labios. Le besé, lamí su piel hasta el valle de su hombro y le mordí con hambre, embriagada. Porque me separó tirando de mi barbilla, si no, me lo hubiera comido.

Me dirigió hacia su boca y me devolvió el mordisco acompañado de un envite seco, y otro, y otro más; soltó mi labio antes del cuarto. Me tuve que apoyar en sus hombros para estirarme un poco cuando llegó. Me llenó entera.

—Ahora me toca a mí, ¿no?

—¿Qué?

Se apartó unos centímetros.

—Mira mi cuello.

Descendí la vista hasta donde habían estado mis dientes: ahora quedaba una roja y violácea prueba de ello.

—Mierda... Ha sido sin querer.

—No te mientas. Lo has hecho porque querías hacerlo. Y ya van dos. Y yo también quiero.

—En el cuello no. —Me lo cubrí con una mano—. Últimamente me agobia llevarlo tapado, y no quiero tener que dar explicaciones.

Me retiró la mano y me empujó un poquito hacia atrás. Pegó los muslos a la cómoda para evitar que rompiéramos nuestro contacto. Miró un segundo ese punto, los dos palpitamos, se hundió unos centímetros más dentro y levantó la vista. Muy despacio.

—¿Qué haces vestida todavía? —Sonrió.

Me encogí de hombros.

—Tú sabrás.

Enganchó las manos en el rollo que había terminado siendo el bajo de mi vestido, acariciándome con la punta de los dedos la cintura. Lo deslizó fuera de mi cuerpo y lo lanzó hacia un lado. No había bajado los brazos cuando su mano derecha desabrochó mi sujetador.

—Espera. —Me lo sostuve con los codos a los costados para sacar la carta de la copa.

La dejé en una esquina de la cómoda, le miré de reojo y separé los codos,

dejando caer el *push-up*, y un poquito también mis tetas.

Dani me acarició la izquierda y me la apretó con la palma de la mano; su pulgar resbaló por la piel maltratada por las esquinas del papel. Negó con la cabeza.

—Tienes que buscar otro sitio donde guardarla.

—Ese es su sitio.

—No si te hace daño. —Se inclinó sobre mi pecho para besar cada marca—. Si quieres tener un recuerdo mío justo aquí, se me ocurre algo mejor.

Me miró desde abajo, con una pequeña sonrisa, antes de colocar los labios sobre mi piel.

—Ah, Dani...

Sentí el pellizco de la presión que ejerció para hacerme el chupetón, cómo se arremolinaba la sangre luchando por alcanzar la superficie, el calor de su lengua, absorbiendo. Me soltó, provocando un sonido similar al de un chasquido. Se apartó para observar el resultado.

—¿Estás contento? —Sonreí, porque yo sí que lo estaba.

Me gustó ver algo hecho por él en mi piel, que formara parte de mí también así.

Dani también sonrió, solo él supo por qué; besó su marca, mi esternón y mi boca y me estrechó entre sus brazos, acoplando del todo nuestros cuerpos.

—Estoy feliz. —Volvió a besarme. Y a moverse. Y a moverme a mí con él—. Contigo lo soy.

—Y yo contigo.

Esa verdad salió de mi corazón sin prisa, se despidió del pasado, cerró la herida con cuidado y dejó atrás solo una cicatriz, no más puertas. Puede que sea fea para algunos, pero para mí es una fuente de orgullo. Es el recordatorio de que sobreviví. Como dicen por ahí, es señal de que fui más fuerte que lo que me hizo daño.

Contradiendo al maestro Sabina, esa noche aprendí que el amor de verdad ni mata ni muere. Es justo lo contrario. Es lo que alumbra. Es la esperanza reflejada en sus ojos verdes. Es sentirte eterna en su abrazo. Es tener la certeza de que si hoy fuera el último día, habría valido la pena. Saberte llena. Segura. Viva.

—Dani... —gemí, poniéndole nombre al culpable.

Cruzó los brazos en mi espalda y aceleró sus movimientos.

—Estoy aquí.

—Lo sé.

Igual que supe que no hablábamos del lugar, sino del compromiso que

estábamos adquiriendo.

SU NÚMERO PREFERIDO

—Estoy aquí —repetí, supongo que para terminar de creérmelo.

Me sentía allí, pero fuera de mí. Enorme ante las circunstancias y pequeño frente a las emociones. Seguro de mis sentimientos, y confundido por haberlos soltado tan a las bravas. No es fácil decir «te quiero». Fue ella quien lo convirtió en sencillo. ¿Cómo no iba a quererla?

La abracé más fuerte, enterrándome en su cuerpo todo lo que pude. Acaricié su espalda, sus caderas, sus muslos, me agarré a sus rodillas y le hice abrir más las piernas. Necesitaba entrar más dentro. Todo lo que me permitieran la física y ella.

—Para..., para...

Nat se revolvió a mi alrededor y se alejó

—¿Por qué? ¿Dónde vas? —Sonreí sujetándola de la cintura.

—No quiero correrme. Sola no.

—Voy a tardar todavía un rato.

O toda la vida. Según mi contador de energía, podría seguir follando hasta el final de los tiempos. Con ella.

—Prefiero esperarte. Todavía no les hemos dado uso a los tacones... —Sonrió.

—Eso tiene fácil solución.

La levanté por la cintura, la separé de la cómoda un par de pasos y la dejé en el suelo. Salí de su interior para que giráramos, encarando la cama. Empujé sus lumbares, se dobló como una bisagra perfectamente engrasada y se agarró a los tobillos. Tuve que contener cada movimiento. Temía que terminara empotrada contra el canapé. Pero fue glorioso. Abierto. Hondo. Sensual como su cuerpo.

—Apoya las manos en el colchón —le pedí, guiado por la necesidad de arremeter con desenfreno.

Su cuerpo dibujó un ángulo agudo y estable... y me desaté. Aceleré las caderas, más, más, más, empujé con todo el deseo, lo sudé, lo hundí en su sexo...

—Dios, Dani... ¡Dios!

Se apretó en torno a mi miembro.

—Shhh, shhh, espera, espera. —Me incorporé—. Date la vuelta.

Se acostó sobre la espalda. Tuve que tocármela o reventaba. Qué visión. Qué mujer. ¿Qué hacía fuera de ella?

Me coloqué entre sus muslos de rodillas, me froté con su humedad, la penetré con rapidez y volví a salir, y a frotarme; ella se retorció mientras gemía. Me rocé con insistencia, de arriba abajo, de abajo arriba, repartiendo la humedad por todas sus hendiduras. Nat alzó la pelvis, desviando mi dureza hacia una zona morbosa y apretada que me moría de ganas de descubrir. Empujé con tiento. Ella no tuvo tanta consideración.

—Hostia... —jadeé, al notar me a mitad del camino en un solo movimiento.

—Sigue, sigue...

Sentí su necesidad. Y la mía. Precisaba ocupar hasta el último rincón de su cuerpo. No dejar nada para mañana. Hacerlo a lo grande. Con ella. De todas las maneras posibles.

Me dejé caer sobre su cuerpo y la penetré hasta la base. Me moví con cuidado, haciendo uso de todo mi autocontrol, limitado por la falta de humedad. Salí, le lubriqué con saliva y volví a entrar en su delicioso culo, con mucha más suavidad. Gemí antes de lamerle los labios y balancearme, más, más, más... Su espalda se arqueó.

—Dios, Dani... ¿Cómo puedes hacerlo tan bien...?

La estrechez y su extasiada expresión me sacudieron. Soltaron todas las precauciones y los frenos. Aceleré el movimiento, tirando de sus caderas, comiéndole la boca, con el morbo rodeando mi polla y sus manos arañando mi espalda.

Nuestros gritos se mezclaron, nuestras frentes se unieron, nos dejamos ir. Todo lo lejos que quisimos llegar. No hubo fronteras, solo placer compartido.

—Dani... Me corro.

Me apoyé sobre un codo y busqué su mano, apremiando a mis caderas.

—Venga, salta..., yo te sujeto.

Ella se agarró a mi mano y saltó. Estalló bajo mi cuerpo. Yo la acompañé un segundo después. Os prometo que pensé que nunca más volvería a tocar el suelo.

—Natalie... —Salí y me derramé sobre su sexo—. Joder..., me matas.

—Tú me das la vida —musitó.

Enfoqué su rostro; tenía los ojos cerrados y una plácida sonrisa en los labios. Y supe que quería dársela. Mi vida entera.

Me incorporé sin haber perdido un ápice de energía. Mi erección había decaído, pero no mi ánimo. Me sentía invencible. Fui al cuarto de baño y regresé limpio,

con una toalla humedecida para Nat. Seguía sobre el edredón con los ojos cerrados.

—Eh —murmuré—. No te habrás dormido.

—Qué va. —Sonrió.

Me incliné y froté el tejido entre sus piernas, por su pubis y la parte baja de su vientre. Cuando me incorporé me dedicó una mirada de agradecimiento que no comprendí. No me debía nada. Su presencia en mi vida excedía a cualquier pago.

—Lo que has dicho antes... —Se apoyó sobre los codos y miró a mi espalda—. Justo después de que te chupara la polla...

Sonreí. Me hizo gracia que no tuviera reparos en usar expresiones de porno gratuito y sí en utilizar un verbo tan popular como «querer». Todos queremos algo. Y yo la quería a ella. No había de qué avergonzarse.

—Ya sé a qué te refieres —dije, para ponérselo un poco más fácil—. ¿Qué pasa con eso?

—Nada. —Se encogió de hombros—. Me ha gustado saberlo. —Sonrió—. Muchísimo. Pero... quizá tú esperas...

—No.

Negué con la cabeza, abandoné la toalla en el suelo y palmeé su muslo para que me dejara sitio. Se deslizó sobre la espalda hasta que su cabeza reposó sobre la almohada. Me tumbé a su lado.

—¿No? —Se giró para mirarme de frente, con la duda frunciendo sus cejas.

—No. No espero nada más que esto. —La agarré de la cintura y la atraje hacia mi cuerpo—. Que sigas cerca... Nada más.

Desvió la mirada y me acarició los antebrazos, los bíceps, los hombros... Joder, cómo me gustaba que me tocara así, como si no pudiera evitarlo.

—Yo quiero estar cerca, Dani. —«Quiero». La sonrisa se me llenó de orgullo—. Me hace feliz estar cerca de ti. No sabes cuánto...

—A mí también.

Centró la vista en mis ojos y me devolvió la sonrisa.

—Me lo dijiste en tu carta. Y tengo que darte las gracias por eso. Me recordaste que, además de muchas otras cosas, también puedo ser la morada de alguien, su lugar en el mundo.

—Tú puedes ser lo que te dé la real gana. —Apreté su cintura—. Tú sí. Y por eso, y por muchas otras cosas más, te quiero. No hay gracias que valgan.

—La Virgen. —Rio—. Es tremenda...

—¿Qué? —Reí con ella.

—¡La facilidad que tienes, joder! Lo sueltas ahí, hala, venga, y te quedas tan ancho. —Levantó las cejas—. Te admiro, en serio.

Parpadeé.

—Pues a ti tampoco se te da mal. «Admirar» es una palabra muy grande.

—Como lo que siento por ti.

Enrojeció hasta las orejas, se revolvió sobre el edredón y se metió debajo. Me carcajeé.

—Deja de reírte y pasa. —Sonrió tirando de la funda—. Nos ha quedado pendiente mi número favorito. ¿O ya no te acuerdas del camping...?

—Me acuerdo de todo. —Me deslicé bajo el edredón—. Pero pensaba que utilizar el influjo sexual para desviar conversaciones era una estrategia muy baja.

—Era para sacar información, no para desviar nada. —Levantó una ceja—. Yo también me acuerdo de todo.

Esa era la Nat que admiraba yo, la altiva, la que creía tener siempre la última palabra, la mía.

—Cuando me dijiste esa frase sonaba Sia. *Cheap Thrills*. —Acaricié su barbilla—. Pediste ron con Sprite y yo, agua. Olías a Dior. Y a ti. Y a ganas... Imaginé al menos tres rincones donde follarte mientras cerrabas los ojos.

—Joder, qué imaginación... Y qué memoria.

—Contigo es así. No se me olvida. —Sonreí—. Podría decirte qué llevabas puesto el día que nos conocimos, cuántos golpes de muñeca necesitaste para inundar de tabasco los chupitos, el número de veces que te corriste... Lo recuerdo todo.

—¿Por qué no volviste al puto camping? —Enredó las manos en mi nuca, acercándose hacia ella.

—Porque no me trataste bien —dije sin acritud—. Tampoco mal... Fue... que no me diste importancia.

—No quise dártela a propósito.

—Eso es muy distinto. Ahora me siento gilipollas por no haber vuelto. Y agradecido a Lara y a Asier por habernos invitado a la boda.

—Es de coña. —Sonrió.

—¿El qué?

—Que tú estés tan unido a Asier. Que seamos todos tan amigos...

—A Sergio no le parece tan ideal.

—¿Está celosón porque él no tiene pareja?

—Está un poco tonto, pero no es porque quiera emparejarse. Es un puto *hippie*.

—Reí—. Alma libre, amor libre y todas esas cosas...

—Torres más altas han caído, te lo digo yo. Si me lo llegan a advertir hace unos meses, las risas se habrían escuchado en Marte y..., ya ves, aquí estamos...

—A mí no se me ocurre un sitio mejor.

—A mí tampoco. —Estrechó nuestro abrazo y sonrió con picardía al notar cómo mi erección despertaba—. Debes de estar de broma... ¿Todavía te quedan ganas después de todo lo que hemos hecho?

Adelanté las caderas y negué con la cabeza.

—Esa pregunta es retórica. Yo siempre tengo ganas de hacerte el amor.

—El amor y otras cosas menos románticas...

—¿Qué cosas? —Contuve una sonrisa.

—Hombre, pues, por ejemplo, lo que me has hecho al final.

—No sé a qué te refieres.

—Joder, Dani... —Resopló—. ¿Con la buena memoria que tienes no te acuerdas de que acabas de darme por el...?

—Pero con amor. —Sonreí.

Ella se carcajeó, y yo me perdí en su risa, en su boca, entre sus piernas..., y el mundo por fin tuvo sentido.

EL DIFÍCIL ARTE DE HABLAR DE ESPINAS SIN PINCHARSE

Dani siguió queriéndome mucho durante gran parte de la noche. No mostraba signos de cansancio ni de que su repertorio fuera a agotarse. Me dio amor del bueno sobre todas las superficies de su dormitorio y yo no se lo devolví: me lo guardé con celo y, a cambio, me entregué entera. Sin miedo. Fuimos héroes.

Me di cuenta de madrugada, cuando miré alrededor después del último orgasmo y paladeé nuestro triunfo. Me supo dulce y fuerte, como el mejor licor añejado. Toda la habitación olía a sexo; las sábanas estaban tibias y suaves; mi cuerpo, hinchado, receptivo y más vivo que nunca, no parecía caber en aquel cuarto. Entendí de lo que hablaba cuando decía sentirse enorme. Ese estado de plenitud no tenía otro nombre. Enorme. Tan grande como él. Mi libertador. El que había tumbado mis murallas sin dejar rastro de polvo ni heridos a su paso. El que me había devuelto la fe. Con el que mejor y «más yo» me había sentido nunca. Si eso no era amor, que bajara Dios y lo viera.

—Jaime no tenía razón. —Pensé en voz alta.

Me asusté un poco al oírme expresar mis pensamientos. Tener flojo el muelle del filtro es un problema. Dani se revolvió a mi izquierda y me preguntó:

—¿Jaime era tu pareja?

Asentí mirando al techo.

—Es pasado, nada más. No tenía que haberle nombrado.

—Hombre, que te acuerdes de él cuando todavía tienes algo mío corriendo entre las piernas no es muy agradable. —Me giré y le dediqué una mueca de disculpa. Él sonrió un pelín—. Te vuelves irresistible cuando haces mohínes. Pórtate, estoy tratando de ponerme serio. —Me acarició la frente, apartando mi flequillo, y fijó la mirada en mis ojos—. ¿En qué no tenía razón?

Me encogí de hombros.

—En nada.

Frunció los labios.

—Natalie... Si me lo mientas en la cama, por lo menos dame algo para atenuarlo.

—No, no. —Le agarré de los costados—. Que no tenía razón en nada. Ni puta idea de nada. Él no sabía lo que era amar de verdad.

Dejó caer los párpados antes de dibujar una sonrisa.

—Joder, cómo me ha gustado el final de esa frase.

Subí las manos hasta su cara soltando una especie de bufido.

—No me mires así. Me dan ganas de follarte, pero estoy un poco dolorida.

Me besó las palmas de las manos y me mordió despacio la yema del pulgar.

—Es que te pones muy loca.

—Mira quién habla. —Reí.

—Siempre me ha gustado hacerlo así, sin pensar, solo sintiendo, pero no siempre he tenido la suerte de que me correspondieran.

—Cuánta ignorante suelta, no saben lo que se han perdido.

—Podría decir lo mismo de tus ex.

—Solo tengo uno, el resto han sido relaciones esporádicas.

—¿Cuánto estuvisteis juntos?

—Veinte meses.

Alzó las cejas.

—No es mucho.

—Fue muy intenso —me excusé.

—Bueno, eso contigo es inevitable.

—Soy así. —Levanté un hombro—. Con él intenté cambiarlo, pero fue peor.

—Naturalmente. Tener la capacidad de transmitir pasión no es algo que deba remediarse, es... un don.

—Depende de quien lo juzgue.

—Sí, claro. Si lo juzga un gilipollas... —Apretó mi cintura.

—Jaime fue el que acuñó el término, te lo digo yo.

—¿Y por qué le dedicaste veinte meses de tu vida?

—Pues eso me pregunto yo también... Y lo que es peor: le he dedicado un duelo de dos años. Menos mal que has aparecido.

—Me gustaría atribuirme el mérito —sonrió—, pero estoy convencido de que habrías terminado superándolo tú sola.

—Quizá..., pero ¿tan deprisa? No lo creo.

—Ha sido todo muy rápido, ¿verdad? —Deslizó las manos hacia mi espalda—. Quiero decir, que, en cuestión de meses, mira dónde estamos...

—¿Te da respeto?

—Sí... y no. Me parece algo fuera de lo normal. Algo especial. Y claro que me

da respeto, se lo merece, pero no actúa como freno. Más bien al contrario.

—Quieres seguir acelerando. —Sonreí.

Dani me sonrió de vuelta y me besó en los labios.

—Hasta el fondo.

Su tono me hizo palpar. Aunque la metáfora podía encerrar un destino espeluznante... Dibujarlo me tensó la espalda.

—Espero que hablemos literalmente y no de matrimonio —musité.

—Afloja el culo, preciosa, no quiero casarme.

Le miré a los ojos, y, sí, brillaban y tal, pero no con la arrogancia con la que elaboraba sus tretas. Decía la verdad.

—¿En serio?

—En serio. No por el contrato en sí, que puede tener sus beneficios fiscales, no te lo niego, pero sí por participar como novio en una boda. Me parece un papel de lo más desagradecido. Si lo piensas, todo suele enfocarse hacia ella. Y, encima, con la madre que tengo, las opciones de opinar quedarían reducidas a... ¿ninguna? —Rio—. Que no cuenten conmigo. No necesito referenciar delante de nadie el amor que siento hacia otra persona. Si quieren una fiesta, que se la pague otro.

Sonreí de oreja a oreja, me colgué de su cuello y le besé.

—Amén.

Cerramos nuestro abrazo con un par de besos más. Dani tiró del edredón y nos tapó hasta los hombros.

—Lo que sí me gustaría es esto todas las noches.

—¿No dormir casi nada y terminar con agujetas? —Sonreí.

—Y lleno de chupetones. Y arañazos. Que, por cierto, no veas cómo me escuece la espalda. —Palmeó la parte baja de mis nalgas y besó mi barbilla y mi boca y el arco de mi mandíbula antes de añadir—: Me gustaría que tuviéramos un sitio donde poder volver a por más cada noche.

—Eso es acelerar demasiado, ¿no crees?

Se separó para mirarme a los ojos; los suyos estaban en calma.

—¿Por qué? Es solo un «me gustaría», no tiene que ser mañana. Por ahora, solo espero que cuentes con que siempre me va a apetecer que vengas a dormir o que me invites a tu piso.

Acaricié su nuca, con la ilusión en la punta de los dedos. Nos entendíamos. No solo con nuestros cuerpos, también con palabras, las que salían cada vez con más fluidez aunque trataran temas espinosos.

—No tengo que invitarte, te has ganado pase libre. Se lo diré a las chicas. Y aquí vendré, por supuesto, aunque me ladre tu portero.

Se rio antes de besarme.

—El otro día dijiste que tendrías que acostumbrarte o aprender a entrar por el garaje. Y yo me callé, porque estaba mi madre delante y hubiera sido un circo, pero que sepas que en el cajón del escritorio hay un duplicado de las llaves. Espero que las uses.

—Luego me las guardo —afirmé, y me sentí genial. Fue solo mi dichosa curiosidad la que me hizo preguntar—: ¿Se las diste también a Amelia?

Dani sonrió con suficiencia y me hizo separar las piernas, buscando un hueco en mi cuerpo.

—¿Si te digo que me ponen tus celos dejarás de hacerlo?

—No son celos. —Doblé las rodillas y clavé los talones en sus glúteos prietos—. Es que soy así de cotilla.

—Sí.

—Sí. —Asentí con la cabeza—. Así de cotilla...

Dani se carcajeó.

—No, coño. Que sí le di las llaves. Todavía las tiene, de hecho. —Se me cerraron solas las piernas. Él se inclinó sobre mi cuello—. No aprietes tanto, cariño.

Me destensé bastante con su tono ronco y con el apelativo.

—Se las pediré —dijo, buscando mi mirada.

—No, si..., vamos, que puedes hacer lo que quieras con tus llaves. Son tuyas. Yo no tengo que decir nada sobre eso. Ni me molesta... —Alzó las cejas—. Vale, quizá la idea de que ella pueda aparecer por aquí en cualquier momento sí me inquieta un poco, pero... confío en ti.

Lo dije sin más, y, lo que fue mejor, me lo creí. Porque era verdad. Confiaba en él. En lo que me demostraba con palabras, con acciones y con su cuerpo. Me había hecho confiar en él. Y Amelia podía ser una diosa, seguramente lo fuera, pero yo no era menos. La Natalie entera, sin capas ni forros ni límites ni fronteras, era la puta ama. Me lo había dicho él. Y en su boca la verdad se convertía en ley.

—Ella no va a aparecer por aquí. No es su estilo. Llamaría con varios días de antelación, y, en las horas previas a la cita, la recordaría con un wasap.

—Qué apañada.

Sonrió.

—Mucho, pero a mí me va más improvisar. Como haces tú. Así es todo más entretenido.

—A eso hemos venido, ¿no? —Reí, contagiada de su buen humor—. A pasarlo bien.

—Yo me lo estoy pasando de puta madre. —Rio conmigo.

—Y lo que nos queda...

Consumió el poco espacio que nos separaba y asintió.

—Eso va a ser lo mejor.

71

AL ALBA

Eran las 5:10. Lo sé porque fue lo último que vi en la cocina: la hora en el *display* del microondas. Apagué la luz de la campana extractora de aluminio y caminé de vuelta al dormitorio con un café bien cargado en una mano y una lata de Red Bull en la otra. El sueño nos había amenazado unos minutos antes, pero preferimos vencerlo. En unas horas tendríamos que irnos a trabajar y no merecía la pena malgastarlas en dormir.

—Joder, Natalie, ese nudo es mucho...

Me detuve en el vano de la puerta y adelanté la cadera izquierda; sobre ella me había anudado su camiseta mientras se hacía el café. Era una blanca de tirantes que había encontrado en la cómoda. El conjunto se completaba con un cuidado, que no rasurado, triángulo en el que Dani centró su vista.

—Me iba a poner unos *baxers*.

—De eso nada.

Lo dijo tan serio que me arrancó una carcajada.

Me dirigí a la mesilla y dejé allí las bebidas. Él se destapó y me atrapó cuando la cucharilla del café todavía tintineaba en el plato. Hundió su boca en la piel que dejaba a la vista el nudo, me besó las costillas, el ombligo, el triángulo, me montó a horcajadas sobre él y retrocedió hasta que su espalda se apoyó sobre el cabecero de la cama.

—¿Puedes tomarte el café así? —me preguntó.

—Si te mueves un poco a la derecha... —Su incipiente erección se deslizó desde mi ingle al centro de los labios—. Ahí genial. Me va a saber a ambrosía pura.

Me estiré para alcanzar la taza, y para frotarme ya de paso, y le di un trago largo. Él no le hizo ni caso a su Red Bull.

—Se te va a calentar.

—Mira, justo lo que estaba pensando. —Sonrió.

—Estás muy salido —le acusé, frotándome por enésima vez.

—Dijo la mujer que acaba de empezar a mojarse...

—¿Lo notas?

—Claro. Y te advierto de que me está tentando demasiado. —Sentí una sacudida entre mis pliegues y una leve retirada de sus caderas. Si atinaba, en el siguiente movimiento podía tenerle dentro. Y él siempre atinaba—. Termínate el café.

Nunca una frase tan tonta me encendió tanto. Me volví a estirar y nuestro contacto se rompió del todo. Bebí deprisa. Dani rio.

—Menos risas, me estoy abrasando.

—Pues tómatelo tranquila. —Me acarició la espalda—. Luego seguimos.

Le hice caso no por falta de ganas, sino por necesidad de cafeína. Eran las 5:20. Lo ponía en el reloj de su mesilla. Cambió cuatro veces el último dígito hasta que vi el fondo de la taza. La dejé sobre el plato y me re Coloqué sobre sus piernas.

—¿Por dónde íbamos?

—¿Eh? —Frunció el ceño.

—¿Te estás durmiendo?

Agitó la cabeza.

—No, estaba pensando.

—¿En qué?

—En la conversación de antes.

Sonreí.

—No me extraña, ha dado para mucho. ¿En qué parte exactamente?

Dibujó una mueca agridulce con los labios. Las 5:25. Sentí algo de frío recorriéndome la espalda y me acerqué a él. Fijó sus ojos en los míos.

—En cada parte y en ninguna. En todo, en general. Intento entender por qué eres como eres en este aspecto de tu vida. Me parece imprescindible para hacer que esto funcione.

—Supongo que así es. Y aprecio el esfuerzo. —Sonreí—. ¿Has llegado a alguna conclusión?

—No he podido. Tengo muchísimas lagunas.

La sonrisa se me desdibujó, el frío se hizo más intenso. Volví a mirar al reloj: apareció una línea blanca que convirtió el 25 en un 26.

La hora fue lo de menos; lo importante es que supe que era el momento. Uno de esos que no tienen marcha atrás después. De los que no se olvidan. La última vez que le di voz a una historia que ya nunca más sería mía. Yo ya no era ella. Ni volvería a serlo.

—Le conocí en un bar —musité, y me pareció que mi tono no transmitía la

seguridad que sentía. Me aclaré la voz con un ronquido seco y levanté el mentón —. Él estaba rodeado del séquito que le acompañaba a todas partes, y yo, de unos colegas. Recuerdo que alguien dijo que él tenía un aura chungu, que irradiaba soberbia, pero yo preferí ignorarlo. O me creí más lista. No lo sé. El caso es que piqué. Como la puta pardilla que era.

—¿Cuántos años tenías?

—Veintidós ya...

—¿«Ya»? Yo tengo casi treinta y sigo siendo un puto pardillo en muchos aspectos. Estabas en tu derecho de serlo.

Le acaricié el pecho.

—Gracias por esa defensa, abogado.

Sonrió y acarició mi sien y mi mejilla

—Un placer. Puede proseguir.

Sonreí de lado a lado. Estaba deseando soltarlo de una vez. Desengancharlo de mi vida de una maldita vez.

—Jaime me sacaba quince años. Por entonces, dirigía un programa de televisión de máxima audiencia. Había currado para la BBC, para la CNN, para la MTV, había grabado documentales en Botsuana y Nepal, una serie de cortos en Argentina, una cinta para adultos en California... Todo muy caótico y a la vez fascinante. Oírle contar sus vivencias era mágico. Te transportaba a situaciones, a lugares, con los que el común de los mortales ni soñaba. La noche que le conocí, hablaba en una mesa sobre su experiencia en los últimos Oscar. Imagínate. El bar era el típico de mala muerte que se había puesto un poquito de moda por los restaurantes de la zona. Por la calle podías encontrarte con gente interesante, pero en la mesa de la esquina no solía haber tipos que supieran qué ginebra prefiere James Franco. No pude despegar la oreja de su relato, ni tampoco la vista de sus manos. Era un experto en moverlas justo cuando su narración lo necesitaba. Aunque su mesa era redonda, todos los ocupantes parecían colocados de tal modo que él la presidía. Ejercía una fuerza gravitatoria a su alrededor, que terminó absorbiéndome. Cuando se fijó en la barra y me miró, me atrapó. Solo le hizo falta eso. Pasamos la noche juntos... Y no te voy a dar más detalles por...

—No, está bien así. —Sonrió—. No quiero saber que también follaba como un dios o que la tenía... ¿Cómo era? ¿Como un cañón victoriano?

—Napoleónico —le corregí—. Y no era el caso. Usaba bien la lengua, eso sí, cuando quería...

—Suficiente.

—Sí, perdona. ¿Por dónde iba?

—Os conocisteis en un bar, él era la hostia de estupendo y pasasteis la noche juntos.

—Vale, pues por la mañana seguimos a lo mismo. Y por la tarde. Y por la noche... No salimos de su dúplex en dos días.

—Encima tenía un dúplex.

—A orillas del Manzanares. Unas vistas flipantes...

—Joder...

—Era todo de alquiler. Él y su puto piso. Todo. Pero, claro, de eso me di cuenta mucho más tarde. De primeras, después de chingar como enfermos durante dos días y prometernos el oro y el moro, nos marchamos a casa de mis padres para anunciarles que nos íbamos a vivir juntos.

—Y se armó la grande.

—Se armó la marimorena. En mi vida he oído a mi padre gritar tan alto.

—No es por darle la razón, pero...

—No, no. La tenía. Toda la razón. Yo entonces no vivía ni en España. Estaba alargando los pocos ahorros que me quedaban de una beca Erasmus mientras saltaba de curro en curro en Dublín. Me vine en Semana Santa con los colegas de los que te hablaba y nos dio por meternos en aquel puto bar en vez de en el de enfrente. No sabes la de veces que he pensado en ese momento. Lo que hubiera dado por viajar en el tiempo hasta allí, pegarle un empujón a mi yo del pasado y decirle: «Tira, largo, aquí no se entra».

—Pero entraste...

—Joder que si entré, hasta la misma cocina. Y me presenté en casa de mis padres con un tipo más de su edad que de la mía, diciendo que lo dejaba todo y me iba a vivir con él porque nos habíamos enamorado. A mi madre le entró la risa.

—¿Literal?

—Sí, sí, se descojonó en nuestra cara. Al ego de Jaime le sentó muy mal, y le exigió respeto con un tono que molestó a mi padre. Se pusieron a discutir, yo me indigné porque no querían entenderme, mi padre se cabreó todavía más y me lo prohibió directamente. Nos marchamos un rato después; él con un portazo y yo con un disgusto muy serio. Estuve prácticamente sin hablar con toda mi familia hasta que me abandonó.

—¿Sientes que te dieron de lado?

—Al contrario. Fui yo. Ellos intentaron acercarse varias veces, pero al principio

fue por cabezonería por mi parte, y al final... no quería que pudieran ver la realidad de nuestra relación.

—¿Qué realidad?

—Pues... que yo no valía nada y por eso él se encargaba de recordármelo. —Tragué saliva—. Me trataba fatal. Cuando empezamos no era así, claro, era muy atento. Me llamaba y escribía a cada rato, se ocupaba de las compras para que yo no tuviera que salir del dúplex y me hizo una tarjeta de crédito para que cubriera mis gastos. No quería que trabajara. Él lo hacía «por los dos», solía decir. Y, como sus horarios eran bastante incompatibles con los turnos normales y sus contratos, efímeros e itinerantes, preferí ser una mantenida que perderle. Él hizo malabares con su tiempo para no dejarme ni a sol ni a sombra. Nos encerrábamos durante días enteros, no abandonábamos la cama ni para comer. Al mes se le acabó lo de la tele, y los días se convirtieron en semanas. Veía más al repartidor del Hipercor que a mis amigos. Las pocas veces que socializábamos casi siempre quedábamos con los suyos. Los míos eran demasiado inmaduros, aburridos y pobres. Greta fue la única que sobrevivió a su criba inicial; después también fue vetada.

—Te aisló por completo... —murmuró Dani.

—Me quería solo para él. No se cansaba de repetírmelo. Y a mí me parecía tan romántico que no percibía el tufo rancio y opresivo. Estaba encantada de ser la elegida. —Negué con la cabeza—. Elegida para ser esclava..., qué honor, ¿verdad?

—No te fustigues. Algo verías en él para sentirlo así en su momento.

—Era demasiado guay, eso sí es verdad. —Asentí—. Llevábamos tres meses juntos cuando hicimos el primer viaje. Rodó un largo documental en Líbano durante quince días y luego descansamos otros quince en el mar Rojo. Fue una pasada. A la vuelta me sentía la mujer más afortunada del planeta. Nueve meses después, le acompañé a Utah porque iba a presentar el proyecto en el puto festival de Sundance. Imagínate. Iba de sarao en sarao, colgada del brazo del director como si fuera un accesorio cualquiera, pero yo me creía Elizabeth Taylor en *Cleopatra*. Fue allí donde me humilló en público por primera vez. Estábamos en una cena, él bastante taciturno porque su cinta estaba recibiendo malas críticas y yo aguantando al meapilas que tenía sentado al lado y no dejaba de hablarme de cosas que no me interesaban; antes de los postres Jaime se levantó, me señaló y alzó la voz para que todo el mundo oyera decir que si tan pocos reparos tenía en tontear con cualquiera, sería mejor que empezase a cobrar por mis servicios. Me quedé tan helada que no atiné a responderle. Esa misma noche me pidió perdón,

pero aquello sentó un precedente.

»Cuando volvimos de Estados Unidos, los pequeños conflictos cotidianos se convirtieron en problemas, y yo, según él, era la única culpable. Todo lo hacía mal. Cada palabra que me dirigía era un reproche. Y me esforcé como nunca por arreglar la situación. Y solo conseguí más desprecio. Comenzó metiendo pullas disimuladas en reuniones y terminó yendo a machete. Casi al final de nuestra relación ya no se cortaba un pelo en decir a voz en grito que mis opiniones eran ridículas, que mi camiseta me marcaba las loras o que roncaba como una cerda. Era como un saco de boxeo para él. Cuando estábamos con gente y la conversación se desviaba de su órbita arremetía contra mí, y eso parecía que le reforzaba. Que sus palmeros le rieran las gracias también debía de ayudarlo. — Los ojos de Dani se llenaron de dudas—. Sé lo que piensas: «¿Por qué lo consentiste?». —Suspiré—. Pues porque le quería. Con toda el alma. Y cometí el error de ponerle en un pedestal y adorarlo. No me planteaba cuestionarlo porque estaba claro que él sabía más de la vida, del mundo, de todo... Me lo creí. Hasta tal punto que llegué a estar de acuerdo con él en que yo no era más que una acomplejada que no servía para nada. Lo más valioso que yo tenía, lo único, era él; su forma de tratarme era solo el precio que debía pagar por estar a su lado. — Sonreí, sintiéndome muy ligera—. ¿Sabes? Es la primera vez que lo pienso sin odio. Yo se lo di todo, sí, pero ahora tengo más. Me tengo a mí. Y a ti. Y al resto de personas que forman parte de mi vida. Me da igual que no me valorara, que me engañara, que fuera la última en enterarme de que había firmado un contrato en Miami y que, aunque a mí me dijera lo contrario, nunca pensara en llevarme con él. Ya no me importa lo que perdí. No me hace falta. Por primera vez, me sobra.

—Me alegra que pienses así. —Sonrió fugazmente. Me acarició los muslos, muy despacio, y bajó la voz—. Y siento muchísimo que hayas vivido algo tan injusto.

—Yo también lo siento, pero, si no fuera por eso, no podría apreciar lo que es bueno de verdad. —Le miré a los ojos y sentí cómo la ilusión me iluminaba por dentro—. Para que te hagas una idea: ¿tú imaginas lo que ha significado para mí descubrir los billetes de avión? Ni siquiera has comprado uno para ti, Dani. Me los has regalado solo para mi disfrute, para acercarme a Greta. Jaime lo último que le dijo a mi amiga fue: «No vuelvas por aquí, puta loca».

Alzó las cejas.

—Le cruzaría la cara por lo menos...

—Qué va. No le dio tiempo. Él cerró antes la puerta. —Hundí los hombros—. Le dije a Greta que no viniera, pero llevábamos semanas sin vernos... Jaime y yo ya estábamos en plena crisis y no tenía ánimos. Greta y él ya habían discutido en alguna ocasión por cómo me trataba. En fin..., que a ella le dio igual todo, se presentó en el dúplex y él la sacó a empujones. Y yo lo consentí también. Me parecía imposible vivir sin él. Yo no era nadie sin él. Pero podía serlo sin ella. —Negué con la cabeza—. Ahora ya te digo que no pienso soltarla ni harta de vino. Mataría por esa mujer. Estoy deseando que la conozcas. Tengo el pálpito de que os vais a llevar genial.

—A mí ya me cae bien.

—¿Y eso? —pregunté extrañada.

—Me ha dado la excusa para llevarte a un *sex shop*.

Me reí.

—Pensaba pedir su vibrador por internet. —Le miré con picardía—. Y no necesitabas excusas...

—¿El jueves te viene bien? —Dobló las rodillas y me deslicé sobre sus muslos.

—Esta semana todavía tengo turno partido en el curro, pero, a partir de la que viene... Si quieres voy buscando un local que mole.

—No hace falta.

—¿Tú conoces alguno?

Estiró las piernas y mi sexo entró en contacto con el suyo.

—Te lo cuento la semana que viene. Ahora prefiero agradecerte que hayas compartido tu historia conmigo.

—No tienes que agradecerme nada.

—Lo hago porque quiero, no porque tenga que hacerlo.

—Me excita muchísimo que te pongas borde —dije en voz baja, dejando mis caderas oscilar libremente.

—¿Piensas que no lo sé? —Sonrió.

Se inclinó para besarme, metió una mano entre nosotros y me penetró despacio. Cómo sonrió, el muy engreído. Qué orgullo. Qué felicidad la suya. Y la mía. Todo en orden y con sentido.

El abrazo que nos dimos selló nuestra unión. Por encima de su hombro el reloj marcó las 6 y me confirmó lo que ya sabía. Acababa de amanecer.

Y POR ESO YO PREGUNTO...

Luz. Longitudes de onda destellantes que viajan en línea recta hasta que son absorbidas por un objeto. Sombra. Pequeña si la luz es cenital y potente. Pero sombra. Que no vi hasta que me tropecé con ella.

Los dos días después de mi cumpleaños fueron resplandecientes; estaba tan feliz que hasta canturreaba currando. Mi coordinadora me preguntó si me drogaba. Le contesté que sí y que le pasaría mercancía a buen precio cuando quisiera. Debió de buscar otro camello, porque, cuando elaboró el cuadrante de diciembre, iba, seguro, hasta las trancas. Otra vez todos los fines de semana ocupados y los días libres espurreados sin ton ni son.

—O me juntas cuatro días o te dejo colgada en plena campaña de Navidad.

—Tampoco eres tan imprescindible.

—Pues ya está todo dicho. —Me di la vuelta para salir del cuartucho al que ella llamaba despacho.

—Vale, vale... Pero tiene que ser la semana que viene.

—Corrige el calendario y lo firmo.

No sé cómo coño coló, pero me pillé los cuatro días. Que sí, que eran de lunes a jueves y Greta tendría que ir a clase, pero eran unas minivacaciones y no el mísero fin de semana que esperaba. Salí del curro dando palmas.

Esa misma tarde, la del viernes, me conecté con mi amiga y cerramos los billetes. Los gritos de alegría se escucharon en Albacete. Dani tuvo que taparse la cabeza con mi almohada, no os digo más. Yo terminé mordiéndola unas horas más tarde.

El sábado por la mañana Dani me dejó en el trabajo y se fue de *brunch* con Amelia. Iba a pedirle las llaves. Le despedí con un beso en el coche y le deseé suerte.

Antes de cerrar la taquilla, acaricié el monedero donde llevaba el duplicado de sus llaves que había rescatado del escritorio y su carta. Repasé la polipiel con los dedos; tenía una ligera forma de corazón, pero el dibujo mostraba una boca abierta, con los labios de color rojo encarnado y unos colmillos de vampiresa;

bajo el labio inferior, había una cinta estilo *old school* con la inscripción «*Fight like a girl*». Cuando la vi en Ale-Hop pensé que no había mejor sitio donde guardar sus cosas. Que ahora eran mías. Me las había ganado. Luchando como una chica, con sentimiento. Al final todo el proceso había tratado de eso, de la parte emocional y femenina que tenía bloqueada. Reconciliarme con ella fue mi premio. Que Dani me ayudara a conseguirlo, un privilegio.

Una semana más tarde, salía de trabajar cuando la noche era ya cerrada, pero me di cuenta de que no sentía oscuridad alrededor, todo lo contrario. El mundo brillaba más que nunca, os lo juro. Los neones, las farolas, los escaparates, las sonrisas de la gente..., todo.

En el piso las luces también estaban encendidas, había fiesta en el salón. Arancha, Sonia, Irene y Zoe bebían y reían mientras jugaban en el suelo con un Simon muy *vintage*. Intentaban memorizar la secuencia de colores, pero no había manera. Maiko y su *churry-furry* animaban desde el sofá. Mi compañera rubia fue la primera en invitarme a unirme a la partida.

—No puedo, he quedado y ya voy justa.

—Las amigas, antes que las pollas —me recordó Sonia.

—Claro, por eso voy a ver a Lara.

Le enseñé el dedo corazón, pero me callé lo de que Dani también iba a estar, que tonta no es una.

Me duché, me puse un sujetador de encaje, una camiseta blanca de manga francesa, un vestido negro de tirantes básico con la falda de corte *skater*, unos pantis de rejilla y unas deportivas y salí pitando hacia la calle Ibiza.

Sí, las bragas las olvidé aposta.

En el bazar de la esquina compré una botella de tequila; eran más de las diez, pero en mi barrio la ley seca no se estilaba. Veinte minutos más tarde ya estaba en la calle Ibiza. Llamé a la puerta del piso, claro, no sé tumbar abajo puertas acorazadas, y me abrió un morenazo que quitaba el hipo. Pelo denso y ensortijado, ojos ardientes como el infierno, torso amplio, trabajado y apenas encerrado en una camiseta bastante roída y una cara de cabrón que, cuando sonrió levemente, provocó que mi enano se ajustara las gafas de cerca.

No soy muy de culebrones, pero os juro que canté mentalmente la sintonía de *Pasión de Gavilanes*.

—¿Quién es... eres?

—Sergio. Tú, Nat, ¿verdad?

Se abalanzó sobre mí para darme dos besos y me hizo sentir mujer.

También me hizo sentir diminuta entre sus largos brazos y esa cantidad de músculos tonificados. Le abracé de mil amores. Virgen santa, ¿por qué no me lo habían presentado antes?

Un carraspeo procedente del recibidor me obligó a mirar por encima de su hombro. Ni por esas me planteé soltarle.

—Hola, Larita.

—Iba a abrirte yo, pero se me ha adelantado —dijo mi amiga.

Encima espabilado.

Le apreté por última vez, y creo que hasta se me pusieron los ojos en blanco. Qué mullido y vigoroso. Qué bien olía. Qué botas más chulas, por Dios.

—¿Son Martens?

—Sí, me las he pillado hace nada en Camden. Tiradas de precio.

—Te odio.

Sergio se carcajeó antes de dirigirse al salón diciendo que le había caído de puta madre. Yo saludé a mi amiga, le di la botella y la acompañé a la cocina.

—Me parece fatal que lo hayáis tenido escondido tanto tiempo.

—¿A Sergio? —preguntó ceñuda, guardando el tequila en la nevera. Sacó un par de cervezas y un bol de guacamole. Cerró con un golpe de cadera—. Vino a la boda, ¿no te acuerdas?

—Pues no..., y es preocupante.

—Igual estabas un poquito despistada... Así, como superpendiente de Dani...

—Igual... —Sonreí.

—No sabes lo contenta que estoy por vosotros.

—No empieces.

—Uy que no. Te vas a hartar de oírme. —Sonrió de oreja a oreja—. Coge un par de birras más, porfa.

Salimos de la cocina, pero nos tuvimos que detener a los pocos pasos. Yo porque me quedé clavada en el suelo; Lara porque chocó contra mi espalda.

—Ay, coño, que se me cae el guacamole.

—Oy, oy, oy... —fue todo lo que pude decir.

Sergio se había quitado la camiseta. Así, como si no estuviera ya lo suficientemente bueno con ella puesta.

Se colocó en el centro del salón, junto a la mesita de café, de espaldas. Y qué espalda. Ancha, robusta, cincelada y decorada con una especie de red en forma de espiral.

—Todavía está un poco subido de color... —comentó girándose. Sus dorsales

me hicieron bizquear—. Cuando se cure del todo, las sombras le darán más profundidad.

—¿Cómo te apañas para limpiártelo? —preguntó Asier, que estaba ladeado observando el tatuaje de su amigo.

—Tengo mis recursos.

Asier sonrió le sonrió con complicidad. Dani se carcajeó, sentado a un lado, casi en el borde de la *chaise longue*.

—Ya salió. El *sobrao* —se burló.

—A ti tampoco te ha faltado nunca... —le dijo Sergio.

Lara me rebasó para llegar hasta la mesita, con la mirada fija en el bol y las mejillas coloradas. Dani giró la cabeza y me vio.

—Cuando no me falta nada es ahora.

Se me aflojaron las rodillas. Hasta ni me fijé en cómo su amigo volvía a vestirse. Vale, un pelín por el rabillo del ojo, pero me dio menos placer vislumbrar su *six-pack* que reflejarme en la sonrisa de Dani. Eso era otra cosa. Una muy distinta.

Me acerqué al sofá y le pasé una cerveza a Asier antes de besarle en la coronilla.

—¿Cómo vas, bruja?

—Estupendamente. —Rodeé la *chaise longue* y me senté junto a Dani—. Hola... —musité antes de darle un beso corto, pero muy sentido—. No llevo bragas.

Dani rio.

—Pero, vamos a ver...

Me encogí de hombros.

—Como me pediste que la próxima vez te avisara...

—No, no, si me parece fenomenal. —Deslizó una mano por mi espalda y la colocó después sobre mi cadera—. ¿Cuándo dices que nos vamos?

—Me he tirado una puta hora en la cocina —renegó Asier—. Por lo menos, os quedáis a cenar.

—¿Una hora para hacer un guacamole y cortar cuatro embutidos? —Me reí.

—No he dicho que la haya dedicado solo a cocinar.

Lara se revolvió a su lado. Debió de picarle el recuerdo entre las piernas. Eran muy de encimeras de cocina ellos.

—Yo también me voy a pirar pronto —dijo Sergio—. Mañana tengo pared a primera hora.

—¿No ibas por la tarde? —preguntó Asier.

—¿De qué hablan? —le pregunté a Dani.

—Escalada.

—Sí, pero me han colado un ensayo —contestó Sergio—. En el local de un colega de Rubén se les ha caído el grupo a última hora y nos dejan el hueco. Es el domingo. Vendréis, ¿no?

Lara arrugó la nariz y Asier le palmeó el muslo.

—Yo sí. Larita ya irá cuando aprendáis a tocar.

Sergio fingió ofenderse y nos miró.

—¿Y vosotros?

—Nat vuela a París el domingo por la noche. Me acerco cuando la deje en el aeropuerto.

—No hace falta. Me lleva mi padre si eso.

—O yo —dijo Lara.

—Te llevo yo. —Apretó mi cadera—. Con un poco de suerte llego al concierto... cuando estén recogiendo.

Asier se rio entre dientes y Sergio hizo un par de muecas jocosas.

—Míralos, qué graciositos son. No sé cómo los aguantáis, chicas.

—En el fondo se hacen querer —dijo Lara.

—¿Cómo que en el fondo? —Rio Asier.

Dani también rio y yo me acerqué todo lo que pude a su costado. Estaba totalmente de acuerdo con mi amiga.

EL *SEX SHOP*

El sábado amanecí entre sus brazos, arropada con las sábanas, su tacto y nuestra propia fragancia. Y con su polla amenazando mi trasero, debo aclarar, por si os preocupa que haber mutado a oso amoroso hubiera incidido negativamente en mi actividad sexual. Todos los seres tienen libido, hasta los de peluche; si no, que le pregunten a Maiko.

Aprovechamos que ese día yo trabajaba de tarde para no abandonar dichas sábanas hasta pasadas las doce, luego nos duchamos, nos comimos, nos vestimos y nos fuimos a desayunar, porque estábamos caninos.

Fue casi almuerzo, por las horas que eran ya cuando llegamos a la calle Atocha. Nos dimos un paseíto al terminar y entramos en «Tu mundo fantástico». En el vuestro no, que no sé cuál es, en el *sex shop* que lleva ese nombre. Estaba en el número 80 de esa misma calle.

—Me tienes que contar de qué conoces este sitio —comenté accediendo al local.

Pese a la sordidez que parece rodear a ese tipo de establecimientos, este me encantó. La luz era púrpura y abundante, los espacios muy abiertos, madera clara, acero, cristal... Rollo *underground* de lujo. Con mucho estilo. En las vitrinas había más libros que látex, no os digo más. Sade, Nin, Arsan, Réage e incontables autoras nacionales e internacionales del género al que la gente de mente estrecha llama «porno para mamás». Si fuera un requisito imprescindible para su lectura, los índices de natalidad se dispararían, no nos engañemos. Ni tampoco marginemos a los pobres hombres: ellos también tienen derecho a sentir en sus carnes lo que un buen libro de erótica puede provocarnos.

Bueno, que me lío; a lo que iba es a que el sitio lo molaba todo. Agradecí que Dani me lo hubiera descubierto, pero no tanto que no soltara prenda de cómo lo había conocido.

—¿Te vas a llevar esos dos? —Señaló la biología que yo sostenía debajo del brazo.

—¿Por qué debería contestarte si tú no lo haces?

—No me has preguntado nada. —Sonrió.
—Era una pregunta indirecta.
—¿Debida a...?
—A que soy cotilla por naturaleza —gruñí—. Mierda, te he vuelto a contestar.
¡No empieces a liarme, ¿eh?!

—No te lío, solo te vacilo. —Rio.
—Sili ti vicili.
Me sujetó la cara y me besó en los labios.
—No sería tan divertido si no entraras al trapo.
—Si no lo hiciera, no sería yo. —Le besé de vuelta—. ¿Me lo cuentas de una puta vez?

Agarró mi mano derecha y tiró un pelín para que le acompañara a la siguiente vitrina.

—Conocí a una chica que trabajaba aquí.
—Quieres decir que os enrollasteis.
—Un par de veces, sí.
—Bueno, no pasa nada.
—Claro, ¿qué iba a pasar? —Rio.
—No sé, como le pones tanto misterio...
—Solo por picarte, ya te lo dicho. Mira. —Señaló un vibrador que había al otro lado del cristal—. Ese es rosa.
—Pero pequeño. Greta necesita uno más grande.
—No voy a preguntar por qué.
—Porque...
—Shhh. —Apretó mis dedos—. No quiero saberlo, en serio. ¿Miramos los de LELO? Son los mejores.
—¿Qué es LELO?
—Un fabricante de artículos sexuales.
—¿Y tú cómo sabes que son los mejores?
Se detuvo con el ceño un poco fruncido.
—A ver si me entero, Natalie: ¿estás celosa o intrigada?
—Estoy que flipo, abogado. Te tenía por un hombre de bien, no por un perverso.
—¿Eres tú una perversa por usar vibradores?
—Pues sí.
Se carcajeó.

—Entonces yo también.

—¿Pero... te gusta que te los metan?

—No —dijo con tranquilidad—. Me gusta meter. Y jugar. Y las muchas posibilidades que pueden ofrecer estos chismes.

—Me parece que me voy a llevar dos.

Fue todo un acierto hacerlo. Quiero más a mi «Hula huevo vibrador» —«Hula» solo para los amigos— que a muchos de mis primos. A Greta le compré un «Soraya», porque me chifló el nombre; sonaba así como de mujer que fuma con boquilla y pone perfume en las cartas, y porque era rosa y llevaba un coqueto, a la par que útil, estimulador multizona.

Nos dirigimos a la caja y esperamos nuestro turno.

—¿Te imaginas que nos atiende tu ex?

—No es mi nada. Y ella trabajaba en el cabaret. —Señaló con la cabeza el fondo del local.

—¿Hay cabaret?! ¿Y qué hacemos que no hemos ido a verlo?

—Primero tenemos que pagar los juguetes y la bilogía. —Sonrió.

—Voy a pagarlo yo todo.

—El huevo te lo regalo.

—Que no. Acabo de cobrar.

—¿Y qué?

Discutimos. Poco, la verdad. Saqué la Visa y se la di al empleado ignorando las protestas de Dani. Cuando vi el precio reflejado en el TPV casi salgo corriendo. Menuda clavada. Nunca mejor dicho. Medio sueldo gastado en libros y en silicona. Hipoalergénica, eso sí.

—¿Habrá función a estas horas? —pregunté.

—Pues... no lo sé, pero ahora saldremos de dudas.

—¿Viniste a verla alguna vez?

—Solo una.

—¿Te gustó?

—Mucho.

—Vale, ahora sí estoy celosa. Cambiemos de tema.

Sonrió poniendo una mano en la parte baja de mi espalda. Me dirigió hacia un pasillo no demasiado angosto, pero sí peor iluminado. El púrpura dejaba paso a una luz oscura que pretendía crear intimidación. Y conmigo lo consiguió. Antes de llegar a las cabinas me sentía un poco intimidada. Había fluorescentes semitintados repartidos a lo largo del corredor y personas que miraban de

soslayo o, directamente, se daban la vuelta para no ser observados. Olía a desinfectante y a vergüenza.

La cabina estaba impoluta, por suerte, y forrada de arriba abajo con un material plástico. Me acomodé en un banquito acolchado y Dani se acercó a la mampara e introdujo su tarjeta de crédito en un dispositivo que había a la derecha. Me fijé en que también se podía pagar en efectivo; lo que no pude averiguar fue el precio del espectáculo.

—¿Qué más da? Lo voy a pagar yo, te pongas como te pongas.

Se sentó a mi lado y, casi al instante, se descubrió la mampara. Tuve que achinar los ojos. El escenario circular estaba inundado de una luz blanca superpotente, que dejaba en sombras al resto de las cabinas. En una especie de potro deportivo forrado de cuero negro descansaba una mujer morena, desnuda, con el pelo trenzado y unas cuerdas sujetando sus manos.

—¿Quieres que activemos el sonido?

—Dale —dije sin apartar los ojos de la escena.

Me tenía fascinada. Y polarizada. No podía distinguir si me excitaba o me horrorizaba. ¿Lo haría por vocación o por necesidad? ¿Le gustaría? ¿Me gustaba a mí?

Dani volvió a sentarse a mi lado y ella se tumbó boca abajo. El escenario giraba a medida que iba separando las piernas. Se abrió una puerta en un lateral y apareció un hombre desnudo y erecto con la cara cubierta por un verdugo. La saludó palmeándole las nalgas. Alice Cooper nos empezó a cantar acerca de sus pesadillas con voz infantil. Muy tétrico todo.

Cuando rompió la percusión en la canción y las notas de piano se convirtieron en puro miedo, el giro del escenario se aceleró. El amo apartó a la sumisa del banco agarrándola de la nuca y la puso de rodillas frente a él. Le abrió la boca con el pulgar y empujó su miembro dentro, arqueando la espalda. Se movió como un enfermo. Tan rápido que ella no pudo acostumbrarse y perdió su presa. El glande le rebotó en una mejilla. En la otra restalló el sonido de la palma de la mano del amo.

Llegué a sentir la bofetada en mi propia cara. Creí ver los ojos de Nolan a través de las aberturas del verdugo. El aire desapareció de mis pulmones por el agarre de lo que me pareció una mano en mi garganta. Mi corazón se precipitó al mismo ritmo que el escenario. Todo daba vueltas. Todo iba demasiado deprisa. Mi vista se desenfocaba. Tenía la boca seca. No podía tragar. Ni respirar. El estómago se me revolvió. Iba a vomitar. Hacía mucho calor. Iba a morirme. Un

infarto. Una embolia. Tenía que salir de ahí. ¡Ya!

Me puse en pie automáticamente y anduve por las sombras, palpando, jadeante, hasta que di con el pomo de la puerta. La luz plomiza del pasillo me lastraba los pasos. Quería correr, pero no podía. Me apoyé en la pared derecha, ayudándome con las manos para avanzar. Otras me sujetaron desde atrás. Grité muchísimo.

—Nat, por Dios, cálmate, soy yo.

—¡¡Suéltame!! ¡¡Suéltame!!

Alguien vino. Discutieron. «Es mi pareja», «fuera de aquí», «policía» y más palabras sueltas que no pude descifrar. No escuchaba en realidad. Solo me centré en la luz que se veía al fondo, en alcanzar la calle, el día, y respirar.

ACCIÓN, REACCIÓN, REPERCUSIÓN

El ataque de pánico me duró diez míseros minutos, y fueron los más largos y jodidos de mi vida. Creí morir. Pero de verdad. Tuve la seguridad absoluta de que me estaba yendo al otro barrio. Todo mi cuerpo me lo anunció. Por suerte, la cabeza, que es quien lo provoca, terminó cediendo. Al puto enano se la tengo jurada desde entonces.

Cuando por fin comprendí que el aire sí estaba llegando a mis pulmones, que el mareo estaba producido por la hiperventilación y que mi corazón solo trataba de repartir semejante cantidad de oxígeno por mi sistema circulatorio, me entró un descanso indescriptible.

Mi madre me explicó tiempo después que es una respuesta natural debida a no sé qué gaitas que segregamos para contrarrestar el estrés y que por eso nos entra modorra y gustito. A mí me pareció estupendo, pero no quise saber de ellas nunca más. Lo que las había puesto en marcha da demasiado miedo.

Más o menos como la cara de Dani cuando logré enfocarla. Estaba cagado, el pobre. Con el móvil en la mano, a punto de pedir una ambulancia.

—No llames, se me está pasando.

—Ya lo veo, pero...

—No, en serio. Solo déjame que descanse un pelín.

Guardó el teléfono y me acompañó hasta un banco de la acera. Busqué su torso en cuanto nos sentamos, me acurruqué y encontré el nirvana. El gustito extremo del que os hablaba. Dani me acariciaba la espalda con calma, aunque sus latidos, debajo de mi oreja, indicaban lo contrario.

—Siento haberte asustado.

—No lo sientas, no es culpa tuya. ¿Estás bien?

Asentí incorporándome.

—Estoy mejor. Creo que ha sido ansiedad.

—Eso parecía.

—Sobreviviré, tranquilo.

Ladeó la cabeza.

—No puedo estar tranquilo, Nat. Eso —señaló la puerta del *sex shop*— ha sido serio.

—No tanto.

—¿No? Pensaba que te ahogabas...

—Yo también. —Hice una mueca—. Pero ¿ves? —Me señalé—. Vivita y coleando. ¿Qué hora es, por cierto? Me tengo que ir a currar.

—Falta todavía media hora.

—Pero estamos lejos. Mejor vamos tirando...

Me puse en pie y él cogió aire antes de seguirme. Le oí practicar la respiración abdominal media docena de veces antes de que me alcanzara. Y no corro tanto.

—Tú sabes qué lo ha provocado —afirmó sin mirarme.

—¡Mierda, la bolsa de los vibradores! Me la he dejado dentro...

—La tengo yo.

—Pues trae, no te cargues.

Se paró en seco.

—Déjalo.

—No déjalo tú. —Le quité la bolsa—. Lo de ser tan caballeroso está pasado de moda, puedo llevar mis propias cosas.

Me quedó megaborde. Me faltó chasquearle los dedos en su cara y preguntarle si me captaba. Y no sé por qué me salió así. No estaba enfadada con él. Estaba que mordía por culpa del puto Nolan. Pero lo pagué con quien no debía.

Un silencio interrumpido solo por la vida de la ciudad nos envolvió unos densos segundos. Nunca le había visto tan serio. Nunca. Tragué saliva y retorcí el asa de la bolsa entre los dedos.

—Vamos a hacer una cosa —murmuró, antes de tomar una honda inspiración—. Te acompaño hasta el trabajo y, cuando salgas, ven a casa. Con respuestas. Si antes vuelves a encontrarte mal, me llamas, ¿de acuerdo?

—No.

—¿No qué?

—No a todo. No quiero. Quiero ir al trabajo, currar y luego ser libre para decidir a dónde me apetece ir, sin condiciones ni imposiciones de ningún tipo.

—No te estoy imponiendo nada. Puedes no venir —dijo, bastante más templado que yo.

—¿Y qué pasaría si no voy?

—Está en tu mano que lo descubramos.

¿Cómo unas palabras tan sencillas, un tono tan apacible, puede convertirse en

una amenaza? No lo sé. Pero Dani lo hizo posible.

—No me gusta un pelo esto —le advertí.

—¿Y te crees que a mí sí? Salgo con mi novia a desayunar, tan feliz, y cuando me quiero dar cuenta está gritándome en medio de la calle que la ayude porque se muere. —Levantó las cejas.

Él solo necesitaba una explicación. Estaba preocupado, y seguramente se sentía impotente ante lo que acaba de pasarme, pero yo creí que no tenía derecho a pedirme nada, que se lo contaría cuando me diera la gana o nunca, ya veríamos. En ese momento no quería ni pensar en ello. No quería ensombrecer mi radiante vida. Quería olvidarlo, sin más.

—No soy tu novia.

Me agarré a ese clavo ardiendo, como pude hacerlo con cualquier otro. A Dani le sentó como una patada en los huevos. Ni trató de disimularlo.

—De puta madre, Natalie. Lo estamos arreglando.

—¿Qué, joder? Es la verdad.

—¡Me da igual! —Alzó las manos—. Me importa muy poco cómo quieras llamarlo. No es el momento de entrar en debates lingüísticos. Lo único que me importa eres tú. Y acabo de verte jodidísima. Y tú sabes por qué ha sido, pero no te da la gana contármelo. ¿No confías en mí?

—Pues mira, no lo sé, porque yo pensaba que eras un tío legal y resulta que eres de los que montan broncas a mujeres que acaban de sufrir ataques de pánico.

—Ni esto es una bronca ni lo hago con otras mujeres. Se trata de ti, joder. ¡De ti! ¿Qué quieres que haga? Me he ofrecido a llamar a una ambulancia, a acompañarte al trabajo, a dejar esta puta discusión para más tarde, pero no te vale nada. ¡Nada! ¿Pretendes que lo deje pasar y ya está?

—Pretendo que me des mi espacio.

—¡Es tuyo! No tengo que darte nada. Solo necesito saber qué cojones te ha pasado para poder ayudarte.

—¿Y si no puedes?

—Buscaré a alguien que lo haga.

—Me basto y me sobro para buscar yo sola.

—Lo sé. —Asintió con energía—. Lo que no entiendo es por qué no te has puesto a ello antes. Esto tiene que ver con el cardenal que tenías en la cabeza, ¿verdad?

—Sí —dije de mala gana—. Y es lo último que voy a añadir del tema. Me tengo que ir ya.

—Hace casi un mes, Nat. ¡Un puto mes! —Se llevó las manos a la cabeza—. ¿Quién ha sido? ¿Tu amigo? ¿Cómo fue?

—¿Ahora te preocupas? ¿Por qué no insististe en su día? Porque no me tenías comiendo en la palma de la mano y temías que se te jodiera el plan, ¿no?

—¿Pero cómo se te ocurre pensar eso? No insistí porque no creí que fuera importante. Creí... Joder, yo que sé, que te habías caído de la barra de un bar o te habías estampado haciendo carreras de trineo en las escaleras de tu edificio. Cualquiera locura de la que podías sentirte avergonzada..., no que te habían golpeado. ¿Fue solo en la cabeza? ¿Lo tienes denunciado?

—Me marchó, Dani. Voy a llegar tarde.

—Increíble. —Negó con la cabeza—. Esto es de broma.

—Pues yo no le encuentro la gracia, la verdad.

—¿Me ves a mí reírme?

Me desafió con la mirada y me sentí peor aún. Culpable y pequeña.

—Te llamo cuando salga.

—Eso espero.

Me marché azuzada por la adrenalina, que gasté por toneladas en la caja de la tienda. En toda la santa tarde no se hizo ni cola en mi puesto. Y estábamos a primeros de mes. Cuando dieron las diez me subía por las paredes. Salí al galope de la tienda y caminé un buen rato en círculos alrededor de mi manzana.

El aire frío de mediados de diciembre me sentó bien. Empecé a tranquilizarme. Fue entonces cuando nuestra discusión se reprodujo en mi cabeza. Mis pasos se hicieron más cortos y mi barbilla descendió un palmo. Mi actitud había solapado una de las cosas más bonitas que me había dicho hasta la fecha: «Ven a casa». Sin posesivos. Ni suyos ni míos. Algo solo nuestro.

Antes de llegar al portal, ya había marcado su número.

DEL REVÉS

—Hola —contesté, y me apoyé en la barra de la cocina.

—Perdona por lo de esta tarde —dijo Nat.

Era un buen comienzo, pero necesitaba algo más.

Mucho más después de ser acusado de montar broncas a mujeres, tramar planes para que comieran en la palma de mi mano y tener unos modales pasados de moda.

El que hubiera afirmado con rotundidad que no era mi novia y que no sabía si confiaba en mí se merecía más que una simple disculpa.

—¿De qué te arrepientes exactamente?

—De todo en general.

—¿Puedes ser más concreta?

—He dicho un montón de barbaridades, Dani, no me apetece detallarlas. Solo quiero que sepas que ha sido por el calentón. No lo pienso en realidad.

—Eso lo doy por sentado. Si no, no estaríamos hablando.

—Estás supercabreado.

—Pues sí. Y muy, muy preocupado. Necesito saber qué te ha pasado. Hacer algo para solucionarlo. Y hacerlo ya.

—Ahora no puedo. De verdad que no.

—Nat... —Bufé.

—Estoy acojonada, ¿vale? No quiero revivirlo y volver a tener otro puto ataque de pánico. Es horrible.

—Lo he visto.

—Y yo lo he vivido en mis propias carnes.

—Y yo en las mías. —Me puse la mano en la boca del estómago—. Ya sé que no es lo mismo, pero te prometo que hubiera preferido sufrirlo yo que verte así.

—Lo siento mucho...

—No lo sientas, joder. Solo... explícamelo de una vez.

—Me estás agobiando —dijo en voz baja.

Sus palabras me cayeron como un piano de cola lanzado desde un octavo. Era

verdad que la estaba presionando, pero no me había dado más opciones. Aquello no era de esas cosas que se pueden dejar pasar sin más. Había que solucionarlo ya; el tiempo corría en nuestra contra. Solo tenía una teoría más o menos sólida sobre lo ocurrido, y, si no me equivocaba, se resumía en que su «amigo» de los cojones podía haberla agredido. Ante eso solo podía pedir ayuda profesional y denunciar. Dudaba de que Nat hubiera hecho ninguna de las dos cosas. El porqué necesitaba oírlo de su propia boca: mis hipótesis empezaban a alarmarme.

—Sabes que lo último que quiero es agobiarte, que este no es mi puto estilo, pero ¿qué puedo hacer?

—Esperar.

—No. —Me separé de la barra de la cocina—. Con esto no, Nat. Yo tengo paciencia, pero también cabeza.

—¿Y yo no la estoy teniendo?

—No lo parece.

—Genial... —dijo entre dientes—. Mira, ¿sabes qué? Que mejor lo dejemos por esta noche.

—Claro. Así mañana te largas a París y ganas unos cuantos días.

—¿Los gano de qué?!

—De no dar la cara.

—Voy a colgar, Dani.

—No esperaba menos.

Y colgó.

Yo gruñí, solté cuatro improperios y tiré el móvil de mala manera sobre la barra. No pegué ojo. Tenía una vaga esperanza de que apareciera en cualquier momento, que entrara en razón... Valiente idiota. Ella se agarró a su táctica estrella: el escaqueo. Voló la noche después y solo me dedicó un mensaje.

Ya estoy con Greta.

Gracias por hacerlo posible.

No contesté. No quise amargarle el viaje.

—¿Y esa cara, tío? —Sergio me palmeó el hombro, arrastró una silla, le dio la vuelta y se sentó a mi lado abrazando el respaldo.

Acababan de terminar el concierto, que, para más inri, me había chupado entero. Le fui a dar un sorbo a mi whisky, pero dejé el vaso de tubo sobre la

mesa. Ni siquiera me apetecía.

—¿Qué cara? —pregunté a la defensiva.

Mi amigo hizo una mueca de dolor y levantó las manos.

—Ninguna, ninguna.

—¿Pedimos otra ronda?

Asier carraspeó a mi izquierda. Ambos sabían que no había llevado a Natalie al aeropuerto.

—Por mí, no.

—Venga, hostia —dijo Sergio—. Para un día que nos juntamos los tres...

—Quedamos todas las semanas —le recordó Asier.

—Sí, pero, ahora que los dos andáis emparejados, va a ser más difícil.

Resoplé y me levanté.

—Me marchó.

—Te acerco a casa. —Sergio se palpó los bolsillos de los vaqueros—. En cuanto encuentre las llaves de la furgó...

—Tranquilo, cojo un taxi.

—Manda un wasap cuando llegues —dijo Asier.

Yo me despedí y me fui. Dormí por puro agotamiento.

La jornada laboral fue propia de un lunes, muy cabrón. Llegué al piso cerca de las ocho de la tarde y, veinte minutos después, lo que tardé en darme una ducha y vestirme, me eché a la calle otra vez. Se me caía la casa encima.

Llevé los trajes al tinte, encargué la compra en el supermercado, cené por ahí y me di un paseo que me ayudó a dormir. Otro amanecer, otro día más y un almuerzo con mi madre. Se empeñó en venir a la calle de mi oficina, y encima llegó tarde.

—Perdona, hijo, cuando salía de casa me ha llamado al fijo Pepa, aquella abogada tan simpática, la que conocimos en el congreso en el que tu padre..., que iba guapísimo, por cierto, se acababa de cambiar de gafas y...

—Sí, ya sé quién me dices. Siéntate y me lo cuentas cuando pidamos. Voy un poco justo de tiempo.

Mi madre se quitó el abrigo y se acomodó en la silla de enfrente.

—Llevas el jersey del revés —le señalé.

—¿Te has fijado? —Sonrió—. Parezco más moderna, ¿a que sí?

Maldita Natalie, dejaba huella allí por donde pasaba.

—No sé si esa... tendencia va mucho contigo.

—Yo me veo bien. Estoy pensando en hacerme unas mechas. Caobas o azules.

—¿Qué tal un tatuaje? —bromeé.

—Pues porque me da miedo el dolor, como a tu amiga, que si no... Oye, ¿cuándo voy a volver a verla? Me cayó fenomenal.

—No sé decirte —murmuré.

—¿Habéis discutido?

Asentí, tampoco supe por qué. Tal vez porque necesitaba desahogarme más de lo que creía.

—A ella le ha pasado algo, pero no me deja que la ayude.

—No haberle pedido permiso.

—Su colaboración es imprescindible.

—Pues sigue insistiendo. Si necesita ayuda de verdad, te lo terminará agradeciendo.

—No quiero que me lo agradezca. Quiero... que esté bien, nada más.

Mi madre apoyó los codos en la mesa, unió las manos y reposó la barbilla sobre ellas. Sonrió muy complacida.

—Me encanta verte enamorado. Ya iba siendo hora. —Se echó hacia atrás y colocó la servilleta—. No me apetece ser una madrina de boda decrepita.

—¿Quién ha hablado de boda, mamá?

—Yo. —Agarró la carta, la abrió y me miró por encima—. Dile a Natalie que solo necesito tres semanas para organizarla. Dos si lo dejáis todo en mis manos.

—Camarero, cuando pueda, por favor.

—¿Pensáis tener hijos pronto?

—Mamá, por Dios, solo nos estamos conociendo...

—¿Te dices eso a ti mismo o te lo crees de verdad?

—No entiendo la pregunta —dije refugiándome en mi carta.

—Os he visto juntos, hijo. Y también te he visto con Amelia, y con aquella amiga de Sergio, y con la fresca que intentó engañarte... Y no estabas así. A mí no me engañas. Esta es la definitiva.

—Me gustaría que lo fuera —admití.

—Y a mí. Y a ella, si no me habría cortado cuando empecé a acribillarla a preguntas. Aguantó como una jabata. Porque te quiere. —Cómo me gustó creerla por un segundo—. ¿Amelia está al corriente?

—Hablé con ella el otro día.

—¿En el *brunch*?

—¿Cómo sabes eso? Y no me salgas con lo de que una madre lo sabe todo...

—Me lo dijo ella. —Me revolví en la silla— Ya, ya lo sé, Daniel. Y también sé

cuándo parar. Yo he intentado intermediar porque es una buena chica, y, si tú estabas dispuesto, podría haber funcionado. Que me dices que te has enamorado de otra persona, pues yo lo dejo estar, y santas pascuas. Le iré dando largas cuando me hable de ti y quedaré con ella solo para compartir recetas. Yo lo que quiero es que mi adorado hijo, tú, lo único que me queda de tu padre en este mundo, sea todo lo feliz que pueda.

Le apreté la mano por encima de la mesa y asentí con la cabeza. Esa era mi madre, la incondicional.

—¿Me das el número de Natalie? —Sonrió ilusionada.

—Ni lo sueñes.

—Ya se lo pediré a ella. —Carraspeó y alzó la mano—. Camarero, tenemos un poquito de prisa.

Comimos en cuestión de media hora. Y vuelta al trabajo. Y mirar más de lo habitual el móvil. Y a un silencio que era demasiado ominoso para soportarlo encerrado en casa. Me fui al cine. No recuerdo lo que vi, no le presté demasiada atención. Cuando salí de la sala, mi teléfono vibró.

RESPONSABILIDAD

Greta vivía en el número 9 de la Rue Férou, entre la iglesia de Saint-Sulpice y el jardín de Luxemburgo. En la esquina de la calle, a pocos pasos de su portal, había una librería y, en la misma manzana, el mejor restaurante donde he comido nunca. Podías ir a pie a la Sorbona, a Notre Dame, al Louvre o a las Tullerías; sin siquiera cruzar el río, perderte en el museo de Orsay. La torre Eiffel y Montmartre quedaban más lejos, pero para eso estaba el metro, que era impecablemente eficiente, como me había informado Dani.

Me compré una tarjeta de turista para poder darle uso al transporte público sin dejarme un riñón y, durante el primer día, ya la amorticé. Mi amiga tenía clase por la mañana y, por la tarde, se reunió con Clément, para terminar la conversación que habían iniciado la noche anterior. Yo opinaba que había quedado todo zanjado con mi «si te parece mal dormir en la habitación de invitados, no haber robado a Greta», pero ellos no estuvieron de acuerdo. Y yo seguí turisteando, sola, mientras miraba obsesivamente el móvil por si el abogado me contestaba, cosa que no ocurrió. Era casi de noche cuando empecé a cabrearme.

Hoy creo que estaba enfadada conmigo misma sobre todo, que me incomodaba muy mucho la cobardía que me empujaba a huir cuando las cosas no eran como yo quería, pero en aquel momento preferí verter mi cabreo en él en vez de hacer examen de conciencia.

—Puto Dani —mascullé entre dientes a orillas del Sena.

Levanté el móvil con toda mi rabia y eché el brazo hacia atrás. Estaba dispuesta a lanzarlo al agua y no regresar jamás. Ni a Madrid ni a sus brazos. Lo que yo mal llamaba «instinto de supervivencia» me pedía que siguiera escabulléndome. Quizá podría cambiar el billete de vuelta por uno de ida a donde fuera. Con que hubiera playa me apañaba: ya aprendería a pescar y a abrir cocos. Cogí impulso, moví el brazo con rapidez y guardé el móvil en la mochila. Ante todo, coherencia.

Al ir a cerrar la cremallera, el monedero de Ale-Hop se burló de mí desde el

fondo de loneta. Lo agarré, soltando exabruptos muy variados, saqué las llaves de su interior y las lancé al río con toda mi alma. La carta no fui capaz de tirarla. Es más, la desdoblé con cuidado y la leí. Miré al cielo, al agua y me arreeé con la palma de la mano en la frente.

—¿Pero qué he hecho?

Cuando me reuní con mi amiga un buen rato después, todavía no me lo explicaba. Las pobres llaves no tenían la culpa de nada, ni el teléfono móvil, ni Dani. La culpa era solo de Nolan. Él estaba destrozando mi final feliz. Yo, dando una espantada en vez de respuestas, no, claro.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Greta mientras subíamos en el funicular de Montmartre.

—Todo es una mierda.

—Y que lo digas...

—¿Qué tal ha ido con Clément?

—Prefiero no hablar del tema.

Recorrimos la archiconocida plaza de Tertre, varias calles turísticamente bohemias, la nivea basílica, compramos bocadillos en un puesto callejero y nos sentamos en la escalinata que, a modo de alfombra de mármol, viste los pies del Sacré-Cœur.

Había mogollón de gente, hacía un frío casi insoportable, los escalones estaban más sucios que el cenicero de un bingo, pero, aun así, nos quedamos un par de horas. Solo admirando la ciudad. Sus luces, su perfil, sus sombras... Una belleza imperfecta y, por lo tanto, auténtica. La congoja se nos fue adhiriendo a la garganta, como la grasilla del bacón frito en margarina de los bocadillos en nuestros paladares. Un artista callejero cargado con un acordeón tocaba piezas de *Amélie*. Le maldije un millón de veces. Hasta que empezó a tocar el *Hymne a l'amour*.

—Bueno, por lo menos es Piaf.

—Oh, no, esta no, por favor...

Greta se tapó la cara con las manos enguantadas y empezó a llorar.

Podría haber sido por la tristeza que lleva cosida, puntada a puntada, cada letra de esa canción. Edith Piaf la escribió para el amor más grande de su vida. Uno del que solo pudo disfrutar poco más de un año. Ella estaba entonces en Nueva York, inmersa en una gira triunfal, Marcel cogió un avión en París para ir a verla y encontró su muerte. Los únicos consuelos que le quedaron a la artista fueron la música y la morfina.

De ella dijo Jean Cocteau: «Nunca he conocido a un ser más desprendido de su alma. Ella no la entregaba, la regalaba. Tiraba oro por las ventanas». Igual que mi amiga, que, en nombre del amor, estaba despilfarrando su dulce espíritu. Puto modelo. La naturaleza puede llegar a ser muy cruel cuando crea a hombres tan bellos con interiores tan podridos. Si alguien es tan sumamente feo por dentro, debería haber una ley cósmica que le obligara a serlo también por fuera, por lo menos.

Me abracé al abrigo de *tweed* de Greta y acaricié las ondas de su melena.

—Ya, nena, ya... , venga, Clément no se merece tus lágrimas.

—No es por él —sollozó—. Es... por mí, por mi sueño. —Giró la cara, y pude ver la derrota sus ojos azules—. Yo he soñado tanto con esto, Nat... Tú lo sabes. Quería venir a París, integrarme y encontrar el amor. Y mira —se señaló—, mira lo que he conseguido... Nada. No aguanto más.

—Pues vuelve conmigo a Madrid y que le den a todo.

—No puedo, me quedan unos meses de curso todavía. —Negó con la cabeza y lloró más fuerte—. ¿Y cómo voy a volver así? ¿Sabes cuántas veces me ha dicho mi madre que me estaba equivocando? ¿Qué hago? ¿Me presento en su casa y le digo: «Mamá, tenías razón, Clément se ha aprovechado de mí y no he logrado adaptarme a París, ¿te importa si hacemos como si no hubiera pasado nada?»?

—No tienes por qué darle explicaciones.

—Claro que sí, Nat. Es mi madre y la quiero, aunque a veces me lo ponga muy difícil. Yo sé que ella en el fondo lo único que pretende es que yo sea feliz. Lo mínimo que le debo es una explicación.

Esas frases fueron cristales estallando encima de mi conciencia.

—¿Y si te vas a Barcelona?

—¿Con mi padre? No sé si funcionaria... Hace muchos años que no vivo con él, y nunca he compartido techo con su familia más allá de unos días. Además ahora mismo no podría, solo he recuperado mil euros de lo que se ha gastado Clément. Necesito que me devuelva todo antes de irme. Porque es el dinero de mi familia y porque... , joder, no quiero que salga ganando.

—Por ahora, podrías empezar por echarle de tu casa.

—¿Y que desaparezca con la pasta? Ni de coña. Así por lo menos le tengo controlado.

—Eso va a ser un infierno, Greta. Seguir compartiendo vida con él, con la tensión que hay en ese piso... —Miré hacia abajo, a las luces de la ciudad, y me mordí el labio inferior—. Creo que puedo prestarte otros mil. Ya me darán de

comer mis padres... Si te esperas solo quince días, pillo la paga extra.

—Te lo agradezco en el alma —se abrazó a mí—, pero no. Es Clément el que tiene que devolvérmelo.

—Déjame a mí. Esta noche le ato y le presento a Soraya. Mañana tienes el ingreso.

Greta rio, con la amargura agrietando el carmín de sus labios.

—¿Te crees que no lo he pensado? Incluso me acerqué a la gendarmería para denunciarle, pero no he podido demostrar que fue él.

—Asco de sistema. ¿Ahora entiendes por qué no denuncié yo a Nolan?

—No. —Mi amiga calmó su llanto al oír el nombre del de Minnesota. Su mirada se volvió puro acero azul—. Lo tuyo es completamente distinto. Tienes un parte de lesiones.

—Que no puedo relacionar con él.

—¿Cómo que no? Está tu testimonio y hay un testigo.

—El dueño del bar no va a declarar contra Nolan.

—Eso no lo sabes.

—Ya te digo yo que sí.

—Joder, Nat. ¿Y qué más daría? Al menos te serviría para exteriorizarlo. Tienes que dejar de callártelo. —Me separé un poco, incómoda por ir perdiendo la razón en el asunto—. No te enfades, ¿vale?, pero que sepas que hablé con tu madre.

—No me jodas, Greta. ¿Cuándo? No me ha dicho nada...

—Le pedí que no lo hiciera.

—Ha estado más encima, eso sí... —murmuré—. Llamándome más a menudo y durante más de un minuto... ¿Me estaba haciendo un puto seguimiento?

—Estábamos preocupadas... —Se excusó—. Todavía lo estamos. Yo sé lo que es eso, cariño, no podía dejarlo estar.

—Lo tuyo fue peor, fue un intento de violación...

—No le quites importancia —me reprochó—. Lo estás bloqueando, Nat, como haces siempre.

—Si te sirve de consuelo, esta vez he reventado enseguida. —Abrió los ojos de par en par—. Antes de ayer me dio un ataque de pánico cuando fui a comprarte el vibrador. Nos metimos en una cabina de esas para ver un espectáculo porno sado y, en el primer bofetón, me rompí.

—¿Estabas con Dani? —Asentí con la cabeza—. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Se ha preocupado muchísimo.

—No sabe nada, ¿verdad?

—Algo debe de imaginarse ya...

—Deberías contárselo.

—Lo sé, lo sé... —Pegué la barbilla al pecho.

—¿Lo estás retrasando?

—Sí, y me he columpiado. Me he venido a verte sin decirle ni adiós, ahí te quedas.

—Llámale.

—Ahora estoy contigo, luego si eso.

Me hizo girarme para mirarla de frente.

—Escúchame bien, cariño: lo que tú has encontrado es con lo que yo sueño cada día desde que tengo uso de razón. Es lo que le da sentido a la existencia de cualquier romántico. Lo que ha inspirado canciones, poemas y vidas enteras. Es el amor de verdad, el motor que mueve al mundo en la dirección adecuada. Actúa con responsabilidad, por favor.

—Redicha... —mascullé.

Le estampé un beso en los morros y saqué el teléfono de la mochila.

COMO UN LOCO

No llamé a Dani. No por cobardía, sino porque esa conversación no debía producirse con un teléfono de por medio. Le envié una foto de las vistas que tenía enfrente y un texto explicando cómo me sentía.

Me duelen los pies.

Me he tirado todo el santo día para arriba y para abajo, empapándome de esta maldita ciudad, y a estas horas temo que tengan que amputarme algún dedo.

Si me descalzara ahora y dejara pasar diez minutos podría hacerlo yo misma con un simple tironcito.

Qué frío, por Dios.

Y qué caro todo.

Vale que aquí ganan más, pero que se flipan mazo con los precios, también te lo digo.

Me acabo de comer un bocata de bacón vegano que me ha dado ganas de pedir que me lo envolvieran para regalo cuando me he enterado del precio.

Greta dice que exagero, pero, claro, ella es rica (bueno, su padre lo es, tanto monta ...). Paga lo mismo por un mes de alquiler aquí que yo en diez, y vivo en el centro, como bien sabes.

El piso es chulísimo, eso sí. Tiene dos habitaciones, dos cuartos de baño, salón y cocina independientes y terraza.

El barrio destila abolengo, te encantaría.

Y está muy cerca de mil sitios.

Mañana, mientras ella está en clase, voy a ir la Sorbona, que me pilla a un paseíto de nada, y luego buscaré la manera de llegar a la plaza de la Bastilla.

Espero que haya alguna guillotina conmemorativa donde hacerme una foto.

Si la encuentro, te la mando.

La tarde se la he reservado a la Shakespeare and Co.

Y la noche, a mi amiga, aunque, después de la librería, quizá deba ponerme a pedir limosna en algún semáforo. Revisaré un par de tutoriales de malabares por si acaso. Si termino aprendiendo, también te mandaré testimonio gráfico. Hasta entonces tendrás que conformarte con la foto de París que te envío junto a esta parrafada.

Nunca voy a agradecerte lo suficiente el regalo que me has hecho.

Ya no solo por acercarme a mi amiga, que también, sino por haberme descubierto esta ciudad.

No sé cómo ha ocurrido, venía con una postura bastante escéptica, tenía casi claro que no era para mí, pero se me está metiendo dentro, y creo que va a seguir ahí durante mucho, mucho tiempo.

Igual que tú...

Te echo de menos, Dani.

Mucho, mucho más de lo que esperaba.

A este mensaje tampoco me contestó.

Gracia no me hizo, no voy a engañaros, pero tampoco aumentó mi enfado. En cierto modo, le entendí. Percibí su silencio como una muestra de respeto, no de castigo. Respeto con la armonía de mi viaje y consigo mismo. Yo era la que me había equivocado negándole unas explicaciones que merecía, y, cuando uno comete un error, solo tiene una opción, una sola, que nadie se engañe.

Así que, a falta de cercanía para poder enmendarlo, seguí dando la tabarra. Le mandé fotos de la Bastilla, quejándome de la falta de guillotinas; de la famosa librería, de la travesía nocturna en el Bateau Mouche, de los jardines de Versalles y del Domaine de María Antonieta, del Campo de Marte desde la Torre Eiffel y de la Torre Eiffel desde el Trocadero, del Petit Palais, de todos los museos, del Arco del triunfo, del Folies Bergère y del Moulin Rouge, de una servidora

saliendo de la tienda de Godiva que hay a unos metros de la Ópera, acarreado con una mano dos toneladas de bombones y haciendo el signo de victoria con la otra.

Eso es contrabando.

—¡Ahí va! —Me paré en seco en medio de la acera—. ¡Me ha contestado!
Le endosé la bolsa a Greta y tecleé con rapidez.

No si me los como todos antes de volar.

Faltan menos de veinticuatro horas.

Creo que sales a doscientos bombones por minuto.

Mierda.

Me he quedado corta.

Dimos la vuelta a la manzana, entramos en Massimo Dutti, con la inagotable Visa de Greta, y cuando salimos todavía no había recibido respuesta.

Dime que te has reído por lo menos.

O mándame un emoji o algo ..., por favor.

Me he reído a carcajadas.

Yes la primera vez en días.

¿Puedo llamarte?

No me hizo falta. Su nombre apareció en la pantalla y yo me lancé de cabeza al verde.

—Hola —dije—. Aguanta un segundo... Greta, ¿vas a Hugo Boss? —Mi amiga levantó el pulgar y siguió de compras tan contenta. Los trapitos eran su chocolate—. Ya está, perdona.

—Perdonada.

Sentí un cosquilleo muy tonto al escuchar su voz. No tenía comparación con lo bonita que era al natural, pero, aun así, me hizo vibrar. El que eligiera esa palabra para romper su silencio verbal me arrancó un suspiro.

—No imaginas las ganas que tenía de oírte decir eso —admití—. Y sé que no

tiene que ver con lo que he hecho, que el que me haya venido sin darte explicaciones ha sido un error muy grande, pero espero que me perdones. Lo deseo más que nada.

—Nat... —murmuró—. Yo ya te he perdonado por eso, igual que tú me has perdonado que no te contestara a los mensajes; si no, no me habrías saturado la memoria del móvil a base de fotos, preciosas todas, por cierto. Pero no se trata de eso...

—Sí, lo sé, y voy a contártelo todo cuando regrese.

—¿Me lo prometes? —preguntó, y en su tono sentí tanto una sonrisa como su necesidad de compromiso por mi parte.

—Te lo prometo. Mañana me recogen mis padres en el aeropuerto, pero el viernes, en cuanto salga de la puta tienda, voy donde me digas.

—Puedo despejarme la tarde... —divagó—. Te espero en casa.

Cerré los ojos con fuerza. Otra vez. Un hogar sin posesivos. Un concepto más allá del lugar. Hoy podía ser su piso y mañana, un iglú en Alaska, daría lo mismo. Allí donde fijáramos nuestro punto de encuentro, donde pudiéramos desarrollar nuestro vínculo con libertad, sería nuestra casa.

—Voy a tener que morderme la lengua para no gritar lo que ya no puedo aguantarme pero me niego a decirte por teléfono.

—Joder, Natalie... No sé cómo cojones lo has hecho, pero acabo de escucharlo. Sonreí, emocionada.

—Dime que tú también... —le rogué.

—¿Que te quiero? Como un loco, ya lo sabes.

—Dame un segundito, que voy a desmayarme.

Su risa fue lo único que impidió que tocara el suelo.

VER PARA CREER

El último día en París, Greta y yo dejamos a un lado a la ciudad y nos dedicamos solo a nosotras. Empezamos con un desayuno *de luxe* en la terraza del piso.

—Oye, ¿anoche me pareció oírte hablar con el modelo o lo he soñado?

Mi amiga soltó su taza de café y se recogió la melena detrás de sus orejas multiperforadas.

—Es que... me desvelé. Y él también estaba despierto. Me lo encontré en el salón cuando fui a por agua. —Agarró la cajetilla de tabaco que había junto a las mermeladas—. Dice que quiere arreglarlo, que se ha dado cuenta de que no puede vivir sin mí.

—No te lo habrás tragado... —Levanté una ceja.

Ella sacó un cigarrillo y lo encendió dando una calada que tuvo que llegarle al tuétano.

—No soy tan ilusa.

—¿Pero...?

Sonrió de medio lado y se recostó en la silla.

—He decidido que me voy a dejar querer. Ahora es él el que va a desvivirse por mí y yo la que voy a decir cómo y cuándo. De todas formas vamos a tener que compartir piso hasta que me devuelva la pasta, así que ¿por qué no aprovecharme?

—Porque, en cuanto te relajes, te la va a liar otra vez.

—No. Ya no. He abierto los ojos. —Tiró la ceniza encima de su tostada a medio comer—. Ahora sé que no estoy enamorada de él, sino del amor en general. Y sé dónde no tengo que buscarlo.

—Ni siquiera creo que debas buscarlo. Es algo que se encuentra... O te encuentra.

—Como quieras..., pero, hasta que suceda, ¿por qué no utilizarle? Él lo ha hecho conmigo.

—Y esa es la diferencia entre vosotros: él es una mala persona y tú no.

—Una cosa es ser buena y otra tonta, cariño.

Sonreí.

—Eso suele decirlo Dani.

—Porque es un hombre muy sabio.

—Y listo.

—Y con excelente gusto en lo que a mujeres se refiere.

—Y folla tan bien... —Suspiré.

Greta se rio.

—¿Tiene algún hermano soltero?

—Qué va, es hijo único. Pero tiene un colega que está como un queso. Alto, con pelazo y cara de malote. Ha vivido en Londres y va y viene bastante. Toca en un grupo, escala, dibuja... Le sobra rollo.

—¿Me lo estás vendiendo?

—No, mujer, te estoy hablando desde las bragas. Es un portento. Y fiel defensor del amor libre, por cierto. Dani me lo definió como «un puto *hippie*», pero yo le vi más centrado que eso. Es un tío muy espabilado... y magnético.

—¿Cómo dices que se llama? —Sonrió, enseñándome su diastema.

—Ahora sí tienes ganas de volver a Madrid, ¿eh, putón? —Nos reímos—. Se llama Sergio.

Sus ojos azules se dirigieron al cielo encapotado. Su sonrisa cambió, como si el gris de las nubes hubiera bajado hasta cubrirlos de melancolía.

—Soy idiota —musitó—. Cómo puedo ilusionarme solo con imaginarlo... No escarmiento.

—No lo hagas. No renuncies al amor. Tú siempre has tenido razón. Vivir en rosa es el mejor sueño.

Greta me miró con afecto.

—Verte así me da esperanza, hermana.

—Todo se pega... —musité, pensando en Dani.

—Todo no. Yo mataría por un culo como el tuyo.

—Pues empieza a comer como Dios manda. Nunca has estado tan delgada.

Dio la última calada a su cigarro y rio con ironía.

—Si conocieras a las amigas de Clément, no opinarías eso.

—Si son amigas de ese idiota, no se merecen ni que las mire.

—Entre nosotras..., son muy tontis. Muy superficiales. Aunque son peor sus amigos. Hay uno al que nunca le he visto reírse. Ni una sola vez en seis meses. Me da un mal rollo tremendo.

—Normal. Jaime también solía rodearse de gente así, ¿te acuerdas? Iban de

esnobs, pero, en realidad, eran unos putos amargados.

Percibí que Greta contenía el aliento. La miré: estaba tensa y con los ojos muy abiertos.

—¿Se te ha escapado un cuesco? —le pregunté—. No pasa nada, mujer, hay confianza y estamos bien ventiladas, tú pedorréate sin miedo.

Empezó a reírse a carcajadas, llenando la pálida piel de sus mejillas de puntitos rojos.

—¿Cómo me voy a haber tirado un pedo? ¡Estamos desayunando!

—Yo sí, tú apenas has comido...

—¡No me cambies de tema! —Siguió riendo—. Y déjame decirte que estoy superorgullosa de ti. —Inspiró hondo y calmó su carcajeo—. Es la primera vez que te veo hablar de Jaime sin que te cambie la cara.

—Ay, se me olvidaba. —Me puse en pie—. Ahora mismo vengo.

Corrí hasta la habitación, abrí la maleta y regresé a la terraza con un papel lleno de celo.

—¿Me dejas el mechero?

Greta aplaudió entusiasmada y yo le prendí fuego a una mentira que me había servido de cilicio demasiado tiempo.

—Adiós —murmuré, antes de estirar el brazo por la barandilla y ver cómo se convertía en humo y cenizas.

Solté la esquina que sujetaba, que dibujó un par de espirales de humo en el aire y se posó sobre la calzada. Fue atropellada por una furgoneta de reparto, alzó el vuelo y terminó sobre la acera, junto a un señor que ojeaba el escaparate de la librería mientras paseaba a su mascota. El perro la olisqueó, levantó la pata y dejó que la naturaleza actuara.

—Muy poético —dijo Greta, agarrada al pasamano de metal.

—Si ahora le caga encima, sería justicia divina.

No ocurrió, pero, cuando salimos del piso, las dos escupimos sobre el papelujo; luego, nos fuimos a la peluquería. Comimos *galettes* de trigo sarraceno en la crepería preferida de mi amiga. Hicimos la digestión, pero bien hecha, en Crocodisc, una tienda de música retromolona en la que encontré el *souvenir* perfecto para Dani. El mismo objeto que, indirectamente, provocó que, mientras tomábamos café a orillas de Sena, le propusiera a Greta ir al último sitio que esperaba visitar en esa ciudad, o en cualquiera.

No os voy a dar detalles de lo que ocurrió dentro de aquel estudio porque bastante dignidad perdí aquel día, pero me gustaría que supierais que no he

llegado nunca a arrepentirme, que sigo sonriendo cuando lo miro y que no tiene nada que ver con Harry Potter.

—Estás muy loca —me dijo Greta.

—Y a mucha honra.

Se sentó en su cama, observando cómo me aplicaba vaselina y lo cubría antes de vestirme para ir al aeropuerto.

—Te voy a echar tanto de menos... —Hizo un puchero.

—Navidad está a la vuelta de la esquina.

—Pero Barcelona pilla un poco más lejos.

Me giré rápidamente.

—¿Vas a pasar las fiestas con tu padre?!

—Ya sabes que mi madre está que trina. No tengo ganas de aguantarla.

—Ya, tía, pero... —Solté un gemido lastimero—. Escápate aunque sea en nochevieja.

—Si se entera, me mata. —Se acercó a mi maleta y agarró con fuerza el asa—. Nos veremos pronto, no te preocupes. Todo se arreglará.

La miré con un millón de dudas tensando mis facciones.

—Estoy segura. Tú puedes con esto y con lo que te echen. Eres la mejor superviviente que conozco, pero prométeme, por favor, que te cuidarás. A veces se te olvida encargarte de ti misma por contentar a los demás.

—No pasará, tranquila.

—Ya está pasando, nena. El curso lo tienes medio abandonado, y tu peso me preocupa. —Fui hacia ella y la sujeté por los hombros—. Tú, tú, tú, y después, tú otra vez. Cuando estés bien, de verdad, llegará el resto, no antes. Céntrate, ¿vale?

—Vale.

—¿Prometido? —insistí.

—¿Desde cuándo crees tú en las promesas? —Sonrió, un poco desconcertada.

—Desde que he comprobado que hay personas que son capaces de cumplirlas.

LA BENDICIÓN

Despedirme de Greta fue un bajón. Lloramos, nos reímos la una de la otra, nos empujamos y volvimos a abrazarnos. Lo único bueno fue que no era un adiós, sino un hasta pronto. Recé en el vuelo al dios del *kiki* para que la vida empezara a sonreírle y pudiera regresar por voluntad propia, no por culpa de otra derrota.

Mis padres, mi abuela y mi hermana, la pequeña, me recogieron el aeropuerto a las nueve de la noche.

—¡Menudo recibimiento! —dije repartiendo besos—. ¿Estáis todos bien? ¿Qué tal va el azúcar, abuela?

—Me ha subido otra vez —refunfuñó—. Ya ni pan me dejan comer.

—Tranqui, te he traído un chocolate casi puro que te va a quitar todas las penas.

Nos acomodamos, bien apretados, en el Volvo familiar antes de poner rumbo a Madrid centro. Fui repartiendo bombones y anécdotas sobre el viaje. Les di también el vino que les había comprado Greta a mis padres, pero que se apalancó mi hermana.

—No se te ocurra echarle Coca-Cola —le advertí cerrando la mochila.

—Ya lo sé, idiota. Este va mejor con gaseosa.

Nos dedicamos a insultarnos varios kilómetros más. Mi padre puso orden. Mi madre me preguntó si me dejaban en el piso de Chueca.

—Claro, ¿dónde si no?

Despegó la vista de la carretera un segundo para mirarme por el retrovisor central.

—Podías haber quedado...

—Hoy no, mañana.

Ella sonrió. Mi abuela me dio con el codo.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

—Viene cansada del viaje... —dijo mi padre.

—Pues que se ponga Dani encima —dijo mi hermana.

—¡Ángela! —chillé.

—De costado tampoco fatiga —dijo la yaya.

Y el ataque de risa general nos duró hasta que llegamos al centro de la ciudad.

—¿Entonces en tu casa? —volvió a preguntar mi madre.

—Gira hacia Marqués de Salamanca, luego te indico cómo entrar en su calle.

Me moría de ganas y me lo estaban poniendo en bandeja. ¿Por qué dejarlo para otro día? No había nada que temer. ¿Qué podía salir mal?

Salté del coche en cuanto se detuvo en la acera de su edificio. Mi padre se empeñó en llevarme la maleta hasta el portal. Ellas pegaron sus caras sonrientes a las ventanillas y levantaron los pulgares.

—Gracias, papuchi. —Le di un abrazo muy sentido y un beso en la calva.

—Ten cuidado, Natalie.

Cuando le solté pude apreciar la preocupación en las arrugas marcadas de su rostro.

—Esta vez es distinto. En serio. —Asentí con energía—. Cuando quieras te lo presento y juzgas tú mismo.

Ladeó la cabeza a derecha y a izquierda como signo de conformidad, después me pasó el asa de la maleta.

—Entra. Esperaré aquí por si no está en casa.

—Tengo llav... —Mierda. No las tenía—. Bueno, seguro que está. Podéis marcharos cuando queráis.

Ni caso me hizo. Se quedó plantado en la puerta mientras yo atravesaba el *hall* y hablaba con el portero.

—No responde —dijo colgando el teléfono de recepción.

Saqué el mío para buscar su contacto.

Apagado o fuera de cobertura.

Sonreí con cierta tensión a mi padre; él se cruzó de brazos.

—¿Le importa que deje la maleta aquí?

—Esto no es una consigna. Y no tengo por qué hacerme responsable de sus pertenencias. No entra dentro de mi sueldo.

—¿Ha pensado en incluir algo de fibra en su dieta?

Salí del portal arrastrando el *trolley*.

—¿No está? —preguntó mi padre.

—Qué va. Y tiene el móvil apagado.

—Te llevamos a casa.

Eso iba a ser difícil si no encontraba a Dani, así que negué con la cabeza.

—Le espero. No tardará demasiado.

—Voy a avisar a las chicas y esperamos todos juntos.

—No, no... Estamos sin cenar... ¿Y si le baja el azúcar a la abuela?

Mi padre miró alrededor y señaló la acera de enfrente.

—¿Qué te parece ese bar?

Pues era muy mono, la verdad. Caro, claro, muy propio del barrio, aunque se comía bastante bien. Y tenía una posición privilegiada para espiar el portal de Dani, pero cerraban a las diez y media. Y el abogado sin aparecer y sin cobertura.

—Podemos hacer tiempo en el coche —sugirió mi madre.

—¿Los cinco ahí metidos?

—Mejor que en la calle... —protestó mi hermana frotándose las manos; se sopló sobre los dedos y el vaho que formó su aliento los ocultó durante un segundo.

—¿Por qué no os vais ya? Puedo esperarle sola.

—El portal tiene unos sillones muy majos —dijo mi abuela.

Y, en cuestión de minutos, cinco Díaz Prado ocupamos el *hall*. El gilipollas del portero protestó, pero mi madre se encargó de él. Mi abuela empezó a cabecear al poco; mi hermana, a teclear sobre la pantalla de su móvil y mi padre se hizo un hueco a mi lado y me pidió que le contara cómo llevaba mi búsqueda de empleo. Mamá se unió a la conversación enseguida. Les enseñé las ofertas que había encontrado, ellos me sugirieron otras opciones y nos enfrascamos tanto en el tema que, cuando Dani llegó, ni nos dimos cuenta.

—¿Nat?

Miré hacia el centro del *hall* y allí estaba plantado. Con unos pantalones de deporte, una cazadora acolchada y una bolsa Adidas en la mano. Se había recortado la barba hasta dejar vislumbrar sus atractivas facciones y el exagerado rubor de sus mejillas. Sus cejas rozaban los mechones desordenados que caían sobre su frente. Sus ojos verdes estaban turbios.

—Hola. —Sonreí.

Dani parpadeó antes de mirar a mi izquierda. Mi hermana levantó la vista de la pantalla.

—Jodó... Todas las tontas tienen suerte.

Mi abuela rezongó dormida, hizo pastitas con la boca y se acurrucó. Dani miró a mi derecha. Mi padre y mi madre le saludaron con la mano.

—Hostia puta. —Soltó la bolsa de deporte para frotarse la frente. Volvió a mirarme. Me encogí de hombros y me puse en pie. Ahí reaccionó. Se adelantó unos pasos, dirigiéndose hacia mis padres—. Disculpenme, por favor. Me alegro

de conocerlos, pero no de hacerlo en este estado.

—¿Estás piripi? —Sonreí, buscando el tacto de su mano.

Él se inclinó para dejarme un breve beso en los labios, se lamió los suyos irguiéndose y me dedicó una mirada que me estremeció.

—Cuando me he tomado la última copa no he pensado que después iba a conocer a tus padres.

—No pasa nada —dijo mi madre—. Todos bebemos... ¿Tú sueles hacerlo a menudo entre semana?

Negó con la cabeza sin abandonar la sonrisa.

—Mamá, no es alcohólico, te lo aseguro. —Me reí, le miré a la cara y apreté sus dedos—. Siento mil la encerrona. No ha habido manera de largarlos.

—Ya... Luego aclararemos eso. —La mueca de su boca se volvió muy sugerente—. ¿Por qué no habéis subido al piso?

—Porque... he extraviado las llaves... en el fondo del Sena.

—Matarile, rile, rile —canturreó mi hermana.

Dani rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Un arrebató, ¿no?

—Me arrepentí enseguida.

Metió la mano en el bolsillo de su cazadora y me tendió otro juego. Dios sabe los esfuerzos que tuve que hacer para no comérmelo a besos, tumbarle en el suelo y cabalgarle hasta el amanecer. Sostuve las llaves y su mano un instante que me pareció eterno. Quise que lo fuera, desde luego. Que se alargara hasta el infinito esa sensación de plenitud, de dicha extrema, que se reflejó en nuestros rostros bajo la atenta mirada de mi familia.

—Toma las mías de momento —me dijo con una sonrisa tan honesta como él—. Mañana hacemos una docena de copias, pero dosifícatelas, por favor —bromeó—; los ríos ya están demasiado contaminados.

—El Sena olía a culo de mono, te lo juro —dije, guardándome las llaves.

Dani se carcajeó.

—¿Cómo sabes a qué huele el culo de un...? —se interrumpió—. Da igual. No me lo digas.

Nuestras risas hicieron eco en el *hall*, igual que el carraspeo de mi hermana.

—Familia, ¿y si los dejamos a su aire?

Miré a mis padres, y ni pestañeaban. Nos observaban algo asombrados y muy sonrientes. No necesité más bendición que esa: verlos felices.

—Sí, será lo mejor. —Mi padre se puso en pie para darnos dos besos a cada

uno—. Pasadlo bien, chicos, pero pronto a la cama, que mañana es día de escuela.

—Eso, tú anímalos —se burló mi hermana—. Abuela..., eh..., despierta, que nos tenemos que marchar.

—¿Ya ha llegado el novio? —dijo abriendo los ojos con pereza.

—Está aquí delante, mira —dijo mi madre. También nos besó antes de acercarse a la yaya para ayudarla a levantarse. Lo hizo de dos intentos, se estiró un poco y trató de enfocarle. Se llevó la mano al pecho.

—¿Dónde están mis gafas? —Mí hermana se las pasó—. ¡Madre! —Subió la mano hasta la boca y caminó hasta nosotros—. Dame un par de besos, hijo. —Le apretó las mejillas y los bíceps y asintió—. Muy bien, muy bien. Me ha gustado —me dijo—. Tráemelo a merendar cuando quieras.

—Cualquier tarde de estas —le aseguré convencida.

Lo que me sigue entristeciendo más que nada es no haber podido cumplir con mi palabra.

EL RAYO

Cuando Murphy escribió sus leyes se olvidó de la que explica que, si vas al gimnasio con un amigo, te pasas con los vinos de después y regresas a casa con la peor facha que has mostrado en público jamás, conocerás a los padres de tu pareja. La ley que dice que si alguien tiene que avisarte de algo importante te quedarás sin batería en el móvil seguro que ya está escrita.

—Les has encantado —me dijo Nat mientras subíamos en el ascensor.

—Eso parece. —Sonreí—. Y solo Dios sabe por qué.

—Yo no me creo divina, por mucho que lo sea, pero sé que el motivo es tu nobleza. Tu reacción a lo de las llaves es lo que los ha ganado para la causa.

—¿Somos una causa?

Asintió con convicción.

—Una ganada.

Se agarró a mi mano y no me soltó hasta que entramos en el piso. Desperdigó sus cosas por la tarima y la escalerita de mano mientras yo me quitaba la cazadora y, después, se tiró a mis brazos. La envolví todo lo que dio de sí el deseo de sentirla cerca.

—Mmm, por fin este olor a sándalo —dijo, hundida en mi cuello—. Ya estoy en casa.

La estreché con fuerza y besé su sien, su frente, su nariz y sus mejillas. En su boca encontré la puerta hacia la felicidad completa.

—¿Eso quiere decir que la maleta se queda? —le pregunté.

—Está llena de ropa sucia.

—Hay una lavandería a dos calles.

—Mejor la apañó por mi cuenta... de momento.

La acotación temporal me sobró como respuesta. El día llegaría, el cuándo era lo de menos.

—Te he traído una cosita de París. —Me lanzó una mirada coqueta. ¿Quieres que te la dé?

—¿A ti qué te parece? —Sonreí.

Nat se arrodilló junto a su maleta. Sacó de ella una bolsa de plástico de una tienda de música con algo cuadrado, grande y plano dentro.

—¿Me has comprado un vinilo?

—No, es un queso gruyer. —Se burló—. El envoltorio es para despistar.

Le mostré el dedo corazón antes de quitarle la bolsa de las manos.

—Ese gesto es muy impropio de ti, señor marqués.

—Me pregunto de quién lo habré copiado... —Cuando saqué el disco, tuve que tomar un rápida y honda inspiración. La miré y retorné la vista a Bowie—. Joder, Natalie... ¿Tenía que ser el *single* de *Heroes*?

—¿Cuál si no?

—¿Sabes lo que has hecho? —Me dirigí hacia el equipo de música—. Ahora no voy a tener más remedio que ponerlo. —Abrí el aparador para colocar el vinilo—. Y, como estoy medio tocado, es muy probable que termine bailando. Y no es que se me dé especialmente bien.

—Tienes mucho ritmo y una excelente capacidad de sincronización, te lo digo yo. —Se quitó los botines y me pidió—: Dale caña. Yo te sigo.

Soy un pésimo bailarín y Nat tiene el oído musical bastante perjudicado, pero nuestros límites no nos impidieron cantar y bailar como si celebráramos la última noche del planeta. Vistos desde fuera tuvimos que ser un espectáculo. Desde dentro, fuimos solo dos amantes. «*For ever and ever*».

—Para siempre jamás. —Sonrió, negando con la cabeza—. Es tan de final de cuento de hadas... El príncipe y la princesa fueron felices y comieron perdices.

—Aquí no hay cuento que valga. —La sujeté por los costados y la levanté hasta que nuestros ojos quedaron parejos—. Esto es justo lo contrario. Es pura realidad. —La besé con todas mis ganas, que eran muchas, reforzando mi discurso—. Que seamos capaces de sentirlo así lo hace real. —La dejé en el suelo y agarré su mano para hacerla girar un par de veces—. Además, ni yo tengo sangre azul ni tú eres una princesa. Eres una reina. Mi reina. ¿No estás oyendo a Bowie?

Pegó un tirón de mi mano para acercarme a ella.

—¿Quién coño es Bowie?

Nos besamos como locos mientras terminaba la canción. Nuestros cuerpos nos urgieron para que todo eso que vocalizábamos lo tradujéramos en caricias. Ella se deshizo de mi sudadera y de mi camiseta; yo, de su jersey. Nos abrazamos, movidos por la necesidad de sentirnos piel con piel. Algo extraño rozó mi pecho.

—¿Qué sujetador llevas? —La aparté un poco y vi asomando por la copa

izquierda de encaje un trozo de papel de cocina. Me reí—. ¿Os quedasteis sin clínex?

Ella se mordió el labio antes de dar un paso atrás. Se desabrochó el sujetador, dejó que cayera sobre la alfombra, despegó dos tiras de esparadrapo y descubrió un rayo tatuado sobre su corazón.

—No me lo puedo creer... —farfullé.

—Yo tampoco. —Sonrió—. Y eso que todavía me escuece.

—Pero, Nat...

Me froté la cara con las manos; notarlas frías hizo que me espabilara un poco. Di un paso hacia ella, alcé la mano derecha hasta su pecho, pero me detuve en el último momento.

—No quiero infectártelo. Es... —Bufé y la miré a los ojos. No encontraba el adjetivo para describir lo que me parecía—. Es...

—Tuyo —musitó—. Y mío... Nuestro. Y es justo que esté ahí, porque es su lugar. Pase lo que pase. Siempre vas a formar parte de mi corazón. Tu cariño me ha ayudado a recuperarlo. Tú te has ganado un hueco en él, y yo nunca he sido tan feliz como desde que lo he aceptado. Me veo capaz de cosas que antes me daban mucho miedo, como las putas agujas o desnudarme frente a ti para declararme. Ya no tengo ganas de salir corriendo si no es para llegar hasta tus brazos. Y ya no me tiembla la voz para decirte que te quiero. Para gritártelo si hiciera falta. Te quiero. Como no había querido nunca. Como no sabía que pudiera quererse. Sin renunciar a nada.

Me tuve que sentar. Me fallaron las rodillas. Y puede sonar muy poco varonil, pero me da lo mismo. La hombría no tiene nada que ver con eso. La mía al menos no se resiente al reconocer que esa mujer me puso a sus pies con sus palabras.

La agarré por la cintura para sentarla sobre mis piernas.

—No vas a decir nada... —Me miró.

—No puedo. Estoy superado. Acabo de llegar justo donde quería y me siento eufórico, pero también un poco confundido. Has abierto como un millón de posibilidades de repente. Necesito un par de minutos por lo menos para asimilarlo.

Sonrió con la barbilla muy alta.

—¿Te importa si termino de desnudarte mientras tanto?

Me recosté en el sofá.

—Soy todo tuyo —admití, creyendo en cada letra.

Ella se puso en pie y yo me descalcé de dos patadas antes de alzar las caderas. Me quitó el pantalón y los *boxers* de una vez, hizo lo mismo con su ropa y se sentó a horcajadas sobre mí.

Acaricié sus costados, su espalda, su nuca..., la besé, empapándome de ella, dejando atrás el turbio efecto del alcohol en mi cuerpo. Nunca me sentí tan despierto. Lamí su boca, su cuello, sus tetas..., admiré el rayo que me había fulminado, que me había dejado inútil para cualquier mujer que no fuera ella, y me enterré en el paraíso de su cuerpo. Mi lugar en el mundo. Natalie.

EL DESPUÉS

No sé cuántas veces hicimos el amor la noche que regresé de París. Me fue imposible contarlas, porque, normalmente, se trata de recopilar el número de orgasmos, pero, en nuestro caso, llegar al clímax fue lo de menos; fue la necesidad de materializar la unión que compartíamos lo que azuzó a nuestras caderas, no solo el deseo.

Cuando el alba empezó a despuntar al otro lado de los cristales empañados por el calor de nuestros cuerpos, nos fuimos a la ducha. Después nos vestimos y preparamos el desayuno con una familiaridad nada sorprendente: era la consecuencia más lógica del amor que nos teníamos.

Entre zumo, café y tostadas le di con todo lujo de detalles las explicaciones que le debía. Y tampoco hubo sorpresa en su reacción. Me dijo que era lo que imaginaba y me propuso un plan de acción, que fue difícil secundar porque solo disponía de un nombre, un apellido, un estado norteamericano y un pseudooficio.

«Jacob Nolan».

«Minnesota».

«Entrenador de béisbol y fútbol. Agresor en su tiempo libre».

No me parecía gran cosa para presentar una denuncia. Ni siquiera aportando mi testimonio ni el parte de lesiones. No sabía ni cómo se llamaban el puto bar ni la calle. Le di todas las indicaciones que pude a Dani, que el lunes siguiente se encargó en persona de averiguar los pormenores. Me contó por teléfono que no llegó a entrar en el local.

—No por falta de ganas —añadió—. Pero le hubiera puesto sobre aviso.

—Has hecho bien. No debe de andar muy lejos. Me ha dicho Zoe que ha seguido entrenándolas con normalidad. Por cierto, he llamado a la secretaria del polideportivo, pero no me han dado ninguna información.

—Es lógico. No quieren vulnerar la ley de protección de datos. Ya se lo darán a la policía. Tenemos suficiente para la denuncia.

—¿Seguro?

—Sí, estate tranquila.

Lo cierto es que lo estaba. Empezar el procedimiento contra el de Minnesota esa misma tarde no trajo de la mano un aumento de ansiedad, más bien al

contrario. Dani e Irene, la oficial de policía y pareja de Zoe, me hicieron sentir segura mientras declaraba en la comisaría. Cuando salí, lo hice con el convencimiento de que debía que seguir liberándome del peso del silencio.

Tengo que admitir que, pese a mis dudas, la policía actuó con rapidez. Los niños de San Ildefonso cantaron el Gordo el jueves que le detuvieron. Estaba con la madre de Dani en una tienda *gourmet* comprando los últimos regalos de Navidad cuando recibí la llamada de Irene.

—Salgo un segundito, Amparo —le dije con el móvil en alto.

—Vale, hija. Yo voy hacia la sección del fondo. ¿Te gusta el *marron glacé*?

—Buah, me pirra.

—Igual que a mí. —Sonrió—. Coge otra cesta cuando vuelvas, por favor.

Asentí y descolgué el teléfono antes de salir a la calle.

—Hola, guapa. ¿Qué tal vas?

—Todo bien. Perdona que te moleste.

—No lo has hecho. —Empujé la puerta, haciendo sonar una campanita, y me cerré el cuello del abrigo. Qué frío, la Virgen—. Cuéntame. ¿Han detenido a Nolan?

—Sí... y no.

Me paré en medio de la acera, me llevé un par de empujones y, al tercero, me aparté a un lado.

—¿No ha ido hoy al entrenamiento?

—Sí, sí. Ya le tenemos en la comisaría.

—¿Entonces?

—No se llama Jacob Nolan.

—¿Ah, no?

—No, es el nombre que utilizó para poder venir a España. ¿Te acuerdas de que me sonaba?

—Sí.

—Pues estaba en lo cierto. Tiene dos órdenes de busca y captura. Canadá le reclama por tráfico de armas y Estados Unidos, por abandono de menores y malos tratos.

—¿Tiene hijos?!

—Tres. El más pequeño, de solo cuatro años.

—¡Pero si me dijo que llevaba diez o doce años aquí!

—También te mintió en eso.

No me pudo dar muchos más detalles aquel día, porque me pareció mal hacer

esperar a Amparo, pero quedamos la tarde siguiente y me lo aclaró todo.

Dexter Anderson era natural de Minnesota, eso fue lo único cierto. Los primeros registros policiales le acusaban de conducción bajo estado de embriaguez, altercados y lesiones leves. Pasó dos años en un penal de baja seguridad y se casó. Todo muy romántico. Imagino lo tierno que tuvo que ser aquel noviazgo: él escribiendo cartas sentado en la letrina y ella horneando pasteles para esconder limas dentro. Los vis a vis debieron de ser enternecedores. Su primer hijo vino al mundo cuando él todavía prestaba servicios a la comunidad. Un año después, el segundo. Durante una década no hay registros sobre él. Luego llegó el pequeño Kevin, que, en vez de un pan, trajo bajo el brazo varias denuncias por malos tratos, que tuvo que representar la fiscalía por ausencia de la denunciante. A papi le pillaron en Canadá, a solo un par de cientos de kilómetros de casa, con un coche lleno de armas cortas. Un error administrativo le dejó en libertad bajo fianza y Dexter Anderson se convirtió en Jacob Nolan y voló hasta Madrid. A enamorarse del sol y de las españolas. A vivir del cuento y de sus trapicheos. Sin ningún remordimiento.

Hasta que escuché su historia, me parecía el colmo de la poca vergüenza que siguiera entrenando a mis amigas después de haberme agredido, pero después entendí que un tipo que es capaz de llevar semejante mochila a la espalda y seguir sonriendo con tranquilidad no puede ser valorado como una persona normal. Él continuó con su vida después de pegarme como si no hubiera pasado nada porque se creía por encima del bien y del mal, había escapado sin castigo de cosas mucho peores..., pero se equivocó. El karma a veces se porta. Y esa mujer a la que había maltratado alza la voz, y le desenmascara, y es la última en sonreír pensando en una celda sucia y en una sociedad más limpia.

Me sentí de puta madre, ¿qué queréis que os diga? Mi denuncia no llegó a ningún lado, ni declaró delante del juez ni me pagó un céntimo de indemnización, pero me dio tan igual... Yo, indirectamente, había sacado de la circulación a un puto kamikaze. Sigo sin entender por qué no me ha llegado todavía mi medalla al mérito ciudadano.

Aquella Navidad fue lo mejor. Casi no vi a Dani por culpa de los compromisos familiares y amistosos, todavía no éramos de esas parejas que comparten agenda, pero estuvo genial, porque yo era feliz, y, bajo esa lente, todo adquiere un brillo que es difícil empañar.

Difícil, pero no imposible.

El año nuevo nos trajo 365 nuevas oportunidades... y se llevó a la abuela. Se

nos fue sin que nos diéramos cuenta. Una noche nos dijo «Hasta mañana» y nunca más regresó. Dio el salto hacia el otro lado mientras dormía plácidamente en su cama. Fue una muerte dulce para ella, la que merecía, pero para el resto fue increíble. No pudimos asimilar ni con su féretro delante que lo que había dentro era ella. «No me lo creo» fue la frase más repetida en su despedida. Y era verdad que era mayor y que tenía más achaques que canas, pero su energía parecía realmente inextinguible.

Nos costó unos días creérselo del todo. Y luego fue peor. Su lugar en la familia, y en nuestros corazones, lo ocupó la ausencia. Absoluta y lacerante. Cargada de reproches y de preguntas.

«Tenía que haberle dado antes el regalo de Reyes». «Tenía que haber traído a Dani para esa merienda». «Tenía que haberle dicho más veces lo mucho que la quería». «¿Qué hago ahora con todos los besos que siguen siendo para ella?». «¿Dónde guardo sus abrazos, sus consejos, su olor a lavanda sin que ocupen el espacio que le debo a mi vida?». «¿Cómo reírme a carcajadas de nuevo sin sentirme culpable?».

Sartre y Camus opinaban que la muerte es el mayor de los absurdos, y así lo entendí durante un tiempo. No podía razonar que ella ya no estuviera, porque yo la seguía sintiendo. Mi cabeza no terminaba de entenderlo y me tendía trampas. Si me llegaba una nueva alerta del canal de ganchillo de YouTube, yo no lo borraba, lo guardaba, me anotaba mentalmente enseñárselo y luego tenía que recordarme que ya no podía. Si me sentaba en el sofá del salón de mis padres y oía unos pasos a mi espalda, cambiaba automáticamente la televisión para encontrar algún programa que le gustase y me giraba sonriente; las lágrimas empezaban a campar por mis mejillas en cuanto me percataba de que no era su cara, que ella no volvería. Reciclar sus cosas resultó una especie de agravio; nos rondaba la idea de que se asomaría en cualquier momento por el vano de la puerta y nos arrearía una colleja. Un día bajé al contenedor de la parroquia sus zapatos y, esa misma noche, soñé con ella descalza, con los brazos en jarras, preguntándome qué había hecho con ellos. La lloré mucho. Todos lo hicimos. Formamos piña para no dejar escapar su recuerdo, y eso fue lo único que nos trajo algo de consuelo a un invierno emocionalmente frío y lóbrego.

Entonces, más que nunca, entendí la importancia del amor en cualquiera de sus formas. Fue él, y nada más que él, lo que nos permitió ir superándolo. A mí, en concreto, saber que la mano de Dani estaba dispuesta a sostenerme me hizo conservar la fe en un destino que, aunque cruel a veces, puede también ser

amable si nos esforzarnos en mantener el rumbo.

La llegada de la primavera trajo algo de luz al absurdo. Al final, todo es un ciclo, una vuelta más de esta rueda imparable que es la vida. Todo nace y todo muere, y los que estamos vivos no tenemos más remedio que adaptarnos a los giros, por bruscos que sean. Se lo debemos a la memoria de los que ya no están, a la felicidad de los que siguen y al futuro de los que vendrán. Ese nuevo sentido de la responsabilidad me hizo implicarme mucho más con las personas de mi entorno y reenfocar mi situación laboral.

Tenía el despido pisándome los talones y un par de opciones para no quedarme de brazos cruzados, pero seguían siendo meros parches, trabajillos que me permitían sobrevivir pero no desarrollarme. No era como currar en el camping. Allí me sentía realizada porque ayudaba a la gente a pasárselo bomba. Un cheque a fin de mes es gratificante, pero me llenaba más la propina de alguien que vuelve a su casa habiendo rejuvenecido diez años.

Busqué negocios similares en un radio de cincuenta kilómetros del centro, luego lo amplí a ochenta, accedí a la bolsa de empleo de la oficina de Turismo del ayuntamiento de Madrid, hasta le planteé a Gregorio que mantuviera abierto el camping todo el año... Nada dio resultado. Firmé el finiquito y pasé a formar parte de las listas del paro.

—Tienes dos años de prestación por desempleo. No te agobies —me dijo Dani.

Redujo a segunda y giró el volante para salir de la vía de servicio. Íbamos a cenar con unos amigos suyos que vivían en Las Rozas.

—No soy una *nini*, ¿vale?

—Claro que no. Ni tampoco una indigente, como sueles lamentarte. Date un respiro. Sigue buscando. Ya aparecerá.

Si yo hubiera tenido el riñón forrado como él, también habría mostrado esa seguridad agarrada a mi Porsche, pero no era el caso. Mis ahorros solo ocupaban cuatro dígitos que pasarían a tres pronto si no me espabilaba.

A mitad del mes de mayo estuve a punto de aceptar un puesto como administrativa en su despacho. Era lo más estable y lo mejor remunerado; le agradecí muchísimo que mediara para que me lo ofrecieran, pero terminé rechazándolo. No era lo que buscaba, y no quería mezclar nuestra relación con el trabajo. Todo iba demasiado bien como para comprometerlo.

Lo único que nos faltaba para ser completamente felices, y comer perdices, era definir nuestro lugar de encuentro. Vivir a caballo entre dos casas era incómodo,

aunque no tanto como dormir separados. Por eso me propuso Dani que me trasladara.

—Me gusta este piso —dije, acariciando con los pies la alfombra que tenía junto al sofá—. El barrio es estupendo, está superbién comunicado y hasta empiezo a caerle bien al portero...

—¿Pero? —Frunció el ceño.

Le miré de soslayo y tragué saliva.

—Solo tiene un cuarto de baño.

—¿Cuántos necesitas?

—Pues no sé... —Me encogí de hombros—. Un par por lo menos. En la última fiesta que hicimos se formó cola en el pasillo.

—Porque Ángela se encerró dentro con la última botella de vodka.

—Bueno, sí..., mi hermana suele hacer ese tipo de cosas..., pero no estaría de más, no me lo puedes negar. Igual que tener algún dormitorio extra...

Me miró a los ojos un par de segundos, luego parpadeó, sonrió de oreja a oreja y se arrellanó en los cojines.

—Sí, hombre, y entonces ya no los sacaríamos de casa ni a rastras.

—No seas asocial. —Me crucé de brazos.

—No lo soy, pero tampoco tengo complejo de hostelero. Quiero un sitio donde vivir contigo, no un albergue familiar.

—Pues perdona que te diga, pero ahora tienes una familia larga de narices. Y puede que un día sea aún más larga... Más te vale ir asumiéndolo.

Me levanté del tirón con la intención de dirigirme a la cocina y beberme una botella de lejía. Acababa de admitir por primera vez en voz alta el deseo que guardaba con más celo. Dani me cortó el paso y se inclinó sobre mí. Solo por cómo me miró, por el matiz del verde de sus ojos, supe que había vuelto a caer en una de sus tretas. Gruñí entre dientes. Él me sujetó la cara con ambas manos, aproximó su cuerpo y me besó. Una, dos..., cien veces. Me alzó y me hizo girar en el aire. El último beso que me dio antes de bajarme lo dejó sobre mi ombligo.

Y así, sin palabras y seguramente sin conocimiento ninguno, empezamos a dar forma al sueño.

Y llegó junio, y con él Greta regresó a España. La pena fue que siguiera de uñas con su madre y se tuviera que quedar en Barcelona. Fuimos a visitarla. Nuestra intención era hospedarnos en un hotel, pero ella se negó: la casa de su padre era inmensa y nos quería cerca.

Convivimos solo dos días con ellos, y, aun así, pudimos notar la artificialidad

que gobernaba su relación. Esa familia no era tal en realidad, porque sus vínculos respondían a la formalidad y a la lejanía. Ser padre es mucho más que ocuparse de los gastos, ser hermano es un sentimiento al margen de los cromosomas, ser hijo no debe ser una obligación, sino un orgullo.

Pensé que, a no mucho tardar, Greta lo aceptaría y volvería a Madrid, a su hogar, con su verdadera familia, que, aunque disfuncional, era la que estaba más cerca de su corazón. Su madre terminaría claudicando y sus amigos la recibiríamos con los brazos abiertos de par en par... Me equivoqué. Greta se recluyó en la Ciudad Condal durante dos estaciones más. Solo vino a la capital en alguna escapada furtiva, cada vez menos ella, más perdida, más lejos de sus sueños.

Se alegró mucho de que yo por fin encontrara trabajo en agosto. Y yo también, pero casi más por verla feliz después de tanto tiempo que por dejar de ser una marginada laboral. Firmé el contrato con una tinta que me pareció demasiado gris. Era genial trabajar para la Oficina de Turismo del ayuntamiento, el ambiente del aeropuerto me encantaba, y más aún ayudar a la gente para que disfrutaran de mi ciudad —algunos incluso se pasaban para darme las gracias antes de regresar a sus hogares—, pero la temporalidad del puesto lastró mis ganas de darlo todo.

En octubre me encontré de nuevo en el puto paro. Menuda mierda. Así era imposible que ahorrara. Y nunca podría llegar a mudarme con el amor de mi vida. Y todo se convertiría en un calvario. Y terminaría volviendo a mi planeta sola, pobre y con la misión inacabada. La vergüenza de mi especie. ¡No te lo perdonaré jamás, Carmena!

—Natalie, para —me dijo Dani, con una gravedad bastante inusual en él.

Estaba sentado en mi cama. Todavía llevaba el traje puesto, y eso que hacía más de una hora que había llegado al piso compartido. No le había hecho ni caso al pobre. Le había dado un triste beso como saludo y había vuelto a colocarme delante del portátil, a seguir enviando currículos compulsivamente.

—Hablo en serio, Nat. Esto se acabó.

—¡Encima vas a dejarme! —gimoteé, y elevé las manos al cielo. Sabía perfectamente a qué se refería y preferí hacerme la loca—. ¡A Dios pongo por testigo de que no lograrán aplastarme, vivire por encima de todo esto y, cuando haya terminado, nunca volveré a saber lo que es el hambre..., aunque tenga que estafar, que ser ladrona o asesinar...! ¡¡A Dios pongo por testigo...!!

—... de que vas a cerrar la página de empleo y vas a abrir la de la inmobiliaria... O lo elijo yo solo.

—Pero, Dani... —Me giré en la silla para mirarle—. Que no tengo un duro, ya lo sabes, y paso mil de ser una mujer florero.

—Me revienta que digas eso. —Se puso en pie—. Si la situación fuera al revés, ¿me convertiría yo en un hombre objeto por aceptar que adelantaras las facturas?

—Claro. —Me levanté, sonriente, para abrazarme a su cintura—. Y te explotaría sexualmente para cobrarme hasta el último céntimo.

—Pues yo nunca he pagado por tener sexo y no pienso empezar ahora. Quiero que me lo sigas haciendo gratis y a menudo, al margen de quién corra con los gastos.

Me apretó las nalgas. Yo adelanté las caderas y me rocé con su paquete.

—¿No podemos esperar un pelín más? —ronroneé.

Deslicé los dedos por los botones de su camisa, las uñas por su cuello antes de morder ligeramente su mentón.

—Está bien —jadeó—. Esperaremos hasta que encontremos la casa que nos guste y que vamos a empezar a buscar esta misma tarde.

Dani es así: inquebrantable. O muy cabezón, como se quiera mirar. Y yo no me quedo atrás: le puse pegas a todo para ganar tiempo hasta que, poco antes de mi cumpleaños, visitamos EL PISO. Era grande, muy luminoso y estaba bien comunicado. La finca tenía más años que la tana y el barrio, una modesta reputación, pero era perfecto. Nos sentimos en casa en cuanto pisamos el terrazo setentero. Era el elegido, y nuestras caras no podían disimularlo. Dani abonó la entrada esa misma semana. Celebramos allí mi onomástica con vino, comida tailandesa y sexo en cada estancia, terraza y pasillo, y nos metimos de lleno en los planes de reforma.

Una cosa os digo: si queréis comprobar la fiabilidad de una relación, poneos a hacer obras en casa. (De nada). Fue un infierno. ¿Qué digo infierno? ¡Fue mucho peor! Fue la parte del averno que tienen reservada para la gente que hace *spoilers*. ¡Una puta pesadilla dirigida por Amenábar! Aquello no era lo que nos habían prometido, y no se acababa nunca.

Me llamaron del ayuntamiento para trabajar antes de que terminaran la obra, no os digo más. Fueron más lentos que el movimiento de listas de reservistas para plazas públicas. Un sindiós. Cuando sacaron el último cubo de pintura a finales de febrero, me arrodillé sobre el felpudo y canté el *Aleluya* de Händel a voz en grito.

La fiesta de inauguración fue el evento de la temporada, y, si no, debió de serlo. Juntamos en cien metros cuadrados a ocho Díaz Prado y a tres cónyuges

acoplados, y a seis Montalbán-Leal. También vinieron Arancha y Sonia, Zoe e Irene y Maiko y su *churry-furry*, pero vestidos de calle. Se lo indiqué claramente en el wasap de invitación. Asier y Lara llegaron tarde y sin Sergio.

—¿No veníais juntos? —pregunté a mi amiga; le quité de las manos las dos botellas de vino que traía e intenté cerrar la puerta.

—¡Eh! ¡Que me estampas! —se quejó Asier.

—Ay, perdona... —Abrí de nuevo y le miré de arriba abajo. Qué guapo era el jodío—. ¿Tú no traes nada?

—Lo llevaba Lara.

—Y por eso ella ha pasado y tú sigues en el descansillo. —Sonreí.

Él trató de poner cara de bueno, pero tenía la misma habilidad que yo para hacerlo: ninguna.

—¿Me vas dejar fuera, bruja Lola?

—Si lo dudas, es que ya no te acuerdas del camping.

—Me acuerdo de cada puto segundo —dijo mirando a Lara.

Yo fingí una arcada y le cedí el paso, porque soy una sentimental y ya ni me molestaba en disimularlo. ¿Para qué? Era inútil desde que me había enamorado del hombre más increíble, sensible, honesto, respetuoso, inteligente, amable, divertido, guapo hasta quitar el aliento, amante entregado e incansable... Y, vale, ya paro. Creo que ha quedado claro que, para mí, era el *fuckin' master of the universe*. Y yo, su reina.

—Bajo a por más hielo —le dije, a la media hora de que nos invadieran el piso.

—No te molestes. Ahora llamo a Sergio.

Cuando este llegó, acarreando cinco bolsas de las de gasolinera, temimos por su integridad. Mi hermana y Zoe le placaron a lo burro, creo que con diferentes intenciones. Ángela siguió sin soltarle después de haber enfriado su bebida. Juro que la escuché cantando a media voz: «*Nadie me lo quita, siempre seré yo su dueña, por la que no duerme, por la que se mueve, por la que respira*».

—Dile a tu hermana que tenga cuidado —murmuró Dani—. Sergio como amigo es un 10..., pero solo como amigo.

—¡¡Niña!! ¡Eso no se toca! —grité, y tras muchos tirones y empujones, conseguí llevármela al otro lado del salón.

La senté en el butacón de la esquina e hice guardia mientras observaba lo bien que empastaban nuestras vidas. Amparo se reía a carcajadas con mi padre y con mi cuñada, la de mi hermano el *imbécil* mayor. Uno de los tíos de Dani y mi madre descorchaban la enésima botella de vino. Mi hermana, la segunda, miraba

el móvil de la prima de Dani. Que no era coja, por cierto... Aquello funcionaba. Mejor que bien. Y con su presencia, las personas más importantes de nuestras vidas nos arroparon para demostrárnoslo. Todos los imprescindibles estuvieron allí, celebrando nuestro hogar. La única ausencia que sentí, en el alma, fue la de Greta. El padre de Dani y mi abuela también estuvieron. Nos encargamos con tesón incluyéndolos en las conversaciones, avivando su recuerdo y brindando por ellos.

La primera mitad de marzo la tengo un poco turbia. Lo que mejor recuerdo son las pesadillas con Ikea y el dolor de espalda. El día 15, para colmo, me avisaron en el curro de que me despedían. Para hacerme un nuevo contrato diez días después, vale, pero despido al fin y al cabo. Me sentó fatal, sobre todo porque podía haber dejado para esos diez días lo de montar muebles suecos. Llegué a casa echando humo. Dani lo hizo un par de horas después. Cuando yo estaba alcanzando las cotas más altas del cabreo.

—¡¡Es una vergüenza!! ¡*Cagüen* la reforma laboral! ¡¡Me voy a encadenar al puto Congreso!!

El abogado sonrió, sacó su móvil de un bolsillo, se quitó la americana, la dobló con mucho estilo y la dejó sobre uno de los palitos de la escalera de mano que ahora decoraba nuestra entrada.

—¿No vas a decirme nada?! —grité desde el sofá.

Levantó el dedo índice hasta sus labios, dirigiendo la mirada a la pantalla del iPhone.

—¡Encima me mandas callar!

—Sí, joder —masculló—. No puedo concentrarme en la reserva si me estás hablando. Has dicho diez días, ¿verdad?

—¿Qué reserva, Dani?

—La de los billetes que estoy... —Pulsó un par de veces con el índice—. La que acabo de cerrar. —Levantó la vista y se acercó. Me puso el móvil en el regazo—. Elige tú el hotel.

Y nos fuimos a Hawái.

A lo loco, pero con reservas. A nuestro estilo. Hicimos muchas cosas: pádel surf, *snorkel*, el amor, el vago, turismo... Fue una pena no contar con Sawyer de guía y que no encontráramos la manera de invertir las polaridades magnéticas del planeta, pero creo que no dejamos de sonreír ni dormidos. Hasta soñamos despiertos. Y, a la vuelta, materializamos el sueño.

Algunas parejas formalizan lo suyo poniendo un aro alrededor de su dedo, y

nosotros nos lo quitamos... de otro sitio. Me lo pidió Dani, de rodillas, antes de regalarme uno de los mejores *cunnilingus* que recuerdo. Y yo le dije que sí con un gemido y con la suficiente lucidez como para saber que no había respuesta más acertada.

Desde entonces no ha habido un solo día en que no nos hayamos sentido agradecidos. Ni uno solo. Nuestras manos continúan unidas por el lazo de la conexión que no dejamos de alimentar. Siempre preparadas para el próximo salto.

EPÍLOGO

—Hola, bombón. ¿A qué me vas a invitar?

—A nada, buñuelito.

Fingí un escalofrío, le besé *apretao* y me senté en un taburete a su lado.

—¿Por qué no te han dado mesa todavía?

—Porque has llegado tarde y ha corrido el turno. Ahora vamos detrás de los del final de la barra.

Oteé por encima de su hombro y casi vomito. El refrán «hace un día estupendo, seguro que llega un gilipollas y lo jode» nunca me pareció tan cierto.

—¿Y esa arcada? —me preguntó, con una mezcla irresistible de preocupación y alegría plena.

Aparté la mirada de la visión espeluznante y se me relajó el esfínter al volver a enfocar a Dani.

—No te flipes. El ginecólogo dijo que primero me tengo que regular.

—¿Quién dice que no lo hayas hecho ya? Cuando te pones, eres muy eficiente.

Me reí.

—Vaya, muchas gracias, abogado, pero no... Vamos, creo que no. Es demasiado pronto... Aunque puedo intentar ver si va funcionando... —pensé en voz alta, y llamé al camarero—. Disculpe, necesitamos la mesa cuanto antes. En mi estado, una bajada de azúcar es peligrosa. No puedo esperar mucho más.

Me froté la tripa y el camarero salió como una bala hacia el puesto del *maître*, que, tras una breve consideración, se dirigió hacia el grupo del fondo de la barra, los informó de la situación y nos acomodó en una mesa muy próxima al cuarto de baño.

—Uy, no. —Me tapé la nariz—. Llevo fatal lo de los olores. Me empeoran las náuseas. Mejor junto a aquella ventana.

Era una mesa para seis, pero nos sentaron igualmente.

—¡Esto es lo puto mejor! —Me coloqué la servilleta sobre las piernas—. En cuanto lleguemos a casa, a hacerlo sin parar en cuarenta y ocho horas. Quiero quedarme lo antes posible. Me lo voy a pasar teta.

Dani me miró con algo de miedo en el fondo de sus ojos. Supongo que también se imaginó yendo a comprar encurtidos de madrugada.

—No te voy a putear con lo de los antojos, no te preocupes. —Extendí la

mano sobre el mantel y me la agarró enseguida.

—Te va a dar igual si lo intentas. No hay ninguna razón científica que los justifique.

—¿Has empezado el libro?

—No tenía nada mejor que hacer mientras te esperaba. —Sonrió, pero no tanto como yo.

—La culpa ha sido de la madre de Greta. Me ha tenido al teléfono una hora para asegurarse de que la voy a ayudar a meter en vereda a su hija. Es supercansina. Ya le he advertido: si sigue en ese plan, se nos va a pirar antes de que llegue.

—¿Crees que te hará caso?

—Pues no, pero más le valdría. Greta regresa a Madrid porque necesita afecto, no regañinas.

—¿Están listos para pedir? —nos preguntó una camarera.

—Búscame algo que no lleve bichos, porfa —le dije a Dani—. Tengo que ir al baño.

Me levanté y fui a soltarme de su mano, pero él no lo permitió. Pegó un tironcito y dejó nuestras bocas a un mordisco de distancia.

—¿Te vas sin darme un beso?

En realidad me lo dio él. Y menudo beso. Uno de los suyos, de los que detienen el tiempo, la rotación planetaria y la actividad cerebral. Me dirigí al aseo y todavía notaba su lengua conjurando a mi libido. Ni me percaté de que la mesa que nos habían querido endilgar había sido ocupada por el grupo del fondo de la barra. Me di cuenta cuando salí y me tropecé con sus ojos. Oscuros y mates. Tan vacíos como su dueño. No sentí nada. Nada. Lo juro. Regresé junto a mi compañero de mesa y de vida y, a los tres minutos, ya ni recordaba haberlos visto.

Comimos, y bebimos, y charloteamos sin rumbo y sin sentido y, cuando nos debatíamos entre postre o café, una voz alta y clara preguntó al salón en general:

—¿Es de alguno de ustedes un Porsche Panamera negro que hay aparcado en la esquina?

—Es nuestro —dijo Dani.

—Pues están multándole.

Nos levantamos de un brinco y Dani fue a echar mano a su cartera Hilfiger.

—No. Ya pago yo. Tú ve a lo del coche.

Salió del restaurante como una exhalación y yo cogí la cuenta, me acerqué a la mesa próxima al baño y dejé la nota sobre el filete del dueño de los ojos mates.

—Esto por el recibo del agua. El de la luz, el gas y el alquiler del coche me los sigues debiendo.

Jamás caminé más gallarda, más segura, con más estilo. El enano de mi cabeza parecía Conor McGregor. Alcancé la calle y solté una carcajada seca.

—Bendito karma.

Ni llegaron a multarnos.

La labia del abogado es infalible. Doy fe de ello.

Nos metimos en el coche, nos abrochamos los cinturones y el contacto se activó. Sonreí de lado a lado al ver la marca de mis uñas en el salpicadero. Dani se negaba a reparar el cuero. Por pura tacañería. Decía que el recuerdo era demasiado valioso como para perderlo.

Y por detalles como ese, yo cada vez era más feliz, más grande, más suya y más mía. La heroína de una historia que solo con él podía ser interminable.

En lo que él tardó en incorporarse al tráfico, yo busqué la canción que estaba empezando a sonar en mi cabeza. *So What*, de Pink. De jefa a jefa.

Él rio cuando escuchó el tarareo a través de los altavoces. Me pilló un día montándome una *performance* en el salón con el tema a todo trapo, el trapo del polvo a modo de boa y, como micrófono, el plumero.

—¿A casa o a un karaoke, mi reina? —preguntó, sonriente.

—Contigo voy al fin del mundo si hace falta.

Dani detuvo el coche en medio de la calzada, tiró del freno de mano y me explicó con un beso lo mucho que le había gustado mi respuesta. Las protestas de los otros conductores no le disuadieron. Me devoró con calma bajo el rugido de los cláxones furiosos y, cuando se dio por satisfecho, reanudó la marcha.

—Siento decírtelo, pero acabas de perder el juicio. Y eres abogado. —Me reí—. No sé si te das cuenta de la problemática...

—Tenía que pasar. Me lo has pegado. Me has llevado a tu mundo de locura... y ya no quiero la vida de otra manera.

Me miró un instante antes de girar en una intersección y en su boca bailaba la misma alegría que llenaba cada átomo de mi cuerpo. Será difícil creerlo, pero os prometo que, en el brillo verde de sus ojos de caramelo, vi reflejado un «te quiero».

AGRADECIMIENTOS

Creo que en *El verano que aprendimos a volar* batí algún record de longitud con los agradecimientos. No sabía si tendría ocasión de repetir, así que di rienda suelta a los dedos. Esta vez me he propuesto no ponerme intensa y ser concreta. No prometo conseguirlo.

Gracias a Agustín, a Peque y a Rosana. Los mayores responsables de que esta historia haya salido. Sin vosotros todavía estaría dándole vueltas al texto. Tenéis el cielo ganado. Tú sobre todo, mi vida, que me aguantas a diario y, además, nunca has dejado de sostenerme; TE AMO, en mayúsculas. Tú, señora Zurita, me eres imprescindible, más te vale ir asumiéndolo; crezco a tu lado, vivo más y mejor, eres la polla, vamos...; ya tengo el anís enfriando. Ro de mis desvelos, el día que dejes de meterme caña, ¿qué va a ser de mí? Si tuviera que pagar por cada consejo, estaría embargada; eres muy *crack*; pero mucho, mucho.

Gracias a mi niño, por tanto que las palabras se vuelven inútiles.

Gracias a Sergio por... por... por... ¿Por qué no te has leído todavía el manuscrito? ¿Eh? Ahora te toca pagarlo. Ya te lo devolveré a besos. Te quiero. Por condena.

Gracias a Natalia, *sis* y musa; otra imprescindible. *We can bet them...* Tú eres el ejemplo. Ángela, cariño mío, si eres más linda no naces; tu amistad es un regalo. Vero, después de todo te han quedado ganas de repetir, eso es moral y no la del Alcoyano; muchas gracias por la segunda oportunidad. Glo, Mery, Lour, Merche, Lina, Davi, Pedro..., todavía flipo cuando me acuerdo de la feria y de lo mucho que me habéis apoyado; infinitas gracias. Sois enormes.

Y hablando de personas enormes, uno no sabe lo grande que es su familia hasta que se mete en uno de estos embolados. Gracias a todos, los de sangre (Isabel, Agustín, María José, María Nieves, Begoña, Toño, Anita...) y los de vida (Vicky, Ángel, María, Ana, Asun, Juli, Bego...) por el apoyo, el boca-oreja y la ilusión. En especial a Petri: el mundo del marketing ha perdido una eminencia, pero yo he ganado una suegra estupenda.

¡Forasteros! Vosotros también tenéis lo vuestro... Lo de ir a comprar *El verano* a pares al CI es mucho. ¡Forasteras! Lore, Lorena, Mila, Sonia, Ana, Miriam, Cristina... Sois muy *top*; gracias y aguardiente a partes iguales.

Gracias al equipo de Pàmies. Otra familia que da gusto ver cómo crece.

Pertenecer a vuestro equipo, además de seguridad, me ha traído a un montón de personas bonitas. Elena, Inma, Mariajo, May, Ana: nos debemos una quedada. Conchi, tu monumento a la mejor editora (y con más paciencia) está de camino. Carlos, la locura es tuya, por publicarme de nuevo y por ser el precursor de esta historia; tu consejo sobre no alejarme del camino ha dado resultado.

Gracias a los que me habéis acompañado en firmas, congresos, redes sociales... Ordiales *sisters*, mi niña Alba, Montse, Analí, Neftis, Nieves, Alejandra, Bea, María, Angels, Lisa, Fátima, Marina... (ahora es cuando la cago porque me olvido de alguien; perdón por adelantado). Gracias por los comentarios, las reseñas, las estrellas... Vuestra energía ha hecho posible que esta historia sea una realidad y esté publicada. Ana Lara, tu casa es la caña. Tengo libro nuevo, ¿puedo repetir ya?

Gracias a los que volasteis hasta el camping de la sierra y volvisteis para contármelo. Cada palabra ha sido un empujón hacia este salto.

Y gracias a ti, por llegar hasta el último párrafo, que tiene su mérito. Si todavía te han quedado ganas de que sigamos en contacto, te espero en casa: silviasancho.com; allí podrás encontrar relatos extra, entrevistas y cosas que escribo cuando los personajes que habitan en mi cabeza me dejan un rato libre.

CONTENIDO EXTRA:

SINOPSIS DE *LA LOCURA DE SALTAR CONTIGO*



Una boda.

Un montón de chupitos.

Un Porsche aparcado en una calle oscura.

El mejor amigo del novio.

El hombre con el que no debía acostarme.

El que iba impecablemente vestido con un traje gris y una camisa blanca almidonada.

El dueño de unos ojos verdes que hablaban más que su irresistible boca.

El socio más joven de su despacho de abogados.

El mejor hombre con el que he estado en la cama.

Una locura.

Las huellas de mis uñas en el salpicadero de su coche como prueba.

Un problema de los grandes.

Él era inalcanzable.

Yo estaba rota.

CONTENIDO EXTRA:

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

SILVIA SANCHO Nací en Madrid en el 81. Fui una niña de La bola de cristal, las Happy Luck siempre calzadas y el *walkman* en la riñonera. De adolescente, lectora pública de Isabel Allende y a escondidas del Nuevo Vale. Entré en la universidad cuando pagábamos en pesetas y salí igual de pardilla, pero con muchos conocimientos sobre Historia. Después llegaron una sucesión de trabajos que no llenaban, hasta que, una noche un poco tonta, descubrí lo que se convertiría en mi verdadera vocación. Ponerme las gafas de soñar y abrir el archivo de Word ha pasado de ser un hábito a ser una necesidad. Si algún día consigo convertirlo en un oficio, mi sueño se habrá cumplido.



En 2017 publiqué mi primera novela, *El verano que aprendimos a volar* (Phoebe).

Twitter: @Silvia_Sancho_

CONTENIDO EXTRA:

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA EN PHOEBE:

EL VERANO QUE APRENDIMOS A VOLAR



Asier es un enigma. Atractivo, irreverente y descarado, es profesor de tenis durante el verano en un camping de la sierra de Madrid. El sitio perfecto donde esconderse de una realidad que le ha dado la espalda en el pasado.

Lara llega al camping para trabajar de recepcionista, y ni se imagina la tormenta de aire caliente que se producirá en su interior cuando la brisa fresca, liviana y juguetona que rodea a Asier choque con ella... y desate un deseo adictivo entre ambos.

Asier y Lara empezarán a volar juntos, sin alas y sin detenerse a pensar que pasará cuando finalice la temporada estival del camping. Pero no podrán contener el deseo de que perdure lo que parece destinado a acabar con el fin del verano.

¿Serán capaces de ganar el pulso a todos los obstáculos que se interponen en su camino y que parecen indicar que lo suyo no será más que un amor de verano?

DISPONIBLE EN PAPEL Y EN DIGITAL.

LEE [AQUÍ](#) O EN EL CÓDIGO QR LOS PRIMEROS CAPÍTULOS



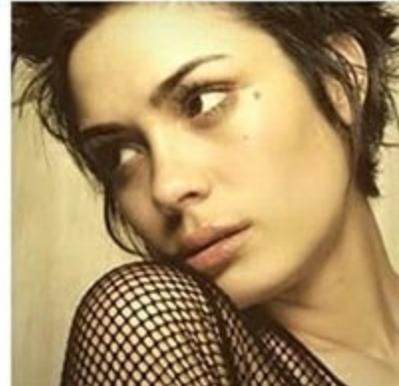
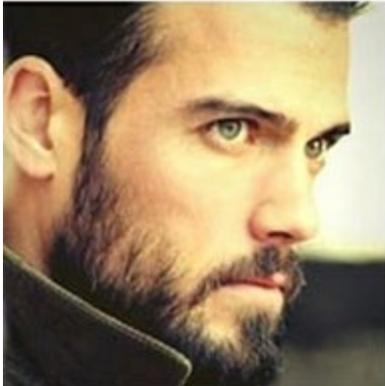
CONTENIDO EXTRA:

FANPICS

(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)

Algunos días soy
más tormenta que
persona. Y todavía
estoy aprendiendo
a disculparme
cuando llega la
calma.

-David Sant



CONTENIDO EXTRA:

FANPICS

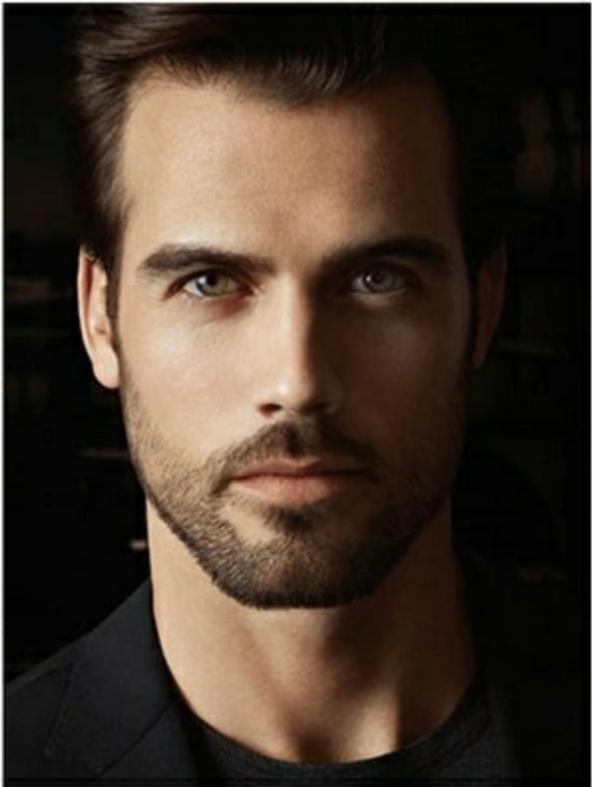
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



CONTENIDO EXTRA:

FANPICS

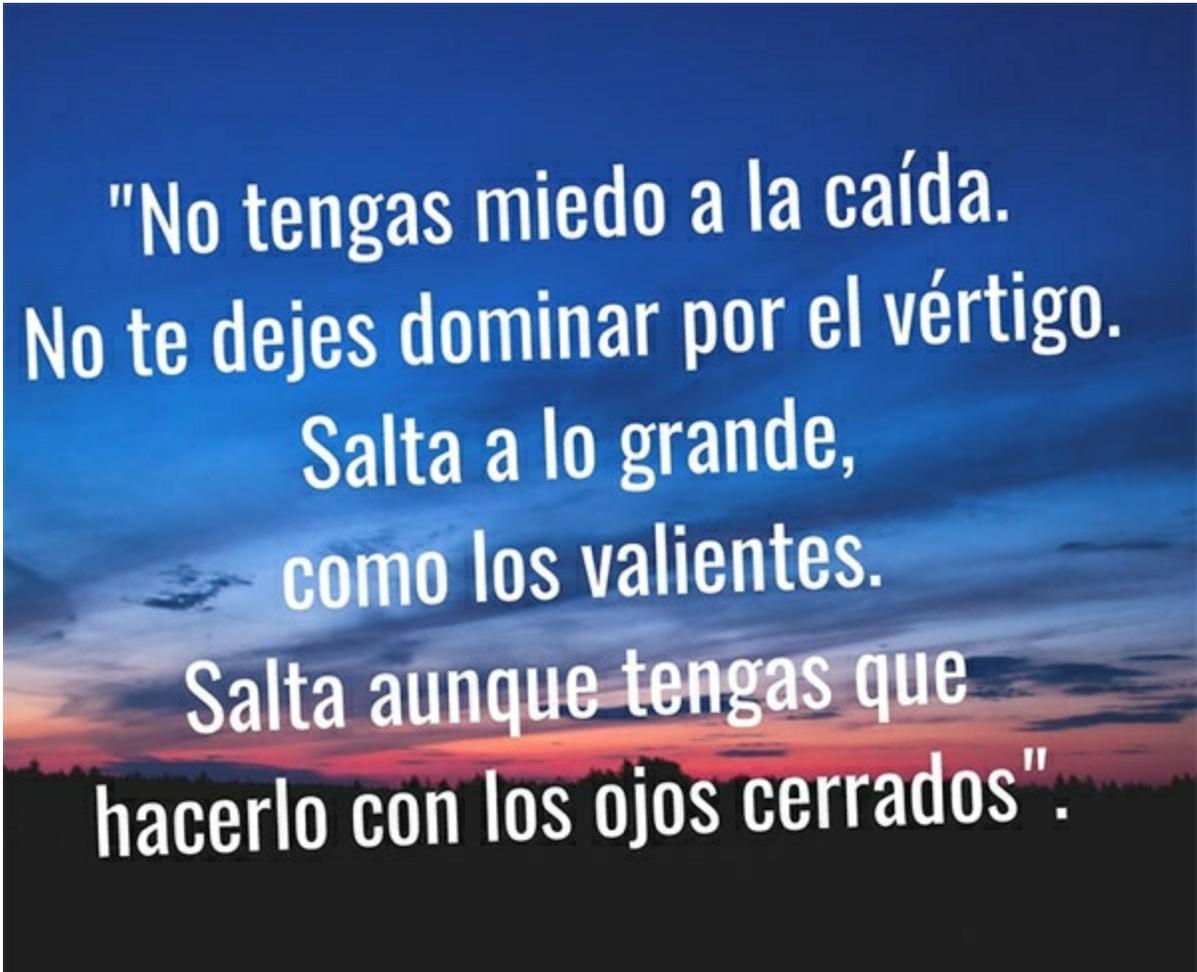
(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



CONTENIDO EXTRA:

FANPICS

(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



"No tengas miedo a la caída.
No te dejes dominar por el vértigo.
Salta a lo grande,
como los valientes.
Salta aunque tengas que
hacerlo con los ojos cerrados".

CONTENIDO EXTRA:

FANPICS

(FUENTE: @PHOEBEROMANTICA)



CONTENIDO EXTRA:

PLAYLIST DE *LA LOCURA DE SALTAR CONTIGO*

[AQUÍ](#) O EN EL CÓDIGO QR:





LISTA

La locura de saltar contigo

REPRODUCIR

SIGUIENDO



🔍 Filtrar

| TÍTULO | ARTISTA | ÁLBUM |
|-------------------------------------|---|--|
| + Cheap Thrills | Sia, Sean Paul | This Is Acting |
| + Catch & Release - Deepend Remix | Matt Simons, Falco Van Den Akar, Bob Van R... | Catch & Release (Deepend Remix) |
| + Fiesta en el infierno | Fangoria | Canciones para robots románticos |
| + La Chispa Adecuada (Benedicida 3) | Heroes Del Silencio | Antología Audiovisual |
| + Rock the Night | Europe | The Final Countdown (Expanded Edition) |
| + Brown Eyed Girl | Van Morrison | Blowin' Your Mind! |
| + Addicted To You | Avicii | True |
| + Safari | J Balvin, Pharrell Williams, BIA, Sky | Energía |
| + You've Got Time | Regina Spektor | You've Got Time |
| + Heroes - 1999 Remastered Version | David Bowie | Heroes |
| + De Frente | Sylvia Pérez Cruz | Domus |
| + I See in the Dark | Woods | City Sun Ester in the River of Light |